

Rosa Alcántara Menéndez

Jamás

NO

SERÁ

siempre

Jamás no será siempre

Rosa Alcántara Menéndez

Copyright © Rosa Alcántara Menéndez 2019
Diseño Portada RAM © 2019

<https://www.rosamenendez.com>
<https://www.facebook.com/RosaAlcantaraMenendez/>

Excepto entornos, los personajes y todas las situaciones de esta novela son ficticios, producto de la rigurosa locura de mi imaginación y las experiencias que me ha proporcionado la vida, la literatura y todos los documentos que han servido para que esta historia sea creíble. Cualquier semejanza con la realidad no sería posible, siempre me quedaría corta.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Páginas de interés](#)

Prólogo

MANTENGO LOS OJOS cerrados y la espalda bien erguida en el asiento mientras el avión eleva el vuelo sobre el mar. El hormigueo en el estómago no cesará hasta pasado un buen rato, cuando sea imposible salvarse en caso de accidente. Debería recurrir a pensamientos positivos, lo sé, pero no me esfuerzo en hacerlo. Todas las veces que he viajado en avión jamás he podido alejar las ideas catastrofistas hasta salir por la puerta del aeropuerto. Sería absurdo intentarlo ahora aun convenciéndome de que estoy a un paso de ser feliz o de cambiar por completo mi vida. Optimismo, Carmen. El avión continúa un ascenso imparable por el inmenso cielo brillante de Málaga, sin una nube, en otro día primaveral espléndido, y sonrío al recordar la carita pecosa de mi hijo cuando nos despedíamos. No va a pasar nada malo, es demasiado pequeño para quedarse sin madre. Sin duda, morir hoy sería el colmo de las desgracias.

Trato de relajarme aspirando fuerte por la nariz. De manera automática huelo el sutil aroma del salitre, Mario juega en la orilla de la playa. Puedo observarlo al reír sorteando las olas que intentan atraparlo. Esta imagen logra distraerme. El mar ya no es visible y el indicador del cinturón de seguridad se apaga, lo ignoro. Así estoy bien. Vuelvo a recrearme en mi hijo, en el sonido de su voz llamándome para que mire al avión que acaba de despegar y nos sobrevuela. Frecuentar una de las playas próximas al aeropuerto tiene ese contra, aunque nosotros seamos capaces de convertirlo en un pro. Mario, con la inocencia de sus ocho años, me pregunta adónde irá. Y le respondo que no lo sé, pero que no me importaría cogerlo sin saberlo. Es un juego socorrido, una ilusión pasajera, un sueño al que no renuncio con él. Disfruto contándole fantasías, empujándole a imaginar mundos, vidas, costumbres, con la única ambición de despertar su curiosidad.

Tener a Mario en la cabeza distrae mis miedos acerca de la reacción que tendrá Theo cuando volvamos a vernos después de un mes, o tras la peor discusión que hemos tenido nunca. Estoy a punto de trastocarlo todo haciendo un triple mortal hacia delante sin red, sin ni siquiera poder asegurar que estoy viajando en balde. Tiendo al drama con una facilidad pasmosa. ¿Y si cuando me vea sigue enfadado? ¿O si cuando me vea se enfada más? Sinceramente, no

lo creo posible; sin embargo, no está mal contemplar la posibilidad de cerrar en Copenhague el mejor capítulo de mi vida, por asombroso, inesperado y alentador.

Defino así mi historia con Theo por cómo nos conocimos, esa es la parte asombrosa; la inesperada es porque fui algo torpe en darme cuenta de que él cumplía todos los requisitos para complementarme; y la alentadora, por haber recuperado la esperanza en el amor cuando la tenía perdida.

Parecerá tonto porque cualquiera puede pensar que soy extremista; en cambio, cuando se lleva divorciada bastante tiempo, tu expareja ha rehecho su vida incluyendo en el lote un nuevo vástago, y tus experiencias con los hombres a lo largo de ese tiempo han sido mediocres por no decir otra cosa, que aparezca en la puerta de tu casa un danés cual guerrero recién salido de una batalla, que tenga la osadía de exigirte alojamiento bajo una coacción inadmisibile, que, encima, sea el compendio perfecto de lo que siempre has buscado y que a partir de ese momento comience la relación más incoherente, surrealista y, cómo no, el mayor de los descubrimientos, ante todo eso y sin duda solo puedo pensar que él es la gran oportunidad de mi vida.

Capítulo 1

AL SALIR DEL aeropuerto llamo a Theo. Durante unos instantes confío en él mientras echo un vistazo alrededor buscando transporte público. No fallo; voy a necesitarlo. Muy decepcionada vuelvo a entrar en el aeropuerto para dirigirme al metro. Empiezo a repetirme que no debo enfadarme por algo que esperaba; pero no soy capaz de evitarlo. Llevo horas recordando nuestros buenos momentos, tenía una mínima esperanza de que con la perspectiva de la distancia haría el amago de hablar conmigo. No sé, a veces, y pese a mis treinta y ocho primaveras, me pierde rápidamente la inocencia. También es cierto que con la misma rapidez domina mis actos la malaleche. Sobre todo, mis palabras. Reconozco haber sido la culpable de acabar como el rosario de la aurora, aunque tampoco él tuvo miramientos al llamarme de todo menos bonita; a los dos se nos fue de las manos una conversación destinada a pelea desde el momento en que comenzó.

Tiro con fuerza de la maleta al subir en el vagón del metro después de muchas dudas. No me sorprende que apenas haya tres personas, turistas también, y espero no haberme equivocado porque sería una faena. Decido ser benévola conmigo misma, confiaré en mi orientación infalible. Tanta suficiencia puede tornarse frustración como me haya equivocado. Este pensamiento abate mi confianza. Es algo habitual en mí. Primero actúo impulsada por un instinto irracional, luego me machaco con dudas y por último, y en función de los resultados, aliviada descanso o me hundo en la miseria. Eso es lo que me ocurrió tras la discusión con Theo. En mi defensa solo puedo contar que estaba gestionando fatal otra separación indeseada, que había tomado una decisión definitiva que luego ni siquiera pude contarle y que llevaba varios días con un ataque de celos fuera de cualquier lógica. Ahora lo veo así tras repasar paso a paso cómo sucedió todo. Fueron un cúmulo de circunstancias, iniciadas por su comportamiento extraño desde el día después de su llegada. Hubo una confabulación horrorosa en mi contra, no hallo otra explicación.

Verdaderamente, estallé arrasando como un volcán aletargado durante siglos, no tengo excusa por las formas ni por toda la lava que expulsé

deseando aniquilarlo. Pero, obviando mis malos modales, ¿qué clase de mujer acepta de buen grado ver a su pareja en actitud íntima con un elemento subversivo que llevaba semanas cruzándose entre nosotros? Sobra decir que las explicaciones a gritos de Theo no frenaron una rabia concentrada y densa que revivía uno de los motivos, el fundamental, que abocó mi matrimonio con Pedro al divorcio. Me sentí como una idiota dándose de bruces con la misma pared después de cuatro años convencida de haber aprendido de mis errores.

Con mi exmarido no vi venir la infidelidad, me la encontré de la noche a la mañana como quien sale a trabajar dejando su casa impoluta y cuando vuelve la halla desvalijada. Algo así. Fue un mazazo que digerí fatal hasta entender que si había pasado era porque ya no funcionábamos como pareja a pesar de haber asumido la rutina como parte fundamental de la convivencia. Cuando lo analizo de forma objetiva veo que estaba equivocada. La rutina empieza siendo una herida superficial en los matrimonios hasta que los mata o, en mi caso, hasta que él buscó salir de ella con otra persona. Gracias al tiempo no le guardo rencor, aunque sería mentira afirmar que si no tuviésemos a Mario seguiríamos en contacto. Sin el niño por medio podría cruzármelo por la calle y no mirarlo a la cara, pero como no es así intento ser empática, incluso agradable con su nueva mujer y su hija para enseñarle tolerancia a Mario y también porque después del divorcio comprendí que había dejado de amar a Pedro mucho tiempo antes. A veces es necesario un gran golpe para despertar a la realidad, y el mío fue lo mejor que me pasó para volver a vivir siendo yo misma. También, para reconocer mi suerte al encontrar a Theo, para advertir el peligro cuando creía estar a salvo bien atada a la extraordinaria relación que teníamos.

Al salir de la estación, me azota el rostro una ráfaga de viento helado. Inclino la cabeza hacia arriba y descubro la palidez triste del cielo. La grisura incita la melancolía, pero esbozo una media sonrisa con los ojos azules de Theo en la memoria. Reían alegres en Málaga. No he visto a nadie más agradecido que él con tres rayos de sol. Esa querencia suya por mi tierra me llevó a pensar que en unos meses se instalaría conmigo, pero fue otra de tantas ilusiones animadas por el enamoramiento. ¿Cómo iba a renunciar a su empleo con *sueldazo* de la Europa nórdica solo por calentarse bajo el sol? Nadie en su sano juicio lo haría, ¿o sí? ¿No es más importante el amor que el dinero? Llegados a este punto prefiero olvidar unas cuestiones dañinas y buscar su casa para ser yo la que entre en calor.

Llego sin incidencias a Stenosgade y me dirijo al último edificio que da a

una avenida impronunciable frente al lago Sankt Jørgens. El edificio es tal y como lo había visto en las fotos que Theo me ha enseñado: antiguo, de aire casi eclesiástico por un pórtico inclinado con un rosetón donde veo la imagen de un santo; cuadrado, de ladrillo rojo, y tres plantas con ventanales muy grandes. Ahora pienso que es una lástima no haber venido antes con él, tenía intención de hacerlo en verano, pero no es momento para incidir en mis malas decisiones o perderé el poco valor que me queda.

Vuelvo a llamarlo al móvil, con un éxito parecido al del aeropuerto. Parecido porque no responde aunque ha aguantado varios tonos; algo es algo. Decido mandarle un mensaje por si tenía planes cuando saliera del trabajo, con la amenaza de estos nubarrones no me hace ninguna gracia morir ahogada después de congelarme.

Sentada en los escalones que hay en su portal, espero una respuesta que no llega y por primera vez vislumbro la idea de buscar un hotel para abordarlo sin la presión de compartir un espacio que, claramente, no quiere compartir. Espiro hondo al ponerme en pie, disgustada y rayando la desesperación, y fijo la mirada en un ciclista que atraviesa la calle pedaleando como un demonio. Cuando lo tengo a pocos metros, aunque lleva la cabeza tapada con un gorro oscuro, los ojos parapetados tras unas absurdas gafas de sol y el rostro se lo oculta una poblada barba, lo reconozco para petrificarme como un iceberg en medio de la calle.

Theo deja la bicicleta contra la fachada de ladrillo al lado de dos más, no me mira; aunque tengo claro que me ha visto, es más, diría que ha llegado en plan exhalación tras recibir mi mensaje. Cuando observo sus movimientos comedidos mientras se quita el gorro, aprecio de nuevo su cabello dorado con sinuosos rizos en las puntas, las facciones que tanto he acariciado, simétricas aun ocultas bajo la espesa barba; y el cuerpo esbelto de piernas interminables y musculatura recia. No le quito la vista de encima mientras se acerca, pensando que la barba le aporta un aire varonil rotundo muy atractivo mientras a la vez expone sus cuarenta y tres años a través de vistosas canas. Él también me ha recorrido el cuerpo con lentitud, hasta me aventuro a asegurar que reprobando el desacierto de un jersey blanco de cuello alto, porque es finísimo, o del resto de mi atuendo, solo acorde para la primavera malagueña.

—¿Qué haces aquí?

Sonrí un poco al escuchar su voz, tiene la cadencia lenta de un sonido grave acariciando el español; la he echado de menos.

—He venido a hablar contigo.

Theo menea la cabeza de manera suave, negando.

—No.

Aprieto la frente. «¿No?».

—¿Cómo que no? —le pregunto—. Tenemos que resolver lo nuestro.

Dice algo en danés, intuyo que nada bueno. Aunque no puedo jurarlo porque el idioma en sí no suena demasiado dulce y solo conozco palabras sueltas básicas para ser amable.

—Tú resolviste lo nuestro cuando me echaste de tu casa, está todo dicho.

—Me equivoqué, déjame explicártelo.

Le hablo con cierta docilidad, es eso o enzarzarnos en otra discusión.

—No, no quiero tenerte cerca.

—Solo ha pasado un mes, no es tiempo suficiente para que me hayas olvidado.

—¿He dicho que te he olvidado? —pregunta cínico—. No quiero tenerte cerca porque no te soporto —habla dolido.

Cambio la expresión, de condescendiente a la incompreensión absoluta. ¿De verdad he estado tan ciega con él? ¿En serio no me soporta cuando hace nada me necesitaba para respirar? O eso decía.

—No te creo, sigues enfadado.

—Sí, todavía intento comprender por qué dudaste de mí. Pero de lo que no tengo dudas es de mí mismo. Déjame tranquilo, Carmen, no tenías que haber venido.

Theo da la vuelta y sube los escalones hacia la puerta del edificio. Es ahora cuando soy consciente de que todo mi esfuerzo ni siquiera tendrá una oportunidad.

—He venido para disculparme, escúchame al menos —hablo alzando la voz.

—No puedo —murmura—; no puedo...

—¿Por qué no puedes? ¿No puedes escucharme cinco malditos minutos?

—¡No! —grita dándose la vuelta—. ¡No puedo! No puedo concederte nada, nada, Carmen. Cualquier concesión y estaré perdido de nuevo. Desde que te conozco he ido a la deriva dando tumbos al son que tú tocabas; y estoy harto; necesito retomar el control de mi vida.

—Hablas como si te hubiera dominado cuando no es verdad. Desde que nos conocemos has sido tú quien ha marcado el son, ¿en qué parte nos hemos confundido el uno al otro? —le pregunto abrumada por esa percepción suya que he interpretado totalmente al contrario—. Fuiste tú el que decidió lo

nuestro, tú el que ibas y venías a tu antojo.

—A cumplir con mis obligaciones —corta en tono duro—, no tergiverses ni obvies que has sido tú la que le ha puesto fin a todo.

—Déjame explicártelo —repito al percibirlo un poco más receptivo. Sus ojos brillantes parecen dos perlas piadosas—. Cinco minutos, Theo, dame solo cinco minutos de tu tiempo.

—De mi vida —susurra, y tensa las mandíbulas.

Ni un instante después, agacha la cabeza y afirma en silencio. Tardo unos segundos en reaccionar, me impacta su nobleza. Recojo la maleta, la subo por la escalera sin apenas notar el esfuerzo y paso por delante de él haciendo un ejercicio de autocontrol brutal. Habría muerto a gusto si me hubiese agarrado de la cintura para abrazarme, nos habríamos besado con ese punto irracional que nos llevaba a abstraernos en el delirio de nuestros sabores; pero no ha hecho nada más que sujetar la puerta. Le sigo por el interior del edificio hasta otra escalera muy empinada.

—¿No hay ascensor?

Theo vuelve la cabeza y esgrime una sonrisa leve.

—En tu bloque tampoco hay y no te molesta —dice, empezando a subir.

Aprieto los labios, espiro fuerte y le pego un tirón brusco a la maleta. El ruido de las ruedas chocando contra los escalones se sucede hasta la tercera planta mientras intento apaciguar un enfado monumental ordenando mis ideas. En cuanto cruzo el umbral de su casa, tengo una composición exacta de todo lo que voy a decirle; se ha buscado mi absoluta sinceridad.

Capítulo 2

EL CALOR ERA intenso, sin una pizca de brisa para refrescar un poco la atmósfera, sentía el sudor por todos los poros del cuerpo cuando abandoné mi toalla y casi llegué levitando a la orilla. Aquella mañana de julio estaba a punto de derretirme, fijaos cómo estaría para zambullirme en el mar sin quitarme los aros de las orejas y prescindiendo de los minutos en la orilla que me suelen dar empuje antes de colapsar. Tengo una animadversión profunda a sufrir sin necesidad. Nadé unos metros cual sirenita bien alimentada, tampoco muchos porque considero innecesario tentar a la suerte molestando a los pececillos, llámese gran tiburón blanco o la bestia negra que abunda en el Mediterráneo, y estuve un buen rato a remojo contemplando a las dos mujeres mayores que, con los brazos en jarras, controlaban a los bañistas desde la orilla. De manera automática las comprendí a la perfección, y estuve a punto de gritarles para animarlas; pero no lo hice, me limité a flotar mecida por el ligero oleaje hasta que vi a un marroquí enterrado en pareos acercándose a mi toalla.

Salí del agua recogíendome la melena en un moño, diligente hacia mi toalla. Por supuesto, el vendedor ambulante pasó de largo dirigiéndose al enjambre de sombrillas que había cerca del chiringuito. En mi zona, frente al Parador de Golf, como está lindando con la parte nudista, nunca hay tanto ambiente.

Prestando una atención mínima podía escuchar el leve susurro del oleaje. Pero duré nada abstraída, una llamada de mi amiga Paula rompió aquel encanto idílico. Nos conocimos siendo adolescentes y puede decirse que hemos tenido vidas paralelas en lo personal, en cuanto a desengaños se refiere, y en el plano laboral. Ella es ginecóloga en el mismo hospital universitario donde trabajé como enfermera en precario.

—Hola, Paulita —hablé alegre, tiene la habilidad de hacerme feliz—, estoy en La Cizaña.

—*¿A que no sabes quién va a triunfar este verano?*

«Menos yo, cualquiera».

—Ni idea, ¿tú?

—*Mujer de poca fe...* —dijo en un tono que me resultó irónico—. *Es tu momento, tonta. ¡Acabo de aceptar tu primer huésped!*

—*¿Qué?!* —exclamé entre incrédula y atemorizada—. *¿En serio?*

—*Pues claro, no te llamaría si no...* —En cuanto la escuché, torcí una sonrisa. Por supuesto que era y es capaz de contarme cualquier milonga para divertirse a mi costa—. *Tu huésped llega dentro de dos días, viene de Dinamarca, y estará hasta después de Feria.*

—*¿Más de un mes?*

—*Por eso mismo has triunfado, guapa. Haz cuentas... A cien euritos diarios... tienes salvado el verano.*

En aquel momento me saturaron las dudas. *¿Cómo sería? ¿Cómo llevaría yo compartir mi casa con una extraña? ¿Qué tal me manejaría en inglés después de tanto tiempo sin practicar?*

—*Ahora mismo estoy de los nervios, Pau. ¿Cómo se llama?*

Oí un sonido largo, un rumiar dubitativo.

—*No lo recuerdo bien, un nombre lleno de consonantes, tendría que mirarlo en la ficha de Airbnb. Aquí lo interesante es que ha pagado por adelantado y que habla un español bastante aceptable.*

—*Bueno... eso me tranquiliza, al menos nos entenderemos...*

—*Tienes que procurar ser amable, Carmen, las valoraciones positivas de los huéspedes suman un montón a la hora de que otros se decidan por tu casa. Recuérdalo, ¿vale?*

—*Quien te oiga va a pensar que soy un ogro* —dije molesta.

Hubo un silencio prolongado. Después nos despedimos con el plan inmediato de cenar juntas aquella noche para organizar la recepción de mi primer huésped. No fui capaz de seguir tomando el sol, necesité correr hacia casa. Debía limpiar a fondo y avituallar la nevera de productos saludables. Ilusamente pensé que los daneses solo comían lácteos y me volví loca en el supermercado. Los desayunos incluidos en el precio por noche estarían a la altura del mejor hotel, así también mi valoración subiría como la espuma. En ningún momento imaginé que mi amiga se había saltado una de mis condiciones básicas al colgar el anuncio en la web: “habitación exclusiva para mujeres”.

Capítulo 3

A ESO DE LAS DIEZ de la mañana empecé a arreglarme para recibir a mi primer huésped con la mejor apariencia posible. Tuve que pelearme con los pantalones hasta meterme en ellos, de nuevo los dos kilos acosadores de todos los veranos se habían instalado en mis caderas para entubarme cual morcilla rechoncha, sin piedad. Lo único positivo fue el ligero impacto que sufrí al verme en el espejo. No esperaba sentirme satisfecha con mi imagen, porque soy propensa a sacarme defectos de cualquier parte del cuerpo, y sin embargo aquella mañana me gustó. El blanco de los pantalones y la camisa resaltaba el bronceado de mi piel tostada por el sol, también creí que las pestañas un poco maquilladas y la melena bien lisa me aportaban el efecto cuidado que quería transmitir sin llegar a parecer absurda dada la hora o una obsesa de la imagen.

Recorrí la casa echándole el último vistazo, o eso me dije a sabiendas de que seguiría repasando cada rincón hasta que apareciera mi huésped. El suelo de madera estaba limpio, no había una mota de polvo en los muebles, la cocina y las tres habitaciones ordenadas, y el baño impoluto. En general todo destilaba esmero y, encima, la claridad del sol repartía un brillo tan puro que casi cegaba en las altas paredes blancas. Pensé que resultaba alegre, quizá excesivamente alegre porque sin aire acondicionado aquello sería una sauna conforme avanzara el día. De todos modos volví a sonreír, para alguien nórdico resultaría un plus.

De un humor excelente, incluso pensaba ser una guía ideal del centro de Málaga para que mi danesa conociera los rincones más auténticos que pocas veces se conocen sin la ayuda de alguien local, miré el reloj y salí a fumarme un cigarro en el balcón.

Estaba contenta y nerviosa a partes iguales, un poco preocupada por el leve retraso. Tuve un conato de remordimientos por no haberme ofrecido a recogerla en el aeropuerto, un breve conato que superé fijando la vista en la alta torre de la Iglesia de San Pablo. Está enfrente, es el edificio monumental más insigne del barrio. De repente sonó el timbre, y me aturrullé poseída por los nervios. Tenía el cigarro a medio acabar, lo planté en uno de los maceteros de barro y, dispuesta a iniciarme con honores en el mundo de los anfitriones

vacacionales, me encaminé al recibidor.

Abrí la puerta, pletórica, esgrimiendo una sonrisa de oreja a oreja. De inmediato, con el cuello en tensión de forzarlo hacia arriba, apreté la frente. Un tipo alto, demasiado atractivo gracias a unas facciones armoniosas, con una maleta grande en la mano, me dijo:

—Hola, soy Theo Sorensen.

No entendí bien el apellido, tenía un acento que no identifiqué.

—Hola, ¿puedo ayudarte en algo? —hablé atónita pero esgrimiendo una sonrisa simpática porque supuse que buscaba uno de los varios alojamientos turísticos cercanos.

—¿Eres Carmen Arjona? —Al oírlo, asentí con la cabeza—. Soy Theo, hemos hablado por teléfono —aclaró de buen talante, trataba de pronunciar con corrección—. Te dije que llegaría sobre las doce.

—¿A mí? Creo que te equivocas de persona.

Theo se agachó, ofreciéndome una visión panorámica de su amplitud de espalda, y sacó un folio doblado del bolsillo de la maleta. En cuanto vi el logotipo de Airbnb me puse nerviosa, y conforme leía la dirección de mi casa, mi nombre completo y las fechas, el corazón se me fue desbocando a un nivel temerario.

—No sé cómo ha sucedido esto —empecé diciéndole en un tono amable—, pero es un error. No puedes quedarte aquí, lo siento mucho.

La expresión serena de él se transformó en una máscara de dureza. Observé con claridad los movimientos de sus músculos faciales, tenían un ritmo rápido aunque no apartaba las pupilas celestes de mis ojos.

—¿Por qué? Hasta ayer no había ningún problema.

La voz del hombre comenzó a molestarme. Pero pretendía guardar la compostura y estaba apurada por si aparecía mi huésped, la verdadera.

—Deberías hablar con la atención al cliente de la web. Seguro que es un error sin importancia.

En ese momento todavía pensaba que por algún motivo me habrían confundido con otra persona.

—He pagado el alojamiento por transferencia —dijo, señalando el importe en el folio. Imaginé que dándome a entender que no tenía más remedio que alojarlo—. Si no me quedo en tu casa, ¿dónde me quedo?

Como la pregunta me pareció infantil, torcí los labios con indiferencia.

—Por los alrededores hay varios hoteles.

—No voy a ir a ningún hotel —recalcó alzando la voz—. Te he pagado

por adelantado desde hoy hasta el 25 de agosto. O me quedo o te denuncio por estafadora.

—¿De qué estás hablando? Es un error. Habla con la web y déjate de amenazas.

El vikingo cabreado arrugó la cara entera, y volvió a enseñarme el maldito folio. Lo leí otra vez. Ciertamente, era rarísimo que todo coincidiera con un encaje preciso: mi dirección, datos bancarios y las fechas de alojamiento. Entonces, una idea me iluminó el cerebro y casi me desploma por su intensidad. Él debió advertirlo, relajó el rostro con un semblante victorioso.

—¿Puedo entrar ya?

—Claro que no —exclamé—. No vas a alojarte conmigo.

—¿Cómo que no? —De muy malos modos, se sacó del pantalón un iPhone último modelo—. ¿Tú y yo no hemos hablado nunca?

—No —respondí, con unas ganas locas de llamar a Paula, convencida de que ella era la embrolladora—. Que te vaya bien.

Sin remordimientos, lo dejé en el rellano y me encerré en casa. Tardé unos segundos en escuchar su voz alterada, en un español más que correcto, y me alejé de la puerta con el único interés de que Paula me aclarase la situación. Por desgracia, su móvil estaba ocupado. Ni dos minutos después, creí volverme loca entre los aporreos del danés en la puerta y el timbre de mi móvil.

—Espero que sea un error, Pau —le dije despacio, con tono intimidante; los golpes en la puerta no paraban—. Es lo único que voy a decirte.

—*No lo es, Carmen. Theo es el huésped.*

—¡Lo sabía! ¡Sabía que no podía ser todo tan perfecto!

Mis gritos amansaron al danés furioso y dejó de golpear la puerta.

—*No pierdas los nervios, Carmen, tampoco es para tanto.*

Escucharla aún me indignó más.

—¡No lo será para ti! ¡Una puñetera condición! ¡Solo te puse una puñetera condición! ¡¿Qué se supone debo hacer ahora?! ¡Meto a un extraño en mi casa?

—*Ibas a meter a una extraña, ¿qué más te da? Te ha pagado casi cuatro mil euros, trátalo como a una mujer y santas pascuas. No saques las cosas de quicio porque el pobre te ha salvado de la ruina.*

«Ruina. Ruina era la que estaba dispuesta a buscarme de haberla tenido delante.»

—¡No va a quedarse aquí! ¡Ahora mismo bajo al banco y le devuelvo la pasta!

—¿*Estás loca o eres una demente?*! —Entrecerré los ojos, ¿pero qué decía? ¡Loca y demente eran lo mismo!—. *¡Deja tus prejuicios y hospeda a ese tío ya!*

—¡No me da la gana! ¡Te lo dije bien claro! ¡Adiós, Paula! ¡Gracias por haber sido mi amiga estos últimos veinticinco años!

Ofuscada, la dejé con la palabra en la boca. Theo debió oír la repentina calma y volvió a aporrear la puerta. Abrí como un torbellino para toparme con su rostro triunfante.

—¿Por qué no te largas de una vez? ¿Qué quieres? ¿Tu dinero?

—Lo primero, que te tranquilices. Lo segundo, que entiendo tu postura; aunque te pediría que entendieras la mía. Y no, no quiero mi dinero; quiero alojarme aquí.

Negué con la cabeza, racionalizando mis pensamientos.

—Lo siento, pero no quiero convivir con ningún hombre —le expliqué cambiando el talante—. No me apetece estar recogiendo mierda, y solo hay un baño...

—No me conoces, pero supones que soy un guarro —comentó afirmando un poco extrañado.

—Serías una raya en el agua de no serlo.

—¿Una raya en el agua? —repitió a modo de pregunta.

Apreté los labios haciéndome daño, hasta que chasquéé la lengua y moví la cabeza en un acto de compasión. No sabía si hacia mí misma o hacia él.

—Una rareza —le aclaré por pena. Tenía la apariencia pulcra, parecía formal, y no era ningún jovencito; le calculé unos cuarenta años—. Si quieres, te acompaño a los hoteles que hay por esta zona. Y aprovecho para devolverte el dinero —agregué para que viese mi buena intención.

Theo empezó a negar de manera insistente.

—Veo que te cuesta ponerte en mi piel —comentó, y centró la vista en su móvil—. ¿Cuál es el número de la Policía?

Salté cual resorte, harta de él:

—¡Voy a devolverte el dinero!

—Ahora ya me da igual —habló con chulería—. Ahora quiero denunciarte por evasión de impuestos. ¿A que no has declarado mi ingreso?

Qué mal íbamos. Incluso así, le mostré una sonrisa suficiente.

—Vivir en el norte debe congelar las neuronas... 091.

En aquel momento no me importaba lo que hiciera. Había dado de alta la casa en la Junta de Andalucía como alojamiento turístico, cumplía todos los requisitos, y tampoco me preocupaba Hacienda porque “su dinero” todavía estaba caliente en mi cuenta. Conclusión: volví a darle con la puerta en las narices.

Pasé unos minutos fumando en el balcón. Luego me picó la curiosidad, miré por la mirilla y, pese a tener la esperanza de no encontrarlo en el rellano, no me sorprendió verlo sentado en la escalera. Oyó el tintineo del carillón de viento, unos delfines metálicos que tengo colgados en la puerta, y levantó la cabeza mirándome. Bueno, miró la puerta cerrada; pero estoy segura de que sabía que lo observaba. Sonrió para molestarme.

—Estás perdiendo un tiempo valioso —dije elevando la voz para que me escuchara.

Y lo hizo, sin duda, me escuchó. Arqueó una ceja, rubiales como su cabello, y tuvo el descaro de abrir la boca dando buena cuenta de su impoluta dentadura. Al observarlo de manera furtiva, aprecié mejor que era un hombre guapo, de ojos azules medio líquidos, cuerpo fibroso, piel pálida y las sienes con un ligero toque canoso. Ese mismo examen fue el que le hizo Paula cuando apareció resollando por la escalera.

Verla tratarlo con amabilidad, como si fuesen amigos, llegó a parecerme inapropiado además de una traición imperdonable. Ella coqueteaba usando sus mejores armas: melena rubia con ondulaciones estudiadas, sonrisa seductora remarcada en un rojo provocador, voz cantarina y ademanes rozando el culmen de la feminidad. Por desgracia para el danés, Paula vestía una falda gris sencilla y como habría salido corriendo del hospital, no llevaba los taconazos que tantos éxitos le proporcionaban con los hombres. Me dio tanta rabia su actitud que decidí ignorarla. Durante un breve instante fijé mis ojos oscuros en el espejo que hay sobre un taquillón antiguo de madera tallada, en el vestíbulo. Sentí lástima al verme. Mi cabello castaño estaba desgredado de mesármelo nerviosa, apenas quedaba rastro de brillo en mis labios y me arrepentí de haberme puesto esos pantalones y la camisa de lino. Toda yo era una completa arruga incomprendida.

—Carmen, déjanos entrar para arreglar esto, por favor.

Oí su voz con los párpados cerrados. Suspiré hondo y, tragando saliva, alcé de nuevo los ojos al espejo. Cuando volví a enfrentarme a ellos, me dolió la excesiva condescendencia de Paula y la expresión indiferente en la cara de Theo aunque me pareció detectar en sus ojos una sombra de respeto.

Él dejó la maleta al lado de un perchero que cubre la pared del vestíbulo y le echó un vistazo breve al salón diáfano de techos altos blanquísimos, con esa luz natural que entraba a raudales por el balcón y la ventana de la cocina. Creí que aprecié el espacio, conjuga de manera fluida las tendencias modernas en la iluminación, la comodidad de los sofás y en la cocina de diseño con toques originales.

No tuve la deferencia de ofrecerles nada de beber cuando nos distribuimos en el sofá y sillones del salón y cada uno exponíamos los motivos que nos mantenían enrocados en posturas totalmente defensivas. Los de él eran dos: se sentía engañado y le resultaría imposible alojarse en un hotel al precio que ya había pagado. Los de Paula parecían loables, sabe venderse estupendamente, y todos en pos de la amistad. Y los míos, sobre todo me preocupaba la presencia de un hombre con mi hijo, al no contarlos con claridad por pudor y aun siendo receptiva a los de ellos, fueron vilipendiados por ambos hasta llegar al punto de hacerme sentir como una antipática prejuiciosa.

Observé los alegres ojos azules de Paula, de tonalidades verdosas, y hablé sin fuerzas:

—Que se lo explique a él es casi lógico, pero que esté quedándome ronca contigo no tiene perdón. Mario —añadí creyendo que esa sola mención sería suficiente para que me entendiera.

—¿Todo este rechazo es por él? —preguntó de forma ingenua al ponerse en pie—. Theo, ¿te apetece una cerveza?

No salía de mi asombro. Sin reprimirse, abrió mi nevera y sacó dos latas de Carlsberg. Compré una caja de doce como detalle hacia mi huésped mujer; no para ofrecérselas a él.

—Cerveza danesa —comentó Theo con matices irónicos.

Tuve que hacer un esfuerzo de voluntad para no replicar.

—¿Por qué no tienes Heineken? —preguntó Paula después de darle un buen trago a su lata.

Le sostuve la mirada durante un instante, y eludí responder. Cualquier información acerca de mi excelente animosidad como anfitriona le serviría para continuar con sus alegatos mediadores. Con la boca cerrada no buscaba más problemas.

—Mario es tu hijo, ¿no?

La voz casi amistosa de Theo me reconfortó un poco y le expliqué de forma breve mi situación personal. El hecho de que también fuese padre abrió

un pequeño resquicio hacia la comprensión hasta que le repetí que no podía quedarse. No sé si fue por su mentalidad nórdica o porque llevaba divorciado muchos años, el caso es que empezó a argumentar sobre los beneficios que él podía aportarle a Mario. Sinceramente, me descolocó; pero no estaba dispuesta a rendirme por su dominio del lenguaje.

—Mi hijo no tiene manías —le dije tras oírlo hablar acerca de que los niños aprendían a respetar manías de adultos, horarios o gustos—, y puede sentirse desplazado al convivir contigo. Siento no pensar como tú. Para mí es más importante la pérdida de intimidad que todos tus beneficios juntos.

—¿Y no sería lo mismo si en vez de él hubiese venido una mujer? —preguntó Paula.

Eran dos contra mí, así de barata se vendía una amistad desde el instituto.

—No, porque le habría dicho a Mario que es una amiga extranjera y lo habría aceptado sin cuestionarme nada. En cambio, si Theo se queda —hablé sin advertir que estaba presente, parecía absorto en mi voz—, pensará que entre nosotros hay algo y sentirá que lo reemplazo por él. Sería diferente si viviera siempre conmigo, pero así no.

—No pongas más excusas, Carmencita, que nos conocemos —dijo con sorna—. El niño aceptará lo que tú le digas porque os verá interactuar. Otra cosa es que os enrolléis cuando le hayas vendido la moto^[1] de que solo sois amigos.

—¿Vendes motos?

Esa pregunta nos dio una ligera tregua. Ambas reímos. Ahí me di cuenta de que Theo, a pesar de comprender y hablar un español casi perfecto, nos había dicho que era profesor asociado de Lingüística Española en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Copenhague, se perdía con algunas expresiones y frases hechas. Pensé que durante su estancia podría enseñarle una colección vastísima, pero al caer en que estaba aceptándolo, rápidamente, retomé la postura inflexible. Si bien, a esas alturas estaba a punto de aceptar saltarme mis propias normas. Siendo realista, y estando en la situación de Theo, también habría luchado por conseguir mi alojamiento.

—¿Cuándo tendrías a Mario?

Dirigí la vista a Paula.

—Del 28 al 11.

—Eres una campeona —exclamó contenta. Entorné un ojo mientras meneaba la cabeza y ella le contaba a Theo que la Feria empezaba precisamente el viernes 11 de agosto. Paula dejaba entrever que había sido

algo premeditado cuando era sabedora de que los turnos con mi exmarido eran sagrados y ninguno solíamos cambiarlos a nuestro antojo—. Se me ocurre una solución —añadió—. Theo se queda, es lo justo después de un error que hemos cometido nosotras.

—Tú, guapa —corté cínica—. No voy a darte ningún cuartelillo ^[2].

Las cejas de Theo se unieron formando una sola.

—Está bien, tiquismiquis, ha sido un error mío, ¿contenta ahora? —Le mostré una línea fugaz en los labios—. Se queda, en una especie de periodo de prueba, y si pasa tu exigente control de calidad doméstica ni mil palabras más; todo resuelto.

—¿Dónde te has dejado a mi hijo?

—Dios, qué pesadita... No te preocupes por él, tiene ocho años, le gustará tener cerca a un hombre tan... —Sonrió al vacilar alternando la mirada entre mis ojos y los de Theo—, tan... fuerte.

Creyéndose simpática, me guiñó un ojo.

—Perdona que te interrumpa, Paula —comenzó diciendo Theo en tono amable, y destilando sarcasmo—, pero no tengo intención de estar a prueba ni con ella ni con nadie. Cumpliré las normas de la casa, es decir, mantener mi habitación y las zonas comunes limpias y ordenadas, pero no he pagado para que nadie me examine como si esto fuese un trabajo y yo un novato necesitado. Por supuesto, no pienso entrometerme en tu relación con el niño —comentó desviando la mirada hacia mí—, ni consentiré intromisiones por tu parte.

—Aún no he aceptado —le recordé.

—Pero vas a hacerlo. —Hizo una pausa y sonrió, aunque sus ojos parecían hielo—. Sería una pena que toda esta charla no sirviera de nada. Además, perderías la oportunidad perfecta de cambiar tu opinión sobre los hombres; algunos merecemos la pena.

Levanté la barbilla, alzando las cejas de manera leve, disimulando que acababa de dejarme cohibida su seguridad. Miento. La voz de Theo había sonado amenazante, me estremeció.

Capítulo 4

DORMIR POCO Y MAL conlleva estar muerta por la mañana, eso justamente fue lo que me pasó al día siguiente de la llegada de Theo. Si hubiese sido más lista me habría puesto el despertador al amanecer, pero entre ser distante, dentro de lo razonable de una buena anfitriona, y la intranquilidad de acostarme a unos metros de un extraño no estuve lúcida para recordar los horarios intempestivos de los guiris. En fin, la cuestión es que apagué el despertador cuando sonó a las nueve y no fui persona hasta oír música en el salón, alrededor de las once. Salté de la cama de un brinco. Había tenido la precaución de ponerme un pijama veraniego, de pantalón corto y camiseta, y salí hacia el baño a lavarme la cara para sentir de verdad que estaba bien despierta. Esto es una de las costumbres más arraigadas de mi infancia, o me estremezco con el agua helada o no soy persona. Para conseguirlo tenía que atravesar el salón, es paso obligado hasta que la teletransportación sea una realidad.

Con sigilo, recorrí la breve distancia sin percatarme de la presencia de Theo. No había rastro de él, y su habitación tenía la puerta cerrada. Cuando estaba ya un poco aseada no permití que las miserables ojeras me abatieran los nervios al echarme rubor en las mejillas para no parecer una zombi, luego me dirigí a la cocina y puse la cafetera. Siempre uso una cafetera italiana, casi reliquia, con eficacia y solvencia para hacer un café buenísimo. Empecé a poner los cubiertos en la mesa del final de la encimera de la cocina, sirve como separación de ambientes, y después la surtí con mantequilla, yogures de fruta, cereales, mermelada de frambuesa y un brick de leche entera. Con idea de que él se sirviera a su gusto, estaba colocándolo todo en plan bufet limitado cuando apareció por la puerta del balcón.

Durante un instante observé su aspecto saludable: olor fresco, buen color de piel, descalzo, con ropa cómoda —bermudas claras y camiseta blanca—, y volvió a cohibirme. No supe interpretar por qué, quizá fue su rotundidad física o su mirada lenta a mi cuerpo, pero sentía una mezcla de atracción y rechazo desconcertante.

—Buenos días —saludé y continué atenta a la mesa. Al cabo de unos

instantes, mientras él parecía interesado en fotografía del Atomium de Bruselas que hice hace unos años y cuelga detrás de la mesa, me picó la curiosidad. En el baño todo me pareció limpio y en su sitio, tenía la certeza de que habría estado un buen rato usándolo, estaba recién afeitado y su olor me parecía de lo más agradable—. ¿Te has duchado?

—Tengo la costumbre de hacerlo todas las mañanas —respondió volviendo la cabeza de la foto para afrontar mis ojos—. ¿Por qué?

Esbozó una sonrisa ligera, y comprendí que esperaba algún halago a sus dotes domésticas. Permanecí en silencio; era demasiado pronto para juzgar. Como deferencia hacia él coloqué las tazas de café sobre unos platillos, habitualmente prescindo, y para salir de su escrutinio di la vuelta y enfoqué los ojos en la cafetera. Ver algo mecánico era más alentador que dos nebulosas fijas en mi cara. Me planteé si le resultaría atractiva, no dejé de pensar en que las latinas solemos atraer a los nórdicos por aquello de la tez bronceada, las curvas y el misterio de los ojos oscuros, pero fue solo durante un instante de confianza excesiva. ¿Cómo iba a gustarle con aquella pinta?

—Ayer me dijiste que tú te encargarías de preparar mi desayuno —comentó para rescatarme a la realidad. Me concentré en sus ojos, pensando que el retraso estaba a punto de costarme un reproche, y aguardé con estoicismo—, y me gustaría saber a qué hora tienes intención de preparármelo, porque si este es tu horario perderé todas las mañanas y no me apetece.

—Lo siento, me he dormido.

—¿Otra raya en el agua?

«Qué rápido aprende», pensé.

—Llámalo como quieras —le respondí todavía conservando los buenos modales—. No volverá a pasar. —La cafetera empezó a silbar, impregnando el ambiente del mejor aroma para revivir, dándome pie a poner el pan en la tostadora. Theo estaba cerca de la mesa, examinándola con las manos en los bolsillos de las bermudas—. Siéntate donde quieras. ¿Qué prefieres, pan de molde o un “pitufo”?

—Pan de molde, no me veo como avatar.

Reconozco que estaba lenta, pero me hizo gracia su error. Saqué de la panera el pitufó, que es un bollo de pan pequeño, no más de diez centímetros de largo, y se lo enseñé. Por supuesto, cambió de opinión al verlo. Le tosté tres, al menos redimiría con generosidad la tardanza, y él lo admitió de buen grado. Contar que aquel primer desayuno transcurrió como la seda sería faltar a la verdad. La tensión sobrevolaba por la atmósfera con la misma fluidez que

él comía. Esto último consiguió animarme algo.

—¿No sueles desayunar salado? —preguntó de pronto.

—Claro que sí —contesté sorprendida—. ¿Por qué lo dices?

—Por nada...

—Mañana pondré embutidos, si te gustan, o patés y quesos. Dime qué sueles desayunar y me adapto. Los fines de semana que Mario está conmigo siempre le preparo huevos revueltos con salchichas —conté amable, recordando la felicidad de mi hijo mientras batía los huevos.

—Como de todo, variado, no me gusta desayunar todos los días lo mismo. No soy de yogures, cereales ni mermeladas, y sí, me gustan los patés y embutidos, sobre todo, el jamón ibérico.

Vaya... Además de no tener un pelo de tonto, acababa de cargarse la mayor parte de lo que había en la mesa. No fui capaz de abrir la boca. Es más, de haber tenido poderes sobrehumanos, me habría convertido en invisible para quitarme de en medio sin bochornos.

—¿Te gusta la casa?

Era una pregunta sencilla, buscando una respuesta agradable que me devolviera un poco de confianza.

—No está mal, pequeña pero con estilo —habló amistoso, ajeno al esfuerzo que yo hacía por mantener una expresión neutra—. Tiene una buena ubicación, aunque el edificio es antiguo y para ser un tercero sin ascensor... ¿No te resulta incómodo?

—No, así hago piernas y glúteos —Mi voz sonó irónica, y quise suavizarla con una explicación que había sido responsable de que invirtiera en un piso antiguo—. Tenemos aprobado el proyecto y el presupuesto para ponerlo, es cuestión de que el Ayuntamiento no tarde mucho en concedernos el permiso de obra.

Theo debió notar mi ilusión. A partir de ese momento empezamos a charlar de forma continuada sin rastro de malestar; me pareció un detalle muy noble de su parte después del grotesco recibimiento. Supe que vivía en un piso también antiguo del centro de Copenhague con vistas a un lago, pinceladas de su trabajo y apenas nombró a sus hijos: Nina de doce años y Mads de ocho, por lo que no vi oportuno interesarme para parecer demasiado curiosa.

—¿Es tu primera vez en Málaga?

—No, empecé a venir de niño con mis padres. Hacía quince años que no venía.

Detecté en su voz el halo de la nostalgia.

—Pero ahora estás aquí —resolví animosa—, y con tiempo para volver a todos los sitios que recordaras.

Theo levantó la vista, severa, y dio por terminado el desayuno. Asombrada, lo observé fregar su platillo y la taza del café. En aquel instante no comprendí esa reacción, aún tendrían que pasar varias semanas para que supiera el verdadero motivo de sus extensas vacaciones.

—Voy a salir. ¿Puedes dejarme un juego de llaves?

Alcé las cejas procesando la petición.

—No, cuando vuelvas, llama al timbre. Estaré aquí, y te abriré —añadí bromista por aliviar mi tono seco.

—No sé a qué hora volveré.

—Me acuesto tarde, no te preocupes.

—¿Tienes planes con Paula?

—De momento no —respondí desconcertada. O tenía una personalidad errática o no era consciente de estar sobrepasando el límite que yo mantenía infranqueable con él. ¿Acaso le había preguntado cuáles eran sus planes? ¿Algo íntimo? Me mordí la lengua siendo prudente y opté por la condescendencia—. Por si has perdido la noción del tiempo, te diré que hoy es miércoles. Solo salgo los fines de semana.

Al terminar de hablar, creí no haber sido tan amable como pretendí. Él se mantenía impávido, sus ojos celestes se entrecerraban posados en mi camiseta del pijama. Tuve la impresión de que disimulaba sus pensamientos, pensamientos diabólicos por el brillo intenso en su mirada y un amago de sonrisa perversa. Fue entonces cuando recordé que no llevaba sujetador, mis pechos tienden a expandirse libremente, me molestó. De una forma casi infantil, crucé los brazos. Surtió efecto.

Theo parpadeó varias veces y se dirigió a su dormitorio. Empecé a meter en la nevera los denigrados lácteos, pensando en ir al mercado a comprar embutidos que le resultasen apetecibles. Luego cogí el cigarrillo de después de desayunar y lo encendí en el balcón. Él reapareció con una mochila al hombro, se había puesto unas deportivas de lona y una gorra negra.

—Que pases un buen día —habló sin mirarme—. Y apaga la colilla en un cenicero, las plantas no deberían sufrir tu vicio.

Con esa bonita despedida se esfumó arruinándome el momento a la velocidad de un chasquido. Miré la maceta que tenía más a mano y, efectivamente, era un bosquecillo de colillas; sentí vergüenza, también enfado y un insidioso remordimiento porque tenía el propósito de dejar el tabaco

desde enero, del 2016, y lo intentaba cada pocos meses con un éxito dispar. Había establecido mi récord sin humo en cinco semanas, pero recaí por idiota y la mala influencia del alcohol estando todavía débil para retomar la actividad social. Concluyendo, el danés me dio un golpe bajo que me llegó al alma. Lo divisé al salir del portal, se dirigió a paso rápido al puente que hay al principio de la calle y delimita el casco histórico, y lo compadecí. A esas horas el sol picaba inmisericorde, de ahí que los transeúntes eligieran caminar por la sombra, menos él, un valiente raudo hacia el infierno. Sonreí al perderlo en la distancia, planeando posponer la compra. Sentí la imperiosa necesidad de salir.

Decidida, me puse un bikini con intención de ir a la playa. Allí encontraba paz para relajarme, me bronceaba olvidando los problemas que me habían llevado al declive económico más severo que recordaba y, por añadidura, me plantearía fríamente cómo tratar a Theo para no confundir la cordialidad con algo parecido a la amistad.

Antes de poner los pies en la calle me llamó Paula, interesándose por mi huésped y creyendo estar perdonada. Lo estaba, tenía plena conciencia de que su decisión me daba un respiro hasta encontrar otro trabajo; sin embargo, no aguanté más de dos minutos sus consejos de experta y le reproché, de nuevo, que hubiese actuado a mis espaldas.

El tira y afloja resultaba hilarante. Cada inconveniente mío, lo rebatía con una ventaja que terminaba siempre relacionada con lo más placentero para ella.

—*Carmen, tienes que tener la mente un poco más abierta. Open mind, chica. Si se tercia, dale una alegría al cuerpo. Él no va a negarse, ¿a qué vienen los guiris, si no?*

—Todo lo reduces a lo mismo, pero a ver cuándo te ves en una parecida a esta... No te lo quieres creer, pero es bastante violento no poder estar cómoda en tu propia casa.

—*Espero que no me hayas deseado la ruina* —comentó sin pizca de humor.

No tenía rival como supersticiosa. Era curioso que con su profesión tuviera ideas tan incoherentes; aunque si echaba la vista atrás había sido así desde que la conozco.

—No soy bruja, hija; ese honor es tuyo... —murmuré.

—*No sabría decirte, llevo una mañana rarísima.*

Pasé un rato escuchándola acerca de dos pacientes con enfermedades

venéreas, pero notaba que su inquietud la había provocado el repentino interés en ella del médico que hasta ese día la ignoraba. Ese era el motivo de su desconcierto.

—Pues no te hagas la estrecha y acepta su invitación —le dije dejando en mi voz un rastro de burla como castigo—. Dale una alegría a tu cuerpo.

—*No es lo mismo. Tu danés se irá, pero a Jorge tengo que verlo todos los días; no compares porque nuestros casos son muy diferentes.*

—Yo no tengo caso, Pau; eres tú la que me está montando una película con Theo. Así que donde las dan, las toman.

—*No sé, Carmen; ¿y si me gusta?*

—Dirás si te gusta más. Aunque también puede ser un fiasco en la cama —agregué sin otro ánimo más que el de darle una perspectiva realista.

—*Lo dudo, tiene la misma pinta de inútil que Theo.*

Resoplé al oírla.

—Tú lo averiguarás antes que yo, de eso no me cabe la menor duda.

—*Puede ser, o no* —añadió divertida—. *Theo está más acuciado por el tiempo.*

—Por el tiempo no lo sé, pero por los vientos del norte ya te digo que sí.

Le conté una versión breve del desayuno, incluida mi tardanza, para ponerla en antecedentes. Escuchaba su asentir en plan ronroneo gustoso mientras iba acelerándome, presentía lo que pensaba, y le advertí:

—Ahórrate las chorradas, Pau; me ha dado una impresión muy chungueta.

—*Estás un poco paranoica con él. Se habrá dado cuenta de que llegaba tarde adonde querría ir y por eso te ha dejado con la palabra en la boca, no te obsesiones porque no es un violador ni un asesino en serie.*

—Acabas de darme la estocada, guapa. No sé para qué te lo he contado. Menos mal que no te dio por estudiar psicología...

—*Ni a ti relaciones internacionales. Sé amable y punto, Carmen.*

—Pero si lo intento y el tío sale por peteneras^[3]...

—*Lleva en tu casa veinticuatro horas, después de estar a punto de no entrar, dale un poco de tiempo. ¿Le has contado tu vida? No, ¿verdad? Pues acepta lo suyo.*

—Con que se comporte correctamente y no desvaríe me conformo. A ver a qué hora llega hoy...

Seguimos hablando durante un buen rato, siempre nos pasa lo mismo, empezamos y no tenemos fin, hasta que ella tuvo que volver a la consulta y apresuró despedirse.

Tumbada en mi zona casi nudista de la playa, no dejé de pensar en Theo. Ni fui capaz de borrar una sonrisa bobalicona al tenerlo presente. Era la primera vez en cuatro años que un hombre me despertaba curiosidad, primer paso hacia el interés. O, tal vez, hacia el peligro. Barrunté mucho sobre las consecuencias de hacerle caso a Paula, ¿y si por una vez no evitaba la tentación? Solté una risa infantil al imaginarme en plan desinhibida dando rienda suelta a mis fantasías más íntimas. ¿Qué perdería? Ambos éramos adultos para diferenciar el sexo del amor, pasaríamos bastante tiempo a solas y el aburrimiento es malo. Encima, si lo pensaba con detenimiento, ¿no era Theo uno de los mejores ofrecimientos que me había hecho la vida? Casi podía considerarlo una señal divina, si no, ¿cómo explicaba lo sorprendente de su aparición en el momento oportuno?

El sudor empezaba a ralentizar mis pensamientos y, envalentonada por el caluroso Terral^[4] que subía la temperatura haciendo irrespirable el aire, me dirigí a la orilla mentalizándome en pasar el mal trago del agua helada lo más rápido posible. Tuve un momento de duda, el agua me paralizó la circulación de la sangre, pero o me refrescaba o explotaría por combustión espontánea. El calor era sofocante. Una vez conseguí superar la impresión, casi alcancé el éxtasis moviéndome despacio hasta rezongar boca arriba mecida por las olas que rompían en la orilla.

Aquello resultaba un masaje natural de lo más placentero; pero no conseguía quitarme a Theo de la cabeza. ¿Seguiría vivo en el centro? ¿Dónde habría ido? ¿Por qué unas vacaciones tan largas? ¿Qué clase de relación mantendría con esos dos hijos que apenas nombró? ¿Y con su exmujer? ¿Qué pensaría Mario cuando lo conociera? No pude contestar a nada; solo alcanzaba a que había llegado para salvarme de la ruina y descolocar mi vida ordenada con una intensidad abrumadora. Esa reflexión me condujo a otra que logró atemorizarme: ¿qué sería de mí los treinta y siete días que faltaban hasta el 25 de agosto?

Capítulo 5

UNO DE LOS POCOS inconvenientes de mi piso era, y es, que al estar pegado al casco antiguo de la ciudad tiene tránsito de peatones que suelen alargar las fiestas a horas indecentes de vuelta a sus moradas. La gente desposeída de cordura gracias al alcohol y las drogas vagaba y hablaba en cualquier lengua sin respetar el descanso de los vecinos. En invierno aquello se reducía a los fines de semana, pero durante el auge de la temporada alta sufríamos el martirio diariamente. Estaba acurrucada en el sofá viendo la televisión, o con los ojos perdidos en las imágenes luchando contra el agotamiento, cuando me llegaron dos voces masculinas ladrando ruso. Por el tono se auguraba una discusión, también habitual, y no le presté atención porque sabía que era algo pasajero, lo que duraran los implicados recorriendo ese tramo de calle. En cambio, las voces retumbaban magnificadas por el silencio nocturno y me asomé al balcón. Al ver a dos chicos dando tumbos por las aceras, cada uno en una, pensé que la inconsciencia humana no tiene límites; me pareció el colmo de lo ridículo. ¿No habría sido menos molesto para todos que fuesen andando juntos?

Bufando agobiada, deseando que Theo apareciera pronto, eché un breve vistazo al reloj del microondas, pasaban quince minutos de las tres, y volví al sofá con el propósito de aguantar despierta sin enfadarme con él. Difícil, no imposible. Aunque tuviera la insistente idea de que su tardanza formaba parte de un retorcido plan para hacerme polvo por no haberle dado las llaves.

Bostezaba una y otra vez, hasta se me saltaron las lágrimas, y debí cerrar los ojos en algún despiste. A partir de ese momento, adiós. Eso sí, nunca olvidaré cómo desperté esa ardiente noche de julio. Los rusos fueron melodiosos comparados con el estruendo que organizó Theo. Al principio solo oí mi nombre dicho en la lejanía; a continuación, el timbre a toda pastilla; y, por supuesto, aporreos en la puerta que me resultaron su marca de la casa. Parecerá increíble, pero sentí alivio cuando me levantaba del sofá. Me dolía el cuello de la postura incómoda, la espalda, y todavía no coordinaba con normalidad cuando abrí la puerta.

El rostro de Theo era la viva imagen de la furia, debía reconocerle un

poder asombroso para transfigurarse, pero cambié el rumbo de la mirada hacia mi vecino del cuarto. El pobre tenía mal semblante, parecía recién salido de la cama, y aun así sonrió amable. Cuando se quedó tranquilo tras escuchar que el danés vivía en casa, subió corriendo la escalera.

—¿Llevabas mucho tiempo llamando? —le pregunté al entrar en el vestíbulo.

—¿Te parece mucho media hora?!

Sorprenderme, no me sorprendió su genio, en eso andábamos a la par. Lo que me dejó bloqueada fue que pareciese sobrio. También, «no será fácil que se emborrache», pensé; «a no ser que se beba una destilería entera».

—Lo siento —dije con suavidad al entender su enfado, y sin ninguna intención de acrecentarlo dando pie a más especulaciones en el bloque. Intuí que aparte de mi vecino del cuarto, el resto estaría al corriente de su apoteósica llegada—. No volverá a ocurrir.

Apagué la televisión, ignorándolo adrede, y me encaminé a mi dormitorio. Está al otro lado del salón, junto al dormitorio de Mario.

—Esta mañana me has dicho lo mismo.

Theo escupió las palabras sin medir el volumen, casi logrando lo que pretendía desde hacía un momento: cabrearme. Encaré sus pupilas frías, inmóviles, y hablé todavía sin exaltarme:

—Sí, pero por otro motivo. No lo metas en el mismo saco porque son cosas diferentes.

—¿Meter en un saco? —preguntó con cara de asco—. ¿Qué significa eso?

—Da igual. Será mejor que lo dejemos aquí.

—No da igual, necesito tener la seguridad de que esto no ocurrirá otra vez.

—¿Y cómo quieres tenerla? Te estoy diciendo que no volverá a ocurrir y no me crees, ¿me hago un corte en la muñeca para convencerte?

—Estás loca —exclamó, observándome de arriba abajo.

—Y a ti se te va la pinza a una velocidad pasmosa. —Al terminar de hablar, me di cuenta de que habría captado media frase como mucho. No me importó, ya estaba totalmente despierta y me había retractado de todos los pensamientos amables que tuve en la playa—. Comprendo que hayas esperado un poco, pero no es para ponerse así ni para faltarme al respeto cuando no me conoces y estás alojado en mi casa.

—Pago por ello.

—Evidentemente —admití irónica—. Lo único que me faltaba era montar una ONG.

—Y aprender a hablar español —replicó con maldad—. ¿ONG?

Lo miré a punto de lanzarme a su yugular, aunque tuviera que hacer un salto de altura.

—Me voy a la cama —le dije pasados unos segundos.

—Eso, descansa para madrugar mañana.

Me hartó del todo.

—¿Pero tú de qué vas? Cuando has llegado creía que estabas enfadado por haber tenido que esperar, en cambio ahora estoy segura de que venías cabreado por lo que fuese y estás descargando conmigo tu frustración. ¿Y sabes lo que te digo? Que me dejes tranquila. He estado esperándote con toda mi buena voluntad, me he dormido sí, ¿y qué? Estaba agotada por tu culpa, porque no me gusta que estés aquí, porque me estoy jodiendo por cumplir el acuerdo que tenías con mi amiga... —Hice una pausa pendiente a su expresión rígida—. Pero por nada voy a consentir en mi propia casa que me faltes al respeto porque te creas con derecho a hacerlo por haber pagado. Así que o cumples con unas normas cívicas de convivencia o mañana te devuelvo tu dinero para que te largues cagando leches. —Sonreí un poco y le aclaré—. Corriendo sin mirar atrás, en tu español de guiri.

Theo me sostenía la mirada, inescrutable.

—Desayuno a las siete.

—En punto —afirmé con el mismo odio que sonó en su voz—. Ahora, si me disculpas, voy a intentar dormir las tres horas que me quedan.

Di la vuelta y entré en mi habitación. No cerré la puerta, esperando que tuviera el detalle de esfumarse para apagar todas las luces. Lo maldecía por haberme puesto los nervios de punta porque no pegaría ojo pensando en él y sus problemas cuando me bastaba con los míos. Sorpresivamente, antes de encerrarse en su dormitorio, apagó la lámpara de pie del salón y las balizas del pasillo que alumbran el suelo.

Cerré la puerta teniendo cuidado, programé la alarma del móvil para que sonase a las seis y media, por nada le daría motivos para otra discusión, y me metí en la cama con una sensación de vacío desconsoladora. No hice más que compadecerme. Estaba tocando fondo sin una perspectiva clara de mejoría. Había llegado a esa situación después de agotar el subsidio de desempleo, confiada en encontrar otro trabajo en cualquier hospital privado mientras me preparaba la oposición que podría darme estabilidad para no volver a

contratos temporales en la Sanidad Pública. Alojarse extranjeros era un parche que me permitiría estudiar sin verme apurada. Ahora bien, admitiría solo extranjeras educadas con un nivel de cordura medio, no veletas desafiantes que atacaban de madrugada. Uno más como Theo y el negocio se iría al traste por las protestas de los vecinos.

«¿Qué le habrá pasado haciendo turismo?», me pregunté entre lamentaciones.

Capítulo 6

EL SOL NO HABÍA salido cuando me duchaba con agua fría para espabilarme. Terminé rápido, tampoco era cuestión de morir congelada por cumplir el reto que limpiara mi imagen y, de paso, callaría para siempre al bocazas danés. Casi contenta, me puse un vestido largo de tirantes, de un blanco prístino, y empecé a preparar el desayuno. Mientras ponía en la mesa los mismos lácteos proscritos del día anterior, sentí un conato de arrepentimiento por no haber ido a comprar, así me arriesgaba a otra apreciación maliciosa; pero me consolé pensando en que si estuviera en un hotel tendría que conformarse con el bufet que hubiese. ¿Sería ético cobrarle un plus por ampliarle la variedad en el desayuno? Lo valoré porque los embutidos de calidad no son precisamente baratos. Estaba en estas, cuando sonó la alarma de mi móvil. Las siete en punto, y ni rastro de Theo. Estupendo, acumulaba argumentos favorables.

Empecé a desayunar muy satisfecha conmigo misma, saboreando el intenso café más cargado de lo normal. Entre la ducha y la cafeína estaba al cien por cien de mi rendimiento a pesar del insomnio. Poco después de las ocho, estaba fregando mi taza cuando Theo hizo acto de presencia. Parecía indeciso. Llevaba una camiseta roja y un bañador azul marino, descalzo, y tenía el cabello alborotado.

—Buenos días —saludó con voz ronca.

—Buenos días —dije en un tono frío—. En la cafetera tienes café, aún estará caliente —añadí sin mirarle—, sírvete mientras te preparo unas tostadas.

—Puedo hacerlo yo, gracias.

—Como quieras —admití indiferente.

Podía cortarse la tensión con un cuchillo, aunque los dos luchábamos por actuar con corrección. Él se sentó en la mesa, se llenó la taza de café y bebió al tiempo que echaba una ojeada a su alrededor. Sus ojos vivos e inteligentes no perdían detalle incluso adormilados. Apoyó la cabeza en una mano fuerte, acorde a su tamaño, cuidada y con una agradable promesa de sensibilidad.

—Siento lo de anoche —dijo en voz baja.

Tragué despacio.

—¿Te ocurrió algo antes de llegar?

—No —respondió seco.

Su mirada severa no me incitó a continuar indagando y, cansada de esa actitud, me alejé diciendo:

—Te dejo desayunar tranquilo.

Apresuré escabullirme a mi dormitorio con la firme intención de hablar un rato con mi hijo, ponerme a estudiar unas horas y buscar ofertas de empleo antes de relajarme en la playa. No me apetecía seguir siendo amable y, ni mucho menos, ver una cara de pocos amigos que indicaba falta de descanso y talante negativo.

Durante un instante contemplé la estantería de madera maciza, de dos metros de largo y un canto considerable, que tenía apoyada en la pared cogiendo polvo. Pensé en olvidar al danés haciendo ruido, porque algún día tendría que colocarla aunque muriera en el intento, pero era demasiado larga, demasiado pesada y quería ponerla casi en el techo. En definitiva, un suicidio en toda regla que pospuse por algo mucho más agradable: charlar con mi hijo.

Luego, la soledad me invadió tras despedirme de Mario, todavía tenía por delante una semana a solas con Theo, y estuve unos minutos al borde de lágrimas pesimistas. Necesitaba el cariño de mi hijo, sus obligaciones, nuestra complicidad, y me angustié un poco al pensar que Theo montara otro espectáculo como el de anoche. Una cosa era aguantar por dinero modales ariscos y otra una mala educación ofensiva con mi hijo presente. No tuve dudas, cuando Mario estuviera en casa, el señor Sorensen sería modélico o se vería de patitas en la calle; no vacilaría protegiendo el bienestar emocional de Mario.

Sobre las diez respiré de alivio al escuchar la breve despedida de Theo, la ansiaba. Volví al salón dispuesta a recoger la mesa, pero el danés de nuevo me sorprendió. Incluso había tenido el detalle de secar todos los platos y colocarlos en el mueble de la cocina. Eso, y el baño impoluto, aligeraron bastante mi malestar con él. Una sutil sensación de sosiego se fue colando en mis pensamientos hasta volver a recrearme en la rotundidad física que comenzaba a atraerme como néctar a las abejas. No tenía explicación fantasear con él cuando estaba segura de que no me gustaba su carácter, pero era algo independiente a mi voluntad; se adueñaba de mis pensamientos de manera absoluta para impedir que me concentrara en nada más. Entre aquellas ideas un tanto ilusas fui consciente de que resultaría complicado que un hombre como él se fijara en alguien como yo. Quizá mis complejos me llevaron a esa

conclusión. La cuestión fue que de nuevo divagué con él, evadida de problemas y regodeándome en esas manos enormes recorriéndome el cuerpo. Resultaba grato, o pueril, o desesperado, imaginar lo que nunca sucedería.

Paula llegó cuando la temperatura nocturna permitía respirar sin absorber fuego. Vestía un pantalón negro y una camisa bien conjuntada, con sandalias de tacón. No comentó nada acerca de mi ropa cómoda, serví dos copas de vino como solía hacer antes de que saliésemos. Bebíamos en el salón mientras *Nada* de Zoé flotaba por el ambiente con un ritmo contagioso para nuestros pies.

—Fuimos al Morrissey's —dijo Paula cuando le pregunté por su cita con Jorge. El Morrissey's es un pub irlandés que está cerca de casa, con un estilo logrado de los oriundos y clientela variopinta pero sin exceso de críos por sus precios—. No intentó nada —agregó con un matiz en la voz que podía interpretarse como decepción.

—Para una primera vez, ¿qué esperabas?

—Hombre..., un poco de interés.

—Cuando se lanzan porque solo van a lo que van, y cuando no se lanzan porque les falta interés. Eres la contradicción con piernas, Pau. ¿No habéis vuelto a quedar? —le pregunté, y ella afirmó sonriente—. Pues ya se lanzará, no sufras... De otra cosa no estoy segura, pero de que Jorge se lanzará no tengo ninguna duda.

—¿Y Theo? —Paula sonó seductora—. ¿Cuánto crees que va a esperar para lanzarse?

Hasta aquel momento había eludido contarle el episodio de la noche anterior, pero dadas sus expectativas, tardé muy poco en optar por la verdad. Fui breve, se lo conté a grandes rasgos incluyendo el rancio desayuno. Ella me escuchó callada, sus ojos abiertos de par en par hablaban por sí solos.

—Seguro que tiene a alguien —comentó, apretando los labios pintados con carmín rojo—; ese sale y liga antes de llegar a la esquina; te lo digo yo.

—Me parece genial, pero que no pague conmigo su malaleche. Creo que ya hemos dejado las cosas claras; a ver qué me tiene reservado esta noche.

Paula miró la hora en su reloj de pulsera, un modelo clásico con la correa de eslabones de plata.

—Pues como no aparezca pronto, va a tener que esperarte sentadito en la escalera.

—No voy a salir.

—¿Cómo que no? Tú y yo nos vamos sí o sí. Si no, ¿para qué he venido?

Resoplé.

—Iba a decírtelo antes, pero pensaba que se me pasaría el cansancio... Hoy no puedo, Pau. Llevo dos noches sin pegar ojo; estoy muerta.

Ella chasqueó la lengua.

—No permitas que te coaccione, Carmen. Tiene que estar un montón de días, ¿no vas a salir hasta que se marche?

—No es por él, en serio. Soy yo, no tengo cuerpo para estar andando de un sitio a otro, de verdad, Pau, no es por él.

—Pues nada... ¿Qué tienes por ahí?

Sonreí encantada, me complacía esa facilidad de adaptación de Paula. En unos minutos preparamos un aperitivo a base del excedente de queso, gracias a que Theo se mantuvo en sus trece y solo desayunó tostadas con mantequilla, y un revuelto de huevos con gambas que colocamos en la mesa de madera que hay frente a la televisión, delante de un sofá gris de tres plazas de diseño moderno y dos sillones orejeros tapizados uno en blanco y el otro en rojo.

Empezamos a comer y le pedí consejo sobre aumentarle a Theo el precio por noche después de contarle la conversación acerca de sus hábitos alimenticios. Como esperaba, me dio la razón.

—El jamón de pata negra hay que pagarlo —dijo sin matices bromistas—, si no, ponle del malo de hembra. No creo que lo distinga.

Solté una risa. Ella siguió hablando del pésimo paladar de los extranjeros y de cómo los timaban en algunos bares. De buen humor, llené el tenedor de revuelto. Aún no había tragado cuando el pitido del timbre casi me atraganta. Murmuré en voz baja un taco.

—¿Será él? —preguntó Paula.

—No creo, no son las once.

—Habrá escarmentado...

Efectivamente, Theo Sorensen apareció esgrimiendo una sonrisa algo pobre. Pero saludó a Paula como si fuesen viejos amigos, conmigo se mantuvo más distante. Aceptó de buen grado la invitación de ella, sentándose en el sillón rojo mientras nosotras seguíamos en el sofá. Si ya me parecía un hombre alto, al ver sus piernas en el sillón, las rodillas le chocaban contra la mesa, me pareció un gigante tremendo. Como si me hubiese leído la mente, dobló con naturalidad una pierna sobre la otra. Disimulé los pensamientos que me sobrevinieron en ese instante, todos relaciones con sentirme bajo su cuerpo, ofreciéndole probar el revuelto. Al principio lo rechazó, pero la tentación pudo con él y comió halagando los sabores sin caer en las trampas que Paula

le tendía una y otra vez para saciar nuestra curiosidad sobre las visitas turísticas que hasta ese entonces suponíamos hacía.

—Pero debe ser muy aburrido no poder hablar con nadie.

—Estoy cansado de hablar en mi trabajo —comentó Theo después de darle un trago al vino—, a veces el silencio es necesario.

—¿Por qué elegiste la Literatura Española? —le pregunté interesada.

—Por el Quijote. Lo leí de niño y me impresionó. Fue cuando ya veraneaba aquí con mi familia. Luego aprendí a hablar español, seguía gustándome la literatura, enseñar... Sigue gustándome —matizó con la vista clavada en mis ojos.

Sonreí de manera conveniente para disimular de nuevo lo que me trastornaba tenerlo cerca.

—A mí lo que me gustaría es tener un mes entero de vacaciones —comentó Paula con un deje parecido a queja.

—Las mías este año han sido un impulso y excepcionales, porque a mi exmujer le interesaba tener a los niños en agosto, si no, habría cogido solo quince días.

«¿Un impulso?». Eso explicaba por qué reservó en Airbnb con tan poca antelación. En ese momento fui yo la que tuvo otro impulso, por curiosar, en cambio, me pudo la amable diplomacia y comenté casual:

—He visto en Internet que los colegios empiezan en agosto. Aquí con el calor sería imposible.

—En la universidad tenemos más margen hasta septiembre, pero los niños empiezan las vacaciones de verano a finales de junio, tienen seis semanas de vacaciones, y luego una semana más a mediados de octubre.

—¿Por qué tienen una semana de vacaciones en octubre? —le pregunté intrigada.

—Es una tradición porque antes los niños tenían que dejar el colegio para ayudar a sus padres a recoger la patata.

Paula alternaba la mirada entre los dos, es perspicaz, y trató de propiciar algún tipo de acercamiento:

—Acabo de recordar que mañana entro a las ocho —comentó, poniéndose en pie.

—Quédate a dormir —le dije rauda—. No has bebido mucho, pero seguro que habrá controles de alcoholemia.

—No tengo ropa para cambiarme.

—Te presto algo —repliqué.

—No, déjalo, prefiero descansar en casa.

Entrecerré un ojo, y no volví a hablar hasta que se despidió de Theo.

—Eres una lianta —susurré en su oído, junto a la puerta.

—Y tú idiota. A ese tío le gustas, hazme caso.

Volví a sentarme en el sofá, esta vez un poco incómoda. Solo mirarlo me hacía morir de vergüenza.

—¿Puedo preguntarte cuánto tiempo llevas divorciada?

—Cuatro años. ¿Y tú?

—Siete. Mis hijos viven con su madre. Ella se volvió a casar, ha tenido otros dos hijos con su marido.

No advertí ninguna recriminación en esos datos.

—Mi ex también se ha casado y también tiene otro hijo con su nueva mujer.

—¿Te molesta?

—No —contesté con un gesto de desdén—. Me molestó que me pusiera los cuernos con ella —expliqué desdeñosa—, que me fuese infiel —aclaré al verle el ceño fruncido—. Pero no le guardo rencor; es feliz y mi hijo está bien con ellos; eso es lo importante para mí. —Theo me dirigió un asentimiento raro, parecía ausente—. ¿No te gustaría que tus hijos vivieran también contigo?

—Es imposible, mi exmujer se fue de Copenhague a Skælskø. —Pese a no entender el nombre de la ciudad, no me fue difícil suponer que no estaría cerca—. Pasan conmigo dos fines de semana al mes y parte de las vacaciones. Antes de venir los he tenido dos semanas seguidas —comentó con una sonrisa.

—La cuestión es seguir en sus vidas —le dije condescendiente, sin imaginarme lo que le supondría estar perdiéndose ver crecer a sus hijos. Por cambiar a un tema menos triste, y en vista de la comodidad que empezábamos a tener, pregunté—. ¿Qué te parecen los cambios de Málaga? En quince años, los notarás, ¿no?

—Bastante. Solo he ido al Muelle, pero he pasado por el casco antiguo y el cambio es increíble. —No tardó en añadir—. Cuando venía con mis padres nunca nos quedábamos aquí, siempre nos alojábamos en San Pedro.

—A los nórdicos les gusta mucho aquella parte de la costa. ¿Vas a ir?

—En cuanto resuelva un tema pendiente.

Dudé indagar más por respeto a su intimidad. Más adelante me arrepentí. Habría sido mejor que le hubiera preguntado en aquel momento.

—Nosotros ahora tenemos todos los nuestros arreglados, ¿verdad?

Theo entornó los ojos, sonriendo.

—Sí. Esta mañana me ha dado vergüenza mirarte a la cara; lo siento mucho. ¿Te ha costado madrugar?

—No he dormido. Por eso no he querido salir con Paula —respondí sin reproche—. Te agradezco que hayas tenido el detalle de llegar pronto porque hoy cuando me duerma caeré muerta.

La mirada de Theo me resultó dulce, suave, y la eludí enfocando los ojos en el queso. Comía mientras pensaba en las palabras de Paula, incapaz de ver en él nada parecido a deseo.

—¿Desde que te divorciaste no has tenido otra pareja? —preguntó después de rellenar las copas de vino.

Bebió un trago, esperando la respuesta que yo medía para no resultar demasiado recatada.

—Estable, no. Estoy bien sola, me gusta disponer de mi tiempo y de mi espacio sin dar explicaciones. Supongo que tú sí, ¿no?

—¿Por qué lo supones?

—Porque a los hombres os cuesta más estar solos.

—Tienes muchos prejuicios con los hombres —dijo serio—. ¿Cómo voy con el orden y la limpieza?

—De momento, perfecto; pero llevas tres días escasos.

—¿Estás insinuando que lo hago por quedar bien contigo?

Encogí los hombros.

—¿Estoy equivocada?

—Totalmente —contestó rotundo, clavándome una mirada burlona—. ¿Me dejarías sacarte de todos tus errores?

—Acerca de la limpieza y el orden, sí —maticé nerviosa, consciente del derrotero que estaba tomando la conversación.

—¿Esos son todos?

Por sentirme a salvo, y como experta disimulando, apilé los platos y me puse en pie. Él levantó la vista, sonreía, y supe de inmediato que había interpretado bien su pregunta. Quizá Paula tuviera razón.

—Voy a recoger y a acostarme —le dije evadiendo responder.

—¿Empezamos ahora? —Me quitó los platos de las manos y los volvió a dejar en la mesa—. Acuéstate, los recojo yo —ordenó amable, esgrimiendo una leve sonrisa.

No objeté nada, ni me volví a mirarlo, ni siquiera me despedí. No pude hacer otra cosa que desaparecer en mi habitación para luchar contra el nudo

que tenía en el estómago. Creí que se avecinaba un mes complicado, sin acercarme de lejos a imaginar que Theo no solo aquella noche empezó a sacarme de todos mis errores, sino que pondría mi vida patas arriba.

Capítulo 7

UNOS MINUTOS ANTES de que Mario llegara a casa, estaba en el baño peinándome el cabello delante del espejo cuando Theo salió de su dormitorio hablando por teléfono en un tono cortante. Abrí los ojos como platos, pendiente a mi imagen cuidada, sin dar crédito a lo que oía después de una semana más que tolerable. Había llegado a creer que entre nosotros brotaba algo similar a la amistad. Él continuaba pasando fuera la mayor parte del día, a veces me contaba donde había estado, si le apetecía, pero nunca sobrepasaba las ocho de la tarde para volver. Era a partir de esa hora cuando nos sentábamos en el salón con unas cervezas o vino y charlábamos de nuestras vidas. Así nos empezamos a descubrir, de manera suave y sin traspasar el límite de un coqueteo más bromista que otra cosa. A mí no me seducía mantener una relación amorosa con alguien de paso, y a él supuse no llegaba a gustarle una mujer con mi bagaje emocional aunque en el fondo siguiera pensando que era por mi cuerpo lleno de curvas.

Durante esa semana apenas hablé con Paula, liada entre su trabajo y la ilusión por Jorge. Sin ella, no tuve el apoyo moral que tanta falta me hacía para confiar en mis posibilidades con Theo. O para darme el empujón definitivo. Tal vez por eso me mantenía inflexible en la postura de no traspasar la amistad.

—¿Hoy no te vas? —le pregunté a Theo al verlo sentado en el sillón rojo.

—Me gustaría conocer a tu hijo.

Al oír esto, mi temor se dispersó. Era un hombre adulto, padre de dos críos, se comportaría correctamente; no lo dudé.

—Hace un momento estabas enfadado.

—No es la palabra exacta. Había quedado para comer con... —Resopló —. No importa, no voy a ir.

—¿Con quién habías quedado?

—Con nadie —respondió en el tono arisco que ya conocía como advertencia a “no sigas preguntado o saldrás escaldada”.

—Si quieres, come con nosotros —le invité de forma mecánica. No me ofendí por esa forma tan suya de mantener una parcela de su vida íntima, lo

respetaba. También es cierto que en aquel momento estaba convencida de que tenía algún ligue. Esa era otra de las cosas que me retraían con él—. He hecho macarrones —le advertí casi disculpándome.

—Son infalibles —admitió recobrando el buen humor—. A Mads le encantan solos con mantequilla —Sonreí. A esas alturas conocía a sus hijos bastante bien. El niño, al tener la misma edad que Mario, se comportaba de manera parecida; y la niña, aunque estaba entrando en la adolescencia, según él, todavía era muy infantil—. Y a Nina a la boloñesa.

—Pues a Mario le gustan a la carbonara. Tres niños y tres versiones.

—Cada cual con sus gustos, Carmen, o cada uno con su individualismo.

«Tú con el tuyo, y yo con el mío», pensé para mis adentros. A él solo le mostré un gesto de afirmación con la cabeza.

Mario llegó con el pelo más corto, le habían desaparecido las mechadas doradas del sol. Tenía buen aspecto y fui feliz abrazándolo. En cambio, al guardar en su armario la ropa que había traído en una mochila, me sentí un poco mal contándole que Theo era un amigo danés que había venido a pasar el verano con nosotros. En el fondo me agobiaba decirle la verdad, siempre he pretendido mantenerlo al margen de mis problemas, sobre todo, si esos problemas eran económicos. La cara de mi hijo, pecosa, de boca medio mellada, no varió la sonrisa alegre al dar por hecho que tendría un nuevo compañero de juegos.

El recibimiento de Theo fue de agradecer. Secundó todas mis aclaraciones, a pesar de haberme dicho que no me explayara porque a Mario le daría igual. Mientras comíamos, contestaba su curiosidad con bromas y, realmente, se parecía más a un buen amigo que a un huésped. Descubrí otra faceta de él que me fascinó.

—¿Dónde están tus hijos? —le preguntó Mario al saber que los tenía.

—Con su madre, de vacaciones. Les pasa como a ti. Parte de las vacaciones están conmigo y parte con su madre.

—Yo me voy con mi padre a Galicia.

Arrugué la frente. Pedro no tenía que darme explicaciones, pero me habría parecido lógico enterarme por él.

—Nunca he estado —dijo Theo después de advertir mi desconocimiento sobre esas vacaciones—; pero tiene que ser bonito.

—Hace más fresco que aquí —aporté.

Observé a Theo alzando las cejas.

—No es por nada, pero en cualquier sitio hace más fresco que aquí en

verano.

—¿Disculpa? Vete a Córdoba, Jaén o Sevilla. Si esto te parece calor, aquello te parecería el infierno.

—Llévanos —dijo a traición—. ¿Qué opinas, Mario? ¿Te apetece ir mañana a Córdoba?

Theo bebió un buen trago del gazpacho que serví en tazas.

—Alto, alto —corté antes de que el niño cogiera el mismo vuelo—. Podemos morir asfixiados, ¿por qué no vamos a la playa y nos dejamos de carretera?

—¿Me dejarás ir con vosotros?

—¿Mami no te deja ir a la playa?

—No, por eso estoy tan blanco.

«¿Será mentiroso...?»

—Estás moreno —afirmó Mario, y me miró—. ¿Por qué no le dejas?

—No le hagas caso, cariño. Theo tiene mucha guasa y un morro que se lo pisa^[5].

«Ahí la llevas, ahora descífralo»

Los ojos oscuros de Mario brillaron felices. Reímos cómplices. Si hubiese estado en la misma situación que mi hijo no habría pensado en ningún momento que ese hombre apenas llevaba diez días en mi vida. Por primera vez en mucho tiempo disfruté de una comida simplona pero sobrada de guiños familiares que me hicieron añorar la etapa feliz de mi matrimonio. En contadas ocasiones echaba de menos a Pedro, no mentía al asegurar que sin él tenía la vida que quería; aunque durante esa comida me di cuenta de que él estaba ofreciéndole algo que yo no le daba al no tener pareja.

—¿Estás bien? —me preguntó Theo, rozándome la mano.

Mario clavó los ojos en su gesto.

—Sí, muy bien, gracias a los dos.

Theo era un hombre observador, advirtió la nostalgia en mis ojos y no retiró su mano. Logró animarme con sencillez, aunque también me traspasaba un calor que me puso nerviosa. Había fantaseado con sus manos desde que aprecié aquel tamaño sobrecogedor, en una circunstancia más placentera para los dos, sin público, por descontado, y, al sentirlo, al ser consciente de la seguridad que me daba, casi confusa con cariño o ternura, intenté escurrir la mano fuera de su alcance por no continuar con unas falsas esperanzas que tampoco me beneficiarían.

Él dejó que me sintiera libre; si bien no tardó en sacar el tema

aprovechando que Mario estaba distraído viendo dibujos animados en la televisión.

—¿Por qué me rehúyes? —preguntó en un susurro.

—¿Que he hecho qué?

Ante todo, debía mantener la dignidad.

—No te hagas la tonta, lo sabes perfectamente.

—No quiero un trato cariñoso que me traería complicaciones.

—¿Ves? Estabas mintiéndome.

—No es mentir, Theo; es protegerme.

—Somos amigos, no confundas las cosas.

—Pero somos unos amigos extraños. De no haber sido por lo que ha sido, no estaríamos aquí.

Theo necesitó unos segundos para entenderme. Había notado que con tiempos verbales simples no solía tener problemas, pero en cuanto la frase tenía el mismo verbo en dos o tres tiempos se aturrullaba casi tanto como con las frases hechas.

—No todas las personas se conocen en situaciones “normales” —comentó recuperando su tono y volumen, que no era alto pero ya no susurraba—. No sé cómo conociste a tu ex, pero, por ejemplo, yo a la mía la conocí porque chocamos con los coches. Hay tantas posibilidades como personas. ¿Nunca has conocido a alguien que al principio detestaras y luego os habéis hecho amigos?

—Sí, a ti —respondí risueña—. Cuando me amenazaste con llamar a la policía estuve a punto de colgarte por los huevos, después se me ha pasado el deseo de torturarte.

Los ojos de Theo reían divertidos.

—Menos mal... Me habrías hecho pasar otro mal rato con unas consecuencias demasiado dramáticas para mi... —Se detuvo buscando la palabra adecuada.

—¿Virilidad? ¿Hombría?

—¿De qué habláis?

Al oír la pregunta de Mario, los dos compartimos una mirada delatora.

—De los cambios en las personas —contestó Theo

—¿Qué personas?

Apreté los labios por no reírme y ponerle más difícil la explicación.

—Gente que conocemos tu madre y yo. —Theo estaba notando que Mario podía resultar un hueso duro de roer como sintiera curiosidad, y atajó con otro

recurso infalible—. ¿Te parece si vamos al quiosco y compramos unos helados?

Al niño le faltó tiempo para esperarlo con la puerta abierta, mientras tanto, a mí me faltaba arrojo para agradecerle el detalle con un beso. Aunque habría sido casto, en la mejilla, no tuve valor por no alentar un instinto que reaparecía cuando menos lo esperaba. Pretendí parecer correcta sin traspasar esa barrera amistosa que dentro de mis tontos parámetros me protegía de caer en la tentación. Era muy tonta, muy consciente de serlo, pero no podía olvidar que pronto estaríamos de nuevo a solas, que pronto él regresaría a Dinamarca y que nunca he sido mujer de aventuras pasajeras. Tenía tantos condicionantes que me frustraba a la misma velocidad que llegaba a convencerme de estar haciendo lo mejor para todos. Aun así, al verlo salir con Mario me pregunté si sería capaz de mantener con él una relación sin involucrar sentimientos que pudieran hundirme en la desolación cuando se fuera definitivamente. Resultaba una paradoja surrealista. ¿Por qué después de cuatro años tenía que gustarme un hombre que vivía tan lejos? O, peor, ¿por qué después de cuatro años, el único hombre que había llegado a gustarme estaba de paso? ¿Podía ser más desgraciada? Sin duda, sí. Todavía no había alcanzado mi punto álgido con él.

Capítulo 8

LA VOZ POTENTE de Theo se coló en mi cerebro mezclada con la risa de Mario y el martillero rítmico de batir huevos en un plato. Miré hacia la ventana con los ojos medio cerrados, apenas entraba una claridad tímida, y recordé que no habían sonado las campanas de la Iglesia de San Pablo, con un repicar discorde y casi siempre sumando retrasos. Pasé unos instantes en la cama sin decidirme, haciendo un esfuerzo por desperezarme y bostezando como si no hubiese dormido cuando había sido la primera noche desde el 18 de julio que lograba dormir de un tirón.

Tropecé con la maldita estantería al salir directa al baño, vi las estrellas, varias galaxias y hasta dos agujeros negros. Mal juré con ansia apretándome el pie derecho. Cuando pude apoyar el pie en la tarima, abrí la puerta y me sorprendieron los aromas apetecibles que aspiré hondamente. En la mesa había tres cubiertos bien dispuestos, la panera llena de tostadas y la cafetera en el centro. Los cocineros preparaban el desayuno en total sintonía. Estaban de espaldas, ambos vestían pantalones cortos y camisetas, y me llamó la atención su diferencia de tamaño.

—Buenos días —les dije al pasar camino del baño.

Ninguno respondió. Mario estaba mirando la destreza de Theo meneando los huevos en la sartén sin dejar de hablar.

Volví a los pocos minutos con el semblante fresco y el cabello peinado en una coleta. Theo encaró sus pupilas brillantes en las mías, luego las movió recorriéndome el cuerpo hasta detenerlas un instante en mis pies; todo ocurrió en segundos, pero fueron suficientes para subirme la moral.

—*Godmorgen!* —exclamó Mario al recibirme con un beso—. Theo me está enseñando danés y yo le enseño español.

—Qué bien, esa es la actitud —dije contenta—, formáis un buen equipo.

Theo sonrió y se me acercó, creí que con intención de besarme en la mejilla, pero solo se inclinó un poco sobre mí y habló en voz baja:

—Es un encanto, como su madre.

El canalla me erizó la piel, sentí un escalofrío por todo el cuerpo.

—Gracias —hablé tras unos segundos bochornosos—. ¿Qué habéis

preparado? —pregunté por recobrar la cordura que se me evaporaba cada vez con más facilidad.

—Tu desayuno favorito, mami —respondió Mario, enseñándome un plato a rebosar de salchichas a la plancha.

Theo depositó en la mesa un salvamanteles de corcho y colocó encima una bandeja con los huevos. El niño imitó todos sus movimientos con el plato de las salchichas ajeno a las miradas que cruzamos. No estoy segura de lo que estaba sucediendo aquella mañana, solo sé que Theo había cambiado su forma de comportarse conmigo. Lo notaba más osado, como dándome a entender que a partir de ese momento ya no habrían insinuaciones confusas, sino acciones delatorias.

Esa novedad me llevó a no mirarlo de frente mientras desayunábamos. Él se mantenía en silencio escuchando la voz cantarina, incesante y feliz de mi hijo:

—¿Qué vamos a hacer hoy, mami?

—Primero, recoger, cada uno su dormitorio —hablé obviando la ceja alzada de Theo, no fue mi intención que se diera por aludido, entre otras cosas, no le hacía falta porque diariamente me demostraba que su limpieza y orden eran auténticos; pero solía enumerarle a Mario las tareas incluyéndome para que no sonara a imposición—. Luego, estudiamos un ratito mientras hago la comida, y después lo que quieras.

—¿Te vienes a la playa con nosotros? —le preguntó a Theo.

—Claro, estaba esperando que me invitases.

Al oírlo, esta vez fueron mis cejas las que no encontraron espacio para elevarse.

—¿Hoy no tienes planes? —pregunté con voz sin vida.

—No —respondió tenso. Me molestaba que se le nombrara la palabra “planes” y se replegara como un erizo—. ¿Te importa si os acompaño?

Moví la cabeza negando. «¿Importarme? ¿Cómo iba a importarme? Al contrario, estaba dando palmas con las orejas pensando en el día que se me avecinaba. Si tenerlo cerca un rato resultaba un suplicio, ¿qué sería de mí durante un día entero? ¿Y si moría de estrés?».

Pasadas las doce llegamos a la playa, y yo aún seguía con los nervios al borde de provocarme un ataque. Había un enjambre de bañistas, síntoma de que el agua estaba clara y con buena temperatura, lo que se considera buena temperatura aquí: unos veinte grados, independientes al bochorno de la brisa bajo un sol de justicia. Anduvimos por la orilla hasta un hueco frente al

Parador de Golf, junto a ese límite nudista que tanto me gusta porque suele estar menos concurrido, clavé la sombrilla en la arena y le eché protección solar a Mario antes de que saliera disparado a bañarse. Theo se desnudó para quedarse con el bañador azul marino que ya le había visto en casa, aunque no resultara igual verle el torso ni mostrarme impasible cuando me pidió que le echase bronceador en la espalda. Fueros unos minutos angustiantes. No solo porque aprecié un tacto que invitaba a extralimitarme, también porque su altura me resultó descomunal cuando ya me había acostumbrado y no me parecía tan alto. Impresionada, me quedé totalmente cohibida. No era capaz de quitarme el vestido suelto que llevaba, convencida de que al ver mi cuerpo se acabaría su coqueteo.

Usando una técnica depurada a lo largo de los años, es decir: sentarme en la toalla, quitarme el vestido rápidamente y tumbarme todavía más rápido, logré pasar inadvertida, o eso creí. Cerré los ojos dándole a entender que estaba comodísima cuando ni siquiera me había echado bronceador ni el agua de mar vaporizada que siempre llevo en el bolso y es de lo más eficaz para tostarse. No tardé en escuchar su voz alta y clara desafiando a Mario a una carrera hasta la boya. Mi hijo enloqueció. Era la primera vez que estando conmigo alguien le hacía un ofrecimiento tan irresistible, tan arriesgado según mi poca propensión a aventurarme en mar abierto.

Sentada medio borracha de sol, me regué el cuerpo entero con el agua vaporizada sin quitar los ojos del mar. Les veía nadar en la distancia como un ballenato al lado de una gran ballena azul. Mario de pronto se detuvo. Puse una mano en la frente a modo de visera, todavía quedaban muchos metros hasta la boya, pero no me preocupé ni un poco; tenía la absoluta certeza de que estaba bien protegido. Luego, lo vi sobre la espalda de Theo hasta que alcanzaron la boya. Entonces, Theo lo elevó fuera del agua sujeto por las piernas para lanzarlo por los aires. Fui feliz contemplándolos y quise conservar un recuerdo.

Desde la orilla empecé a hacerles fotos con el móvil, aumentaba el zoom para conseguir la mejor imagen de los dos procurando que solo salieran ellos. Era difícil porque conforme se aproximaban a la orilla apenas quedaba superficie de agua sin gente. Se detuvieron en el banco de arena que había a unos veinte metros, Mario empezó a llamarme a viva voz y con unos aspavientos que captaron la atención de media playa. No podía defraudarlo.

Al guardar el móvil en mi bolso, escuché la llamada que estaba recibiendo Theo. Miré su mochila, el sonido cesó y me fui rumbo a una

experiencia mística. Había algo espiritual en bañarse superando tus miedos y una temperatura menos cálida de lo que podía imaginarse por la cantidad de bañistas. Aquello resultaba el Ártico. Seguí el ritual de mentalizarme unos segundos, no fui capaz de zambullirme con elegancia o arrojo. No dejaba de pensar en que ese frío tenía su explicación por las corrientes del Estrecho de Gibraltar y, por ende, repasé la diversidad marina que conlleva la cercanía al Atlántico que tanto me asusta. ¿O debería responsabilizar a Spielberg? La cuestión fue que ningún *Tiburón* se cruzó en aquel reto de superación, pude llegar al banco sintiéndome valiente y pletórica.

—¡Mami! ¡Has venido!

La ilusión de Mario por un gesto tan simple se me clavó en el corazón. A veces nos encontramos condicionados por miedos que nos impiden sentirnos bien, y sin duda, aquella expedición en medio del mar me devolvió el coraje para disfrutar con mi hijo y, por añadidura, con el hombre que me observaba con ojos enrojecidos por la sal sin ocultar su brillo burlón.

Jugué con Mario a sumergirnos para buscar coquinas en la arena del banco, sin éxito, pero estábamos pasando un buen rato mientras Theo flotaba a poca distancia dejándose llevar por las olas. Me dio la impresión de que respetaba mi momento con el niño, aunque también pensé que estaría echando de menos a sus hijos y quise incluirlo en el juego:

—Theo, ¿por qué no dejas de achicharrarte y usas esos brazos que Dios te ha dado para ayudarnos?

—¿Qué hay que hacer? —preguntó al acercarse.

—Tienes que sumergirte y mover el fondo —le respondió Mario—. Mira, así.

Intrépido, mi hijo desapareció bajo el agua y Theo le siguió para reaparecer a los pocos segundos. Por supuesto, con las manos vacías. Bajaban emocionados y subían con la decepción pintada en sus rostros. Al verlos, fui a la parte menos profunda y me puse a flotar con los brazos extendidos, totalmente relajada. Tenía una sensación de bienestar increíble entre la temperatura del agua que en aquel momento ya me parecía agradable pero refrescaba y el sol dándome de lleno en el rostro. No recuerdo pudor por enseñar mis curvas con aquel bikini negro. Eso sí, tengo grabado en la memoria el tirón que sentí en un pie y el grito aterrador que solté. Todo el miedo que no había pasado al nadar hasta el banco estalló en mi garganta atrayendo la curiosidad de los bañistas que estaban a unos metros. Noté que el pie me lo sujetaba una mano firme, masculina, y el miedo desapareció de

inmediato con la misma velocidad que Theo intentó calmarme.

—Deja de gritar, mujer, va a venir el socorrista.

—¡No vuelvas a hacerme algo así nunca! —hablé amenazante, tan cerca que le di manotazos en el hombro—. ¡No me gustan estos juegucitos en el agua!

Theo no tenía un semblante que indicara afectación, se limitaba a desorbitar los ojos cada vez que veía peligrar su integridad física, hasta que de manera súbita, pillándome a traición, me agarró la mano pegándome a su cuerpo. Ahí se acabó la diversión para dar paso al instante más sensual que había vivido con él. Fue agresivo para mis emociones, me quedé paralizada rozándole el pecho, ancho y duro, y presa de unas piernas fuertes que se habían apoderado de mis movimientos.

—Suéltame —le dije al sentir sus manos en las nalgas.

—Te mereces un castigo por escandalosa.

—Voy a callarme...

—¿Prefieres que te calle yo?

Iba a hacerlo, iba a tener la desvergüenza de besarme delante de mi hijo.

—Theo, suéltame ahora mismo.

—¿A qué jugáis?

Mario lo preguntó de una forma tan inocente que olvidé al titán que me constreñía a él.

—A nadar por parejas —le contestó Theo, sin mover las manos un milímetro.

—Jugad vosotros —dije aprovechando la oportunidad de escapar—, yo os sigo hasta la orilla.

—Cobarde —murmuró Theo antes de cambiar de carga.

Esa apreciación no la tuve en cuenta, prefería ser cobarde a exhibicionista delante del niño. O, tal vez, ni siquiera eso. Preferí no perder el control de mis impulsos a caer en una tentación que se merecía entrar a lo grande aunque pudiera no ser lo correcto. Las dudas continuaban minando mi confianza, pero empezaba a vislumbrar lo que tantas veces me repetía Paula: disfrutar del momento sin pensar en otra cosa que en ese momento. Debía tener claro si estaba dispuesta a sorprenderme a mí misma, a descubrir esa parte que con él ocultaba por timidez. Haciendo balance, o calibrando placer con pérdida, no deseaba renunciar a perderme tal experiencia.

Después de hacer la travesía pensando en él, alcancé mi toalla y la sacudí de arena. Theo había dejado a mi hijo en la orilla dándole un consejo como si

de un ser querido se tratara y le reía alguna gracia sin rastro de tristeza por no tener a sus hijos. Llevaba ese fracaso con elegante compostura. Recordé esa parte de su vida que guardaba con celo cuando por otro lado podía mostrarse sin complejos mientras se encontrara cómodo. Intenté no pensar en eso porque podía sumirme en una espiral pesimista con ramalazos de intrusismo que me molestaba. Al ir a tumbarme, sus ojos me recorrieron entera. Primero con interés, luego, deteniéndose en mis pechos, con deseo. Pude adivinar lo que pensaba y me cohibí. Él no apartó la vista, parpadeó varias veces y dijo:

—Ese biquini te sienta de maravilla.

—Deberías mirar el móvil —comenté evadiendo su halago. Frunció el ceño desconcertado, y le aclaré—: Antes de ir al banco, lo he escuchado sonar.

Obvié decirle que no lo había sacado de la mochila, di por hecho que se sobreentendía, encendí un cigarrillo y me centré en vigilar a Mario, que seguía jugando en la orilla con la arena. Theo se sentó en su toalla con el teléfono en la mano. Me pareció que lo observaba desdeñoso por su cara de asco. No escribió ningún mensaje ni llamó a nadie.

—¿Te apetece comer en el chiringuito? —preguntó de repente.

Extrañada, volví la cabeza hacia él.

—¿No has quedado después? —tanteé casual, me moría por conocer la identidad de quien le hubiese llamado.

—No, estoy a vuestra entera disposición.

—No se lo digas a Mario —bromeé—. Va a ser tu nuevo mejor amigo.

—Ya lo es, pero la cuestión no es esa. ¿Quieres serlo tú?

Mantuve el tipo soltando una bocanada de humo.

—Eso ha sonado a proposición.

Esbozó una sonrisa misteriosa, se reclinó en la toalla y cerró los ojos atrapando el sol. Me dejó observar su satisfacción perdida en el silencio de las ideas que sacudían mi mente, hecha un manojo de nervios al admitir que terminaba de germinar la semilla de la tentación. Estaba asustada. Ya no había duda de que Theo era terriblemente obcecado y de que tenía decidido seducirme; pero me quedaba por descubrir hasta dónde pretendía llevar su juego. Quizá esto último fue lo que más temí.

Capítulo 9

LA MAÑANA QUE Pedro llegó a casa para recoger a Mario fue rara, incluso gris por el cielo encapotado que solo traería más bochorno y un calor menos sofocante que el mío como Theo estuviera cerca. Por suerte, el danés había desaparecido en una de sus misteriosas escapadas tras desayunar y despedirse del niño cariñosamente. Me dio pena escucharle animarlo, por no decir mentirle, cuando le prometió que volverían a verse muy pronto. Aunque lo entendí, estaba lidiando con la tristeza profunda de soñar un imposible; tal vez, era más inocente que mi hijo.

Fumando en el balcón, con un cenicero a mano, barruntaba que al despedir a Mario también lo había hecho de la única protección para no caer en las redes del pescador hambriento; no me quedaba otro remedio que seguir zigzagueando cual anguila escurridiza o dejarme atrapar aunque después me arrepintiera. Mi inseguridad, confusión y la compañía de Mario mantuvieron impenetrable el límite que deseaba traspasar en perfecto equilibrio con la sensatez de una negativa por protegerme. Llevaba muchos días palpando el peligro, dejando que me rozara de forma accidental, o eso pretendía hacerme creer, y esquivándolo con disimulo delante del niño. Me encontraba en un cruce de caminos abarrotado de árboles, ninguno me permitía ver más allá de los primeros pasos, de los definitivos primeros pasos sin retorno hacia una novedad con visos de gustarme demasiado. Era como las ganas de comer chocolate, me gusta a rabiar, aunque las evito porque cuando empiezo no soy capaz de parar y luego termino arrepentida.

Desanimada, aproveché el día nublado para salir a dar un paseo por la Ribera del Guadalmedina. Es una calle peatonal ancha a la vuelta de la esquina de mi piso, con una pérgola blanca que da sombra y cuatro puentes para cruzar el cauce seco del río. Un grupo de chavales jugaban a voleibol en el cauce mientras un perro correteaba olisqueando los matojos que crecían libremente en los muros llenos de grafitis. Pensé, como algo recurrente que siempre pienso al pasar por esta zona, que en vez de destinar todos los presupuestos municipales a embellecer el casco histórico, las partes más transitadas por los turistas, los políticos de turno deberían replantearse

invertir en el río ahora que estaban inundándolo los hoteles y tenía una afluencia considerable; resultaba incongruente.

Atravesé el Puente de los Alemanes, una estructura de hierro que donó el pueblo alemán a principios del siglo XX en gratitud al socorro prestado por los malagueños a una de sus fragatas, y puse rumbo al Mercado Central sin intención de comprar nada. Ese solía ser uno de mis propósitos loables siempre incumplido, nunca salía del mercado con las manos vacías.

Al entrar, las voces de los vendedores se solapaban unas con otras. Había que andar abriéndose paso entre carros de la compra y centenares de turistas, pero estaba acostumbrada y no me supuso ningún esfuerzo recorrer los puestos de pescado y fruta hasta llegar al que vendía batidos vegetales recién hechos. Disfrutaba sintiendo el latido de aquel espacio antiguo mientras bebía, fijándome en los cartelitos de los precios sobre las frutas brillantes y bien ordenadas.

—¿Qué haces aquí?

Me volví estupefacta para toparme de frente con Theo, también llevaba un batido verde en la mano.

—¿Y tú? ¿No estabas de turismo por la costa?

—No recuerdo haberte dicho dónde iba.

Era cierto, tampoco le pregunté.

—Lo he supuesto. ¿Estás comprando o de visita?

—Mitad y mitad —respondió, bajando la vista a mi vaso de plástico—. ¿Del puesto que hay al fondo?

—Sí. ¿De espinacas, lima y manzana?

—Exacto —admitió sonriendo—. ¿Cómo se ha ido el niño?

—Bien, con la golosina del viaje a Galicia...

—No he querido presenciarlo —confesó—; no me gustan las despedidas. Asumí que le traían malos recuerdos asintiendo con la cabeza.

—¿Tienes planes? —pregunté de buen talante.

En ese momento pretendí averiguarlo antes de ofrecerme como cicerone.

—Sabes que no.

También era cierto, en parte. Desde el día que fuimos a la playa con Mario sus “solitarias” salidas acabaron, solo en una ocasión estuvo perdido una mañana entera y cuando regresó a media tarde trajo un cargamento de palomitas de maíz y helado que nos comimos viendo una película infantil. No había vuelto a escucharlo malhumorado hablando por teléfono, ni siquiera responder mensajes. Aunque, pensándolo bien, podía hacerlo sin que yo lo

viera.

—¿Te apetece ir a tapear?

La sonrisa de Theo no me sorprendió, sí su brazo sobre mi hombro. Salimos del mercado en dirección a las callejuelas entre la calle comercial más famosa de Málaga, Larios, y calle Nueva, que es su hermana pobre, a una distancia breve. Había varios bares antiguos con terrazas y, a esa hora, justo el mediodía, nos costó un poco decidarnos por la escasez de mesas libres.

Ni diez minutos después, teníamos por delante unas cervezas y una tabla de jamón ibérico.

—Este no tiene comparación con el tuyo —dijo al meterse en la boca una lasca de jamón cortado al milímetro, grasiento y con vetas que indicaban su calidad.

—Protesta lo que quieras, pero bien que te lo zampas.

—Es una opinión, no te enfades.

—Cada cual debe permitirse ofertar según lo que el cliente esté dispuesto a pagar —cogí la carta para cerciorarme del precio—. Este te va a costar...

—Me detuve, aquello era abusivo—, un pico...

Theo negó, esgrimía una sonrisa.

—No tienes rival como casera..., ni como amiga... —Levanté las cejas—. Puedes hacerte la ofendida, pero es verdad. Y, de paso, compra una pata de jamón medio decente, puestos a invitar...

—Lo tendré en cuenta si luego me haces un favor —le dije, pensando en sacar partido a su corpulencia.

—¿De verdad? —preguntó bajando el tono de voz.

—Sí. Tengo que colgar una estantería en mi habitación, pero no puedo hacerlo sola. Ayúdame y te ganas el jamón de pata negra.

—Soy capaz de ayudarte a cambio de nada.

En su voz se filtró un rastro de ofensa.

—Ahora el ofendido eres tú, ¿por qué?

—Porque has tenido bastantes oportunidades de pedírmelo sin chantajearme.

—Estás bromeando, ¿verdad?

Theo movió la cabeza despacio. Lo que había empezado como una tontería intrascendente se convirtió en la conversación más íntima que mantuvimos por aquellos días. No fueron confidencias sobre nuestras ideas o vivencias de nuestros matrimonios, sino acerca de la soledad después de haber pasado acompañados mucho tiempo.

—Tú, quizá, lo tienes más fácil porque eres fuerte —comenté—; pero yo he tenido que espabilarme a marchas forzadas.

—¿Marchas forzadas? ¿Cómo los coches?

Sonreí.

—A veces se me olvida que eres guiri. Quiere decir “rápido”.

Theo me observaba muy atento, como si pretendiera indagar en mis ojos más verdades de las que le contaba. Tenía una capacidad asombrosa para escucharme, y reconozco que a ratos soy un martirio o un loro maníaco, pero él se concentraba en mi voz como si el resto del mundo no existiera. Me convertía en gigante a su lado, en la única persona que le merecía importancia. Era la primera vez que un hombre me trataba con tanta deferencia y sin saberlo me cautivaba.

Esa tarde, lo invité a entrar en mi dormitorio. Paseó la mirada con interés comedido por las tres lámparas globo que colgaban a un lado de la cama, por la librería entre los dos armarios blancos y por las grandes fotografías en blanco y negro de las paredes.

—Esa la hice en Malahide, cerca de Dublín —le expliqué frente a un bosque sinuoso.

—Es bonita, y esta también —comentó de una panorámica del castillo de Eilean Donan bajo una tormenta—. ¿Es tuya?

—Por supuesto, mis fotografías son mis recuerdos. Nunca pondría en una de mis casas una fotografía hecha por nadie más que yo.

—¿Y si nadie fuese tu pareja?

—Eso es otra cosa, me refería a extraños. Creo que en las casas están parte de las almas de quienes las habitan, y los recuerdos conforman esas almas.

Me alejé de su lado cuando sentí la intensidad de sus ojos en mis labios, y le mostré la estantería y dónde quería colocarla; cualquier cosa por salir de su atracción.

—Marca tú el sitio exacto —dijo inclinando la cabeza hacia arriba—, yo hago los taladros y la coloco.

—Vale —admití, no pareció preocupado por el peso ni la altura—. Voy a traer la escalera y el *guarrito*. ¿Qué tacos cojo?

—Me he quedado en “escalera”, deja los cerdos para cenar y trae tacos del ocho.

—Vamos, Theo, ¿toda la vida veraneando aquí y nunca habías escuchado llamar al taladro *guarrito*?, pero si es lo más malagueño del mundo...

—Venía por placer —dijo, encarando sus pupilas seductoras en mis ojos—, no a hacer trabajitos para mujeres aprovechadas.

—No sé yo... A ti te ha dado tiempo de esto y más.

—Te aseguro que no, y si dejaras de hablar podría acabar pronto para enseñarte algunas de las cosas que he ido aprendiendo.

Salí del dormitorio rápidamente, reprendiéndome por meterme en jardines prohibidos. Tardé poco en comprobar cómo la fuerza era otra cualidad con poderío para abstraerme en sus brazos macizos y en un cuerpo de dios curtido en fibra. Verlo sostener a pulso la estantería mientras seguía mis indicaciones fue casi indecente, el peor reclamo contra la sensatez. Por suerte, o desgracia si era honesta, tener una amiga medio atolondrada por un hombre cortó de raíz aquel momento místico.

Cogí el móvil y saludé a Paula alegremente. Y, por evitar el molesto ruido del taladro, fui al salón y me senté en el sillón rojo. Empezó a contarme que Jorge había organizado esa noche, cuando se inauguraba la Feria con un espectáculo de fuegos artificiales, una cena en su casa para un par de colegas del hospital. No me apetecía asistir sola ni soportar el tumulto de gente que habría en la calle ansiosa por divertirse.

—*Tienes que venir, Carmen* —repitió por tercera vez—. *No es lo mismo ver los fuegos tranquilamente desde un balcón que apretujado en el muelle.*

—Pero es que Jorge vive en todo el *fregao*.

—*Quéjate, guapa. ¿Cuándo has tenido la oportunidad de ver los fuegos en plena Malagueta de relax y con una copita en la mano?*

—No voy a responderte, Pau; te diga lo que te diga, vas a seguir insistiendo.

—*Tráete a Theo* —dijo como leyéndome el pensamiento—, *así no te sentirás sola y él podrá ver los fuegos como pocos guiris pueden verlos.*

Suspiré agobiada.

—Todo ventajas... —hablé cuando cesó el ruido del taladro.

—*¡Carmen!* —gritó Theo—. *¡¿Puedes venir?!*

—Paula, tengo que dejarte. Si voy, después te llamo.

Encontré a Theo haciendo equilibrista en la escalera plegable al sujetar la estantería mientras intentaba engancharla en los soportes metálicos que había colocado en la pared.

—Ya era hora, tampoco tienes rival como ayudante.

—No sabía que necesitaras ayuda...

—Gracias por tenerme en tan alta consideración, pero no soy Superman.

«¿Ah, no?», pensé divertida, aunque por fuera apreté los labios en una sonrisa breve. Theo hizo que me subiera dos peldaños por encima de él para sostener un lado de la estantería. Le resultó fácil enganchar el lado opuesto al mío.

—En equipo las cosas se hacen más rápido —dijo, justo aprisionándome contra su cuerpo cuando ya no necesitaba ayuda para nada. Esperé paciente a que terminara de engancharla en el soporte que tenía sobre mi cabeza, pero o aquello no quería encajar de manera fortuita o él estaba alargando adrede un contacto que me mantenía en tensión por el roce de su pecho en mi espalda—. Listo —exclamó, sujetándome las caderas—. Ten cuidado al bajar.

Todavía con la sensación de sus manos sobre la piel, contemplé admirada la estantería a los pies de la cama, realmente, ese era su sitio; y le dije:

—Te lo agradezco mucho, sin ti no habría podido colocarla nunca.

Theo estaba a mi lado, volvió la cabeza y esgrimió una ligera sonrisa.

—Mientras esté aquí, puedes pedirme lo que quieras.

Esa forma suya de aliviar mis dudas a base de entrañable amabilidad no solo me hacía fluir a sus redes también aliviaba la tensión de unos acercamientos cada vez más osados.

—¿Te apetece acompañarme esta noche a una cena en casa de Jorge?

Él conocía de oídas al médico porque varias veces me había preguntado por Paula, perdida en combate desde su primera cita.

—Me gustaría ver los fuegos.

—Si me acompañas, te prometo un sitio en primera fila.

Theo arqueó una ceja, yo afirmé con la cabeza. A continuación, estaba mandándole un mensaje a Paula para confirmar que iría acompañada por el danés complaciente. Esta última apreciación no la escribí, pero no podía quitármela del pensamiento.

Capítulo 10

RECORRÍAMOS EL LARGO Paseo de los Curas, paralelo al muelle, entre un vergel de palmeras y arbustos, cuando había caído la noche y la muchedumbre enfiestada invadía las calles. Con el tráfico de vehículos cortado, las filas de gente repartidas por toda la carretera solo permitían divisar las torres del fondo donde vivía Jorge y se arremolinaba el epicentro del espectáculo.

Sumido en uno de sus inescrutables silencios, Theo me agarró la mano abriéndose paso al cruzar frente al cubo de cristales coloreados del Centro Pompidou. Parecía incómodo por la masificación.

—Es aquel edificio de allí —le señalé la mole blanca que se elevaba al cielo con una solidez llamativa.

—No me gustan los edificios tan altos.

—A mí sí cuando están bien integrados en el paisaje urbano, pero esta zona en concreto fue un despropósito en los años setenta donde invirtió una clase adinerada que se sigue manteniendo. Pegados al puerto y a la playa, a la plaza de toros, la farola... el paradigma del poder adquisitivo para algunos.

—Prefiero los bloques como el tuyo, tienen otra esencia.

—Bueno... Estos por dentro son enormes y tienen unas vistas espectaculares.

—Admiro más lo pequeño con estilo.

Sus palabras tenían algo milagroso para quitarme la respiración, como su mirada cálida, un fuego ardiente en el mar, me daba a entender que no hablaba de casas. Podía equivocarme, pero a menudo solía decir cosas con interpretaciones varias. Y, la mayoría de veces, yo escogía quedarme con lo más halagador que aumentaba mi confianza.

Subimos al piso charlando sobre la evolución de Málaga a lo largo de los últimos quince años, sustanciales en esta zona por la construcción del muelle y lo que conllevaba comercialmente, con puntos de vista opuestos gracias a su mentalidad nórdica de conservacionismo por encima de progreso económico. Indudablemente, porque disfrutaban de una economía saneada. Iba a replicarle cuando Paula abrió la puerta. Llevaba un vestido rojo que destacaba su figura delgada. Durante unos instantes sonreí con timidez admitiendo sus halagos. Me

había puesto una falda larga de vuelo y una camisa blanca con un volante que dejaba mis hombros al descubierto. Theo posó los ojos en la conjunción peligrosa entre mis pechos, brillaban, inamovibles y ausentes.

—Está guapa, ¿verdad? —le preguntó Paula.

—Es guapa, siempre lo está.

A Theo podía perdonarle el piropo, sonó sincero; pero que Paula hubiera aprovechado la circunstancia para arrancárselo, sabedora de mi pudor y escaso interés por llamar la atención, me pareció excesivo.

Paula nos enseñó de pasada el salón del piso —rectangular, amplio, de colores neutros y con muebles vanguardista—, guiándonos a la terraza que daba al muelle. Era otro espacio generoso, decorado con sencillez: suelo cerámico, paredes rodeadas por macetas frondosas y un rincón con dos sillones de mimbre donde un gato gris dormía ajeno a visitas. En el centro, una pareja de mediana edad estaba sentada en una mesa redonda de madera. Sobre la mesa, además de los seis cubiertos, vajilla y varias velas encendidas dentro de unas vasijas de barro, había dos platos medianos de embutidos variados, con quesos, chorizos y lomo, y uno mucho más grande lleno de jamón ibérico con vetas brillantes y cortado en porciones perfectas. Dudé seriamente que aquello fuese obra de Jorge, tenía más bien pinta de haberlo encargado a un catering de gourmets.

Al acercarnos, la pareja se puso en pie y Paula nos presentó de manera formal. Rondarían los sesenta años, con aspecto rancio, no parecían regalar sonrisas. También eran médicos. Los ojos cansados del hombre, cardiólogo, detrás de unas gruesas gafas de montura de concha, me recorrieron de arriba abajo. Lástima que no le presté una atención similar a su nombre, fue oírlo y olvidarlo. La mujer se llamaba Sandra, era neuróloga, y parecía estar tallada en mármol. Repasó a Theo con un desdén inapropiado. Ninguno me impresionó, si conocía a alguien era justamente a médicos de distintas especialidades. Propiciaron una conversación intrascendente sobre mi antiguo empleo en el hospital, que Theo aguantó impávido hasta aludir con humor a su condición de ser el único ajeno a la medicina. Reí contenta aunque el matrimonio se mostró algo parco con él. Al principio, por las miradas severas que le dirigían, pensé que era por su indumentaria demasiado informal, bermudas beige y camisa blanca, porque serían de ese tipo de personas influenciables por las apariencias; sin embargo, al cabo de unos minutos, mientras enumeraron sus méritos profesionales, me di cuenta de que se creían por encima de los demás solo por tener un título universitario. Me conmovió

la elegancia de Theo siguiéndoles la corriente sin referirse a su carrera, los escuchaba con una expresión de verdadero interés. Luego cometió el error de desviar la mirada hacia mí, y fue cuando supe que estaba harto de soberbia.

El cardiólogo no dejaba de hablar, ajeno a la brisa que movía su cabello ralo y blanco peinado meticulosamente con objeto de parchearle el cuero cabelludo. Resultaba patético, cansino, y fuera de lugar por los términos que usaba sin tener en cuenta el español de Theo, que era excelente, pero tenía sus límites y, con seguridad, los términos científicos los desconocía.

Paula, que sonreía sin aportar nada, se apiadó apartándonos de ellos y nos ofreció dos mojitos en unas copas artísticas. Asomados al balcón, le explicamos a Theo curiosidades de la Estación Marítima que se divisaba en la lejanía. No le prestamos atención a la insigne pareja. Con sorna, le hablé en voz baja a Paula:

—Ahora no me extraña tu insistencia, guapa.

—Son un coñazo —dijo, y pronuncié para Theo “pesados” en un susurro informativo—, pero se invitaron solos y Jorge no podía negarse.

—Eso ocurre por vivir en primera línea del show —comentó Theo—. A ti no te pasa —dijo dirigiéndose a mí.

—¿Perdona? —hablé falsamente molesta—. Espera que llegue la Semana Santa. A ver qué piso se cotiza más, este o el mío. Te recuerdo que los fuegos son solo hoy; las procesiones duran cinco o seis días.

—Tampoco presumas —replicó Paula—, que por tu puerta pasan tres y media.

—Las que quieras, pero son las más importantes.

—¿Cuándo es la Semana Santa el año que viene? —preguntó Theo.

—Ni idea —respondí—, en marzo o abril.

—¿Estás pensando volver? —le preguntó Paula.

—Pienso muchas cosas, no lo descarto.

Lo miré atenta durante unos breves segundos.

—No pareces muy cristiano —comentó Paula—, pero te gustará.

Jorge llegó sonriendo, traía en la mano una botella de vino tinto que dejó en la mesa. No era un hombre guapo; aunque tenía los ojos grandes de un atrayente tono azul oscuro, iluminaban su rostro clásico, y el cabello encanecido por las sienes como mejor baza. Después de besarme en el rostro con una familiaridad que no teníamos hasta ese entonces, fomentada por su relación sentimental con Paula, habíamos sido compañeros y siempre con una diferenciación de rango entre médico y enfermera que jamás he sentido con

ella, saludó a Theo con simpatía y un apretón de manos.

—Me han hablado mucho de ti —dijo Jorge—, todo bondades.

—Menuda sorpresa. —Theo paseó la mirada por nosotras. Vacilé, sin saber si fue por incredulidad o porque yo apenas le había contado nada de él y no podía decirle lo mismo—. Muchas gracias por invitarme.

—Los amigos de mi chica son mis amigos —resumió feliz.

Escucharle me llenó de esperanza por Paula, compartían emociones y eso era algo inaudito para ella tras varios descalabros amorosos con hombres que no le llegaban ni a la altura de los zapatos. Jorge estaba entregado, una rareza cuando le creíamos perdido en relaciones esporádicas donde lo más parecido a cualquier compromiso se limitaba a elegir un buen restaurante para cenar.

—Jorge —le llamó el cardiólogo—, como no empecemos ya se nos echa encima la hora.

Sin borrar la sonrisa de su boca, Jorge le dio la razón y desapareció en el interior del piso. Paula salió detrás con la excusa de ayudarle. A esas alturas, Theo y yo teníamos claro que el matrimonio había ido por ver los fuegos artificiales disfrutando de la comodidad que la terraza les ofrecería; pero esa prisa, siendo un invitado, resultó grosera y antipática.

—Este dura en mi casa minuto y medio —murmuré.

—¿Segura? —preguntó Theo—. Yo creo que ni habría entrado.

—Eso te ha marcado, ¿eh? —hablé feliz, dándole un ligero codazo.

—No puedes imaginarte hasta qué punto, me has traumatizado para siempre. La próxima vez que me aloje con Airbnb exigiré hablar en persona con el anfitrión antes de pagarle nada.

—¿Cuál será tu siguiente destino?

Estaba intrigada, un poco celosa y muy cómoda gracias al mojito.

—No lo sé, cuando vuelva al trabajo y cuadre las vacaciones de Navidad lo decidiré. Podrías animarte y hacerme una visita, prometo recibirte con honores.

—Me encantaría ir, pero hasta que no encuentre otro empleo no quiero despilfarrar. ¿En Copenhague se ven auroras boreales? —Theo apretó el ceño, y añadió—. *Northern Lights*.

—Ah... —exclamó al comprender—. No son usuales, pero de vez en cuando se ven si el cielo está despejado. Te aconsejaría ir a Tromsø, está en el norte de Noruega, allí las tienes aseguradas.

Siguió hablándome de esa ciudad como si la conociera bien, como si escarbara en buenos recuerdos vividos. Sus palabras, en perfecto español aun

con ese acento marcado, me arrullaban. Me contó acerca de pintorescos pueblos de pescadores con cabañas de madera, rodeados por montañas verticales; de fiordos interminables donde podían avistarse ballenas y delfines. Sentí un deseo enorme por volver a viajar.

—Antes me iba de vacaciones un par de veces al año, en agosto y en febrero; es una de las cosas que más echo de menos al estar sin trabajo.

Theo me agarró la mano y apretó fuerte.

—La vida es cíclica, lo importante es no desesperar. Tienes experiencia y actitud, no tardarás en encontrar otro trabajo. Si no, contempla la opción de emigrar.

—¿A Dinamarca? —le pregunté bromeando.

—Adonde quieras —respondió más serio de lo que esperaba—, cualquier sitio sería bueno de escogerlo con cabeza. Hay cosas en las que no tienes que guiarte por el corazón.

Sonreí convenientemente, sin ganas.

—Chicos, me alegra ver cuánto habéis mejorado —dijo Paula, de regreso con una fuente en la mano. Vi un chuletón a la brasa cortado en tiras—, pero además de hablar y llevaros bien, ¿qué os parece sentaros a la mesa para cenar?

—No te dejes influenciar por las apariencias, Paula —le dijo Theo—, no me soporta.

—Estás bastante despistado —replicó ella.

Elevé la barbilla, dibujando una sonrisa leve, en plan enigmática, y paseé la mirada entre los dos eludiendo a la curiosa pareja de médicos. Paula colocó la fuente en la mesa, se sentó y les dio conversación. Theo no dejaba de observarme, ajeno al vaivén emocional que sentía. Tal vez, fuese por el deseo tangible que fluía entre nosotros o por esa sinrazón que nos lleva a alejarnos de lo que realmente queremos tener muy cerca.

Cuando nos sentamos, al lado del matrimonio hipersolvente, ya éramos sabedores de estar descartados de su círculo íntimo; un castigo vitoreado y aplaudido a partes iguales, también Paula estaba incluida en el rincón de los insurgentes. Esa pésima actitud se tradujo en que fuimos pasivos a cualquiera de sus apreciaciones centrados en nosotros a pesar de los fallidos intentos de Jorge por integrarnos, siempre saboteados por la pareja, hasta que desistió y los sobrellevó con solitaria corrección.

—Todo es excelente, Jorge —comentó Theo. Me pareció loable su interés en rescatarlo de una charla profesional poco indicada fuera del trabajo

—. ¿Dónde has comprado el jamón?

—En el Corte Inglés, Cinco Jotas, de Bellota —contestó, y sonreí. Así cualquiera acierta, era una apuesta ganadora.

—Es el que deberías comprar, Carmen —dijo Theo con naturalidad.

Lo miré, inclinando un poco la cabeza. No solo aprendía rápido, sino que era más listo que el hambre.

—Mañana a primera hora estoy en el supermercado comprándotelo —hablé sin rastro de ironía pese a bromear. No dudé de que tanto Theo como Paula lo hubieran advertido. Fijé los ojos en él, y le pregunté—. ¿Con doscientos gramos tendrás suficiente?

—Deberías comprarle una pata entera para que se la lleve a Dinamarca —interrumpió Sandra, la doctora insípida—; se nota que allí no tienen este tipo de jamón.

Dejé los cubiertos en el plato y levanté los ojos de la carne para observar a Theo, que lucía en su cara sin afeitarse la misma perplejidad que yo. Paula me miró con terror, sin atreverse a respirar. Estaba pálida. La sangre había huido de su cara y se concentraba en sus orejas, a juego con su carmín.

—¿Y usted no debería comprarse una buena dosis de respeto y humildad? —le pregunté.

—No sé a qué viene esto —dijo desconcertada—, estaba bromeando.

—Pues céntrese por completo en la medicina o mantenga la boca cerrada un ratito para aprender un poco de cortesía.

—Por favor —empezó diciendo Jorge, tenso—, tengamos la cena en paz. Theo —comentó mirándole a los ojos—, tú sigue a tu ritmo y no tengas en cuenta la broma de Sandra.

La mujer se disculpó abochornada. Y, de nuevo, Theo adoptó un aire tolerante esbozando una sonrisa amable para continuar comiendo sin sentirse juzgado. De haberlo visto comer groseramente, habría medido mi tono y habría sido la primera en ofenderme porque detesto la mala educación en la mesa; sin embargo, no fue el caso. Me molestó que se ironizara o criminalizara su buen apetito por el simple hecho de tenerlo. ¿Cómo creía la buena doctora que reponía energías alguien de ese tamaño?

A partir de entonces todos tratamos de charlar amistosamente. Incluso el médico sin nombre, lo llamo así porque no conseguía escuchar a Jorge ni a su mujer llamarlo una sola vez, comenzó a terciar sobre literatura y viajes. Este cambio en el tema de conversación interesó a Theo y formó un comandillo con él y Jorge.

—Solo te he visto defender así a tu hijo. —Paula me habló en voz baja —. ¿Qué hay entre vosotros?

Sin levantar la vista del plato, susurré:

—Nada.

—Te has liado con él... —murmuró.

—No estamos liados —dije apenas moviendo los labios.

—No te creo, veo cómo os tratáis.

Bufé cansada.

—Cállate ya, quiero terminar la noche sin más problemas.

—¿O solo con un problema enorme dándote lo tuyo? —preguntó cínica, siempre en un tono inaudible para los demás.

—Hay más cosas en la vida que el sexo. Aunque sea difícil que lo asimiles, es cierto.

—Se te ve el plumero^[6], guapa.

Volví a bufar, y di por terminada mi cena. No era capaz de digerir más carne cuando tenía el estómago a rebosar de sinceridad. Intenté olvidar las palabras de Paula enfocando la atención en la charla de los hombres. Mejor dicho, en la voz profunda de Theo mientras hablaba de literatura española contando con un respetuoso silencio. Observé atentamente el espléndido aspecto de su rostro bronceado: rasgos fuertes, nariz recta con unas pecas salpicadas, incipiente barba casi disimulada entre las canas y el vello dorado y, por supuesto, no aparté la vista de sus ojos azules, que refulgían con destellos furiosos. Fue como verlo en la universidad delante de sus alumnos trasmitiéndoles esa pasión que podía convertir algo aburrido en interesante y marcaba la diferencia entre estudiar y aprender. Sin duda, con él todos aprendíamos.

Un poco antes de la doce, la velada ya discurría amena. Estábamos asomados en el balcón, bebiendo champán, pendientes a la marabunta que se arremolinaba en el Paseo de la Farola con el propósito de ver alegremente la inauguración de la semana de feria. Theo se encontraba a mi espalda cuando empezó a sonar una música electrónica a más decibelios que en un concierto y una artillería de cohetes surcaron el cielo hasta explotar en una cascada de luz. Así dio comienzo el espectáculo. Las canciones se sucedían en varios estilos al ritmo de los fuegos, predominaba el pop romántico, hasta *La cabalgata de las Valkirias*.

—Otra cosa no —susurró Theo en mi oído—, pero a eclécticos no os gana nadie.

—Hablas en positivo, ¿verdad? —le pregunté por cerciorarme de no haber percibido en sus palabras un rastro burlón.

—Siempre —dijo rozándome la piel del cuello.

La cosa para mí estaba poniéndose difícil. Era consciente de que mi conducta durante la cena dejó entrever más cercanía de la que habría deseado exponer, que llevábamos bebiendo varias horas y que eso empezaba a aflojarnos el cerco contra la tentación. Aun así, no me importó. Tenía firmeza para soportar su contundente físico pegado en la espalda, el contacto de sus caderas con meneos inapropiados pero desapercibidos para los demás. La actitud de Theo fue de una seguridad exasperante, comparable a la arrogancia del conquistador confiado en su victoria. Me pareció el colmo de la desfachatez que se la permitiera en aquel momento.

—Voy al baño.

Theo se dio cuenta inmediatamente de que me proponía huir de él, me miró desafiante y bebió apurando su copa. Creí estar a salvo al encerrarme en el baño, pero resultó un breve espejismo. Tres toques suaves en la puerta, un aviso medio en secreto, y tuve el corazón desbocado: el conquistador reclamaba su premio.

Exhalé todo el aire de los pulmones antes de abrirle y verlo tapándome la visión con su cuerpo. No sonreía, inmóvil.

—¿Necesitas entrar? —pregunté absurdamente.

—No, no me gusta ocultar lo que siento.

Los nervios me jugaron una mala pasada, tan mala que temblé como un animal acorralado.

—¿Qué pretendes? Porque estoy a punto de salir corriendo.

Theo enarcó una ceja, y avanzó un paso hacia delante.

—Me he cansado de tu juego, no tengo paciencia ni edad. Olvida tus prejuicios, miedos o lo que esté interponiéndose entre tú y yo —habló en voz baja pero con rotundidad bien clara—. Ahora vamos a jugar según mis reglas.

Dicho esto, acaparó todo mi espacio y se inclinó hacia abajo, sus manos me acariciaron la cara con una delicadeza sutil que evaporó mis miedos. Nos besamos invadiendo por completo nuestras bocas con furia concentrada parecida a una tortura de placer. El beso me arrollaba en cada embate drogándome, necesitando más.

—Vámonos a tu casa —susurró, todavía con las manos en mi rostro.

Asentí sin hallar la voz, solo con un pensamiento en la cabeza. Caería con él, deseaba hacerlo, ¿pero cómo saldría indemne si con un solo beso había

revivido?

Capítulo 11

LA NOCHE SE NOS fue en medio de una pasión redentora, casi purificante. Theo me dedicó una extraña y suave ternura muy diferente a lo que esperaba con su fuerza bruta. Llegué a desconcertarme a medida que creció su deseo, sentí descubrir al hombre cariñoso que alejaba todos mis temores y me revelaba la dignidad de entregar sin trampas.

Al despertar a un sugerente amanecer, con el tibio sol colándose por la ventana de mi dormitorio, contuve la respiración observándole el rostro. Estaba rodeado por sombras, solo veía su perfil esplendoroso. Le rocé el mentón con las yemas de los dedos, no se movió y reseguí por su ancho cuello hasta el hombro. Lentamente, abrió los ojos y esbozó una sonrisa.

—¿Por qué estás despierta? —preguntó en un murmullo grave.

Volvió el cuerpo hacia mí, empujaba la cama; y me acercó hasta que nos rozamos.

—Porque suelo madrugar —susurré con un deje irónico—. ¿No tienes hambre?

—Mucha —respondió, y me pegó totalmente a su pecho.

Al estar tan juntos fue inevitable besarnos, tanto como el hecho de que muy pronto volveríamos a hacer el amor. Esa idea me secaba la boca, temblé en sus brazos. Luego, cuando la luz se hizo de un blanco puro, el aire empezó a espesarse. Respirábamos de manera entrecortada mientras deslizábamos nuestros cuerpos al ritmo de una pasión frenética. Aquello era especial, podía sentirlo ahogando mi voz en lamentos como rumores de agonía. Las fuertes manos de Theo me mecieron sin dolor, paseaban por mis curvas con exquisita reverencia, con delicadeza. En ningún momento se mostraba agresivo o, mejor dicho, en ningún momento dejaba de ser atento. No salía de mi asombro, rendida al poder de su ternura.

—Eres increíble —le dije al dejarme caer a su lado.

Theo se mantuvo callado, enlazó su mano a la mía y espiró hondamente. Permanecimos uno junto al otro en silencio, temerosos de romper el encanto de esa relajación y de la magia que nos inundaba.

—Estarás acostumbrada a oír de todo después de hacer el amor —

comentó rompiendo el silencio al cabo de unos minutos—; pero necesito que me creas si te digo que estoy superado.

—Yo tampoco esperaba esto, Theo, me ha pillado por sorpresa.

—¿Propones algo?

—Seguir juntos hasta que te vayas. Sería absurdo compartir casa e ignorar esto, o de idiotas rematados.

—Pero... —Theo tragó saliva, y eso me inquietó—; corremos un riesgo difícil de asumir.

Me incorporé un poco para encarar sus pupilas, con un halo de preocupación. Cuando él levantó la mirada no fui capaz de contener la humedad de mis ojos.

—¿A qué viene esta reacción ahora? —le pregunté intentando no asfixiarme con la decepcionante verdad. Llevaba muchos días repitiéndome a mí misma que para él solo sería un juego, lo intuí como un cazador acechante de esos que en cuanto obtienen su presa necesitan otra para sentir el desafío de la cacería—. ¿Quieres que lo dejemos aquí?

—No —exclamó—. Lo que trato de decirte es que se nos puede ir de las manos.

—Ya se nos ha ido de las manos, por si no lo has notado.

Me moví para esfumarme de mi propia cama.

—Carmen —dijo, sujetándome la mano—, quiero estar contigo hasta que me vaya, pero no puedo prometerte nada más.

En cuanto entendí el origen del riesgo, entorné los ojos.

—No voy a quedarme con el corazón roto llorándote, si ese es tu temor, quédate tranquilo. —Sonreí algo soberbia. Estaba cerca, y su proximidad me aceleró el pulso. Sin embargo, y pese al calor de su mano invadiéndome la piel, no quise deponer mi actitud indiferente. Era la única forma de continuar. Si como suponía él necesitaba la excitación de la caza, funcionaríamos mejor rechazándolo que melosa—. Preocúpate por ti, tal vez seas el único que está corriendo un riesgo.

—Lo dudo, pero como eres muy chula no voy a discutirte.

—Es el mejor favor que puedes hacerte; no luches y no saldrás escaldado —le dije simpática.

Con más pericia que fuerza, me subió a su cuerpo.

—Dejo ahora mismo la lucha —habló, apretándome las nalgas—, si prometes dármelo todo hasta el 25. —Empezó a crear una fricción ardiente—. Aquí solos o con tu familia, con tus amigos... —Dibujó en sus labios una

sonrisa diabólica—; quiero ver de qué somos capaces.

—Capaces... —repetí con voz seductora, moviéndome sobre su cuerpo macizo, de constitución ancha y una tersura resbaladiza—, pues no olvides lo que te he dicho, protégete.

—No, prefiero vivirte sin miedo a nada.

Theo entremetió una mano en mi cabello largo, y revuelto cual zíngara desgredada, tiró hacia atrás exponiendo mi cuello a sus labios y me ató a él de una forma casi salvaje diferente a la delicadeza que había tenido hasta entonces. Así olvidé el hambre, mis complejos y cualquier cosa que no fuese sentir la plenitud de mi sexualidad. No hablamos mucho. Llevados por aquella poderosa tormenta de sensaciones no tuvimos tiempo de hablar o, tal vez, ninguno quisimos perder un instante sin besarnos. No lo sé. Lo único cierto era que ambos percibíamos la íntima relación que forjábamos, tangible como que estábamos de acuerdo en restarle importancia para no comprometernos demasiado.

Entre lucha y reposo despedimos el día, laxos, flotando en un mar de sábanas blancas sin fuerzas ni voluntad. A nuestro alrededor todo parecía estático, la única vida manaba de nuestras respiraciones entrecortadas cuando nos abatíamos mareados. Incluso dejamos de escuchar las sevillanas que recordaban la feria, todo se reducía a la más absoluta calma del rojizo anochecer.

—No recuerdo la última vez que pasé todo el día en la cama —dije, acariciándole el pecho—. Hay cosas que he borrado de mi memoria, tontamente —reconocí alegre—, porque de haberlo hecho no me habría privado de nada.

—No estoy seguro de entenderte bien. Pero si estás intentando decir que estás cómoda, acepto tu arrepentimiento.

—No lo llamaría arrepentimiento, sino idiotez. Después del divorcio me había puesto el listón tan alto con los hombres que no me comía una rosca.

—Ahora sí que no te entiendo.

Sonreí, y le besé la boca sin ánimo para explicarle qué significaba “listón alto” con los hombres ni que “una rosca” era el maratón que llevaba con él.

—¿Preparamos la cena?

Al oírme, sus ojos se abrieron como platos.

Algo después, hice una tortilla de patatas, cortamos pan y embutido y bebimos cerveza en los botellines. Fue una noche diferente, la primera que nos comportamos como una pareja mientras comíamos en la mesa pequeña del

salón. Ni siquiera encendimos la televisión. Él puso música clásica en su portátil, y charlamos envueltos en la serenidad de la tenue luz de la lámpara de pie. Me contó anécdotas de sus hijos que me hicieron sonreír al recordar a Mario, de su trabajo en la universidad y de sus viajes por todo el mundo. Su voz profunda formó parte de mí, penetraba en mi interior con la suave confianza de un eco cercano.

Lo observaba comer disfrutando, con una corrección pulcra, casi refinado, y recordé el feo episodio en casa de Jorge; el mismo que él no había mencionado en ningún momento. Ni un reproche, ni una justificación: cero. Eso me llevó a pensar que desechaba lo negativo sin darle mayor importancia y, con curiosidad, le pregunté:

—¿Siempre has sido así o has ido moldeándote con la edad?

—Me sorprendes como nadie, Carmen —dijo sonriendo—. ¿Conoces a alguien que no haya aprendido de sus fracasos?

—Si yo te contara la cantidad de niños con cincuenta años que he conocido, entenderías mi pregunta.

—Cada persona es como es, pero si a cierta edad no se tiene la capacidad de valorar las experiencias para sacar lecciones beneficiosas, ¿de qué sirve haberlas vivido?

—De nada, son vidas malgastadas ancladas en el pasado.

—Eso es. No creo que tú pienses ahora como a los veinte años. Cada etapa de la vida tiene sus cosas buenas y malas, ni todo es maravilloso en ninguna ni horrible. La historia es aprender siempre y superarse.

—Por supuesto, pero te repito que hay por ahí gente que no aprende...

Me callé de pronto por la interrupción del móvil de Theo, sonaba en el dormitorio. Él se puso en pie rápidamente. Lo primero que pensé fue en sus hijos, era muy tarde para llamadas sociales, y aguardé expectante, agudizando el oído para saber qué pasaba.

—*No sé por qué te enfadas* —dijo Theo en un tono indiferente. Me pregunté con quién estaría hablando. Desde luego, era alguien español. Descarté cualquier noticia sobre sus hijos—. *Ni idea* —continuó él al cabo de unos segundos—. *Muy bien, ya hablaremos.* —Hubo otro silencio por su parte. Hasta que, en un tono muy duro, le oí decir—. *No vuelvas a repetírmelo más. Has tenido quince años para contármelo y no lo has hecho, ¿qué quieres ahora?*

Cuando volvió a sentarse a mi lado, no pude reprimir la curiosidad:

—¿Quién era?

—Nadie —respondió aún molesto—. ¿Por dónde íbamos? —preguntó al cabo de unos segundos, su voz ya había recobrado la ligereza de unos minutos atrás.

Intenté disimular, pero siempre he sido una pésima actriz.

—¿Por qué no quieres decirme quién te llama a estas horas?

—Porque te resultaría increíble, y no quiero estropear una noche perfecta. Olvida la llamada, por favor; no tiene nada que ver contigo.

—Eso puedo suponerlo, lo que me inquieta es lo que tiene que ver contigo.

—Ya, nada —respondió recuperando el mal talante—. No hagas que te lo cuente, no me apetece.

—Cuéntamelo —incité haciendo oídos sordos, nadando entre turbia intriga.

La expresión de Theo se transformó en una máscara hierática, contenía la respiración.

—Me voy a la cama, estoy cansado —dijo al levantarse.

Suspirando, me dejó. Estuve a punto de perseguirlo hasta su dormitorio, pero no lo hice. Debía aceptar que no quisiera hablarme de algo, no era nadie para obligarle. Esa fue la valiosa lección que había aprendido de mis errores y apliqué esa noche. No lo avasallaría.

Durante un rato traté de serenar la invasión de una tristeza que anulaba todas las sensaciones de felicidad de las últimas horas, infructuosamente. Y al tumbarme en la cama, sin quitarme de la cabeza la maldita llamada, mis buenas intenciones sobre no propiciar la explicación de la que él renegaba me provocaron una sarta de ideas a cada cual más retorcida. ¿Qué ocultaba? ¿Sería vergonzoso? ¿Ilícito?

Estas preguntas sin respuesta se dispersaron cuando oí pasos sobre la tarima. Acurrucada en mis emociones, cerré los ojos. Theo entró en mi dormitorio sin hacer ruido y se metió en la cama a mi espalda. Su abrazo fue suave, tranquilo, y le dejé creer que estaba dormida.

—*Godnat*^[7]—susurró.

Capítulo 12

A LA MAÑANA SIGUIENTE desperté de cara a Theo, muy cómoda amoldada a ese cuerpo que me rodeaba sin presionar. Podía jurar que estaba donde y con quien quería estar; en cambio, me asaltaron las dudas acerca de si no estaría equivocándome y estaba realmente donde un extraño quería que estuviese. Lo peor para mi salud mental era obsesionarme, pero hay cosas que no elegimos y dominar mis pensamientos era una de ellas.

Al apartarme de Theo, abrió los ojos. Esta vez no sonrió por amanecer a mi lado. Sin duda, no estaba siendo la única en tener presente la misteriosa llamada.

—Buenos días —le dije con suavidad, sin intención de hacerle ningún reproche—, menuda sorpresa encontrarte aquí —mentí de buen talante.

—Anoche falté a mi propia petición —comentó, reposando un brazo en mi cintura—, te pido disculpas por cómo me fui.

—No te preocupes, sé que cuando hablaste de compartir solo te referías al sexo.

—Dicho así, suena fatal. —Suspiró, y empezó a acariciarme el costado—. Quiero estar contigo hasta que me vaya, pero sin que ninguno perdamos nuestra independencia. No suelo pedir explicaciones y no me gusta darlas, creo que es fundamental mantener el individualismo para no sentirme acorralado.

—Te entiendo y lo comparto, pero me parece que estás llevando las cosas a un extremo que no me gusta nada. Para empezar, tú y yo solo compartimos sexo, estupendo, por cierto, pero sexo al fin y al cabo. Ni estoy en disposición de pedirte explicaciones ni te las he pedido. Anoche me extrañó que te llamaran tan tarde, porque pensé que podía estar pasándole algo a tus hijos —comenté sin que fuese del todo cierto, supe bien pronto que quien le llamaba no tenía nada que ver con los niños—, y me preocupé, eso es todo. No te pregunté por cotillear. Claramente, estás en tu derecho de hablar con quién te dé la gana a la hora que se te antoje. Como si quieres estar hablando por teléfono todo el día, es tu decisión... Hasta ahí de acuerdo, lo que no me pareció normal es tu enfado conmigo cuando estábamos hablando tan

tranquilamente.

—No me enfadé contigo.

—Tú sabrás —le dije indiferente. Me mordí la lengua por no preguntarle—. No me interesa el tema.

Theo me observó un largo instante, creí que intentaba descubrir en mis ojos si le había dicho la verdad.

—Tú y yo hasta el 25, lo que tengamos alrededor nos sobra.

Tuve un mal presentimiento, fue una sensación irracional alertándome, estaba sucediendo algo que yo no captaba bien; pero asentí de forma leve porque era la primera vez en mi vida que tenía la posibilidad de mantener una relación sabiendo de antemano que sería esporádica y pretendí disfrutar sin complicaciones. Él inclinó la cabeza para rozarme los labios en un contacto delicado.

Fue un nuevo comienzo, el perdón que preparaba la unión física que vendría a continuación.

—Solo aclárame una cosa —le dije, acariciando la robusta pierna que tenía encima de mi muslo—. ¿Estás metido en algo turbio?

—¿Qué? —exclamó, parando de golpe el exquisito asedio a mis pezones. Alzó la mirada, sin esforzarse por ocultar una sonrisa alegre. Al advertir que yo no estaba bromeando, casi cerró los ojos observándome—. Por favor, te lo ruego, cuéntame por qué te planteas algo así, me muero de curiosidad.

—Lo siento, pero voy a usar el derecho de mantener mi independencia —comenté irónica, molesta por su tono burlón.

—Vamos, Carmen —dijo empezando a hacerme cosquillas—, cuéntamelo.

—Piensa un poco y saca tus conclusiones, tampoco es que haya tenido que imaginar mucho.

Theo se sentó con la espalda pegada a la pared, extendiendo las piernas hasta el borde de la cama, sin pudor por su desnudez.

—La llamada de anoche seguro que la has tenido en cuenta, ¿qué más? —preguntó animado. Solté un suspiro, a punto de claudicar. Entonces, tiró de mi cintura y me acopló entre sus piernas para seguir con unas caricias sugerentes—. Dímelo, por favor —rogó en plan infantil.

—Lo primero, la duración de tus vacaciones; es raro.

—Raro puede ser, pero no es extraordinario. Te comenté que fue un acto impulsivo, de pronto me apeteció pasar todo agosto aquí como en mi infancia, y tampoco es que esté alojado en un hotel de cinco estrellas...

—No te quejes, dudo mucho que en un hotel estuvieras tirándote a la directora.

—Tienes razón —admitió simpático—. Sigue, estoy intrigado.

—Después están todas las salidas que has hecho. Cuando he intentado interesarme, siempre has contestado mal; como si estuvieras haciendo algo malo. —Theo arqueó una ceja, con el gesto cambiado. Ya no estaba divertido—. Y para terminar, obviando la llamada de anoche que desbordó el vaso —añadí y, al verlo cazando moscas^[8], le aclaré—, que más o menos dio crédito a mi suposición, te he escuchado varias veces al teléfono hablando enfadado, con alguien español. Si lo junto todo, puedo pensar que has venido a hacer un negocio turbio y que no está saliendo como esperabas. Algo así.

—¿Y sigo siendo profesor de literatura o crees que es una tapadera?

—Lo eres, pero una cosa no quita la otra.

—Estás pensando en drogas, ¿verdad? —Torcí la boca en una admisión posible—. Tiene su lógica, no me faltarían clientes. ¿Y con qué tráfico?

—Yo qué sé... Será por drogas...

Theo no pudo soportarlo más y estalló a carcajadas. Me resultó bastante didáctico observar cómo se divertía sin sacarme de mi error. Pegó la frente a la mía, aún moviendo el pecho de manera rápida, y dijo:

—Por no perderme estos momentos contigo no quiero volver a mi casa.

Intuí verdad en sus palabras entre una actitud burlona.

—Me parece muy bien —hablé cínica—, pero no has respondido a mi pregunta.

—¿De verdad quieres saber si soy un traficante?

—Creo que no. —En aquel momento mi teoría sonó ridícula, pero le había dado muchas vueltas a su comportamiento y fue lo único que se me ocurrió por justificarlo. Sonreí al reconocer mi propia estupidez, y bromeé—. Si voy a pasar las próximas dos semanas en la inopia parcial, prefiero la ignorancia absoluta; me evitaré problemas.

—Sí, cuanto menos sepas mejor; la mafia te torturaría para sonsacarte información sobre mí —dijo riéndose.

—No les diría nada, soy leal por naturaleza.

Theo me pegó a él. Desfalleceríamos al sentirnos tan próximos, tan felices.

—Yo también —susurró junto a mis labios.

En cuestión de un segundo toda la diversión desapareció dando paso al deseo. Nos besamos descargando la frustración que habíamos acumulado. La

complicidad de un buen rato se transformó en la vibrante lujuria de un ataque desmedido. Theo sabía tocarme con precisión, me provocaba con caricias posesivas hasta invadirme por completo. Logró que lo olvidara todo. Tal vez, lo que pretendía.

Capítulo 13

EL RECINTO FERIALE era una masa de luces y música con oleadas de personas inundando las calles. Por suerte, esa noche nos mantuvimos alejados de la zona de las atracciones, una locura por la rivalidad entre los feriantes por ver cual ponía la canción más hortera, para cenar en la caseta que eligió Jorge. El ambiente alegre resultaba familiar, se notaba que en esa caseta los socios eran personas mayores: mantones bordados colgaban de las paredes, orden en las mesas, cierta pulcritud y, sobre todo, porque no sonaban los éxitos latinos del verano. Allí el flamenco puro sobrecogía en la voz del cantaor que estaba actuando, lo acompañaban dos guitarristas y tres palmeros. El respeto era admirable, y difícil de lograr por el bullicio en la barra.

Desde la mesa en la que me encontraba con Paula estaba pendiente a la actuación, las dos lo estábamos. Fue una agradable sorpresa volver a la esencia de la feria tras dos días saliendo por las mañanas al centro histórico, a un jolgorio de alcohol y excesos donde se concentraba el ambiente emblemático de la tradición malagueña. Vimos coros cantando por las calles, pandas de verdiales al más puro estilo rural para llamar la atención de los turistas, los hombres llevan unos sombreros adornados con cintas de colores y cristales de lo más curiosos, y a centenares de bailarines espontáneos aprovechando cualquier rincón para deleitar al público que se congregaba a contemplarlos. Terminé agotada, ni esforzándome podía recordar cuántos años llevaba sin pisar la feria dos días seguidos; con uno, y moderado, iba servida hasta el año siguiente. Claro está, sin ir con un guiri orgulloso de serlo. El danés no tenía fin, no le importaban las colas para pedir las consumiciones, el deplorable estado de los cuartos de baño, la baja calidad de las comidas, nada. Su parte crítica la dejaba en mi casa para disfrutar como un niño, y de paso para arrastrarnos a los demás sin compasión. Como empezaba a hacer con Jorge en aquel preciso momento.

Lo observé echarle el brazo por el hombro mientras esperaban en la barra que les sirvieran los platos que habíamos pedido. El médico reía por lo bajo, él se carcajeaba ajeno a las miradas incómodas de los dos hombres mayores que estaban a su lado.

—¿Eres consciente de que estamos en la feria con nuestros chicos? —me preguntó Paula cuando la gente aplaudía al cantaor, después de echar un vistazo a la barra.

Meneé la cabeza, sonriendo sin muchas ganas.

—Dentro de diez días no tendré chico, prefiero no pensarlo.

—No dramatices, hay puentes y la Navidad está a la vuelta de la esquina.

—¿Y luego qué?

—Ya lo decidiréis. Tú lo tienes más fácil que él para mudarte.

—De eso nada, Mario está por encima de todo. Además, ¿cómo puedes estar pensando en que me mude con él si llevamos juntos cinco días?

—Porque os veo desde fuera. No olvides que tengo algo de bruja. ¿Cuánto hace que no estabas tan bien con un hombre?

—Si te soy sincera, tanto tiempo que recordarlo es casi pecado.

—Ahí tienes mi respuesta —admitió graciosa.

El cantaor empezó otra canción. Miré al escenario, pero no veía a nadie. Solo sentía la emoción de una voz desgarradora, pensando en que me parecía imposible que Theo y yo llevásemos solo cinco días juntos. Con él me embargaba una sensación de cotidianeidad algo asombrosa. En esos pocos días nos habíamos convertido en una pareja tanto dentro como fuera de casa. Era cierto que únicamente Paula y Jorge nos veían, pero nos comportábamos tal cual estando solos. Hablábamos con confianza, nos agarrábamos de la mano de forma natural, cocinábamos juntos y me divertía su sentido del humor. Estaba descubriendo al hombre que me facilitaba la vida, que continuaba con sus buenos hábitos domésticos, imposible buscarle fallos o peros, no los había. Igual como no hubo más llamadas, sus hijos eran los únicos con los que había hablado por teléfono, al menos en mi presencia. Todo esto me hacía feliz, pero era una felicidad agrisada porque me entristecía pensar en la despedida. Me daba rabia haberlo conocido con el tiempo apremiando en el calendario como una condena.

—¿Sabes, Paula? La vida es sorprendente.

Sentí su mano sobre la mía.

—No te pongas en plan pesimista, Carmen. Lo vuestro no ha hecho más que empezar. Nunca se sabe cómo acabarán las cosas hasta que acaban.

Sonreí un poco, casi a disgusto.

—Es curioso que cuando nos conocimos creyera que no teníamos nada en común y nos separaba un abismo, y hoy lo siento totalmente cercano.

—Terminarás dándome las gracias y todo —bromeó.

—Gracias, a veces me pierdo en mis miedos y no soy capaz de ver más allá.

—Lo sé, te conozco; por eso no suelo hacerle caso a tus tonterías y sí a lo que realmente te importa. Te estás enamorando de él, ¿verdad? —Al oírla, abrí los ojos de par en par; error. Con ella no colaban gestos teatrales ejecutados de manera penosa—. Disimula lo que quieras, pero no me engañas.

—Estoy tan enamorada de él como tú de Jorge —le dije para provocarla.

—Hasta las trancas, entonces —habló sonriendo, aunque no bromeaba.

Reconozco que me confundió escucharla tan segura acerca de sus sentimientos.

—No me lo puedo creer —exclamé eufórica—, bueno, sí, lo tenía claro desde la cena de los fuegos.

—Como yo tuve claro que entre vosotros había algo.

—“Algo” lo admito, pero nada más.

—Es pronto, y desde luego Jorge y yo estamos en una situación diferente porque nos conocíamos, pero te repito lo que te he dicho antes: yo os veo desde fuera y lo que veo no es algo pasajero por ninguna de las dos partes. Me darás la razón cuando se haya ido.

—No lo creo, con él me he propuesto vivir solo el presente. Sería absurdo aspirar a otra cosa.

—Tú no sabes vivir sin planificar, engáñate todo lo que quieras.

Estuve a punto de hablarle de la llamada misteriosa, no lo había hecho y sabía que ella podía aportarme una visión menos radical que la mía. Sin embargo, vi acercarse a Theo y Jorge con la comida, traían las manos cargadas de platos. El buen olor me abrió el apetito y el entusiasmo que transmitía la mirada de Theo me hizo guardarme las dudas para otro momento, necesitaba comer y recuperar fuerzas para volver a perderlas dándolo todo después. Ese era mi único plan, la única aspiración posible.

Capítulo 14

EL TEMIDO 25 DE AGOSTO llegó reluciente, inexorable al transcurrir del tiempo. Podría haber observado la salida del taxi que se llevaba a Theo desde el balcón, haberme despedido en mi casa, pero me pareció que carecería de calor después de no separarnos desde aquella primera noche de amor.

El sol despuntaba en el horizonte del aeropuerto al bajarnos del taxi en la zona de salidas. Ya el silencio se había extendido entre nosotros, me engulló en la inmensa terminal, levitaba sobre el suelo brillante de la mano de Theo. Estaba tan lejos, en algún punto remoto donde mi espíritu se dejaba guiar abatido, que ni siquiera oía un murmullo ni veía la fila de personas esperando facturar los equipajes en el mostrador de la aerolínea SAS.

—No me gusta verte así —dijo Theo de repente. Volví la cabeza para observar sus ojos claros, dulces. Suspiró antes de continuar hablando—. Quédate con los buenos momentos que hemos pasado juntos.

—Lo haré —murmuré.

Esa era mi intención, recordar las cálidas noches de verano a su lado. Nada se había interpuesto entre nosotros, nos entregamos el uno al otro como prometimos y ahí estábamos, habíamos llegado muy lejos en quince maravillosos días, plenos, desde el amanecer hasta que nos agotábamos haciendo el amor, más desenfrenados conforme sentíamos que el tiempo no nos perdonaría.

Al dirigirnos hacia el punto donde todo finalizaba, andábamos sin querer llegar a ningún sitio. Se oyó a lo lejos el estruendo de un avión. Repentinamente, un hombre surgió de la nada y, abriéndose camino detrás de nosotros, me dio un fuerte empujón. Perdí el equilibrio, pero Theo me sostenía por la cintura y solo me tambaleé un poco. Ninguno le recriminamos nada. Teníamos los ánimos por los suelos. Era palpable que no estábamos preparados para acabar esta asombrosa relación, esta relación que había empezado a fraguarse con la peor discusión de mi vida, con un desconocido, y terminaba por dejarme desolada.

Continuamos rumbo al control hablando, de cosas triviales, buscando el olvido en la normalidad de nuestras rutinas sin querer admitir que la distancia

había empezado a separarnos. Noté la inquietud de Theo, estaba nervioso por alejarse. No podía asegurar conocerlo, pero haber compartido las veinticuatro horas de las últimas dos semanas con él me daban confianza para reconocer en su voz atropellada que gestionaba tan mal como yo, sumida en el silencio, este final anunciado.

A unos metros del control, me dijo:

—Te llamaré cuando llegue, aunque quizá ya me habrás olvidado — bromeó.

Sus ojos no sonreían, vagaron por los míos con tristeza.

—Nunca te olvidaré.

Mi voz sonó débil como un murmullo roto entre el ruido que nos rodeaba.

—Al final, Paula va a tener razón; eres dramática por naturaleza.

«Ella siempre tiene razón», pensé, esbozando una pobre sonrisa.

—Puede... —Encogí un hombro—, hay cosas que no sé evitar.

«Enamorarme de ti es una de ellas».

—¿Estás diciéndome que me echarás de menos?

—No —mentí—. Estoy un poco apática porque no me gustan las despedidas, no te vengas arriba.

Theo elevó las cejas.

—Menudo chasco... Yo sí te echaré de menos. Gracias a ti he pasado una de las mejores vacaciones de mi vida. Me has hecho oscilar entre todas las emociones posibles, ¿y sabes con cuál me quedo? —Negué moviendo la cabeza—. Con esta —dijo, llevándose la mano al corazón—, es la más importante, la que hará que tampoco te olvide nunca.

Hice un esfuerzo de voluntad tremendo por no romper a llorar.

—Lo hemos pasado muy bien —comenté tras una larga pausa—, y me has descubierto un mundo de posibilidades.

Pretendí aligerar la carga de mis ojos con fanfarronadas que alejaran la honda pena de separarnos.

—Espero que no empieces a tirarte a todos tus huéspedes.

—Haré lo que pueda, te queda el honor de haber sido el primero.

—No quiero ese honor.

Sentí sus celos mezclados en ese acento que conseguía ponerme la piel de gallina, y sonreí encantada al saber que compartíamos una posesividad ridícula.

—Lo tienes aunque te duela, a pesar de todo; has sido el primero y eso marca.

Al mirar su rostro apenado, comprendí que también se marchaba indefenso.

—Nunca te olvidaré —sentenció repitiendo mis palabras.

Teníamos que ser realistas, pero en circunstancias extremas se dicen cosas extremas:

—Vuelve cuando puedas, te esperaré.

—Pensaba hacerlo, sin invitación ni reserva.

Escuchar esto me llenó de ilusión, de un plumazo recobré el buen humor y me vi capaz de afrontar la separación con otro talante. Tenía esperanza.

Después, nos besamos delante del Control de Seguridad. Theo me estrechó entre sus brazos como un moribundo, aferrándose a mi cuerpo con tanta fuerza que imploraba ternura. Pero incluso sintiendo esa ternura, no dejé de pensar en que era un castigo por haber tenido la valentía de pecar. Volví a besarlo, brevemente, y me aparté para decirle adiós sin prolongar la tortura.

—Cuídate mucho, Theo Sorensen, ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo te digo —habló, sujetándome una mano—, aunque el placer no fue conocernos, sino descubrirnos.

Dicho lo cual, y sin borrar la sonrisa de su boca, poco a poco, como las amarras de un barco soltándose, Theo deshizo el contacto de su mano en la mía. Cerré los párpados un instante, ya empezaba a sufrir los efectos de su ausencia: el vacío absoluto. Sentía que la vida me abandonaba.

Como pude, eché a andar hacia la salida. Dolorosamente. Miraba a los viajeros que hacían cola, hablando entretenidos mientras esperaban su turno en el control, a los que tomaban café haciendo planes, y les envidié por estar acompañados. Era agobiante darme de bruces con la realidad, o ser consecuente con mis decisiones después de quince días dedicada a vivir una fantasía. Así de sencillo y así de rotundo. Había vivido plenamente con el hombre que ahora me dejaba para regresar a su verdadera vida, para darme un guantazo de realismo tras romper todos mis esquemas desde el primer momento de conocernos.

Suspiré resignada. Theo no solo me pareció atractivo cuando se presentó en la puerta de mi casa exigiendo su alojamiento, ahí vi su furia y determinación, sino que según pasaron los días comencé a admirarlo. No tuve dudas de que habría sido un marido estupendo por su buena disposición doméstica, llegué a extasiarme escuchándolo hablar sobre literatura, de sus ideas, de esos viajes que despertaban mi curiosidad; me divertí con su sentido del humor, con una energía desbordante. Eso pasó cuando estaba cayendo en

su embrujo, hasta el golpe definitivo que llegó afianzando lo que había vislumbrado durante nuestra convivencia: felicidad.

Empecé a flaquear movida por la incomprensión. ¿Por qué nos habíamos conocido? ¿Para qué? ¿Qué habíamos logrado? ¿Tener la certeza de estar desperdiciándonos? ¿Qué sentido tenía aquello?

Sin mirar atrás, busqué aislarme de las cristaleras que dejaban ver el interior del aeropuerto. Tenía el rostro inundado en llanto, me ahogaba en la locura de la desesperación, de la melancolía al sentir su ausencia tan reciente y a la vez de siglos. Me pareció una pérdida profunda, estaba alejándome de alguien especial y muy querido. No me alejaba del hombre que había conocido un mes antes. Era una sensación terrible, dura, tan dura que olvidé la incertidumbre de un reencuentro cercano. Mientras lloraba, compadeciéndome, la tristeza se cernía sobre mí al pensar que esta despedida era definitiva aun con voluntad de que no fuese así. No pude evitar la amargura, ni siquiera me lo propuse.

Camino de la estación de tren para regresar a mi solitario piso solo vi un destello de alegría para afrontar el pesimismo que, de nuevo, me llevaba a pasear por la vida sin esperanza: mi hijo.

Capítulo 15

EL SOL EMPEZABA A poner una claridad cegadora sobre el paisaje urbano y moderno que rodeaba la estación María Zambrano. Tenía ganas de caminar hasta casa, así ordenaría mis ideas para pasar la página de Theo. Aparte de centrarme en Mario, lo primero que hice fue proponerme estudiar como una loca, por aquel entonces podía dedicarle tiempo sin estar demasiado preocupada por mi economía mientras buscaba algún empleo aceptable. Tampoco pretendía poner toda la esperanza en un examen que aún no se había convocado para llevarme otro chasco, con uno emocional al año iba servida.

Al enfilarse mi calle, con trasiego de vehículos, comercios variados y cierto bullicio a esas horas, fijé la vista en las ruinas de la Alcazaba que podían verse a los lejos, difuminadas entre verdes coronando el casco histórico. Sobresalía la catedral, majestuosa aun con esa torre sin terminar que era su seña distintiva y le había dado el apodo de “La Manquita”.

Pendiente a esa panorámica, el calor del sol me llenó de energía. Pasaba por delante de la tienda de ropa de caballero que está llegando a mi edificio, es de esas antiguas con prendas clásicas, cuando vi como tantas veces al dueño fumando en la puerta. Era un hombre de menos de cuarenta. Siempre he creído que habría heredado el negocio, aunque, por descontado, jamás me atrevería a preguntárselo. Volví la mirada al escaparate y me sorprendieron mis piernas con el pantalón blanco que vestía. Era el mismo pantalón de lino que me puse el día que recibí a Theo. Vi mis piernas más estilizadas, dentro de mis parámetros de estilización en una talla 42, y eso aún me dio más ánimo que el solecito. Creía haber adelgazado unos kilos, 3 o 4 como mucho, obvios por otro lado teniendo en cuenta todo el ejercicio que había hecho, y pensé pesarme nada más llegar a casa para confirmarlo. No había notado ningún cambio especial en el tamaño de mis pechos, la otra parte que más suele preocuparme, pero me gustó el efecto juvenil que contemplé. Ayudaba la coleta alta que me hice por no perder peinándome un tiempo valiosísimo. No quise desperdiciarlo en mí.

De manera súbita, mi cerebro dio un giro rápido al encargarse de recordarme en una secuencia precisa todo lo que habíamos hecho Theo y yo

desde el alba hasta salir al aeropuerto. Otra vez. Me temí que pasaría algún tiempo recordándolo sin poder elegir si hacerlo o no, y como asumí que era justo por todo el crecimiento personal que me había supuesto conocerlo, opté por no luchar contra esos recuerdos siempre y cuando fuese capaz de aceptarlos dándoles el valor que se merecían, con entereza. Había tenido la suerte de vivir un romance de verano con un hombre excepcional, tenía que quedarme con eso sin albergar ninguna esperanza. De lo contrario, de empezar a fantasear con prolongar ese romance a tanta distancia, solo lograría sumirme en la desesperación dañina que acababa de sentir al despedirlo.

Saqué las llaves de casa del bolso de cuero que llevaba cruzado en bandolera y abrí la pesada puerta de hierro y cristal del portal.

—Disculpa —dijo una mujer. Sostuve la puerta y volví la cabeza hacia atrás. Debía rondar los cincuenta años. Esbelta, su rostro sobrepasaba el mío, bronceado, con ligeras arrugas rodeando sus ojos negros, apenas llevaba maquillaje, y su cabello muy corto en un tono platino le aportaba una apariencia actual bastante a la moda—. ¿Sabes en qué piso están los apartamentos turísticos?

—Que sepa, en este bloque solo hay uno —respondí, observándola con más atención.

Advertí su mal aspecto: ojeras violetas que le restaban atractivo, extrema delgadez mal encubierta pese a unas prendas sueltas de estilo medio hippie desaliñadas o algo estrafalarias, y la postura encorvada de su espalda.

—¿Podrías decirme el piso?

Al oírla, vacilé. No tenía pinta de turista, habría jurado por su acento andaluz que era más malagueña que yo.

—Es el mío —respondí cautelosa—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Tú debes ser Carmen. —Esbozó una sonrisa amable muy alejada de la extrañeza que sentí al mover la cabeza afirmando—. Soy Esther —añadió como si con su nombre me aclarara algo—. Estoy buscando a Theo, me dijo que hoy volvía a Copenhague, quisiera despedirme de él.

—Ya se ha ido —hablé en un tono áspero, natural cuando necesito distanciarme o al intuir algo negativo.

La mujer no supo disimular su decepción, parpadeó largamente.

—Llevo dos semanas llamándolo... —murmuró—, pero no he podido hablar con él.

No necesité más, de pronto todo encajaba. Ella era la persona que lo llamó cuando cenábamos después de nuestra primera noche de sexo, sin lugar

a dudas, con quien a veces lo escuché hablar malhumorado, la que le mandaba mensajes que él ni siquiera contestaba, al menos estando delante de mí. Pero, ¿sería también aquel ligue que Paula le adjudicó cuando nos sorprendían sus misteriosas salidas?

—Perdona mi curiosidad —empecé diciéndole con cortesía, sin intención de que me perdonara nada porque iba a hacerle la pregunta de todos modos—. ¿Theo y tú sois... amigos? —me costó no usar el término que realmente acechaba mi lengua.

—Sí —respondió sonriente—, desde hace muchos años.

—Me ha contado que de niño veraneaba en San Pedro —comenté de buen talante, al menos externo—, pero no te ha mencionado —añadí con maldad, pensando que o no eran tan amigos o Theo había puesto fin a su amistad por alguna razón ajena a mí o no. En ese momento había dejado de importarme, estaba enfadada con él—. Pero eso no quiere decir nada porque, por lo poco que he podido conocerle, he visto que era muy reservado para hablar de su vida.

—Fuimos novios diez años —soltó tranquilamente.

El vuelco que me dio el corazón para mí se queda.

—¿Novios? —le pregunté alucinada, todavía mostrándole una sonrisa. ¿Cómo?—. Siendo jovencitos, ¿no?

—Más o menos, ahora lo habíamos retomado.

Esa aclaración me hizo implosionar sin darle pie a que lo sospechara.

—Enhorabuena —dije tragándome la hiel que me agriaba el aliento. Estaba mintiéndome, al menos acerca de las dos últimas semanas, pero la curiosidad me pudo—. ¿Y qué tal os ha ido?

—No me gustaría entretenerme con vuestras tonterías de pareja.

—Claro, perdona si he sido demasiado curiosa —hablé amable—. Es que me ha resultado precioso que después de tanto tiempo lo hayáis retomado. Soy una romántica.

«Romántica no sé; pero embaucadora, un rato». Y surtió efecto.

—La vida da muchas vueltas. Nos juntó demasiado pronto, después nos separó y ahora de nuevo nos ha unido. Internet hace milagros —admitió jocosa.

—Sí, y estragos también para llevarte el chasco del siglo —apostillé irónica.

—Con Theo no, imposible, contaba con que era el mismo hombre que conocí de joven; la educación y el carácter de las personas no cambian.

Asentí, esbozando una ligera sonrisa sin estar de acuerdo con esa opinión. Por acortar una charla contraproducente para mi estado de ánimo, le dije:

—En fin, espero que os vaya bien.

—Gracias, cuando hable con él le comentaré que te he conocido.

—Puedes ahorrártelo, hemos tenido una relación bastante seca.

—Ah, pues me contó que eras un encanto y que tenías un piso precioso.

—Qué amable... —afirmé sin apenas mover la boca, deseándole un infierno en vida. Me moví un poco para darle a entender que debía marcharme—. Siento que no hayas podido despedirte de él.

—A veces los hombres son como niños pequeños..., de un grano de arena hacen una montaña —comentó simpática—. Por una pequeña discusión, enfurruñado hasta para despedirse; inaudito. Tendré que usar otros recursos.

No añadí nada más, pensando que usara los que le diera la gana. Por mi parte, al conocer su existencia agotaba los míos. Llevaba horas sufriendo por esta separación, creyendo que tardaría en recomponerme; y, en cambio, en cuestión de unos minutos, la realidad me había quitado la venda de los ojos. Lo olvidaría, era el mejor favor que podía hacerme, y si de paso lo odiaba un poco tendría el motivo perfecto para tener otras relaciones sin caer en el error de entregarme completamente.

Dediqué el resto de la mañana a limpiar a fondo la habitación que Theo había dejado libre, sin permitirme nostalgias que me hicieran perder el control de mis emociones. Conocía mis propias trampas, las salvaría o moriría en el intento, estaba dispuesta a cualquier cosa por borrar al danés de mi vida. Permitirle entrar me había desequilibrado, soñé con una relación idílica a caballo entre Málaga y Copenhague, ilusionada, con reencuentros maravillosos que nos resarcirían las ausencias. ¿Y para qué?

Aquel viernes estuve más sola que nunca, pensando y dándole vueltas a esos recuerdos que incluso negándolos acudían a mi memoria por su cuenta. Sobre las nueve, la aparición espontánea de Paula logró animarme un poco aunque no aceptara salir con ella como sustituta de Jorge, en un congreso ese fin de semana. Fue perspicaz, no necesitó incitarme para que le contara acerca de la sorprendente aparición de Esther.

Hablar con ella era catártico, tanto como beber el vino que nos soltaba la lengua.

—Él la dejaría antes de empezar contigo, por eso se ha largado sin despedirse.

—Muy bien, pero me fastidia que no haya sido capaz de decirme que tenía novia. —Saqué un cigarrillo del paquete de tabaco, cogí el mechero y fui al balcón. Tras encenderlo y dar una calada profunda, busqué con la mirada el cenicero que coloqué en el suelo gracias a una apreciación acerca de la injusticia que estaba cometiendo contra mis plantas—. Idiota...

—¿Novia? —preguntó con cara de asco, ajena a las ideas ecologistas que me atosigaban—. ¿Novia de quince días? Por la misma regla tú también has sido su novia.

—No he sido nada —repliqué alzando la voz—, su amante como mucho; me gusta más, es más sensual.

—Lo que tú digas, pero esa tal Esther te ha mentido por algo.

—Eres una malpensada. Me ha dicho eso porque a la gente le gusta etiquetarse.

—O por marcar su terreno. Si él le ha hablado de ti... —Paula rellenó las copas de vino—. Las mujeres somos celosas, y si encima estamos con hombres que atraen el peligro, es una necesidad proteger lo nuestro. ¿No te ha contado por qué se separaron? Me resulta extraño que no llegaran a casarse después de diez años de novios.

—No me ha contado nada. Me ha dejado entrever que han vuelto gracias a Internet. Supongo que perderían el contacto y ahora lo habrán retomado en Facebook; ni idea. No serían los primeros ni los últimos en verse después de muchos años y volver a enamorarse.

—A lo mejor por eso las vacaciones de Theo han sido tan largas. Retoman el contacto por Facebook, vuelven a conectar y deciden revivir su viejo noviazgo de la adolescencia. Pero... cuando él llega y la ve en persona se echa para atrás porque hay alguien que le ha gustado más. ¿No decías que al principio él estaba siempre de malaleche? —me preguntó de forma inútil, sabía tan bien como yo que eso era cierto—. Debía ser por ella. Imagínate su papelón.

—No me apetece, Pau. Me implica pensar que unos días antes que conmigo estuvo acostándose con ella.

—De todas maneras, pensábamos que se tiraba a las que quería y más.

—Lo sé, pero con ella ha tenido una relación larga, ha venido a continuarla donde lo dejaron... No es lo mismo.

—¿Llamas relación larga a estar con alguien diez meses cuando se es adolescente?

—Diez años. Si él era mayor de edad, que tuviese dieciocho, ella parece

un poco más mayor, o no y es que se conserva de pena, estuvieron juntos hasta los veintiocho, de adolescentes nada.

Paula entrecerró los ojos, meneando la cabeza.

—Qué mal se te han dado siempre las matemáticas, chica. San Pedro, verano, familia danesa de vacaciones, ¿cuánto tiempo?, ¿un mes como mucho?; Theo estaría para darle de comer aparte, conoce a la pavita del pueblo, Esther, se enrolla con ella como hemos hecho la mayoría estando de veraneo, un mes, y vuelve a Dinamarca. Así durante diez años, en total, diez meses juntos. ¿Tú crees que de haber sido algo serio, él, con casi treinta años, no habría hecho cualquier cosa por estar con ella? La tenía de comodín aquí para echar el rato cuando viniera. Vamos, te digo yo a ti que este en Dinamarca no le fue fiel ni media hora. Venga, por Dios... ¿En qué mundo vivimos?

—¿Y qué me quieres decir con tu teoría?

—Nada, que lo olvides —dijo riéndose—. Estas vacaciones ha cambiado a la pavita de pueblo por la de ciudad, te ha tocado.

—No tienes precio como psicóloga, lo sabes, ¿verdad?

—Lo llevo con orgullo, ¿para qué voy a estar justificándolo si no volveré a verlo más? —preguntó sin esperar una respuesta. Bajé la mirada, y supongo que advirtió lo que hasta aquel momento me había reservado—. ¿Porque no voy a verlo más, verdad?

Resoplé, levantando la vista para encarar sus ojos incisivos.

—No lo sé —murmuré—. Esta mañana creía que sí.

—¿Pensáis mantener esto a larga distancia?

Me molestó su tono y una incredulidad casi reprobatoria.

—No hemos acordado nada, Paula; y ya, desde luego, vamos a acordar poco. Así que no sufras, no lo veremos más ninguna de las dos.

—Tal vez no está todo perdido.

Apreté la frente al escucharla.

—¿En qué quedamos? Parece que te hayas propuesto volverme majareta —le dije empezando a enfadarme—. No quiero saber nada de él, nada de su novia ni nada que me lo recuerde, venga de ti o de quien sea. A ver si lo captas, o deja el vino para estar un pelín más lúcida, porque estás insoportable.

—¿Disculpa? ¿Soy insoportable por llevar aguantando tus gilipolleces desde que he llegado? Cómo se nota que no te oyes a ti misma —rezongó al tiempo que volvía a rellenar las copas—. Menuda manera de agradecerme que te lo presentara... —siguió diciendo en plan digno. Afortunadamente, le sonó

el móvil y cambió el tono al responder—. Hola, estoy en casa de Carmen. — Por su sonrisa, sin duda, hablaba con Jorge—. Vaya... qué bien —le dijo entusiasta al cabo de unos segundos.

No me pareció que su expresión fuese animada. Le di privacidad yéndome a cortar un poco de embutido para no terminar totalmente ebrias. Estaba liada sacando los manteles individuales que suelo poner en la mesa de madera que hay frente al mueble de la televisión cuando recibí la llamada que no tenía interés en contestar. Dejé que el sonido se repitiera cansino, agobiada. Tuve una de las peores sensaciones que había sentido nunca. Sentí muchísimo no hablar con él, me pareció estar dándole un bofetón de indiferencia que no merecía si valoraba cómo me había tratado. Fui ruin, cobarde, y me arrepentí en cuanto cesó la llamada.

—¿Por qué no lo has cogido? —preguntó Paula acercándose.

La miré un instante, un único instante mortal, certero como un aviso a bombo y platillo, y me derrumbé abrazada a ella. Volví a llorar ahogada en una pena abrumadora, tal vez ahora más intensa porque ignorarlo había significado claudicar en la desesperanza del adiós definitivo.

—Llámalo, Carmen; no acabes así cuando en el fondo no lo deseas.

—Es lo mejor —le dije con un hilo de voz—, es lo mejor —repetí para convencerme.

—No es verdad. —Paula me miraba fijamente—. Lo razonable habría sido hablar con él, porque ahora mismo estará preocupado, contarle lo que ha pasado esta mañana y escuchar la explicación que hubiera querido darte. Entonces, habrías decidido cómo actuar. Así, tú sola has sentenciado lo vuestro.

—Estaba sentenciado desde el día que empezó.

—No. ¿Recuerdas lo que te dije en la feria? —afirmé apenas moviendo la cabeza—. Nada estaba decidido, sin embargo, si no lo llamas y aclaras las cosas sí lo estará.

—Es absurdo intentarlo. Vivimos en mundos diferentes que por una coincidencia del azar se han cruzado brevemente, creer que podríamos estar juntos es una ilusión tonta, imposible. Es lo mejor, Pau —insistí—; mi vida está aquí con mi hijo y la de él allí con los suyos. No es lógico pretender nada más habiendo estado juntos quince días.

—A veces la sensatez nos priva de vivir las mejores experiencias de nuestras vidas. ¿No te apetece ni un poquito ser una cabra loca? —preguntó bromista.

Sonreí sin ganas, apreciando su cariño incondicional.

—Hoy no, mañana.

—Te tomo la palabra, Jorge no vuelve hasta el lunes por la tarde.

—Es una manera de hablar —le dije, pensando que dentro de nada me contaría por qué Jorge había alargado el congreso y me plantearía alguna juerga para olvidar los sinsabores de “mi mejor experiencia”—, deja que me recupere un poco.

—Además de cabezona y un coñazo^[9], eres la persona más ingenua que he conocido nunca. ¿De verdad esperas recuperarte de Theo? Ya puede haber pasado por tu vida quince segundos en vez de quince días, semanas o años, jamás te recuperarás de alguien como él.

Capítulo 16

EL OTOÑO ARRANCABA hojas del calendario con el cielo encapotado y una amenazante tormenta. Dejé a Mario en el colegio y me dirigí a la avenida Carlos Haya, a una distancia asequible para ir andando. Me había vestido con un traje oscuro muy sobrio para la entrevista que tenía en un hospital privado aquella misma mañana. Aunque hay una excelente combinación de transporte público desde el colegio, y aunque esto no fuese una baza demasiado importante debido a los turnos que sin duda tendría que aceptar, por compaginar nuestros horarios pensé en recurrir de nuevo a la canguro que tuve contratada antes de perder mi anterior empleo. Atenderlo de manera ordenada, o rutinaria, era básico para mí; gracias a eso estaba logrando olvidar a Theo.

Caminé por la calle a paso casi lento, tenía tiempo de sobra y tampoco los tacones me incitaban a acelerarlo. Poco después, sentada en un banco del hospital, me abstraí del gentío que me rodeaba. No me permití el pesimismo ante las bajas posibilidades de obtener el empleo, jugaría mis cartas con confianza. Una chica me preguntó si esperaba por la entrevista, le respondí escuetamente y volví a meterme en mi mundo preparando buenos argumentos que incidieran en mi experiencia sin resultar descarados.

Cuando entré en el despacho de la enfermera jefe estaba nerviosa, tan nerviosa que necesité carraspear para encontrar una voz firme y falta de inseguridad. Al principio contesté las preguntas que la mujer me hizo sin alargarme, pero mientras pasaban los minutos y notaba que teníamos una sintonía especial iba explayándome con la seguridad que me daba mi experiencia. La enfermera, que rondaría los cuarenta años, tenía la expresión amable y el cuerpo delgado, le intuí el nervio apropiado para un trabajo estresante que muchas veces no se valoraba justamente.

Salí de allí contenta, esperanzada en recibir su llamada a lo largo de los próximos dos días porque uno de los requisitos fue tener disponibilidad inmediata. Regresé a mi casa en autobús, haciendo cábalas sobre el sueldo y cómo lo destinaría para cubrir gastos. Incluso me emocioné imaginando que podría volver a viajar. Soñaba despierta con futuras vacaciones en ciudades que quería visitar, de Europa todavía tenía pendientes unas cuantas para elegir,

para ir durante algún puente escolar con Mario, o sola. ¿Por qué no? Me animé al pensarlo. Por desgracia, ese pensamiento alegre no tardó nada en recordarme las charlas que mantuve con Theo acerca de sus viajes. En cuanto él aparecía en mi memoria, me dispersaba de forma veloz para cualquier cosa que no fuese arrepentirme por negarle seguir en contacto como intentó insistentemente.

Desde la parada de autobús hacia casa no pude quitarme de la cabeza lo mal que había actuado con él. Incluso terminé bloqueando su número de teléfono para evitar sus llamadas, rechacé su petición de amistad de Facebook y de Instagram; había cortado de raíz todas las vías de comunicación creyendo que así me facilitaría olvidarlo, y a veces pensaba que estaba muy cerca de conseguirlo; en cambio, cuando era incapaz de no recordar su voz contándome sus experiencias en los increíbles viajes que había hecho me atormentaban los remordimientos hasta hundirme en una depresión caótica. Podía oscilar entre aplaudir mi decisión al ser consecuente con la madurez emocional que pretendimos manteniendo ese romance esporádico y obsesionarme por vengativa cuando ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarse.

Llegando a mi bloque, levanté la cabeza y vi el carrito del cartero apoyado en la puerta, me recordó que llevaba varios días sin abrir el buzón. Saludé al hombre nada más entrar, él siguió echando cartas en los buzones sin apresurarse porque yo estuviera esperando a que terminara. En cuanto salió, abrí el buzón y saqué tres cartas. Dos eran las mensuales de las suministradoras de la luz y el agua, no me interesaron, nunca las leo porque suelo ver los cargos en la cuenta del banco. Sin embargo, la tercera me provocó un escalofrío. Nunca había visto la letra de Theo, pero no tuve la más mínima duda que era de él. Decir que estaba bloqueada es quedarme corta. Tal vez, en shock describa mejor cómo me sentí.

Estuve a punto de abrirla allí mismo, aunque no lo hice y la leí sentada en el sillón rojo, su favorito, en el sitio donde lo sentía más cerca. En sus palabras escritas con la solvencia de un gran comunicador, con esa concisión precisa para evocar sensaciones, me preguntaba el porqué de mi actitud y me rogaba que le hablase para tener la certeza de haberme conocido. No me reprochaba nada de manera directa, aludía a despistes o errores, pero tuve claro que intentaba justificarme por no admitir la cruel verdad. Era inteligente, se manejaba con soltura por las redes sociales, imposible que creyera en una sucesión de hechos fortuitos para distanciarnos. De forma súbita me invadió la tristeza, una tétrica soledad que me llevó a desear no haberlo conocido, a no

ilusionarme con él, a no sentirme traicionada o abandonada. Si bien, no me quedaban ganas de dar marcha atrás. ¿Qué obtendría? ¿Una explicación que ya no me interesaba? ¿Hablar de vez en cuando por teléfono para seguir anclada a él, a los quince días de un verano efímero?

Perdí el apetito pensando en él. Hasta las cinco de la tarde tenía margen para regocijarme en mi error, luego tendría que recoger a Mario del colegio y volvería a ser una madre cómplice sin preocupaciones. Releí la carta varias veces, abrumada por los recuerdos de las noches de verano. Fueron noches calurosas llenas de descubrimientos, ideales para dejarme un sabor dulce en la memoria. Y sin ponerlo en duda, para dejarnos a los dos una huella que no parecía dispuesta a desaparecer. En mí, hasta ese momento lo aceptaba a pesar de luchar en su contra; y en él, porque no admitiendo mi silencio renunciaba al compromiso de conformarse con una relación pasajera. ¿A qué aspiraba sin asumirlo? ¿Para qué mantener contacto más allá de las vacaciones?

Las dudas empezaron a escocerme en la conciencia y llamé a Paula, traté de disimular contándole al principio las buenas noticias sobre la entrevista.

—*Si te lo dan* —me decía después de hablarme un poco del hospital—, *podemos desayunar juntas todos los días* —comentó dado que su hospital, el Provincial Carlos Haya, y este estaban en la misma avenida bastante próximos.

—Sí, cuando coincidamos por las mañanas. A ver si me llaman.

—*Confía en ti, estoy segura de que dentro de nada estarás otra vez en la brecha.*

—Mientras no sea en la brecha de un abismo...

—*Qué pesada, chica... Te animo y te desanimas, te hablo sin tapujos y te mosqueas, ya no sé cómo acertar contigo. Necesitas alguna alegría o vas a acabar en un psiquiátrico.*

—He recibido una carta de Theo —anuncié tras una pausa algo larga.

—*¿Una carta de papel?*

Al escucharla, bufé y puse los ojos en blanco.

—Sí, porque las de piedra Correos no las reparte.

—*Qué simpática* —replicó—, *podía ser un e-mail.*

—Pues no, de papel y metidita en un sobre, en plan antiguo.

—*En plan es la única vía de comunicación que le has dejado. Al menos él está demostrando más cordura que tú. A ver si aprendes...*

—No vuelvas a tus monsergas, me conoces y sabes que no voy a dar marcha atrás.

—*Porque eres una cabezona que prefiere estar hecha polvo a hacer algo. ¿Qué te dice?*

—Resumiendo, que hable con él. Pero no entiendo para qué —añadí con un matiz en la voz que podía interpretarse como decepción—. Estábamos de acuerdo en que lo nuestro era un rollo pasajero, ¿para qué continuar en contacto cuando lo único que vamos a conseguir es recordarnos y amargarnos? Al menos yo, él no sé lo que sentirá.

—*Aparte de cabezona, eres muy ingenua.*

—Muchas gracias, viniendo de ti me lo tomaré como un cumplido.

—*Tómatelo cómo quieras, es la pura verdad. ¿No te das cuenta de que no quiere desvincularse de ti porque le gustas mucho? ¿Qué te dije respecto a su exnovia? ¿Lo recuerdas?* —preguntó incisiva. Recordaba a la perfección su teoría de por qué Theo no intentó ir a más con Esther después de diez años, o diez meses, de relación. Según ella, porque solo la quería para pasar el rato durante los veranos—. *¿Qué edad tiene ahora?*

—Cuarenta y dos —respondí, sabiendo por dónde iba.

—*Está soltero, en su plenitud como hombre, tiene estabilidad económica —enumeró suficiente—, y se ha enamorado de verdad —concluyó para dejarme atónita—; por eso no quiere soltarte, ni más ni menos.*

—¿Y yo soy la que va a necesitar un psiquiátrico? ¿Cómo se te ocurre pensar que está enamorado? Joder, Paula; que lo estés tú no significa que todo el mundo tenga que estarlo, en quince puñeteros días —recalqué.

—*Confundes las cosas, guapa* —dijo sarcástica, molestándome su tono—. *Lo que te he dicho es independiente a mí, absolutamente. Hablo por lo que he visto y por lo que veo. Si para ese hombre hubieses sido algo pasajero, sexo para ser más exactos, habría vuelto a su vida y como mucho habría mantenido contacto contigo por ser amable si tú le hubieras dado pie, pero como estás viendo, a pesar de que le has cerrado todas las puertas porque te jodió enterarte de que tenía una novia de pacotilla a la que dejó por ti —matizó vehemente—, ha buscado la manera más cursi del mundo para comunicarse contigo. Si esto no es amor que venga Dios y lo vea. O mejor, que se me aparezca ahora mismo Jon Snow y los Caminantes Blancos.*

Me mordí los labios haciéndome daño adrede, no por sus ideas románticas acerca de Theo conmigo, por su pesadez con Juego de Tronos.

—Porque te conozco y sé que eres una profesional competente, si no... pensaría que no has superado la pubertad.

—*Pues porque te conozco no voy a decirte que a veces eres más inútil*

que el limpiaparabrisas de un submarino. Pero no te lo tendré en cuenta, ya caerás en Invernalía —dijo con chulería—. Igual que algún día admitirás haber perdido al hombre ideal para ti por pensar que un ligue de verano no puede convertirse en algo mucho más importante. Ya hablaremos cuando seas capaz de pensar con cordura.

—Estás muy ida, no sé por qué me molesto en contarte mis cosas. Si lo llego a saber, no te llamo.

—*Moléstate porque no te doy la razón, me da igual. No pienso cambiar de parecer solo por seguirte la corriente cuando estoy convencida de que en cualquier clase de relación, de una noche o de años, de verano o de primavera, puede surgir y disfrazar al auténtico amor de tu vida.*

—Definitivamente, estar enamorada te ha trastornado.

—*¿Eso crees? ¿Dime dónde estás sentada ahora mismo?* —habló con una ironía llena de prepotencia. No quise responderle porque de hacerlo tenía asegurada otra retahíla de molestas verdades—. *¿En el sillón rojo, por casualidad?* —«¡Mierda!», grité para mis adentros—. *¿Me equivoco?*

—Da igual lo que te diga...

—*Si no estuvieras sentada en el sillón rojo ya habrías saltado como un muelle.*

—*¿Qué más da dónde esté? Es otro mueble de mi casa —recalqué—, puedo usarlo cuando me dé la gana.*

—*Por supuesto, pero es curioso que antes apenas lo usaras porque, según tú, es el que tiene la tapicería más delicada, y desde que Theo se fue sea en el único en el que te sientas. ¿Quieres saber por qué?* —Paula volvió a hablar con ese tono cínico que me envenenaba, y no esperó para compartir otra de sus teorías—. *Porque él se lo adjudicó como suyo y te recuerda a él, mientras estás sentada hueles su olor, tocas lo mismo que él tocó..., lo sientes contigo, y eso, querida cabezona, es porque estás enamorada, te guste reconocerlo o no.*

Durante unos minutos más siguió insistiendo en su visión edulcorada de lo que Theo había significado para mí, o de lo que habíamos sido el uno para el otro. No entró a valorar bajo ningún prisma que nuestra relación empezó con fecha de caducidad cumplida.

—*Lo que para ti tenía final, Carmen —dijo en un tono mucho más severo—, para él comenzaba. Esa es la gran diferencia que os está separando. Tú le dijiste adiós y él solo te dijo hasta luego.*

Chasqué con la lengua, callándome que no fue así, que llegué del

aeropuerto ilusionada, que mantuve la esperanza hasta topar con Esther, que ella abatió la magia al convertir la esperanza en decepción, rabia y terquedad.

El resto de ese día lo pasé ausente. Incluso me costó prestarle atención a Mario tras recogerlo del colegio. Empezó a contarme anécdotas de sus compañeros que no escuché; no lograba quitarme de la cabeza las palabras de Paula ni con la rutina de mis obligaciones; nada eclipsaba a Theo. En un intento por descansar, me acosté temprano, pero no conseguía conciliar el sueño. Un desfile de buenos momentos me mantenían en vilo martirizándome con remordimientos sin darme opciones de elegir, no tuve ninguna potestad sobre mis recuerdos ni nada que no fuese pensar en él como si nuestro tiempo no hubiese pasado, era demasiado doloroso, como si creyera que podíamos aspirar a un futuro en el que salvaríamos la distancia.

Aquella noche ni siquiera me preocuparon los problemas que tendríamos de seguir el camino que nos guiaba hacia otro tipo de relación. Permanecí un largo rato contemplando el techo. A veces desviaba los ojos a la vasta columna de libros que había entre los armarios mientras pensaba que entre tantas historias alguna se parecería a la nuestra, recordando que siempre me había impresionado, y admiraba, la capacidad de rectificar de sus personajes para acabar consiguiendo lo que se hubiesen propuesto. Me sentí fatal porque lo añoraba, con amargura al ser consciente de la estupidez de mi silencio, y, sobre todo, porque estaba haciéndole daño. Como fuese, debía darle una muestra de interés.

Depresiva, cogí la carta para volver a leerla. Terminé llorando hundida en mi arrepentimiento, la apreté a mi pecho y así conseguí dormirme. Así conseguí tenerlo de nuevo en mi cama.

Capítulo 17

EL NUEVO TRABAJO lograba darme un respiro mental acerca de Theo durante unas jornadas demoledoras. Cuando llegaba a casa apenas me quedaban fuerzas para interesarme un poco por los deberes de Mario y cenar cualquier cosa. Esto último tenía la ventaja de estar haciéndome adelgazar sin esfuerzo, y me gustaba ponerme ropa para descubrir holguras que por primera vez en mi vida no había buscado ni tenían detrás morir de inanición.

Esa noche me había duchado, y por ende estaba lacia después de extasiarme con el agua caliente. Preparaba la cena con cierta tranquilidad porque el día siguiente era sábado y no trabajaba. Mientras el niño se ponía el pijama, yo terminaba de colocar en la mesa los cubiertos cuando llamaron a la puerta. Creí que sería algún vecino, si no, habrían tocado al portero electrónico, y me dirigí a abrir sin estar preparada para otra cosa que no fuese alguna petición típica de buena vecindad: patatas, cebollas, limones, huevos, sal o azúcar. De haber imaginado otra cosa, habría mirado por la mirilla y me hubiese ahorrado el vuelco que me dio el corazón.

Todos mis sueños se hicieron realidad delante del hombre que me sonrió, encantado al sorprenderme. Tenía buen aspecto aunque su piel ya no luciera bronceada, sus ojos traslúcidos me enviaban ráfagas alegres mientras sus labios pronunciaban palabras cariñosas intentando minar la determinación que me mantenía congelada para no lanzarme a sus brazos y resarcirme por el tiempo que llevábamos sin vernos. Sucumbí al rencor cuando intentó besarme volviéndole la cara.

Theo elevó las cejas, cambiando su gesto feliz.

—¿A qué has venido? —le hablé de un talante antipático.

—¿Cómo? ¿A qué voy a venir? A estar contigo unos días.

—¿Conmigo? ¿O a alojarte aquí?

No usé un tono alto, pero en el silencio que rodeaba el edificio pudo sobresalir. En cuestión de poco tiempo atraería oídos curiosos. Él, con esa mentalidad nórdica de no perturbar a nadie, excepto cuando estaba enfadado, se contuvo al decirme:

—¿Podemos hablar dentro o me preparo para otro de tus derroches de

cortesía? No tengo problema en aceptar estos recibimientos tan agradables, el día que te conocí supe que tu fuerte no es la diplomacia ni el romanticismo — añadió con aire soberbio.

—Al menos soy sincera.

—¿Y yo qué soy? —preguntó levantando la voz—. ¿Con qué palabras me describirías después de venir para darte una sorpresa, después de dos meses sin saber nada de ti porque no te ha dado la gana hablarme? Te escucho, Carmen —incitó desafiante.

Guardé silencio sin apartar los ojos de su atractivo y tenso rostro.

—¡Theo! —gritó Mario, y volví la cabeza hacia atrás.

El niño sonreía corriendo a los brazos de Theo, que se agachó para auparlo como si no pesase nada.

—Qué alegría verte —le dijo. No dudé que fuese cierto por su expresión cariñosa—. ¿Estabas en la cama?

El pijama de Mario debió confundirlo.

—No. ¿Has venido a quedarte?

—Unos días solo. ¿Cómo te está yendo el cole?

—Bien, Mónica me ayuda a hacer los deberes cuando mami está en el trabajo.

Theo desvió su atención hacia mí.

—Enhorabuena, ¿dónde?

—¿No lo sabías? —le preguntó Mario inocentemente.

—No sé muchas cosas, aunque ahora tu madre me las contará. Pero primero tengo que darte algo.

—No hacía falta que le trajeras nada —dije sin cambiar mi postura intransigente.

—Dámelo —exclamó Mario ajeno a nuestra tensión.

—Pues... no sé si...

Forcé una sonrisa, extendiendo la mano.

—Pasa, por favor, y deja la maleta en el cuarto de invitados.

Los dos fuimos unos maestros del disimulo manteniendo las formas, a años luz del follón que envolvió la atmósfera cuando Mario descubrió una caja de Lego para montar el Halcón Milenario de *Star Wars* y un cuento de Andersen menos inspirador. Theo le contó que Lego era un producto cien por cien danés, como el escritor, y que le ayudaría con la nave mientras estuviera con nosotros.

Al oírlo hablar así, levanté la cabeza y lo fulminé con la mirada; sin

embargo, mentiría si dijera que no tuve un nudo en el estómago. Lo tuve. Tan pronto me invadía una oleada de calor como de frío, empezaba a dudar seriamente sobre mi actitud distante. Pensé que era demasiado radical al haberme dejado llevar por los celos sin contemplar la opción de mantener ni siquiera una saludable amistad. Estuve a punto de disculparme aunque eso conllevara volver a un deseado idilio, tan deseado que me dolía intensamente el alma. Tanto, que decidí rehuirlo por no caer de nuevo en la posesividad que de manera natural nos empuja a proteger lo que creemos nuestro. No tenía sentido revivir un romance abocado al fracaso, era ridículo soñar lo imposible. La distancia entre nosotros no perdonaría el fallo más tonto.

—Voy a darme una ducha antes de cenar. ¿Qué has preparado?

Alcé las cejas, molesta. Theo malinterpretó el gesto, y no tuve el valor de sincerarme. Fue menos vergonzoso para mí dejar que se creyera culpable a contarle que estaba destrozada tras asumir que me había equivocado por completo con él. ¿Si no? ¿Por qué había vuelto?

—Ensalada y filetes empanados —respondí sin sorna—; pero si hubiese sabido que venías habría hecho alguno de tus platos favoritos. —Incluso reconociendo mi error, no es lo mismo hacerlo para tus adentros que proclamarlo a gritos dejando al descubierto tu vulnerabilidad, no pude reprimirme. Hay algo en mi interior que me impide mostrar mis emociones, ante una situación en la que me siento expuesta siempre tiendo a camuflarlas bajo un grueso telón de indiferencia—. Para eso estamos, ¿no?

Theo, percibiendo hostilidad, me sostuvo la mirada y se acercó hasta imponerme su corpulencia.

—No —susurró, inclinado sobre mi oído—, estamos para compartir; pero a solas, por favor.

Me dio un bofetón sin mano, y lo recibí haciéndome diminuta. Toda la chulería que había tenido hasta ese entonces, la confianza en mí misma, la convicción de mantenerlo a raya, todo desapareció para tornarme una persona ausente perdida en sus miedos.

Poco después oí el discurrir del agua. No duró más de cinco minutos. Theo solía darse unas duchas casi marciales, incluso podía asegurar que con agua fría. Cuando apareció con el pelo mojado, vestido con un pantalón de chándal y camiseta blanca, Mario ya estaba cenando apremiado por el sueño. Terminé de freír los nuevos filetes que había empanado, los coloqué en un plato grande y los llevé a la mesa pendiente a la charla que mantenían.

—Muy pocos —le decía Theo, refiriéndose a los deberes de su hijo—.

Suelen hacer muchas actividades en clase, hasta cocinan y planchan.

—¿Para qué? —exclamó Mario.

—Porque hay que aprender a ser independientes —intercedí—, en vez de aprenderlo de sus madres, lo aprenden en la escuela.

Así comenzó una conversación ligera sobre las diferencias entre los sistemas educativos español y danés, instructiva para todos y bastante cómplice a pesar de la tensión que a duras penas camuflábamos Theo y yo.

Luego, a solas después de acostar a Mario, Theo se sentó en el sillón rojo y empezó el temido tercer grado.

—Jamás pensé que llegaría a mi casa y tendría que regresar aquí para saber de ti. Explícame por qué me dijiste una cosa en el aeropuerto para acabar de esta manera, porque por más que lo he pensado no lo entiendo, Carmen.

—Esther —hablé sin apenas mover los labios. Automáticamente, la expresión de Theo se endureció—. Cuando llegué me la encontré en la puerta, había venido a despedirse de ti, su novio —maticé con mala intención—, y opté por no inmiscuirme. Al fin y al cabo, nosotros no éramos nada, vivimos muy lejos y ambos teníamos claro que lo nuestro duraría solo el tiempo que tú estuvieras aquí. He hecho lo mejor para todos.

—Perdona que te contradiga, has hecho lo que te ha dado la gana sin contar con mi opinión.

—¿Con qué opinión querías que contara? ¿Con la verdad o con lo que te has callado?

—Con mi opinión como parte integrante de nosotros, simplemente.

Moví la cabeza, negando y sonriendo con ironía.

—Nosotros existió quince días, Theo, nada más. En cambio, tú y ella tenéis en común un montón de años, años que por ti he desconocido y me aturdieron, ¿qué esperabas? ¿Cómo actúo si una mujer se presenta en mi casa buscándote y contándome que es tu novia? ¿Cómo crees que me sentí? —le pregunté sin ánimo de escuchar ninguna respuesta—. ¿Crees que me quedó moral para pedirte explicaciones?, ¿para olvidarlo? Bastante tuve con hacer de tripas corazón mientras la escuchaba —Al ver su cara, ojos arrugados y gesto de asco, supe que esto último no lo había comprendido—. Esforzarte disimulando.

—Gracias —dijo asintiendo con la cabeza—. ¿Por dónde empiezo? —habló para sí mismo.

—Por el principio, Theo. Cuéntame lo que te une a esa mujer.

—Nada. —Su voz sonó tajante, sus ojos eran témpanos—. Fuimos novios siendo jóvenes, o algo así... La conocí en San Pedro cuando veraneaba con mis padres, no recuerdo bien con qué edad, pero no más de dieciséis o diecisiete, ella es un poco mayor que yo, cinco años, creo, primero nos hicimos amigos y luego pareja...

—Lo típico —dije de malhumor—, tampoco quiero oír vuestra historia desde el Big Bang, con que me cuentes lo que os une ahora me doy por satisfecha.

—Te lo repito, nada —comentó también en un tono duro—. He estado sin saber de ella quince años, y no hemos tenido ninguna relación mientras los dos estuvimos casados. —Alcé la ceja, cínica por esa aclaración y a la expectativa—, hasta hace unos meses... Me localizó por Facebook —continuó explicando—, y retomamos el contacto.

—Y la relación, ¿no?

—No. No retomamos nada más que la amistad. Lo que pasa... —Las dudas de Theo no eran nada halagüeñas, pésimas para mantener mi paciencia en un nivel aceptable. Aun así, guardé silencio esperando a que se decidiera—. Lo que pasa... —Fruñí la boca. Él advirtió esa falta de paciencia que empezaba a hacer estragos en mi compostura—. Lo que pasó fue que nos equivocamos —concluyó de forma precipitada, y terminó de rematarme. Me puse en pie, meneando la cabeza, y él resopló agobiado—. No sé qué contarte, Carmen. La verdad es ridícula.

—La que se siente ridícula ahora mismo soy yo, Theo. Estoy tratando de comprenderte, sin ganas, para que te conste, pero tú me estás subestimando al no aclararme algo bastante sencillo. Dime simplemente si retomasteis la relación o no, es lo único que quiero saber.

—Te lo llevo diciendo desde hace un rato, no, no retomamos nada.

—¿Y por qué ella no piensa lo mismo? Porque algo me está fallando.

Theo torció una sonrisa, casi despectiva.

—Mujeres... —rezongó, poniéndose en pie—. No hay quien os entienda.

—Será que tú no eres precisamente fácil de descifrar —le dije a escasos centímetros—. A saber lo que le dirías o lo que le harías para que la pobre no piense como tú.

—Más bien poco —replicó con aire soberbio—, se haría ilusiones.

Levanté la barbilla, ahora sí que me había tocado la fibra.

—¿Las mismas que has supuesto que me he hecho yo? ¿Por eso has venido a pesar de no haberte dado ninguna muestra de interés?

—No me hace falta suponer nada, sé sin dudas.

—No tienes ni idea —hablé envalentonada por su chulería—, al menos sobre mí. Si hubiese querido algo más, me habría tomado la molestia de contestar tus llamadas, unas cuantas por cierto, o habría respondido tus correos, otros pocos; algo. Pero no he hecho nada porque paso de ti. Pasé en cuanto te dije adiós en el aeropuerto.

Theo se acercó más, tanto que invadió mi espacio y reculé hacia la pared. Tenía una mirada rabiosa, como aquellas que veía al conocernos mientras discutíamos. Logró pegarme al rugoso ladrillo que recubría la pared, con una intención sobrevolando el azul de sus ojos. No me equivoqué. Sin darme opciones, me sujetó la cara entre sus manos, grandes y suaves, con ese tacto que soñé echándolo de menos, y me besó arrollando con la fuerza desesperada de un torbellino. Caí con él, rendida, disfrutando su sabor en esos embates vertiginosos. Eran manifiestos de un hombre con determinación y un objetivo bien marcado: atraparme de nuevo en sus redes.

—Los celos son malos consejeros —me dijo a un palmo de mi rostro—. Todo lo que me has dicho es mentira. —Volvió a besarme de manera breve y resiguió el contorno de mi boca con la yema de su dedo índice, sin quitar los ojos de mis labios—. Esto no miente desde que hicimos el amor por primera vez.

—¿Qué pasó con Esther? —le repetí. Al ver su mirada helada, supe la verdad. Me bastó ese insignificante segundo para tener la certeza que no había querido admitir—. Da igual, no me lo cuentes, ya no quiero saber nada más.

—Lo único que debes saber, lo sabes, Carmen. Estoy aquí por ti, porque no soy capaz de pasar dos minutos sin recordarte, porque me has vuelto loco con tu silencio, porque necesitaba verte para seguir creyendo en nosotros, por todo eso y más. Podrás pensar que quince días no es tiempo para nada, pero en tu interior sabes que es tiempo de sobra para saber si quieres continuar conociendo a una persona o no. En mi caso, lo necesito, necesito seguir unido a ti aunque vivamos separados. Lo prefiero a pensar que te he conocido para guardar un recuerdo bonito.

—Para no dominar un idioma, te expresas muy bien —le dije con un rastro de ironía en la voz.

Él esbozó una sonrisa. Era un hombre guapo, sus rasgos simétricos en equilibrio le aportaban elegancia para contrarrestar su rotundidad física; en cambio, no fue ese atractivo lo que admiré, sino el brillo deslumbrante de sus ojos. En su mirada se concentraba toda la sinceridad del reconocimiento que

me había enmudecido.

—¿Volvemos al aeropuerto? —preguntó, entrelazando las manos en mi cintura—. Es lo que más deseo en el mundo —susurró seductor, antes de rozarme los labios en un tanteo cariñoso—. Acabo de llegar, estás esperándome, nos hemos echado de menos... Volvamos, Carmen...

No ceder a la tentación habría sido una locura con consecuencias patéticas para mi autoestima. Acabamos en mi cama resarciéndonos, apenas pronunciamos palabras, lo amé y dejé que me amara, irresistiblemente atraída por su carisma, por esa manera tan suya de hacerme única. Mientras lo sentía arremetiendo en mis cimientos no pensaba en nada, me conquistaba y se rendía con la sutileza de una brisa cálida, o me rendía y lo conquistaba con la posesividad de los que se pertenecen sin miramientos.

Henchida de bienestar, un rato después acariciaba su pecho sólido y me arrepentía por no haber afrontado las cosas de otra forma.

—¿Cómo se dice “perdóname” en danés?

—No vas a poder pronunciarlo.

—Deja que lo intente al menos.

Theo me observó un instante, parecía cansado.

—*Tilgiv mig.*

Al escucharlo, debí arrugar hasta el hígado porque soltó una risotada explosiva bastante disuasoria. Aun así, se tomó la molestia de repetírmelo muy despacio varias veces hasta que me aburrí de ni siquiera captar la pronunciación.

—*Chilgi ma* —dije tras varios intentos.

Theo abrió los ojos de par en par. No sé si estupefacto o harto.

—Perfecto —admitió a la ligera.

—Vaya tela... Quería ser un poco condescendiente, pero no hay manera...

—Me conformo con la intención, es un detalle viniendo de ti.

—No empieces a tirarme de la lengua porque tengo mis dudas sobre quien de los dos ganaría en un concurso de bordes.

—Tú, serías la campeona de campeones. Me atengo a tus recibimientos... No te imaginas lo que he sentido cuando he llegado con todas las ganas y al intentar besarte me has rechazado... Me ha recordado a mi adolescencia.

—Lo siento, de verdad —le dije, y empecé a repartir besos por su cara —, pero tienes que comprender que estuviera enfadada.

—Ahora puedo admitirlo, pero cuando he llegado me has dejado muerto. Sin ánimo de volver a recordar nada que enturbiara ese momento, le hablé en un tono bajo:

—Quédate con que ahora estás muerto por otro motivo.

Theo giró el cuerpo para quedar encarado a mí, la cama protestó con un leve crujido.

—Tengo intención de morir y resucitar contigo durante toda la semana; prepárate para disculparte como me merezco.

La expectativa ya de por sí me causó estragos. Sin embargo, lo que me caló más hondo fue tener la plena conciencia de que estábamos iniciando una relación a todas luces seria. No me refiero a seriedad como formal, sino por el compromiso que asumíamos teniendo ambos las miras puestas en algo estable pese a la distancia. Me conmovió tanto que fantaseé con hados todopoderosos, o con el Destino, como planeadores de nuestro encuentro para fulminarnos en este romance fuera de la lógica y tan real que apabullaba. Hasta pensé que quizá esos mismos hados, ya que habían sido capaces de unirnos, tuvieran también la capacidad de tendernos un puente que acercara nuestros universos. Resultaba una idea ilusa que podía rozar lo absurdo, pero deseé ese puente con todas mis fuerzas para no estar separados.

Bien a gusto entre sus brazos no fui capaz de imaginar lo que se nos vendría encima o, tal vez, no quise pensarlo al tener la absoluta certeza de que algún día salvaríamos de manera sensata todos los obstáculos con tal de seguir avanzando.

El agotamiento no perdonó a Theo durante mucho más tiempo y se quedó dormido con suavidad escuchándome hablarle acerca de mi nuevo empleo. Lo observé como el que tiene delante un manjar exquisito y prefiere admirarlo, guardarlo para otro momento porque en ese ya está saciado, pensando en que se adaptaba a la perfección al ideal de hombre que siempre había tenido y, por avatares o no dar con la persona adecuada, creía un mito. Él me demostró desde que nos conocimos que por mis prejuicios sentenciaba a los hombres sin darles una oportunidad gracias a una cualidad innata que he desarrollado durante años de entrenamiento: puedo ser una gran idiota sin esforzarme demasiado, uno a uno los evaporó todos hasta devolverme la fe en el equilibrio de una pareja. La convivencia ordenada fue determinante para que empezase a ver más allá de su encanto intelectual y físico. Antes de aquella primera noche de feria ya había caído atrapada en sus redes, podía sentirlo como mi hombre ideal sin que por ello lo considerase ni considere perfecto

porque no lo he hecho nunca —soy bastante escéptica sobre eso al tener la perfección algo alejada de mí—, y después, cuando intenté evitarlo por no complicarme la existencia, sabiendo que me traería problemas y aceptando cometer el error imperdonable de no vivir lo que más deseaba, también cumplió con todas y cada una de mis expectativas al quemar sus velas por seducirme sin perder nunca la noción del apremiante tiempo que nos limitaba aquellos días. Exactamente, el mismo apremio que empezaba a asumir con esas cortas vacaciones, siempre estaría presente en nuestros encuentros y, por qué no, haría especial nuestra relación.

No quise permitirme otra cosa que no fuese disfrutar, sin atosigarlo ni promesas; eso era lo que teníamos, lo que habíamos escogido como adultos plenamente consecuentes de nuestros actos; así pues, rodeé con los brazos la cintura de Theo Sorensen dándole la bienvenida. La locura de la felicidad me guiaba a aspirar su olor mientras el calor de su cuerpo me calentaba el alma. Con valentía lo acepté, ajena a que a partir de esa noche nada fue igual. Estaba haciendo equilibrista al borde de un precipicio, y lo ignoré.

Capítulo 18

EL DOMINGO AL rayar el alba, Mario irrumpió en mi dormitorio bajo el pretexto de que estaba famélico. Ni se sorprendió por la presencia de Theo en la cama ni lo tuvo en cuenta al colocarse entre los dos y despertarnos después de otra noche esplendorosa, desnudos como vinimos al mundo. Esto último me ocasionó un momento de pánico. No soy proclive a exhibirme impúdica delante de él porque no es algo que me nazca de forma natural, pero si por cualquier razón me ve desnuda tampoco le doy importancia. Pero una cosa es lo que él vea de mí y otra bien distinta el resurgir de debajo del edredón de una mole de huesos y músculos para ridiculizar a todo su género. Incluido mi exmarido, o sea: su idolatrado padre.

—Ponte los calzoncillos —murmuré en el oído de Theo cuando el niño salió de la cama esperando que nos levantásemos.

—No sé dónde están —dijo, y abrió el edredón con toda su desfachatez.

Mario permaneció inmóvil, con los ojos fijos en ese cuerpo fibroso, esgrimí una sonrisilla pícara y lo siguió hacia el salón. El espectáculo de aquella espalda que ocultaba la visión de media casa, las nalgas prietas y unas piernas interminables con la complexión de alguien acostumbrado al deporte me dejó pasmada. Una cosa era tocarlo medio aturdida por la pasión y en penumbra a verlo recorrer la casa a plena luz del día; logró obnubilarme.

Saqué del armario un camisón gris de punto y mangas largas que apenas me había puesto dos veces, me lo coloqué y fui a la cocina a preparar el desayuno. Mientras ponía la cafetera y mi pinche favorito realizaba su tarea estrella: batir huevos, Theo regresó vestido con pantalón corto negro y una vieja camiseta blanca. Me echó un vistazo casi reprobatorio, supuse que habría preferido encontrarme desnuda o en ropa interior, pero lo ignoré hablando con mi hijo del paseo que pretendíamos dar por el Muelle Uno bajo el auspicio del sol naciente que empezaba a perforar con sus rayos la blancura diáfana del salón.

—¿A qué hora viene tu padre a recogerte? —le preguntó Theo a mi hijo.

—Después de comer. ¿Podremos terminar de montar la nave?

—No queda mucho, podemos intentarlo.

—Vale, porque ya no te veré hasta que vuelvas.

Tras oírle decir eso, sentí mucha pena. Había sido muy grato verlo convertirse en Han Solo entregado al montaje de la nave siguiendo las indicaciones de Theo.

—Puedes venir a verme con mamá —dijo, y me miró expectante.

—No sé cuándo podría ser —comenté—, creo que es más fácil que vengas tú cuando puedas.

—¿Y en las vacaciones de Navidad? —insistió Mario.

—En Copenhague tiene que hacer un frío que pela —dije por disuadirlo, no porque no pensase ir nunca.

—En mi casa no hace frío —aportó Theo, arreglándolo.

—Anda, mami, y conoceríamos a Mads y a Nina.

—Ya veremos, ¿vale?

—Sacá buenas notas en el cole —empezó diciéndole Theo—, y yo me encargo de convencer a tu madre.

Contento, Mario afirmó con la cabeza. Fruncí los labios, entornando un poco los ojos mientras alternaba la vista entre ellos. Estaba alegre, muy cómoda en una situación familiar bastante común pero olvidada después de mucho tiempo sin vivirla.

Más tarde, aquella mañana caminamos acalorados por el centro histórico, no corría la más leve brisa ni siquiera cuando llegamos al puerto. No me importó, era la dueña del mundo de la mano de Theo. Como si estar así con él fuese la recompensa que merecía después de una dura penitencia, la más infame: sentirme culpable y no hacer nada para remediarlo. Aunque a mi favor pudiera alegar que durante ese tiempo desconocía su intención o que me cegó la rabia, fui una estúpida al rechazarlo sin ni siquiera intentarlo. Él sosegaba mis miedos, me llenaba de arroyo. Es complicado describirlo. Sería algo como que a su lado me llenaba de una fuerza titánica en balance con la fragilidad de necesitarlo.

—¿En Copenhague hay rascacielos?

La voz aguda de Mario rompió el silencio plácido que manteníamos disfrutando del paseo. Supuse que la panorámica del fondo, los edificios donde vivía Jorge y sucedió lo impensable, le había llevado a saciar su curiosidad acerca de una ciudad sin referencias para él.

—El edificio más alto de Copenhague es un poco más alto que aquellas torres —explicó Theo, señalando al frente—; pero no es de viviendas; es una especie de fábrica para sacar energía de la basura.

—¿Cómo se saca energía de la basura? —pregunté interesada.

Theo empezó a contarnos que Amager Bakke, así se llama el edificio, incinera los residuos urbanos y durante ese proceso genera electricidad y agua caliente para el sistema público de calefacción.

—¿Pero a que no imaginas lo más extraordinario de todo? —le preguntó a Mario en tono teatrero. Creí que por llamar su atención, algo dispersa en cuanto no le interesó el tema de la energía. Mario encogió los hombros, y él siguió hablando—. La azotea tiene las tres rampas de esquí de nieve artificial más grandes del mundo, rocódromos y senderos; no existe ningún edificio así.

—¿Has ido con tus hijos?

Tras la pregunta de Mario, desvié la mirada hacia Theo y disimulé una sonrisa. Resultaba divertido que no concibiera una actividad de recreo de ese calibre sin la presencia de sus hijos.

—Todavía no, las pistas las inaugurarán en diciembre del año que viene, pero los llevaré; seguro. Tú no sabes esquiar, ¿verdad?

—No. Solo he ido a Sierra Nevada una vez, cuando era pequeño, y no me acuerdo.

Formé una línea amable en los labios, recordando aquella excursión con Pedro. No me extrañó que mi hijo no se acordase, aún eran buenos tiempos para nosotros, difícilmente podría evocarlos porque apenas los vivió.

—Yo no he ido nunca —comentó Theo, refiriéndose a Sierra Nevada—, a Granada sí, aunque hace tantos años que tampoco lo recuerdo muy bien. Si quieres, cuando haya nieve, podemos hacer una escapada. —Los ojos de Mario brillaron de felicidad, sus mallas se mostraron abiertamente; me conmovió. Theo, sin encubrir su satisfacción, presionó mi mano—. ¿Tú qué opinas? —preguntó al encarar su mirada pletórica en la mía.

—Estaré encantada de acompañaros mientras no tenga que aprender a esquiar.

Mario pasó de la dicha al desconcierto en cuestión de segundos.

—¿Entonces para qué vas a venir?

—Para ver cómo aprendes tú, ¿no te vale?

—No —contestó Theo inflexible—, te invitamos con la condición de que intentes aprender. Si no, preferimos ir solos.

La cara de mi hijo alcanzó la cota máxima de incompreensión.

—Yo quiero que venga —dijo a media voz, parecía miedoso de contradecir a Theo.

Theo me guiñó un ojo y siguió argumentando para excluirme. Por cada

razón en mi contra, Mario le plantaba una a mi favor. Hizo una defensa grandiosa basada en el amor incondicional. Por desgracia, concluyó abruptamente conforme avanzábamos bajo la pérgola blanca con forma de ola que salvaguarda del sol el recorrido por el muelle. Mario empezó a corretear de un lado a otro entre las riadas de personas que disfrutaban de la pureza de otro día otoñal casi veraniego. Más niños también correteaban, intrépidos patinadores los esquivaban con pericia.

Era imposible no quitar los ojos de aquel jolgorio.

En las terrazas de césped artificial los camareros se apresuraban colocando las mesas y sillas. Había veleros y yates de lujo atracados, un barco réplica de un antiguo galeón y un catamarán que hacían recorridos por la bahía empezaban a tener colas de espera. Hasta el trenecillo turístico que llegaba a la no muy lejana Estación Marítima estaba atestado.

Al verlo pasar, Mario no desaprovechó la ocasión de pretender montarse. Era uno de esos deseos que nunca obtenía y, aun así, siempre intentaba conseguir valiéndose de una ilusión que no llegaba a convencerme. Por no perder la costumbre, volví a negarme aludiendo a que era una atracción exclusiva para turistas; sin embargo, tuvo un aliado que no se privó explotando su condición de “guiri”. El mismo que me arrastró sin compasión a un vagón ridículo para hacer realidad uno de los sueños de mi hijo.

Un momento después vi aquel enjambre desde otra perspectiva, a bordo del tren, y sin sentir la vergüenza ajena esperada. Quizá, el entusiasmo de Mario me llevó a revivir mi propia infancia para entender que a veces era obligado ceder.

Prendada observando el reflejo del sol en el mar, no vi a Theo sacar su móvil ni tuve tiempo de posar para la foto que nos hizo. Feliz porque sería un recuerdo cuanto menos curioso le pedí que la repitiera. Ladeé la cabeza entre la de él y Mario, risueña, realmente contenta, prolongando un instante imborrable. Justo antes del disparo de gracia, el maldito sonido del artefacto malogró mi sonrisa perfecta.

—¿No lo coges? —le pregunté al verlo con los ojos fijos en la pantalla.

—No —respondió tras tardar un poco en reaccionar.

Rápidamente surgió entre nosotros una tensión incómoda.

—¿Le has dicho que venías?

No vacilé. Sin duda, Esther era quien lo llamaba.

—No —exclamó, apretando el ceño—, llevo sin hablar con ella desde septiembre. No sé por qué no me deja tranquilo.

—Porque no habrás sido claro —repliqué, recordando las palabras de ella acerca de que usaría “otros recursos” para comunicarse con él—. Te comenté lo que me dijo sobre vosotros, y eso debe ser por algo; si no, la mujer ya tiene una edad para distinguir las cosas...

—El viernes subí una foto a Instagram desde el aeropuerto —comentó pensativo.

—Entonces sabe que has vuelto. Pero la cuestión es saber lo que cree sobre vosotros. El otro día te dije que no quería saberlo, y no era verdad. Cuéntame lo que pasó entre vosotros este verano para que pueda entender por qué está actuando así.

—¿Ahora? —Theo desvió la vista hacia Mario, en aquel instante distraído con el alboroto en el asiento delantero de dos niños más pequeños que él, y afirmé en silencio. Tras un resoplido, empezó a hablar—. Después de no haber tenido ningún contacto en quince años, este enero me pidió amistad por Facebook y retomamos el contacto.

—Eres más cansino que un perol de migas —le dije sin paciencia—. Cuéntame lo que pasó cuando viniste en agosto, no voy a enfadarme ni nada por el estilo; si tengo asumido que te liaste con ella —concluí por darle alas.

—Solo dos veces —murmuró.

Esbocé una sonrisa amable aunque por dentro tenía ganas de estrangularlo.

—Llegaste el 18 para reiniciar lo que tuvisteis años atrás, pero algo no debió funcionar bien porque recuerdo perfectamente tu malhumor cada vez que volvías de tus misteriosas salidas. ¿Qué os pasó?

—Que no somos las mismas personas. Cuando empezamos a hablar por Internet creímos que teníamos otra oportunidad porque volvíamos a ser cómplices en muchas cosas, pero al vernos todo cambió, no por su apariencia —matizó—, porque sigue anclada en el pasado.

—¿En ti o en su exmarido? ¿Ha superado su divorcio?

—No lo sé —respondió indiferente.

—No soy nadie para decirte esto, pero no debiste acostarte con ella.

—Gracias por ahorrártelo —comentó cínico.

—De nada, he preferido decírtelo a callármelo. Tú sabes tan bien como yo que después de un divorcio hace falta un tiempo de duelo para recomponerse. Algunas personas buscan de inmediato un sustituto para el afecto que han perdido sin ver que es un error porque es imposible iniciar una relación nueva estando destrozados por dentro. Supongo que ella se escudó en

que os conocíais.

Theo guardó un breve silencio. No me gustó, parecía reservarse algo.

—Durante esas dos semanas de agosto me di cuenta de que no nos conocíamos cómo pensábamos. Luego empecé a fijarme en ti, con tu malaleche y tu cuerpo hecho para el pecado... y no pude resistirme —reconoció simpático.

—Puedo hacerme una idea —comenté halagada, sin intención de eludir tan rápido el tema—. Paula tenía razón. Aunque mantuvierais la relación más de diez años, o los que fuesen, en realidad no estuvisteis juntos ni un año completo.

—¿Le has contado a Paula lo mío con Esther?

—Es mi mejor amiga, ¿con quién iba a desahogarme, si no?

—Conmigo —contestó severo—. Soy el único con el que deberías haber hablado.

—No volvamos a eso, por favor —dije, sujetándole la mano—; sabes que estoy arrepentida.

Me sostuvo la mirada un instante, se inclinó sobre mi cabeza y susurró:

—Tienes que poner más empeño disculpándote.

—Y tú darle alguna explicación a Esther para que te olvide.

—¿No es bastante la indiferencia? Cuando en agosto decidí que remover el pasado era un error, le dije que mantuviésemos la amistad ya que la habíamos recobrado, y ella estuvo de acuerdo, por eso no entiendo a qué fue a tu casa ni a qué vienen estas llamadas constantes.

—Los amigos hablan, Theo —comenté de buen talante—; a lo mejor solo pretende no perder otra vez el contacto.

—No sé..., no la veo equilibrada.

Al escuchar esa apreciación coincidí con él; sin embargo, no se lo dije y, sin pretenderlo, cometí una equivocación de la que más adelante también me arrepentiría.

—Eres un hombre dialogante, déjale las cosas claras para evitar confusiones.

—Lo único que quiero evitar es que tú y yo nos enfademos por terceras personas, todo lo demás me da igual. Nuestros hijos y nosotros, Carmen, nadie más.

Sonreí afectuosa antes de rozarle la mejilla con los labios. Me gustaba esa faceta suya de no reprimir sus sentimientos con palabras, lograba hacerme sentir pletórica, esperanzada en resolver la distancia. No me rendiría.

Capítulo 19

LAS VACACIONES DE Theo tocaron a su fin después de unos días haciendo filigranas con el tiempo para estar juntos. Llegué a deberles turnos a dos compañeras, uno por pasar el día en Córdoba con él, Paula y Jorge y otro por no madrugar aquella mañana de domingo. Apurar hasta el último minuto era lo único que nos quedaba porque no podía acompañarlo al aeropuerto, mi jornada empezaba a la una y su avión salía un rato antes. Fue una especie de homenaje al amor recién descubierto, con una declaración de intenciones por su parte que me llevó a claudicar y corresponderle pese a que ninguno pretendíamos dramatizar o amargarnos. Éramos dos personas unidas por un sentimiento absorbente, a veces rozaba lo empalagoso, siempre juntos, tocándonos como si necesitásemos el contacto de nuestras manos para tener la seguridad de que no estábamos soñando.

Lo primero que sentí al despertarme fueron unas caricias suaves en la espalda. Al girar el cuerpo hacia Theo, encaré sus ojos adormilados y le di un beso en los labios, cálido, tan cariñoso como el vagar de sus manos.

—Esto es lo que más echaré de menos —dijo en un tono apagado—, he tardado diez años en encontrarte...

Sonreí, tragando saliva, no era la primera vez que terminaba sumando el lento ocaso de su matrimonio al tiempo tras divorciarse, lo comprendí; nada desaparecía de la noche a la mañana cuando la muerte es agónica.

—Yo he tardado muchos más, hasta me atrevería a afirmar que he pasado toda mi vida buscándote.

Mezclamos nuestras manos con el rumor de nuestras voces casi nostálgicas, y danzamos al son de una melodía pausada para amarnos sin prisas.

Reconocernos como dos gotas de agua a unas edades maduras, cuando discernimos lo esencial de una relación, el viaje en sí, fue el culmen de unos días llenos de descubrimientos emocionales. Éramos dos buenos compañeros con una compatibilidad sexual estremecedora, con las mismas cicatrices de unos matrimonios fracasados gracias a infidelidades parecidas aunque, tal vez, la de él debió resultarle más doliente porque su mujer se involucró con uno de

sus mejores amigos, con rasgos de caracteres que calcaban nuestras reacciones, sin hermanos con los que compartir las enseñanzas de nuestros padres —los míos chapados a la antigua; los de él, con una mentalidad mucho más moderna— y, sin duda, porque teníamos ideas muy parecidas que apuntaban a un entendimiento extraordinario. Todo eso nos guiaba a acelerar lo que por desgracia todavía no estaba en nuestras manos: el ansiado puente que uniría el Norte de Europa con el Sur. Si bien, de momento, nos conformábamos con vernos cada uno o dos meses en función de cómo raspásemos tiempo en nuestras obligaciones laborales para volar el uno hacia el otro algunos fines de semana y en los acuerdos con nuestras exparejas durante las vacaciones escolares de los niños. Lo curioso de todo era que nunca tenía la sensación de estar corriendo. Al contrario, sentía que las cosas entre nosotros tomaban su curso natural, rápido pero seguro.

—No sé si te pasará lo mismo —le dije mientras preparábamos el desayuno, que hacíamos juntos a diario, igual que las tareas domésticas—; pero a veces pienso que nosotros debíamos conocernos en otra vida.

Theo me observó con detenimiento, sostenía la cafetera humeante en la mano.

—¿Por qué? —Sonrió enigmático, colocó la cafetera encima de la mesa, en un salvamanteles de corcho, y me enjauló entre sus brazos. Fui un pájaro indefenso, pero no perdí mi libertad, tuve sus ojos de inmenso celeste para volar alegremente—. ¿Porque estamos cómodos?

—Demasiado cómodos para el tiempo que nos conocemos —hablé muy bajo tras un breve beso—. Funcionamos como un reloj en todo lo que hacemos juntos, ¿no lo notas?

—¿Tú que crees?

Por supuesto, admití contenta al recorrerle la áspera barba medio rubia y canosa, sin dejarme embaucar por su movimiento de caderas, sinuoso, acariciante y mortal. Luchar sin ganas es como ir a la guerra y sacar la bandera blanca al primer disparo. Eso fue lo que hice, sabotearme a mí misma con el firme objetivo de saciar la pasión que muy pronto me faltaría.

Luego, desayunábamos en la cama como reyes, recordando lo bien que lo habíamos pasado en la judería de Córdoba entre callejuelas con olor a cuero y especias, arropados por la cómplice amistad que él empezaba a forjar con Jorge, por confidencias románticas sin rozar cursilerías.

—Una de las cosas que más me gustan de ti —dijo, llenando por segunda vez las tazas de café—, es tu lealtad. Ten por seguro que hoy me iré con la

absoluta convicción de que me serás fiel.

—Es lo que debe ser, ¿no? —comenté un poco descolocada—. Espero lo mismo de ti, profesor “buenorro” rodeado de estudiantes impúdicas.

—Nunca he tenido affaire alguno con ninguna estudiante, porque no lo he buscado y porque de hacerlo se terminaría mi carrera en la universidad.

—Estaba bromeando —le dije al advertir su seriedad—. Supongo que como los dos sabemos lo que se siente, lo valoramos más —comenté refiriéndome a los dos infieles redomados con los que habíamos estado casados—. No sé tú, pero yo ahora con el invierno piso la calle por obligación, si por mí fuese no saldría. Sobre todo, los días de lluvia.

—Sigues bromeando, ¿verdad? —Al oírlo, negué con la cabeza. Él soltó una carcajada contagiosa, tan alta que debió traspasar los muros del piso—. ¿Y cuántos días son esos al año?

Sinceramente, no me hizo gracia que se riera de mí.

—Los suficientes. La cuestión no es esa, la cuestión es cuántos sales tú a pesar del frío polar al que estarás más que acostumbrado.

—Ahhh... —Sonrió con burla—. Estabas tratando de averiguar si salgo o no para saber si puedo ser infiel...

—Hoy estás más lento que el ángel de la guarda de los Kennedy. Pues claro que quiero saber lo que harás sin mí —rezongué sonriendo.

—Ven a visitarme y lo descubres por ti misma.

Había escuchado esto mismo varias veces ya, y le hablé algo cansada:

—Lo intentaré, pero no sigas insistiendo porque no depende de mí.

No necesité decirle que me sentía fatal, lo percibió.

—Lo siento —admitió con una sonrisa triste—, vendré yo cuando los niños vuelvan con su madre.

—Me gustaría mucho conocerlos, y a Mario ni te cuento; habla de Mads como si fuesen íntimos amigos —comenté de buen grado—. Si no puedo ir antes, intentaré organizarme para la semana blanca de Mario, es a finales de febrero. Te lo confirmaré en Navidad.

—Mi casa es tu casa, ven cuando quieras o puedas.

Terminamos el desayuno haciendo planes sin dejar volar demasiado la imaginación. Ahora bien, cuando retiramos las bandejas, de nuevo nos poseyó el espíritu apasionado de la despedida. Acuciados no tuvimos límite, los sobrepasamos envueltos en un deseo voraz. Manos viajeras, labios derrochando besos, empuje y emociones a flor de piel. Fuimos furia incombustible cayendo a un abismo de placer sin advertir la claridad que

asolaba el dormitorio.

Más tarde, las palabras desaparecieron dando paso a un silencio angustiante; se acercaba la hora de otra despedida. Fui realista al verlo terminar de guardar sus cosas en la maleta, no pude moverme del quicio de la puerta. Aún no se había ido y ya palpé su ausencia.

—Hablaemos todas las noches —afirmé después de abrazarlo en el vestíbulo—. Esta vez cuenta con ello, no te fallaré.

—Lo sé. —Rozó mis labios en otro beso largo. Al separarse, se ajustó el fular negro que se había puesto en el cuello—. Cuídate mucho.

Dio la vuelta, tirando de la maleta y empezó a bajar la escalera.

—¿Te vas sin decirme adiós?

Theo se detuvo, volvió la cabeza mirando hacia arriba y negó sutilmente.

—Hasta luego, es lo máximo que estoy dispuesto a decirte. Nunca te diré adiós, Carmen, porque significa irse y yo no me voy.

Esas palabras estuvieron a punto de hacerme llorar, las soporté con la esperanza fluyendo en mi voz emocionada:

—Hasta luego entonces, cuídate también.

Capítulo 20

A LAS NUEVE DE LA noche del 3 de noviembre, apagué la colilla en la papelería que había a un lado de la puerta del Morrisey's, saludé al portero y traspasé el umbral decidida a pasar un rato agradable que me evadiera la tristeza. El ambiente era sereno, mayoritariamente masculino, con música pop de fondo y varias pantallas de televisión proyectando sin sonido partidos internacionales de fútbol. Enseguida descubrí a Paula. Estaba sentada en un taburete alto, en una de las mesas que había frente a la barra.

Sonreímos al saludarnos mientras nos hacíamos cumplidos sinceros sobre nuestras apariencias. La de ella, cuidada al extremo: melena con ondas sin un solo cabello rebelde, maquillaje sencillo resaltando sus ojos claros y los labios, de rojo oscuro, tan sugerentes como el vestido de cuero negro que llevaba como un guante. La mía, menos sofisticada; me había puesto un pantalón ancho y jersey beige de cuello alto, pero sorteé los reproches que solía dedicarme gracias a los tacones que estilizaban mi figura y ella captó de inmediato.

—Me gusta verte así —dijo cuando me senté a su lado—. Parece que ya vas comprendiendo que no tienes que abandonarte porque Theo no esté.

—Llamas abandono a cansancio, Pau. No te haces una idea de cómo son mis turnos de noche.

Durante un rato le conté acerca de la falta de personal del hospital. Eso conllevaba una sobrecarga de horas para los que teníamos contratos eventuales al límite de la legalidad y descontrol en ciertas unidades donde las rutinas son esenciales, como por ejemplo en diálisis o en críticos.

—No sé por qué no me sorprende —comentó con un rastro irónico—. Mucha sanidad privada, convenciendo a la gente de que es la solución al agujero en la economía de la pública, y es más de lo mismo pero haciendo ricos a los holdings dueños de los hospitales y las aseguradoras. Deberías seguir preparándote las oposiciones, al menos nuestra Seguridad Social da prestigio.

Eso era verdad. Los mejores especialistas hacían carrera en hospitales públicos, con medios a su alcance y una proyección que a veces los convertía

en verdaderas eminencias.

—A los médicos, Paula; las enfermeras estamos en otro nivel.

—No voy a hacerte un alegato porque las dos sabemos cómo funcionan las cosas en un equipo, pero si no te convence siempre te queda el extranjero. No hace mucho necesitaban enfermeras cualificadas en el Reino Unido, quizá también en Dinamarca.

Esgrimí una sonrisa pendiente a sus ojos brillantes.

—No estoy sola, y sería un cambio demasiado brusco para todos. Sin tener en cuenta que Pedro se negaría de plano —agregué como dato básico.

—Tarde o temprano tendrá que ocurrir, porque no creo que Theo renuncie a su trabajo para venirse a empezar de cero aquí.

—Ni yo se lo pediría nunca.

—Tiempo al tiempo —sentenció con sorna.

—¿Piensas que le pediré que lo deje todo por mí?

—No, pero si tú no te planteas moverte por él, ¿cómo pensáis sobrevivir? ¿O eres tan inocente que piensas que aguantareis el resto de vuestras vidas viviendo en países diferentes?

—No pienso nada —respondí molesta y levanté la jarra de cerveza, echando un vistazo alrededor. De repente, me quedé de piedra. En el recodo de la barra que daba al reservado más cercano a la puerta descubrí a Esther. Estaba sola, con los ojos clavados en la televisión gigante que tenía enfrente —. No me lo puedo creer...

Al cabo de un momento, Paula empezó con unas hipótesis bastante peregrinas. Desde que no había superado a Theo hasta que me controlaba porque suponía que él habría venido a pasar su cumpleaños conmigo.

—No digas estupideces, ella no sabe que estamos juntos —hablé con dureza por aplacar la inquietud que me provocaban sus palabras.

—Lo sabe, ¿por qué, si no, está aquí?

—¿Por casualidad? El centro es muy pequeño —hablé enfadada—. Deja de decir tonterías porque me pones nerviosa. Theo ha cortado el contacto con ella, ya ni siquiera le coge el teléfono... Qué va a saber —comenté frustrada —; habrá quedado con alguien.

Paula cruzó la pierna derecha sobre la rodilla y, balanceando el zapato de tacón, observó con atención a Esther.

—Está más sola que la una —dijo lentamente.

—¿Qué pretendes? ¿Ponerme histérica?

—Alerta es más apropiado.

Esther desvió la mirada hacia nosotras, y la ignoré de forma natural centrada en Paula. Creí honroso escudarme en la penumbrosa luz y en lo poco que nos habíamos visto si al salir optaba por saludarme.

—Vamos a olvidarnos de ella porque está en su derecho de tomarse una copa sola o acompañada donde le dé la gana. Theo me contó lo que les pasó este verano y lo he admitido sin cuestionarlo, fue anterior a mí y no es mi problema; créeme, nosotros tenemos muy claro lo que queremos.

—No lo dudo, Carmen. Aunque quizá ella no.

Escuchándola, recordé algo inquietante que hasta este momento no había relacionado y de pronto cobraba interés.

—Durante la primera conversación que oí entre Theo y ella, él le dijo que no le repitiera más “algo” que había tenido quince años para contarle.

—¿Qué?

—No lo sé, solo lo oía a él.

—Pero supones algo o no habrías dicho nada —comentó perspicaz—. Cuéntamelo.

—Me parece un poco extraño que él me haya asegurado que su relación siendo jóvenes fue una especie de amor pasajero, aunque la mantuvieron muchos años durante sus vacaciones, que llevasen quince años sin verse, y que este verano él se enfadase porque ella estuviera diciéndole ese “algo” que no sé lo que es pero me da qué pensar... Él parecía harto de escucharla, como si ella estuviera haciéndole un reproche de manera insistente.

—¿Qué tipo de reproche? ¿Sexual?

Torcí la boca.

—Ni idea, lo único seguro es que ella se refería a algo de hace quince años. Ahora, según él, en agosto solo se acostaron dos veces y la segunda vez él ya tenía claro que no podía resurgir nada entre ellos porque literalmente la chispa había desaparecido. Tampoco es culpa suya que ella se haya montado una película.

—No, por supuesto. Pero quizá lo que para él fueron dos polvos sin implicaciones, para ella pudieron significar mucho más porque hasta es posible que los sintiera de forma diferente.

A pesar de estar de acuerdo, no pude admitirlo.

—La química es la química. Si él no la sintió, ella tampoco.

—Hay personas incapaces de notarla —comentó, adueñándose de su voz un tono profesional—. Y si encima ella está un poco tocada emocionalmente puede estar confundida.

—No sé cómo sería con ella, pero puedo asegurarte que conmigo todo es mutuo. Lo que él siente, lo siento yo, el deseo es tan potente que a veces nos asusta, no somos nosotros mismos cuando nos dejamos llevar. ¿A ti no te pasa con Jorge?

Paula se echó a reír.

—Más, pero no quieras detalles —dijo alegre, bebió un sorbo de cerveza y, de nuevo, reparando en Esther, añadió—. No mires ahora, sigue desviando la vista hacia ti cada dos por tres.

—Olvídala, por favor, que haga lo que le plazca.

—Muy bien, pero no olvides tú que le has quitado el novio y que él no está aquí para ponerla en su sitio. Piensa en el chasco que se ha llevado.

—Vuelvo a repetírtelo, Paula, no es mi problema. Si creo que él no tiene culpa, imagina lo responsable que me siento yo.

—Tú no tienes que sentirte culpable por nada, hasta ahí podríamos llegar. Es ella la que al divorciarse buscó a su novio de juventud para intentar cazarlo otra vez. Bueno, ni eso, porque ni siquiera entonces lo cazó —matizó innecesariamente—. Tal vez sea eso lo que le reprocha.

Pasado un instante, intrigada, le pregunté:

—¿Y qué pretende, según tú? ¿Obligarlo a amarla?

—Probablemente no esté dispuesta a admitir que haya vuelto a preferir a otra. Debe frustrar bastante que en su día la dejara para casarse con la que chocó contra él y casi lo mata, y quince años después se la haya vuelto a jugar liándose con la que casi lo deja en la calle y le discute hasta la hora —explicó bromeando.

—No exageres, nos llevamos muy bien, eso fueron los primeros días —comenté cambiando el talante.

—Cuando el pobre estaba más necesitado de comprensión... —Paula movió la cabeza, negando de forma suave—. Menos mal que me tienes a mí para reconducirte, si no, ahora mismo estarías lamentándote por no haberme hecho caso. En fin..., tengo un don para ver oro donde los demás ven carbón.

—Podría decirte lo mismo sobre lo que he hecho por ti y Jorge y sin embargo estoy conteniéndome; no presumas tanto porque precisamente con ellos las dos nos hemos azuzado.

—¿Y no estamos bien?

—Sí —afirmé divertida—, tú mejor que yo, pero sí, quejarse sería pecado.

—Para que veas, en cuestión de pocos meses las dos hemos encontrado a

nuestras medias naranjas. —Al oírla, encogí la nariz—. No pongas cara de asco, lo sabes tan bien como yo, otra cosa es que te parezca una cursilería o que no quieras reconocerlo.

—Ambas —admití sonriendo—, de momento me doy por satisfecha con tener de vez en cuando a un hombre que me gusta muchísimo. El tiempo dirá si es mi media naranja o la mandarina de temporada que me endulza el paladar.

—Allá tú con tu escepticismo —dijo, apurando la cerveza—, dentro de otros pocos meses me das la razón.

—Descuida. ¿Te apetece otra? —le pregunté poniéndome en pie—. ¿O nos tomamos unos chupitos a la salud del cumpleaños?

—Una ronda de whisky —contestó, también levantándose—. Voy yo, así evitas a la fan del Arsenal.

Miré la pantalla de televisión que tenía obnubilada a Esther. Claramente, jugaba el Arsenal contra otro equipo inglés.

—La barra es muy grande —comenté sin intención de esconderme de nadie—, no te preocupes.

—Como quieras, eres mayorcita para defenderte.

Sonreí de manera breve, di media vuelta y me dirigí a la barra bordeando un corrillo masculino. A esas horas el local había cobrado vida, la alegre vorágine del fin de semana podía oírse a modo de conversaciones demasiado altas, risas alegres, impúdicas por el alcohol. Pasé unos minutos esperando a que una de las camareras me atendiera, eludiendo adrede mirar al fondo. En aquel instante, o incluso antes, ya había decidido no dejar que la simple presencia de alguien desconocido se permitiera incomodarme. Pedí los dos chupitos, los pagué y volví a la mesa con una sonrisa de oreja a oreja, sintiéndome alegre por haber tenido la suficiente sensatez de dominar la situación.

Paula estaba escribiendo en su móvil. Levantó la mirada al verme dejar los chupitos en la mesa.

—¿Por qué te ríes? —preguntó, apretando la frente.

—Por nada —respondí, y saqué mi teléfono del bolso—, voy a decirle a Theo que me debe ocho euros.

—Claro, para qué vas a perdonárselos —habló en un tono tan irónico como guasón. Mientras le escribía, Paula miraba alrededor—. La fan se ha ido.

Dejé el móvil encima de la mesa, porque esperaba una respuesta de inmediato, y alcé uno de los chupitos.

—Salud —exclamé antes de darle un pequeño sorbo.

—Salud. ¿Nos hacemos una foto y se la enviamos? Así tendrá una prueba de su inversión.

Rápidamente, posamos haciendo el tonto con los chupitos bien visibles. Y aún más rápidamente, Theo dio señales de vida: «*Qué bien estáis*». «*Te echo de menos*», le respondí. «*Y yo, y no te debo nada*», me dijo. «*Es tu cumpleaños, tú invitas*». «*No, la que está de celebración eres tú con tu amiga*». «*Pues ven y celébralo con nosotras*». «*Contigo, solo me apetece celebrarlo contigo*». Sonreí, feliz. Eso fue el mejor acicate para desear con todas mis fuerzas que el tiempo siguiera transcurriendo raudo hacia diciembre; necesitaba que volara, nos acercase y volviera a darnos otra efímera posibilidad de amarnos. «*Hasta luego, cuídate*».

—Si te vieras la cara —empezó diciendo Paula—, no dudarías de que él es tu media naranja.

—Me gusta mucho —le reconocí sin atreverme a nombrar en voz alta al amor que tanto me asustaba. Paula hizo un brindis estruendoso con los vasitos—. ¡Por nosotras! —exclamé al levantar el mío.

—¡Por ellos! —gritó, y bebimos de golpe el whisky que todavía quedaba. Ese fue el comienzo de nuestra verdadera celebración, siempre lo era.

Capítulo 21

DICIEMBRE HABÍA empezado de la peor manera posible, con la negativa de última hora que trastocaba mis planes para el largo puente de la Constitución. Además de acarrear un varapalo emocional al perder la oportunidad de ir a Copenhague, perdía el importe íntegro de los billetes de avión y, sobre todo, me terminaba de abrir los ojos sobre las pésimas condiciones laborales del hospital. De nada había servido que llevase un mes doblando turnos ni la palabra de mi jefa. En cuanto se terció, no dudó al vapulearme bajo la amenaza de volver al desempleo.

Compartía desayuno con Paula en uno de los bares que había alrededor de los hospitales. Ella bebía grandes cantidades de cafeína y comía un pitufo con jamón serrano y queso, ajena a dietas de adelgazamiento o nervios que la distrajeran.

—No sé cómo decírselo —hablé preocupada. Aún no había podido tocar el café ni la tostada integral con tomate—. Es una faena...

—Putada sería la expresión correcta, pero no puedes hacer nada a no ser que decidas abandonar ese campo de concentración.

—Pretendía recuperarme un poco.

—Así no vas a recuperar nada, Carmen. Al contrario, estás hundiéndote en arenas movedizas. No solo te están explotando, sino que también estás quedándote en los huesos. Tú verás, pero plantéate las cosas de otra manera; te lo digo totalmente en serio, no merece la pena perder la salud por un sueldecito más que mediocre.

—Lo pienso muchas veces, pero llevo poco tiempo...

—Mantén la esperanza en lo que creas conveniente; aunque deberías ser realista para ver que si no les dura el personal no es porque las condiciones mejoren con el tiempo.

—Lo sé —dije apenada—. Fíjate en lo que me han hecho ahora después de tenerlo planificado más de un mes.

Paula me escuchó, apoyándose, incluso perpleja por ciertas anécdotas que le conté. Si bien, como era la persona más risueña y optimista que conocía, con una visión soñadora que contrarrestaba mi pesimismo, no le

supuso esfuerzo convencerme para abandonar ese trabajo.

—Ahora es tarde porque la Navidad está a la vuelta de la esquina, pero piensa lo que se cotiza tu casa en Semana Santa; puedes sacarle el mismo rendimiento que estando echando más horas que un reloj durante tres meses. Si no derrochas, llegarías al verano sin enterarte. Y ya sabes lo que puedes ganar simplemente alquilando una habitación. Yo que tú, me dejaría de sacarle las castañas del fuego a esa nazi —comentó refiriéndose a mi jefa, de aspecto etéreo y mano con la firmeza de un general—. Prepárate a conciencia las oposiciones, apruébalas y, mientras tanto, riéte del mundo con Theo. No sigas haciendo el tonto, no es sano.

—Gracias, doctora. ¿Te he dicho alguna vez que debiste estudiar psicología?

Paula se echó a reír. Sus ojos me acariciaron con destellos de lealtad y ternura.

—Hazme caso, Carmen, bájate de este tren y vuela a Copenhague; no hay nada más importante que el amor.

Aquella misma noche, al llegar a casa y después de darme una larga ducha, me miré en el espejo del baño. Paula tenía razón, en tres meses había perdido mucho peso. Con un simple roce me palpé las costillas, mi cintura se angostaba con la facilidad de la soga de un ahorcado y los rasgos más angulosos de mi rostro daban buena cuenta del bache profesional que atravesaba. Hasta me vi los senos empequeñecidos. Desnuda, sin ropa tras la que ocultarme, tomé conciencia del deterioro físico de mi cuerpo. Esa fue la primera vez.

Aun así, prescindí de cenar como era mi costumbre si Mario no estaba conmigo. Me saqué con un mango mientras veía la televisión, ya por esos días había descartado leer porque no resistía más de dos páginas. Luego, me metí en la cama con la Tablet, conecté Skype y llamé a Theo para amargarlo, o para compartir nuestra amargura.

—Reclámale el dinero que te has gastado en los billetes —dijo enfadado, no disimuló la rigidez de su rostro. Incluso con la barba pude ver cómo lo tensó—. Si te había dado permiso, que asuma su cambio de opinión.

—Quizá en tu país funcionara; aquí y en esta empresa es absurdo que lo plantee.

—Por hacerlo no pierdes nada y le dejas claro que no puede jugar contigo.

—Sería lo correcto, y otro golpe contra un muro que no quiero darme.

Estoy harta de trabajar para gente que se cree con derecho a pisotearme porque saben que necesito el dinero.

—¿Cuánto te hace falta?

El tono de Theo fue duro.

—No es cuánto, es la necesidad de cubrir mis gastos y los de Mario.

—Mañana te haré una transferencia, y mañana dejas ese trabajo —dijo resolutivo, moviéndose. Durante unos segundos no lo vi—. Si tú estás harta, ¿cómo crees que me siento yo sin estar ahí?

—No se te ocurra hacer nada, por favor, de momento no necesito dinero. Estoy desahogándome, no dándote lástima.

—Sé que no quieres preocuparme, pero me quedo más tranquilo si tengo la seguridad de que tú y Mario estáis bien. No he querido ofenderte.

—No lo has hecho, me has conmovido —le dije cariñosa—. Encima de haber fastidiado estas vacaciones, me ofreces ayuda; gracias, eres mi consuelo.

—Te amo, soy tu pareja, en la distancia pero al lado cuando me necesites. En mis ojos se formó una neblina de emoción.

—¿Cómo están los niños? —le pregunté por evadir mis problemas, cobarde al no decirle que también lo amaba.

—Bien, creciendo sin parar —respondió animado, se sentó en el sofá oscuro que tenía en su dormitorio y, sonriendo, siguió hablando—. El otro día comimos con mis padres y se quedaron impresionados al verlos. Por cierto, eres la sensación en mi familia. Todos quieren conocerte.

—Y yo a ellos —admití recobrando el tono lastimero—, he estado a punto de conseguirlo; a ver si la próxima vez no se me tuercen las cosas.

—No sigas agobiándote, Carmen. La intención es lo que cuenta, me quedo con eso.

—Pues yo no, tengo muchas ganas de verte y pensar que ahora tengo que volver a esperar me mata. Hoy he estado con Paula y me ha aconsejado que deje de hacer el tonto y me dedique a alquilar la habitación libre en Semana Santa y verano, y estoy sopesándolo. A fin de cuentas es lo que pensaba hacer antes de que me saliera este trabajo.

Theo guardó silencio un largo instante.

—Mañana hago la transferencia aunque te moleste.

—¿Pero qué dices? —exclamé—. Hemos quedado hace un momento en que no harías nada, ¿por qué vuelves a lo mismo otra vez?

—Porque no quiero que alojes a nadie, ni a mujeres —matizó en tono

severo.

—Noto unos ligeros celos —hablé halagada—. No creerás que voy a liarme con el primero que se presente, ¿verdad? Tú has sido la excepción.

—Y el único, no me plantees algo así porque me vuelvo loco.

Entorné los ojos. Era un dramático cuando tenía miedo.

—No te pongas el parche antes de tener la herida^[10].

De inmediato, sentí la obligación de aclarárselo. Solía hacerlo cuando usaba frases hechas o expresiones coloquiales.

—Olvidalo, ya se me ocurrirá otro uso para esa habitación.

—Si te contara lo que se me está ocurriendo ahora mismo... —comenté en voz baja—. ¿Tienes que trabajar o vas a acostarte ya?

—Leeré un rato, ¿por qué?

—Por nada. —No fui capaz de quitarme el pudor que de repente me invadió—. ¿Has cenado?

—Son las diez, cené hace varias horas —contestó un poco irónico—; estaba esperando que me llamasen. Empezaba a creer que habrías salido.

—Qué va, estoy en la cama, hace un frío que pela —le dije, recordando la última noche que fui con Paula al Morrissey's, la del memorable y extraño encuentro que él desconocía—. Supongo que ahí seguirá nevando, ¿no?

Theo esbozó una sonrisa perversa, su sonrisa perversa, y no respondió. Hasta llegué a pensar que no hubiese entendido la pregunta.

—Enséñame la habitación, quiero verla —dijo al cabo de un momento. Sostuve la Tablet en alto y le hice una panorámica de 360°. Cuando volvió a verme, comentó—. Si cierro los ojos puedo olerte, sentir tu piel, el tacto de las sábanas...

Soltó un gemido sensual, de esos llenos de satisfacción. A partir de entonces la idea del sexo, o la imagen más bien, flotó en la conversación como una densa película húmeda. Cada palabra entre nosotros lo evocaba, involuntariamente o no, el tono de nuestras voces se convirtió en un susurro amoroso, nos deseamos. Tardó una eternidad en desaparecer, ni siquiera la triste despedida lo consiguió. Esa noche, y pese a los miles de kilómetros de separación, compartimos de nuevo mi cama.

Capítulo 22

PASADAS VARIAS SEMANAS, CON el fervor de la Navidad en pleno apogeo, las temperaturas habían bajado a mínimos inmemoriales y los resfriados asediaban a incautos confiados, ancianos o niños como Mario. Cuando la oscuridad latía con las exaltadas voces de un grupo de jóvenes camino del centro, salió de su dormitorio y, fatigado, apareció en el salón. Al verlo, dejó de fijar la vista, ausente, en una película para volver a la realidad. Tenía mejor aspecto aunque todavía le noté la cara sudorosa por la fiebre.

—¿Quieres un yogur natural? —pregunté yendo a su encuentro.

—No —murmuró, y me abrazó la cintura—, pero quiero beber agua.

Comprobé su temperatura rozándole la frente con los labios, no me equivocaba, y le llené un vaso de agua.

—Tómalo despacito —dije por evitarle otro ataque de tos—. ¿De verdad no quieres comer nada?, llevas todo el día en ayunas. ¿No te apetece miel con limón?

Acababa de tentarlo.

—¿Podría tomármela viendo la tele contigo?

Sonreí, ¿cómo negarle un capricho después de verlo sin fuerzas para mantener la cabeza erguida? Me senté en el sofá, él se tumbó en mi regazo y lo arropé con una manta de cuadros escoceses. En silencio, prestamos atención a *La niñera mágica*, bastante manida pero ideal en aquel momento.

—Estoy por llamar a tu padre y decirle que mañana te quedas conmigo, hasta que estés bien no deberías salir —comenté al cabo de un rato.

—Vale, y así no estarás sola.

Acaricié su cabello ondulado, pensativa, con ternura. No terminaba de acostumbrarme a sus muestras de afecto si creía que eran porque estaba preocupado por mí. La Navidad no solía agradarme, demasiados excesos poco beneficiosos para el bienestar físico que perseguía. En cambio, desde que él nació había tratado de que fuesen unas fechas alegres, y desde el divorcio, y pese a los turnos compartidos con Pedro, hacía todo lo posible por rodearlo del noble espíritu que viví en la infancia además de que no faltase la decoración en casa, las salidas al mercado de la Plaza de la Merced para ver

los puestos medievales ni los dulces, turrónes y, cómo no, la ilusión por los Reyes.

—¿Estás triste porque Theo no va a venir?

Negué con la cabeza, sonriendo un poco. Había hablado con él esa misma tarde.

—No, comprendo que se le hayan complicado las cosas...

Fue una respuesta conveniente, alejada de la verdadera decepción que sentí al enterarme de que su llegada, su ansiada llegada, no se produciría gracias al cambio de planes de su exmujer con su actual marido que arrastraban a Mads y Nina. Fue tan desilusionante como el fracaso del puente. Tal vez, peor. En aquella ocasión él pudo desquitarse con mi jefa; sin embargo, a mí solo me quedó conformarme, tristemente, porque nunca le reprocharía que antepusiera a sus hijos a nosotros; ellos eran sagrados.

—Tú también le has dicho a la abuela que se te han complicado las cosas —comentó Mario—. ¿Qué cosas?

Solté una sonrisa. ¡Bendita inocencia!

—El trabajo en el hospital, cariño.

—Ya...

Entorné los ojos. ¿Sabía mi hijo más de lo que yo imaginaba?

—Es verdad, no sé ni siquiera si libraré en Año Nuevo.

—Ya... Y tampoco te gusta el pueblo, ni que los abuelos te echen la bronca.

—Pues no. Tú tienes más suerte que yo.

Recordar la rancia Nochebuena en el pueblo me ahondó la pena por la desagradable brecha abierta con mis padres. Con ellos podría decirse que hasta el divorcio todo fluyó con cierta naturalidad. Después del divorcio dejó de hacerlo por el empeño de mi madre en que dejara Málaga para trasladarme a vivir con ellos. Ni me pareció correcto porque era demasiado mayor para volver a su redil en el pequeño pueblo del interior donde se mudaron cuando mi padre se jubiló ni creí que beneficiara a Mario criarse alejado de Pedro. Muy molestos, no comprendieron mi interés en mantener mi independencia y amenazaron con no ayudarme económicamente como si hasta aquel entonces lo hubieran hecho.

Durante la cena, y pese a aún no andar con la moral por los suelos porque desconocía el cambio de planes de la exmujer de Theo, omití hablarles de él por evadir otra perniciosa paliza verbal. Regresé a Málaga lidiando con mis remordimientos, porque se desvivían por Mario, mientras me perdonaba con

benevolencia al asumir que nos distanciaban años de evolución y que no tenían remedio ni estaba en mi mano hacer nada para cambiarlos; eran así y eran los que me habían tocado para bien o para mal.

Dispersa en el abatimiento, el cansancio no me perdonó y di una cabezada. Mario llevaba un rato dormido, lo desperté con suavidad y, tras acompañarlo a su cama y arrojarlo, más tranquila al comprobar que ya no tenía fiebre, me dirigí al baño con el buen propósito de lavarme los dientes y acostarme. Estaba en esas cuando de repente el sonido del portero electrónico vibró en toda la casa. Di un repulso y, de manera automática, maldije a los bromistas que en su borrachera fastidiaban para divertirse. Me enjuagué la boca, aún despotricaba mentalmente, y, de nuevo, el estrepitoso sonido rompió el apacible silencio.

Fui al vestíbulo como alma que lleva el diablo y descolgué el teléfono con la misma agresividad que guió mi voz:

—¿Quién es?

—Si te lo digo, adiós sorpresa.

No podía ser cierto. El corazón había empezado a latirme a una velocidad frenética. Aguardé con la puerta abierta, impaciente, filtrando todos los ruidos —el portazo rotundo de la puerta de hierro y cristal del portal, las ruedas de una maleta arrastrada por el piso, zancadas subiendo la escalera— hasta la aparición de Theo.

Casi me dio un infarto al verlo. Vestía ropa sport, algo habitual que le favorecía, sobre todo a sus interminables piernas; pero no estaba preparada para su rostro con el atractivo acrecentado merced al cabello más largo, se le rizaba en las puntas, y a un afeitado primoroso aportándole ese aire jovial que le restaba edad.

Una emoción compulsiva, rozando lo ilógico, teniendo en cuenta la felicidad que sentía, me paralizó las piernas. Luego, al dejar el suelo, la ingravidez en los brazos de Theo me devolvió la sana locura de reír, besarlo y calentarme con su calidez. No podía quedarme quieta, necesitaba tocar cada centímetro de esa piel que tanto había echado de menos.

—Mientras venía —dijo Theo cuando se sentó en su sillón, conmigo encima—, he tenido cargo de conciencia. Me he sentido fatal por engañarte.

—No ha estado nada bien, aunque ya lo he olvidado. Que estés aquí lo ha superado todo. Gracias por convertir un día horrible en una maravilla.

Busqué sus labios, los exprimí y saboreé, pero no me saciaba de su aroma, a cada provocación mayor era mi necesidad de fundirme en él.

—Estás más delgada.

—Un poco —admití despreocupada—, tú también.

Acaricié su pecho por encima del grueso jersey que llevaba puesto.

—¿Ah, sí? ¿Y qué me dices de esto? —Se inclinó y, abrazándome más posesivo, habló en un susurro—. ¿Qué te parece?

Dejó que apreciara una erección bastante considerable.

—Espléndida, ¿y qué te gustaría que hiciera?

—De momento —dijo, aún en un susurro—, haz lo que hazas, no la toques.

—¿Seguro? Prometo no tocarla, pero sería un desperdicio no aprovecharla.

Bajé la mano y para su sorpresa se la apreté despacio. Al fin teníamos lo que tantas noches habíamos soñado. Corrimos al dormitorio en medio de un remolino de hormonas desatadas. Todo el orden que se veía en la cama en cuestión de minutos se convirtió en desaliño. Nos abalanzamos el uno contra el otro en una desenfrenada maraña de besos mientras nos acariciábamos apresurados, confusos por tanto deseo, en el éxtasis de la gloria.

Capítulo 23

TERMINÉ DE PINTARME los labios de rojo pasión frente al espejo, y me dediqué una sonrisa algo vanidosa. Tenía la cabellera recogida en un moño, con dos mechones sueltos enmarcando mi rostro cuidadosamente maquillado. Contemplé mi camisa de seda blanca, la caída del pantalón negro y los zapatos beige de tacón, satisfecha. Llevaba ropa de calidad para una ocasión especial: los primeros Reyes con Theo. Levanté la mano izquierda y me toqué el anillo de azabache que me había regalado nada más despertarnos, le di varias vueltas admirándolo, pensando en que mi regalo, otro anillo, fue esa coincidencia que volvió a decirnos lo que no éramos capaces de articular con palabras. Que los dos hubiésemos querido hacernos esos regalos, unos círculos infinitos, significaba nuestra voluntad de permanecer atados aun en la distancia. De momento, lo único que necesitábamos.

A medida que pasaron los días desde su llegada, no solo éramos una pareja bien avenida, padres de Mario mientras estuvo con nosotros y hasta de Mads y Nina cuando Theo me incluía en sus vídeos diarios con ellos, sino que también asumíamos el cambio al que pronto uno de los dos se enfrentaría. Hablábamos bastante de eso, con realismo, para darle la solución menos traumática. Indudablemente, la precariedad de mi trabajo era la baza negativa que jugaba en mi contra; el clima, en la de él. Creíamos que antes de hablar con Pedro o con Lise, la exmujer de Theo, era primordial hacer una valoración objetiva de quien de los dos se trasladaría al país del otro. Que él sentía predilección por España era obvio, además dominaba el idioma, adoraba el sol y la buena gastronomía, tanto como que a mí Dinamarca solo me llamaba por su nivel de vida y las posibilidades laborales que podría tener. A partir de esas premisas, todo lo demás era una sucesión de inconvenientes, por no decir problemas de peso. Suspiré hondo, animándome con una mirada alegre. No permitiría que problemas por venir enturbiaran los planes que habíamos hecho para ese día.

Por un instante me llegó la voz de Theo, y sonreí cuando aún creía que hablaba con alguno de sus hijos. De repente me dije que era tonta, siempre hablaba con ellos en danés, y fue cuando salí del baño encaminándome hacia

el dormitorio.

Al verme, Theo volvió la cabeza para rehuir mi mirada acusadora. No fui capaz de disimular porque me parecía increíble que hubiese tenido la poca consideración de hablar amistosamente con Esther, en mi casa, después de negar por activa y pasiva que seguían en contacto. Ella siempre estaba presente en mis temores, como alguien demasiado implicado, con todo perdido y una insidiosa perseverancia. No tenía una idea clara de cómo fue su relación, solo sospechas y una única certeza: algo se me escapaba. Ni resultaba lógico ni veía probable que una mujer de su edad y con un largo trayecto recorrido no fuese capaz de olvidar a un viejo amor. ¿Qué clase de sentimientos los unieron? O mejor planteado, ¿qué intensidad tuvieron sus sentimientos hacia él? Esther después de Theo había estado en la universidad, una etapa más que propicia para haber tenido uno, dos o varios ligues, después de licenciarse se casó y tuvo una hija —que, por lo que Theo me contó de pasada, en aquel momento tenía trece años—, en definitiva, había vivido. ¿Entonces? ¿Cómo era posible que con el paso del tiempo Theo no hubiera desaparecido de su memoria? ¿Tanto la marcó? Claramente, no dudaba de que él fue su primer amor, encajaba por la edad con que lo conoció y por esa huella indeleble al transcurrir de su vida; sin embargo, ninguno de esos dos hechos era proporcional a su asedio cansino después de tantos años. Si bien, aquel día, y por desgracia para mí, era él quien parecía no querer olvidarla.

—¿Puedo saber a qué ha venido esa llamada? —le pregunté en cuanto se guardó el teléfono en la americana de corte sport que llevaba.

—Me ha enviado un mensaje y le he respondido.

—¿Llamándola? ¿Por qué no te has limitado a escribirle otro si tenías tantas ganas de ser amable?

—Porque puedo hacer lo que quiera sin darte explicaciones —contestó enfadado—. Somos amigos y, como has comprobado, no te lo estoy ocultando, ¿dónde está el problema?

—En ningún sitio —repliqué saliendo del dormitorio.

Estuve a punto de contarle que había coincidido con ella en noviembre, el día que celebré con Paula su cumpleaños, pero callé por no sacar el tema de un espionaje que desprecié y dicho en aquel momento sonaría a paranoia.

—No me gustan estos celos, son infundados —dijo en un tono suave, acercándose.

Se produjo un silencio, pacificador.

—Parecen celos, pero no lo son. Tengo la certeza de que estás conmigo,

solo conmigo, si no la tuviera desconfiaría constantemente de ti. Y sabes que no lo hago, jamás siento peligro cuando estamos separados.

Theo permaneció frente a mí, casi ausente.

—¿A qué clase de peligro te refieres? —masculló.

—A perderte. No lo soportaría, ahora mismo no puedo imaginármelo.

—Hay cosas que dependen de uno mismo —habló acercándose más. Sostuvo mi mano izquierda en el aire, besó el anillo de azabache sin apartar los ojos de mí, brillantes, y entrelazó nuestros dedos presionando con firmeza —. Tengo un millón de defectos, un millón de malas ideas, un millón de fracasos a mis espaldas..., pocas virtudes..., pero he tenido la suerte de encontrarte cuando había aceptado no volver a enamorarme; no vas a perderme por nadie, no te lo imagines porque nunca sucederá.

Deseé creerlo, aunque había aprendido que las negaciones absolutas podían transformarse en medias verdades.

—Habla con quien quieras —dije tolerante, en actitud y tono—; te prometo no volver a mencionar nada que ataque esto.

Levanté su mano, también la izquierda, y le besé su nuevo anillo de plata. Era un círculo ancho con símbolos de runas vikingas.

Theo esbozó una tibia sonrisa y me dio un beso corto en los labios.

—Te amo, jamás lo dudes ni lo menosprecies.

Escuchar su voz casi musitada pero con la profundidad de las poderosas emociones que compartíamos fue un empujón de confianza. Quizá en ese justo momento cometí otro error, puede ser, sin embargo, dejé que me arrastrase su sinceridad para unir nuestras bocas con la desesperación, o las prisas, de los que solo desean huir despavoridos de la realidad impulsados por un miedo irracional.

—¿Estás listo para comerte las mejores migas del mundo?

En mi voz brotó la ilusión, y en su rostro radiante esa inconfundible manera suya de adelantarse a un buen festín.

—Puede, aunque las cambiaría por comerme ahora mismo otra cosa.

—No seas agonioso —hablé sonriente, con un suave toque de atención en su entrepierna—, te pierdes tu apetito.

Theo formó un arco casi perfecto en su torso. Habría jurado que petrificó sus abdominales.

—Corre o no respondo de mis actos.

Sin duda, cacé mi abrigo y el bolso al vuelo. Salí del piso rápidamente, pero no por evitar esos actos que disfrutaría, más bien por no soltar una

carcajada en su cara. Bajé la escalera con una sensación de alegría casi bochornosa. Apreciar la complicidad, el deseo o la diversión que compartíamos me conducía a ser la mujer que realmente había sido, la que era, y había olvidado ser confundida por las vicisitudes de la vida. Con Theo, y por días con más frecuencia, aparecía para recordarme que estos destellos podían convertirse en permanentes. Con él regresaban mis sueños, la realidad que deseé vivir siendo más joven, podía palparlos y luchar por conseguirlos. Y, tal vez, por estos pensamientos optimistas, cuando me atrapó sin ni siquiera haber llegado al portal, le besé el mentón y, en un susurro cariñoso, repetí sus palabras:

—Te amo, jamás lo dudes ni lo menosprecies.

Esa fue la primera vez que le reconocí mis sentimientos abiertamente. Él mantuvo su mirada inmóvil, advirtiéndome el paso de gigantes que acababa de dar, sonrió con picardía y dijo:

—¿De verdad es necesario que salgamos?

Vacilé un poco, ¿qué perdíamos de no ir al restaurante?, ¿y qué ganábamos? Theo leyó en mis ojos el cambio de planes, sujetó mi mano con fuerza, y emprendimos la retirada hacia la escalera. Fuimos como dos adolescentes subiendo acelerados por un frenesí lujurioso, imparables al desaliento, procaces a dejarnos guiar por los impulsos de una pasión desatada con los días contados. Esa era la gran verdad que nos disparaba.

Capítulo 24

LA CERCANÍA DEL aeropuerto empezó a socavar la serena actitud que había estado manteniendo durante el resto del trayecto en taxi. Al recorrer la amplia carretera que llevaba directa a la Terminal de Salidas, apreté fuerte la mano de Theo.

—Estoy intentando no venirme abajo, pero contigo las despedidas me duelen demasiado —murmuré.

Theo me rozó la mejilla con los labios, amagando una pobre sonrisa.

—Quédate con lo bien que lo hemos pasado y con lo que todavía nos queda por delante. Esto forma parte de lo que tenemos, no es malo ni triste, es nuestra realidad.

—Lo sé, pero no puedo evitar maldecirlo. Me gustaría llegar del trabajo y tenerte para contarte cómo me ha ido el día, para charlar contigo y seguir pensando que eres el mejor hombre que he conocido... —hablé con un hilo de voz, escaso porque me abandonaba como la compostura—. Lo siento, no soy nada valiente para comportarme con madurez.

—No digas bobadas, sabes estar y me lo has demostrado muchas veces.

Sentí la caricia de su pulgar en la mano, un gesto tierno y casi involuntario. Ese tipo de gestos que se hacen por costumbre a seres muy queridos. Cuando llegamos y el taxista sacó del maletero la trolley de Theo, ya me había preparado mentalmente para aislarme de la nostalgia. Eso pensé. En cambio, para despedirse con elegancia había que saber perder, o estar capacitado para perder, y, desde luego, y aun siendo una perdedora nata, yo no gozaba de esa capacidad ni tenía la mente en el mejor estado para lograrlo. Por aquellos días era pura contradicción, una inestable incapaz de afrontar el futuro en ninguno de los ámbitos de mi vida porque tenía que hacer cambios en los dos pilares que la fundamentaban y, en consecuencia, lo más intocable (mi hijo) se resentiría. Estaba bien claro lo insostenible de esta relación de seguir así, uno de los dos tendría que mover ficha para continuar sin estar pagando el peaje de la distancia, infame por encuentro. Y, encima, si en otro tiempo habría esperado que el trabajo pudiera ayudarme a soportar nuestra separación, por aquel entonces ya tenía asumido que no sería así. Al contrario, ir a trabajar a

costa de mi salud, cuando se me infravaloraba y teniendo presente que no era rentable, lo único que conseguía era desmoralizarme un poco más.

Guiándome de la mano por el interior de la terminal, Theo aceleró el paso. Percibí el caos de las maletas, las prisas bajo aquella fría y moderna inmensidad. Tuve la sensación de estar muy perdida. De no haber ido de su mano, habría tenido que detenerme para lograr orientarme.

Observaba a la abigarrada multitud mientras odiaba el lado triste de los aeropuertos como umbral lleno de sensaciones intensas donde sobraban las palabras, las miradas se tornaban melancólicas y las caricias palpaban ausencias todavía presentes.

—Estás muy callada —dijo Theo.

Levanté la vista hacia él, apenada.

—Desearía no tener ataduras para irme ahora mismo contigo.

—Lo dudo seriamente.

—No hablo de Mario, es el único que me da consuelo cuando estoy mal. Me refiero al trabajo, al piso...

—¿Solo te lo impiden cosas materiales? —preguntó atento a mis ojos.

—En este preciso momento, sí.

Theo pintó en su rostro una expresión irónica.

—Qué lástima, había empezado a hacerme ilusiones. Tendré que buscar la manera de convencerte

Con los ojos vidriosos, resistiéndome a llorar, logré sonreír. Habíamos llegado al Control de Seguridad. Le di un último beso, otro abrazo alargando un tormento infinito antes de que todo volviera a terminar.

Sentía cómo en cada despedida Theo se llevaba una parte de mi corazón. Incluso una parte de mí se iba con él. Se marchó con la cabeza gacha, como un condenado a muerte camino de su ejecución. Lo vi acercarse a la fila que nos separaría de forma inminente sin ánimo de perderlo de vista, necesitaba que la realidad me obligase a abandonarlo.

De pronto, se detuvo, giró el cuerpo hasta encarar sus ojos con los míos, y corrí hacia él, necesitando ese último contacto para sobrellevar la separación; más difícil cada despedida, más íntima.

—Cuídate mucho —susurré, abrazada a su cintura—, hasta luego.

Theo me levantó la barbilla con la mano, se inclinó hacia delante para besarme los labios recorriéndolos con tanta ternura que un estremecimiento de miedo descendió por mi espalda.

—Nos veremos el mes que viene —dijo sin dejar de susurrar.

Asentí moviendo la cabeza, tenía los ojos a punto de una tragedia épica y tragué despacio. Debía aprender a tolerar mejor el vacío que me dejaba su ausencia a pesar de no estar preparada para afrontarla, debía hacerlo para no sufrir tanto en esas despedidas ni hacerlo más grande de lo que era si le daba la medida justa. No era una situación límite, definitiva, pronto estaríamos juntos. Sin embargo, en aquellos momentos el tiempo se detenía y su transcurrir me recordaba a la eternidad. Sin Theo entraba en una especie de letargo que ralentizaba todos mis movimientos. Quizá por eso me costaba tanto dejarlo marchar. O quizá fuese porque le había contado mi vida entera y él había puesto sus cinco sentidos a mi servicio, centrando toda su atención en lo que estuviese contándole. O quizá porque se preocupaba por mí y por Mario, porque percibía su interés en hacerme sentir bien. O, posiblemente, por todo eso y porque no albergaba dudas sobre los sentimientos que teníamos el uno por el otro, recíprocos y alentadores.

Volví a besar sus labios, lentamente. Intentaba conservar en la memoria su sabor para evocarlo cuando lo necesitara, como el tacto de sus manos en mi cuerpo, siendo consciente de que eran unos segundos efímeros, los más importantes para sentirme amada y ansiar de nuevo ser uno. Ninguno nos retuvimos. Disfrutamos de esos momentos que nos envolvieron unos pocos segundos más.

—Voy a hacer lo imposible por no fallarte.

Él esgrimió una sonrisa leve, dio la vuelta y, desapareció de mi vista sin la certeza de no ser la última vez que nos veríamos. Esa incertidumbre siempre sobrevolaba mis pensamientos, un martirio que no lograba dispersar hasta tenerlo de nuevo conmigo; amor, distancia y soledad, una mezcla casi aterradora.

Capítulo 25

VARIAS SEMANAS DESPUÉS salí del hospital bastante enfadada por un conato hostil con mi jefa que no me sorprendió. Lo habría hecho de haber conseguido los dos días libres que le pedí. Esa negativa conllevaba otra ingrata explicación. Conforme fui acercándome a mi casa el pesimismo se adueñó de todos los pensamientos medio coherentes que podía hilvanar.

Al pararme en el semáforo que había justo enfrente de mi portal, empecé a rozar el desánimo absoluto. Eso y la ansiedad propiciaron que encendiera un cigarrillo para terminar de hundir mis buenas intenciones. Mientras me arrepentía machacándome, por la lucha contra la dependencia que libraba desde que Theo se marchó, era incapaz de encontrar las palabras adecuadas para volver a decepcionarlo. No podía hacerlo tras jurarle que iría a verlo, tras decirle que esa vez nada me lo impediría aun contraviniendo su pragmatismo y, por qué no, desconfianza.

—Carmen, qué casualidad.

En cuanto escuché esa voz, que reconocí de inmediato, tiré el cigarrillo y volví la cabeza para topar de forma brusca con Esther. Sonrió amable. Tenía el cabello un poco más largo, de un tono castaño más favorecedor que el rubio platino; y había ganado algunos kilos que le suavizaban las marcadas líneas de expresión del rostro. Tras saludarnos con cordialidad, como si el otro encuentro de noviembre no hubiese existido, y mientras intentaba averiguar mentalmente qué la habría traído hasta aquí, me preguntó:

—¿Sabes algo de Theo?

Elevé las cejas en un acto mecánico. «¿Por qué habría cometido la torpeza de preguntarme por él?».

—No —mentí con naturalidad—. ¿Cómo os va?

Esther me observó fijamente durante un momento. Vi en sus ojos un brillo extraño, disuasorio o de presunción, y recordé las palabras de Paula. Debía estar alerta. Creí que evadiría responderme, en cambio, sonrió al decir:

—Muy bien —mintió, y le sostuve la mirada—. ¿Te apetece desayunar?
—preguntó demasiado amable.

—No, gracias, acabo hacerlo.

En ese momento fui yo la que mintió sin pestañear, no entraba en mis planes sociabilizar ni me fiaba de ella. Posiblemente, por eso perdí el interés en averiguar lo que estaba haciendo a escasos metros de mi casa. Era más sensato creer que habría pasado camino del centro histórico, que fuese cierta esa casualidad que parecía empeñada en cruzarnos.

—Pues deberíamos quedar algún día para charlar —dijo al escuchar la fría despedida que le dediqué—, tenemos muchas cosas en común.

—¿Ah, sí?

—Las dos estamos divorciadas, somos independientes, con hijos a nuestro cargo...

—No somos excepcionales —hablé algo seca, pensando que Theo le había dado información sobre mí de más—, pero, si quieres, déjame tu teléfono y cualquier día de estos te llamo.

Le solté la típica frase que en el fondo significa: voy a hacer el paripé guardando tu número para no llamarte nunca porque no me interesa ser tu amiga.

—Mejor te llamo yo.

«Ni de coña».

—No, porque no tengo un horario convencional en mi trabajo, prefiero llamarte yo.

—Dámelo de todas formas para que sea un intercambio entre amigas.

Su insistencia me molestó hasta un límite insospechado. «¿Qué pretendía? ¿Por qué hablaba con un exceso edulcorado que me rebotaba en los tímpanos?». Había en ella una falsa estabilidad.

—Lo siento, Esther, pero no. —Soné rotunda y antipática siendo consecuente conmigo misma. No la conocía, nunca daba mi número de teléfono a extraños a no ser que por alguna razón debiera hacerlo o, como mínimo, me apeteciera hacerlo. Así pues, ya podía argumentar todas las sandeces que se le ocurrieran—. Si quieres darme el tuyo, bien, si no, también.

Ella intentó amagar una sonrisa, penosa, y tragó despacio. Imaginé que digiriendo una buena dosis de dignidad. Procuré afianzar mi armadura de coraje para que no me afectase. No podía ceder porque había algo en ella que chirriaba como un carromato a pique de extraviar los tornillos de las ruedas.

Tuvo la santa perseverancia de insistir durante unos minutos más, hasta colapsar mi capacidad de aguante.

—Esther, “no” son dos simples letras, ¿cuál de ellas no entiendes? Llevo un rato intentando ser amable cuando no me apetece porque no te conozco, y,

siendo franca, no me gustas. ¿Por qué insistes? —Negué con la cabeza sin apartar los ojos de ella. En ese instante apenas fui consciente de mi rudeza, suele ocurrirme si sobrepaso el límite de lo que considero una invasión personal—. No hay que ser una lumbrera para notar el rechazo.

—Gracias por aclararme tu postura.

—De nada. Sería demasiado hipócrita aceptar tu amistad cuando no la deseo. Es una cualidad que deberías aplicarte, a veces es sano retirarse antes de llegar a un extremo insostenible. Aplícatelo con Theo y deja ya de agobiarlo —le dije sin ocultar que había tolerado su embuste por compasión.

No sentí remordimientos al verla descompuesta.

—Tú no tienes ningún derecho a decirme cómo debo comportarme, no sabes nada de mí ni de él —añadió con ese aire de superioridad que tanto me molestaba. De golpe, Esther había recuperado su absurdo orgullo—. Te crees muy lista porque ahora lo tienes engatusado, pero no te equivoques, hay cosas por encima de ti.

Sopesé discutir, estaba indignada porque volviese a intentar hacer que dudara de él, pero, en un breve fragmento de inspiración, opté por la elegancia de la indiferencia.

—Adiós —le solté, contundente, definitivo.

La dejé inmóvil en mitad de la calle, di la vuelta y proseguí hasta mi bloque, totalmente enervada y sin comprender el porqué de una actitud que se me escapaba. Llamé a Paula nada más entrar en casa, o lo compartía o no sería capaz de centrarme en lo que de verdad me preocupaba.

Paula no daba crédito mientras me escuchaba.

—¿En serio? ¿Pero qué pretende?

—Que seamos amigas en una especie de club de divorciadas con hijos. —Resoplé—. Hay gente muy rara, hoy me ha tocado aguantar a una.

—Esta lleva detrás de ti más de un día...

—Vivo en el centro, ha sido una coincidencia.

—Sí, como en el *Morrisey's*... Carmen, soy de ciencias, ¿qué quiere decir? Que pienso de forma analítica. Cuando estoy frente a un problema lo divido en partes para examinarlo desde varios puntos de vista; creo en el ensayo-error, en las leyes físicas y hasta en Dios —admitió para mi asombro —, porque de no hacerlo tengo que creer que las primeras bacterias que surgieron en el planeta y generaron la vida procedían del espacio..., y aunque en el fondo sepa que tiene unas probabilidades abrumadoras de ser cierto, creerlo me supone un salto al vacío que ahora mismo no viene al

caso para lo que quiero decirte...

—Me tienes en ascuas —comenté mucho más serena.

—*Las coincidencias no existen. Puedes convencerte de lo que quieras, pero esa mujer te busca por algún motivo. Y como solo tenéis uno en común, aparte de ser divorciadas y con hijos —matizó con un rastro de ironía—, deberías hablar con él en vez de ocultárselo como si fueses tú la que provocara estos encuentros. ¿Quién no te dice que está mal de la cabeza? Al menos, Theo la conoce; podrá prevenirte.*

—Contárselo es discutir, Pau. No ha habido una vez que ella saliese a colación que no termináramos enfadados.

—*Pero después os reconciliáis... No lo dejes más.*

—Tampoco ha sido para tanto. ¿Qué consigo contándoselo? La llamará y volverán a estar en contacto, precisamente lo que no quiero. Y, por si fuese poco, me arriesgo a que ella le cuente que he sido un poco borde...

—*Theo está acostumbrado, guapa, es más, diría que gracias a eso se enamoró de ti.*

—Sé que soy muy pesada, ¿pero de verdad crees que me persigue?

—*No puedo responderte de forma rotunda, pero que te busca, o espía, no lo dudo. Hasta me atrevería a decirte que sabe lo vuestro.*

—De saberlo, se lo habría contado Theo.

—*O no. Tenemos constancia de que ella ha ido a por ti tres veces —dijo con énfasis, recordando la primera vez a finales de agosto el día que Theo volvió a Copenhague, la noche del pub y la de ese día—, y que cuando Theo ha venido a verte habéis salido...*

—¿Estás insinuando que nos ha visto juntos?

—*Ella no pillaría el concepto de un “no”, pero a ti está costándote pillar lo que significa “espíar”.*

No me afectó su sarcasmo, más bien me hizo recapacitar con detenimiento.

—Se lo contaré luego, tienes razón. —Respiré hondo, serenándome por completo, con mis prioridades muy claras—. Cambiando de tema, ¿cuándo te mudas?

Paula empezó a contarme sus planes inminentes, que pasaban por instalarse en casa de Jorge la próxima semana para continuar con una escapada romántica a Praga. Hablamos acerca del cambio inesperado en su vida, de emociones y recuerdos, sin mencionar de nuevo a Esther ni nada donde no fluyera la alegría de manera constante. Habíamos compartido tantos

momentos amargos que nos costaba creer en buena fortuna o, como decía ella, en las consecuencias de las circunstancias de cada uno.

—*No siempre íbamos a ser cascarilla^{III} con los hombres* —dijo bromista—; *ahora es nuestro turno, no es que hayamos corrido mucho...*

—Hemos sido lentas y facilonas para equivocarnos. A ver si también tienes razón en esto y empieza nuestra buena racha.

—Empezó en agosto, Carmen, la de las dos, no lo dudes. Igual que supe reconocer en Jorge a mi media naranja, a ti te pasó lo mismo con Theo.

En vista de que tenía intención de empezar otra vez con su retahíla de la fruta, opté por acortar la charla para concentrarme en buscar las palabras apropiadas que mitigaran el chasco de otra fallida intentona. Parecía como si Copenhague tuviera alas para alejarse de mí.

A eso de las cuatro de la tarde me senté en el sofá. De forma consciente pasé de largo por el sillón rojo. Llamé a Theo justo cuando sonaban las campanas de San Pablo. El repique me distrajo unos segundos, luego, la imagen de Theo acaparaba la pantalla entera de mi portátil y sonreí atontada. «¿Por qué le sentaba de escándalo una camiseta raída y un pantalón corto? ¿Habría notado que llevaba un poco de maquillaje para disimular mis ojeras? ¿O que me había peinado por él?».

—Ya es de noche —me dijo algo irónico, respondiendo a mi curiosidad con un timbre grave tan alentador como cariñoso—, estoy preparando la clase de mañana. ¿Cómo te ha ido a ti?

—En mi línea... —titubeé, de pronto sentía estar traicionándolo—. Quería comentarte... Verás... esta mañana mi jefa...

—¿Otra vez ha hecho lo mismo? —preguntó interrumpiéndome, sonó incrédulo.

—Sí —susurré—, lo siento mucho.

Theo bajó la cabeza, meneándola.

—No puedes seguir en ese trabajo, Carmen, no tienen seriedad —dijo al enfrentar mis ojos—. ¿No te das cuenta de que están riéndose de ti en tu cara? Ya no hablo de estos cambios que nos fastidian a los dos, sino del abuso que cometen en todos los aspectos. ¿Hasta dónde piensas aguantar? ¿No decías que estabas planteándote dejarlo?

—Sí, pero me da miedo porque sé lo que me costaría encontrar otro trabajo.

—El miedo no es buen consejero, al contrario, te priva de oportunidades que podrían sorprenderte para bien. ¿Aceptarías ahora mi ayuda?

—No —respondí intolerante—. No vuelvas a insistir, por favor. Si estuviera en una situación crítica, lo haría, pero no es el caso.

—Muy bien —afirmó enfadado—; pero no tardes en tomar una decisión porque así no podemos seguir.

—Hay cosas que no puedo controlar, Theo. He hecho todo lo que ha estado en mi mano para tener tres días libres, no me linches porque si tú estás cabreado no te imaginas cómo estoy yo.

—Sé cómo estás, pero no te entiendo. Es la segunda vez que te pasa lo mismo, me has dicho que en ese trabajo te están explotando, que nunca vas a lograr mejorar porque no respetan tus derechos... —Theo hizo una pausa para resoplar—. Debes poner un límite para no continuar malgastando tu tiempo y tu energía, o nuestro tiempo y nuestros planes. Tienes la suficiente madurez para ser congruente con tus palabras y actos antes de que esta situación se termine de desbordar y acabes estallando. O eres fuerte para defender tus intereses con firmeza o asumes que van a... —dudó un poco, buscando alguna palabra concreta— a joderte cada vez que quieran.

Alcé las cejas al escucharle, sorprendida por un vocabulario que nunca le había oído.

—Gracias por el consejo, lo tendré en cuenta.

No hablé con sarcasmo ni reproche, pero él pareció advertirlo. Me miró apretando la boca, molesto.

—Eso espero, no me gustaría tener esta conversación cada poco tiempo.

—No pasará, te lo prometo —le dije convencida. Esbocé una sonrisa leve, por aligerarle el malestar, tomando otra decisión en nuestro beneficio: ocultarle el agrio encuentro con Esther. En ese momento solo pensaba en retomar la dulce complicidad que le devolviera la confianza en mí—. Gracias por ser mi equilibrio, siempre tienes la palabra de aliento justa para animarme.

Theo me miró largamente, esgrimía una línea satisfecha en los labios.

—Te sienta muy bien el pelo recogido, me gusta. Aunque también me gustaría alargar el brazo y quitarte la coleta para sentir tu pelo en la punta de mis dedos, lo echo de menos.

—No entremos en nostalgias —dije con cariño—, háblame de lo que has hecho hoy.

—No me apetece, Carmen, estoy fastidiado. ¿Sabes lo que es necesitar a alguien para respirar y cuando por fin crees que estás a punto de tenerlo, de sobrevivir aunque sean unos días, darte de bruces con la realidad?

—Puedo decirte que lo siento hasta que volvamos a vernos, pero no voy a arreglar nada, perdóname.

—Te añoro tanto que me comporto como una máquina para no pensar en ti.

—El próximo fin de semana tienes a los niños, ya verás cómo no soy tan pejiiguera.

Pretendía quitarle importancia a esa sensación de vacío que compartíamos. Me interesé por ellos y le conté anécdotas de Mario, hasta que el estridente sonido del portero electrónico irrumpió en la atmósfera cómplice que habíamos retomado. Al cabo de un instante, la presencia inoportuna de mi exmarido no solo enrareció el aire del salón, sino que recorrió Europa para enfurecer a Theo. No entendió esa visita, y no podía explicársela sin saber qué la motivaba. Cerré el portátil bajo la promesa de llamarlo más tarde.

Al tener a Pedro cara a cara, apenas observé nada nuevo en él: mismo cabello castaño repeinado hacia atrás, barba cuidada, y rasgos duros que le aportaban un aire pendenciero, falso porque era bastante tranquilo. Llevaba unas deportivas negras, pantalones vaqueros y chaqueta gruesa de paño. Si a eso, que me hacía deducir que no venía del trabajo, le añadía su expresión severa incrementaba mi inquietud acerca de que a Mario le había debido ocurrir algo tan grave que no le había quedado otro remedio que decírmelo en persona.

—¿Qué ocurre? —le pregunté obviando saludos formales, atenta a sus ojos oscuros.

—Necesito hablar contigo, es importante.

—¿Dónde está el niño?

—En casa con Raquel, lo he dejado merendando.

Cerré los párpados un segundo, aliviada. Raquel era su mujer, madre de su segundo hijo, una niña de dos años, y a pesar del poco trato que tenía con ella, como Mario la apreciaba, manteníamos una relación cordial. De manera amable lo invité a sentarse en el sofá, me adjudiqué el sillón rojo, y aguardé intrigada sin atreverme a imaginar lo que me depararía su insólita visita. Mientras él se acomodaba, pendiente a su impostada serenidad, repasaba los encuentros de ese día lleno de sorpresas. «Que siga el juego», pensé. «Que la ruleta no pare por mí». ¿Para qué dejar alguna alegría para otro momento si podía tenerlas todas seguidas? Ironizaba por alejar cualquier atisbo de empatía.

—Estás guapa, Carmen. Has adelgazado, ¿no?

«¡Qué derroche de sutileza! ¿Estaba guapa porque sencillamente ese día tenía el guapo subido o estaba guapa por haber adelgazado?». No me quedó claro, pero no tuve la más remota curiosidad de saberlo.

—¿Qué es eso tan importante que necesitas decirme?

Pedro carraspeó, nervioso.

—Raquel y yo vamos a divorciarnos.

«¡¿Cómo?!» Di un grito mental, por fuera aparente fría comprensión.

—Pues lo siento por vosotros, ¿no podéis solucionarlo?

—No —respondió con rapidez, batió las mandíbulas y agregó—. Se ha liado con un compañero de su trabajo.

«Vaya... ¡Qué mal sienta tu propia medicina!»

—Si esperas de mí palabras de consuelo, lo siento, no voy a pronunciar ninguna.

Pedro levantó el mentón.

—No he venido para escucharte, Carmen —dijo con soberbia—. Quería pedirte un poco de flexibilidad con los turnos de Mario mientras encuentro una casa y hago la mudanza.

—¿Por qué no se muda ella? La casa donde vivís es tuya.

—La niña se queda con ella, es su casa.

No estaba siendo mi intención reprocharle nada, sin embargo, me había indignado que durante nuestro divorcio no quisiera escuchar otra cosa que no fuese custodia compartida y ahora tuviera tan claro que su hija debía estar con su madre. Nunca dudé que esa obcecación estaba motivada por intereses económicos, pero hasta ese preciso instante no había podido afirmarlo con rotundidad.

—Igual que luchaste por la custodia de Mario, ¿por qué no luchas por tener a tu hija? Sería bueno para los niños, y para ti —le dije, eludiendo tocarle el bolsillo. Era listo, habría pillado el sarcasmo.

—La niña es muy pequeña, no daría abasto entre los dos.

—Mario tenía cuatro años cuando tú y yo nos divorciamos —comenté, sintiendo cómo la rabia empezaba a dominar mis ideas—; ¿para ella está bien seguir con su madre y para él no? ¿Sabes cómo lo pasaba cuando se iba con vosotros? Dividía los meses en quince días buenos y en quince horribles, no levantaba cabeza pensando que mi hijo estaba en manos de una extraña, pero lo acepté porque comprendía que eras su padre y tenías el mismo derecho que yo a tenerlo, sin dinero por medio, actuando como una persona coherente cuando habría deseado llevarte a juicio y demostrar que la única que se había

preocupado por él desde que nació fui yo, con pruebas, con testigos. En cambio, preferí conformarme y darte una oportunidad a costa de mi bienestar y el bienestar emocional de mi hijo. Así que no vengas ahora diciéndome que vuestra hija necesita a su madre como si Mario no me hubiese necesitado exactamente igual; eso no lo admito.

—Estoy desbordado —habló con docilidad al percibir que mi paciencia se había evaporado—. Hasta que encuentre casa, te ruego que te quedes con Mario, luego volveríamos a los turnos normales. Mi intención es estar con él las dos semanas que me tocan y con mi hija fines de semana alternos, uno como mínimo coincidirán los dos conmigo.

—No hace falta que me ruegues para que mi hijo esté en su casa, esta, y como te las apañes con tu hija es asunto tuyo. Pero voy a advertirte algo, no pienso pasarte una. Si noto que Mario no está bien contigo, solicitaré una revisión del acuerdo de divorcio para modificar la custodia.

Pedro me atravesó con una mirada herida.

—Siempre ha estado bien conmigo.

—Ha estado bien porque Raquel estaba cuidándolo. ¿Crees que él no me cuenta lo que hace en tu casa?

—No sé lo que te habrá contado, ni me importa —añadió de nuevo altivo—; soy capaz de cuidar a mis hijos tan bien como tú o como ella.

—Lo estoy viendo —dije cínica, poniéndome en pie.

Necesitaba que se alejara de mi casa para conseguir algo de tranquilidad.

—¿Lo recoges mañana del colegio? —Al escucharlo, asentí en silencio. Él se levantó, se acercó tratando de parecer amistoso. Amplié nuestra separación física precediéndolo hasta la puerta—. Te aviso cuando esté instalado en algún sitio.

—A ver lo que buscas y dónde.

—No te preocupes, algo por esta zona.

—No es preocupación, es una advertencia —repliqué fríamente.

Durante unos instantes nos observamos retadores. Luego, en cuanto volví a sentarme, le mandé un WhatsApp a Mario para decirle que al día siguiente me esperara en el colegio. Tendría que inventar una excusa en el trabajo que me permitiera salir sobre las dos de la tarde, pero lo haría sin remordimientos. Anular el viaje a Copenhague podía tolerarlo aun doliéndome en el alma, sin embargo, fallarle a mi hijo era inadmisibile. Por aquellos días, al no estar en mis semanas con él, Mónica, la chica que lo recogía del colegio cuando por mi horario me resultaba imposible y hacía las veces de canguro, contaba con toda

la disposición de su tiempo, no me pareció oportuno pedirle ayuda.

Dándole vueltas a la charla con Pedro anocheció sin que cayera en las trampas de mi mente para volver al tabaco, con caer en una tristeza poco edificante tuve de sobra. Incluso aquella tristeza esfumó el romanticismo que solía tener a esas horas. Era el tiempo mágico de Theo, minutos para olvidarlo todo entre palabras de aliento y sueños.

De nuevo abrí el portátil, Skype, y lo llamé, rondaban las nueve. No respondió y, agotada, opté por despedir un día de lo más extraño.

Estaba tumbada en la cama cuando el sonido burbujeante y alegre de una vídeollamada me arrancó del sueño que acariciaba.

—Hola —saludé a Theo y bostecé—, me había acostado; creía que ya estarías durmiendo.

—Antes estaba dándome una ducha, y soy guiri, *skat*^[12], no un anciano.

Sonreí al oírlo, llevaba varios días sin escuchar esa palabra íntima que advertía del cariz de nuestro compromiso.

—Perdone usted, no ha sido mi intención ofenderlo.

Theo se peinó el cabello con las manos y formuló la pregunta, la única pregunta que lo tenía en ascuas:

—¿Qué quería tu ex?

—Comunicarme en persona que se divorcia —respondí, brincando de alegría por dentro. Estaba encantada por esos celos de mi profesor con ademanes descuidados—. Me ha pedido que mientras encuentre dónde vivir me quede con Mario.

—¿Sin nada por escrito? —preguntó con un rastro de suspicacia.

—Sí, en plan acuerdo entre amigos.

—Y has aceptado, ¿verdad?

—Con mi hijo no tengo opciones, él está por encima de todo.

—Como debe ser. Me alegro por ti, al fin vas a tenerlo siempre contigo.

Percibí en su voz un deje apenado, quizá por no tener la misma posibilidad con los suyos.

—Es algo provisional, luego volveremos a las quincenas como hasta ahora.

—Lo dudo, pero si tú confías en él...

—¿Crees que no querrá volver a nuestro acuerdo?

—No lo conozco, solo te digo que tengas cuidado y hagas las cosas bien. Las leyes están para cumplirlas, igual que los acuerdos de divorcio.

Capítulo 26

CON EL PASO DE LAS semanas, y para desgracia de Mario, el vaticinio de Theo estaba cumpliéndose al pie de la letra. Eso significaba que mi talante permisivo con Pedro tenía variaciones que oscilaban entre una conmiseración mínima y la intolerancia absoluta. No llegaba a entender su dejadez como padre, la falta de responsabilidad que masacraba el amor del niño. Al principio no dudé de que fuesen ciertos todos sus problemas para encontrar piso, pero conforme transcurría el tiempo y ni siquiera mostraba interés en verlo, podía recogerlo del colegio para estar unas horas con él, se me abrieron los ojos a la triste realidad: no tenía intención de compartir la custodia ni tampoco de que se modificasen las cláusulas del acuerdo porque eso implicaría una pensión para Mario. La sangre me hervía. ¿Con qué parámetros calibraba las necesidades de sus dos hijos? ¿Por qué satisfacía las de la hija que había tenido en ese matrimonio que ahora se extinguía y no las de nuestro hijo? ¿Acaso las eludía porque a mí podía esquivarme? ¿O porque había sido más benévola que su todavía actual mujer? O lo más indignante, ¿porque no quise entrar en una guerra donde mi hijo era el perdedor de antemano?

Esa noche del 23 de febrero, fría y lluviosa, leía una novela en la cama sin lograr olvidar la enésima conversación que había mantenido con él acerca de su búsqueda de vivienda, infructuosa, por supuesto, y armé mi ataque para ponerle las cosas claras. Seguiría el consejo de Theo para modificar nuestro acuerdo de divorcio, sin duda, así acabaría la intentona de estos últimos cuatro años por mantener una relación cordial. Pero era la única salida para continuar sin engaños y, por qué no, sin sentirme engañada.

Estaba bastante satisfecha con mis argumentos cuando recibí un mensaje breve de Theo: «*miss you*». Lo leí con una sonrisa en los labios. Gracias a él mis penas eran más livianas, su forma pragmática de encarar los problemas me daba una perspectiva optimista que conseguía alegrarme. No desperdiciaba el tiempo regalándome los oídos, su sensata rotundidad a veces eran jarros de agua fría para reactivarme y permitir que tuviera el coraje de enfrentarme a Pedro, a mi jefa, o incluso para hacerme brillar con diversión en unas largas conversaciones diarias que nos dejaban creer en la cercanía que tanto nos

faltaba.

Lo llamé al móvil y no respondió. Extrañada, no eran más de las diez, abandoné la calidez de la cama y cogí el portátil. Nada en Skype. Volví a coger el móvil y le escribí: «¿Dónde estás?». En dos segundos, recibí: «*Bajo una tormenta*». De repente, un vigoroso rayo iluminó la noche. Mi corazón empezó a palpar como un violento volcán. «¿Dónde estás?», le repetí. «*Aquí también hay tormenta*». «*Regreso a casa*», contestó. Al leer esto último, sentí una decepción parecida a abrir una caja de bombones y hallarla vacía. «*Conduce con cuidado*». No me dijo nada más.

Volví a meterme en la cama, apagué la luz y me concentré en el sonido de la lluvia, algo abatida. Por un momento pensé que estaba a punto de darme otra de esas sorpresas que tan bien solían salirle. Me sentí sola, y en esa honda soledad no tardé en arruinar mi propia confianza; era insano ilusionarse con un mundo distanciándonos.

Media hora después, con él como dueño y señor de mis pensamientos, cansada de ansiar dormirme, me asomé a la ventana a contemplar la lluvia. Siempre he encontrado relajante su sonido, verla caer suspende el tiempo y olerla..., olerla en la tierra me llena de paz. Es uno de los olores más sutiles que puedo apreciar sin equivocarme, hurraño en el Sur. Por desgracia, tuve que conformarme con escucharla mientras veía las gotas vibrar en la luz de las farolas. Apenas circulaban coches por la carretera.

En esa desapacible serenidad, me llamó la atención que un taxi se detuviera en la puerta de mi edificio. La lluvia arreciaba mientras una figura corpulenta emergía del vehículo. Automáticamente, fijé la vista para observar unos movimientos que reconocería a leguas. No es posible, me dije nerviosa. No es posible.

Pero sí lo fue.

Theo acabó de mostrar su grado de locura cuando abrí la puerta y me estrechó entre sus brazos como un oso polar, desaparecí. Nos besamos saboreando, embriagados por un gozo superior al alcance solo de los que sienten el profundo dolor de no disfrutar de un ser amado. Rodeada por aquellos músculos contundentes me convertí en agua, fluía por sus caricias con la rabia de una pasión potente; ni los mismísimos rayos nos hicieron sombra.

—Tienes la habilidad de aparecer cuando más te necesito —susurré medio aturdida por el placer—, no sabes lo feliz que acabas de hacerme.

—Estoy aquí porque tú también me haces feliz, no sabes cuánto.

Me encaramé a él palpando su cabello húmedo, sujeta por sus fuertes

manos en las nalgas. Nos necesitábamos, y ya no tuve necesidad de dormir para soñar con él. Le pedí un poco de calma, Mario podía despertarse, dar al traste con la lujuria que nos debilitaba como seres racionales y se apoderaría de nuestros actos de no resistirnos.

—No puedo, *skat*, llevo cinco horas pensando en esto —habló sin resuello.

Entramos en mi dormitorio con la luz apagada, nos tocábamos, nos sobraba cualquier distracción absurda. En cuestión de sexo, menos no es más, más es superior. Languidecíamos al ritmo salvaje de la tormenta, rayos virulentos acompañando truenos estremecedores, invencibles ardorosos en una cadencia febril.

El poder de Theo se multiplicó por mil, era un titán reclamando su trono. Arrebatado, cuando dejó de existir, cerró los ojos y su expresión se transformó. Esa máscara de perdición me obnubiló, nada podía compararse a alcanzar la luna en un viaje por el abismo.

—Todo merece la pena cuando te amo —dijo al dejar que la sensualidad acabara con él.

Esas palabras, en boca del hombre que lograba hacer de mi vida un arcoíris cuando la realidad era bien distinta, incrementaron el instinto romántico que a veces le ocultaba. Él siempre había arriesgado más que yo, enfrentando sus emociones con sinceridad, demostrándome con sus actos — esta era su tercera visita por sorpresa— que sus sentimientos hacia mí eran un regalo; no podía ignorarlos por cobardía, o como un día me dijo: menospreciarlos.

—Para mí merecería la pena poder compartir contigo más que un sexo fabuloso —le hablé en un susurro, sintiendo la profunda distancia que nos separaba a pesar de que en ese preciso instante todavía estábamos enlazados—. No tengo dudas sobre lo que siento por ti aunque no te lo diga a menudo, te amo. Estoy segura de no estar confundiendo las cosas porque no es deseo. — Me dedicó una sonrisa sin despegar los labios, con sus ojos entrecerrados a la expectativa—. A veces creo que te aburrirás de esta relación por lo lejos que vivimos y porque me cuesta expresar mis emociones. Me gustaría ser como tú, pero no puedo evitarlo... —Uní mis labios a los de él en un beso suave—. No me lo tengas en cuenta.

—No lo hago nunca, hay cosas que se notan —susurró, moviéndose un poco. Fui incapaz de no estremecerme. Recorrió con la yema de los dedos la piel de mi cuello, sedosamente—. Me deseas tanto como yo a ti, es la

atracción sexual que sentimos el uno por el otro, que será efímera porque este ritmo es imposible soportarlo muchos meses, pero como además nos queremos, porque los dos sentimos por igual, sabemos que cuando pase esta etapa desearemos seguir juntos.

—No me gustaría que esto pasase, el sexo es fundamental para una relación sana.

—Ritmo y frecuencia, *skat*, no celibato.

Theo salió de su cobijo, soltando un sutil jadeo, y se enfrentó a mí amurallándome entre sus brazos. Comprendía lo que quería decir, aunque me resultara difícil aceptarlo con la química explosiva que nos vapuleaba apenas al primer roce.

—No sé... —susurré muy cerca de su boca—, dudo bastante que nos convirtamos en una pareja insípida. —Avalé esta apreciación provocándolo con caricias que recorrieron su estómago en una incursión sutil. Theo contrajo los músculos—. Nosotros somos magnéticos, ¿lo ves?

Engreída por mi poder, esgrimí una sonrisa triunfal. Él paseó las manos por mis nalgas.

—Llevábamos sin estar juntos casi dos meses... —habló con cierta dejadez, parecía exhausto—, y tampoco creo que esta química la perdamos con el tiempo..., pero cuando acabemos con la distancia todo será cotidiano.

Noté la cautela en su voz.

—Eso confirmaría lo que pensaba de ti, eres un cazador. Aunque tengo una simple fórmula para mantenerte con la excitación de la caza: nunca conseguirás atraparme.

Theo me miró entrecerrando los ojos, serio.

—Detesto las palabras definitivas, “adiós”, “jamás”, “siempre”..., porque suelen dar una visión errónea de algunas situaciones y, sobre todo, porque el tiempo suele arrastrarlas al lado opuesto de su significado.

—¿Por qué de repente tengo la impresión de que ya no estamos hablando de lo mismo?

Sonrió sin ganas.

—Porque hemos dejado de hacerlo. En cuanto he mencionado que algún día viviremos juntos, has cambiado de tema.

—No, no he cambiado de tema, he llegado a una conclusión lógica que explicaría por qué piensas que dentro de un tiempo no actuaremos como ahora.

Al oírme, apretó el ceño.

—¿He pasado de traficante a cazador?

Aprecié en sus ojos un brillo burlón, o sarcástico.

—Aquello fue una tontería para explicar tus largas vacaciones.

—Ah, porque lo de “cazador” es cierto, ¿no? —preguntó de un talante poco halagüeño—. Piensas que persigo a una mujer hasta que la consigo para luego dejarla y buscar a otra. No se te ha ocurrido pensar que la vida real no es lo que nosotros estamos viviendo ni que el deseo se diluye cuando dos personas comparten su día a día.

—Sé perfectamente que esto no es real —le dije molesta—, y siento haber bromeado con algo que no me hace ni puñetera gracia.

—¿Qué? ¿Qué haya dicho que llegará el día que vivamos juntos o que sea un cazador? —preguntó sin muestras de enfado—. Porque lo primero es mi meta, y lo segundo es otra de tus tonterías porque en todo caso sería el cazador cazado.

Tragué saliva, afectada. El momento dulce se había esfumado. Eso sí, ninguno movimos un músculo, seguíamos rodeándonos con los brazos. Durante un silencio prolongado hilé pensamientos para poder expresarle bien y sin ambages mis sentimientos hacia él. Era difícil que aunara de forma acertada emociones con palabras, tiendo a dispersarme cuando involucro mi corazón y entendimiento, pero tenía el firme propósito de intentarlo para alejar la niebla que enturbiaba su mirada desde hacía unos minutos.

—Cuando no estás —empecé diciéndole en un murmullo íntimo—, intento mantenerme ocupada la mayor parte del tiempo para echarte de menos en la soledad de esta cama. Raramente lo consigo, ¿sabes por qué? —pregunté emocionada—. Porque formas parte de mi vida, porque lo que más desearía en el mundo es vivir contigo; pero debo conformarme con lo que tenemos, soñar o tener metas aún me hace más daño porque me satura la mente con un montón de problemas para los que no encuentro solución. —Me detuve cuando él empezó a arrastrar mis lágrimas. Tenía las emociones a flor de piel, y brotaban con la misma fuerza que el manantial de sinceridad que, al fin, ponía las cartas sobre la mesa—. No menosprecies mis miedos, Theo, son sensatez ante la envergadura de lo que siento por ti.

—Te he dicho muchas veces que el miedo es un mal consejero, y a veces tiene una fuerza irresistible para encerrarnos en nuestro caparazón sin tener en cuenta la sensatez. No voy a mentirte diciéndote que enamorarse de alguien que vive en otro país no es un problema, lo es y de los gordos, pero si los dos tenemos la seguridad de que sentimos lo mismo por el otro no es un problema imposible de resolver.

—Ya lo sé, igual que reconocí al instante que contigo conectaba a un nivel profundo que no había logrado con nadie más, tal y como sé que por ti merece la pena afrontar un cambio radical porque eres junto a mi hijo lo mejor que me ha pasado —hablé absolutamente convencida, él era mi hombre—, eso lo distingo sin dudas. Lo que me falla son las expectativas...

—Y aquí volvemos a que soy un cazador, ¿verdad?

Me dolió su tono cínico.

—No, ahora eres tú el que dice tonterías.

—Ciertamente, porque puedo ser muchas cosas, estar lleno de defectos, pero ni me excita conquistar a una mujer ni soy de... ¿cómo se dice *one night stands*?

—Ligues de una noche.

—Pues eso. Si lo que te da miedo es arriesgar porque temas que pueda dejarte por otra, quédate tranquila. Sabes que desde Lise no he tenido pareja y muy pocos ligues de una noche, sin condenas porque era libre para hacer lo que me diera la gana —aclaró al ver en mi rostro la insinuación de una sonrisa suspicaz—, tenemos gustos parecidos, nos apetece lo mismo, nos compenetrarnos..., quédate con todo eso y con lo que sentimos, lo demás vendrá solo de manera fluida. De momento, seguiremos así hasta que hayamos planificado bien cómo daremos el paso para vivir juntos —dijo con voz cariñosa—, no te agobies, ya encontraremos una solución.

Asentí en silencio, sin hacer caso a ese consejo que pretendía alejar un miedo irracional a perder este amor irrefrenable. Cerré los ojos con la cabeza apoyada en su pecho, pensando en que nada era indestructible ni eterno, ni siquiera el amor; consciente de que la perfección no existía aunque en aquel instante la creyera a mi lado. Empecé a dormirme arrullada por el roce de sus dedos en la espalda, deseando que el amor lo pudiera todo a pesar de no creerlo para tener el empuje necesario de tomar la mejor decisión.

—Mi casa es tuya y de nuestros hijos —susurró.

No abrí los ojos al escucharle, opté por hacerme la dormida. Sin embargo, no fue lo más honrado ni lo más saludable, su oferta me mantuvo en vela toda la noche. Divagaba en mi hipotética vida en Copenhague mientras él caía en un sueño profundo y la tormenta se convertía en una ligera llovizna sin apenas sonidos relajantes. Fantaseé imaginando la cotidianidad de su compañía, con sus hijos, sus padres, con Mario perfectamente integrado en algún colegio y hasta me atreví a verme trabajando en un hospital. Pasé horas entre claroscuros sin darle una miserable tregua a la tozuda realidad que me

había encajonado en unos límites cómodos pero insuficientes para avanzar. En aquel mar de dudas llegué a sentir vértigo. Ocurrió cuando le abracé y sentí su calor. Necesitaba explorar todos los recovecos de su persona, la realidad a su lado. Había tenido la enorme suerte de conocerlo en un momento complicado, aparecido para salvarme de una catástrofe más emocional que económica, o en el momento necesario. Toda esa emoción minaba cualquier razonamiento pesimista para fraguar unos deseos que me impulsaron a obviar los obstáculos que un rato antes todavía maniataban mi empuje aventurero de iniciar una nueva vida con él, y supe entonces que había encontrado la solución apropiada, no podía ser de otra manera.

Capítulo 27

FELIZ, OBSERVABA LA cara de Mario. No tenía precio mientras Theo mareaba a la dependienta de la tienda de alquiler de material de esquí de Sierra Nevada. Aquel lunes 26 de febrero comenzaban para mí unas cortas vacaciones, había conseguido librar del hospital, también el martes y miércoles, fiesta en Andalucía. Pocas cosas podían arruinar la sensación de bienestar que me rodeaba. Habíamos decidido pasar esos días en una casa rural de la estación, hacer turismo por Granada antes de regresar a Málaga y, entremedias, Mario y yo haríamos nuestra primera incursión en el esquí de fondo. Theo fue el promotor de la idea, se había encargado de buscar la casa y, cómo no, sería nuestro avezado maestro o, concretando con exactitud, mi martirio.

Los ojos del niño seguían con admiración su meticuloso recorrido por la tienda. Además de admirar la seguridad que mostraba exigiendo todo el equipamiento, creo que le gustaba tenerlo cerca porque lo veía como la figura paterna que desde enero había perdido gracias a la ausencia de Pedro, porque con él, y sin apenas notarlo, mejoraba con el inglés, básico para que se relacionara en el colegio cuando al fin pudiésemos cumplir el objetivo de estar juntos en Copenhague, y, quizá, porque Theo tenía una facilidad natural para saciar su curiosidad explicándole cualquier cosa con analogías relacionadas con su entorno inmediato que él entendía rápidamente. Sin embargo, era una lástima que ese dominio para explicarse con Mario le faltara para transmitirle a la dependiente lo que de verdad necesitábamos.

Tras más de media hora escuchándolo rechazar modelos de esquíes, botas y bastones, la paciente chica se hartó y lo dejó por imposible. Entonces llegó nuestro turno.

—Estas me gustan —comenté refiriéndome a unas botas rojas y negras que cogí en la sección de esquí de fondo.

No pude probármelas, antes de que eso ocurriera Theo me las quitó de las manos.

—Tienen unos refuerzos laterales muy débiles —explicó, dándome otras menos llamativas—. Pruébate estas e intenta mover los tobillos.

No me resultaron incómodas, solo feas. Entre prueba y prueba, todavía tardamos otro buen rato en salir de la tienda. Cuando lo hicimos, cargados como sherpas en plena travesía, mi rango de confianza sobre mis aptitudes descendió al mismo punto de congelación que lo rodeaba todo. Aquello no parecía sencillo.

Tras otra parada en un supermercado para comprar tres bocadillos de embutido, chocolatinas y unas botellas de agua, que cargó Theo en su mochila, llegamos a la zona sin pendientes de aprendizaje de la estación: Pradollano, atestada de grupos infantiles con monitores. Tardé poco en confirmar mis peores pronósticos, el esquí de fondo no resultaría nada fácil.

Puse mis cinco sentidos en las explicaciones de Theo, moví los esquís intentando patinar como mi hijo, pero había algo que no funcionaba. No era capaz de tener una mínima coordinación.

—Puedes flexionar las rodillas —dijo Theo por quinta vez.

—¿Y qué estoy haciendo?

—No lo sé, no lo comprendo, pareces un robot. Fíjate en Mario.

Arqué las cejas, cambié el rumbo de la mirada hacia mi hijo, un erudito de goma, y volví a encarar los ojos burlones de mi profesor.

—No nos compares, él es una esponja y sabía patinar.

—Tú también, al menos eso dices; demuéstrelame o, como mínimo, impúlsate con los brazos y los bastones como si estuvieras andando, el movimiento es el mismo.

«Igualito», rezongué en mi fuero interno. Theo siguió inmóvil, a la espera, y vacilé un poco, ¿me desafiaba con esa mirada fija y una insinuante sonrisa en el rostro? Alcé la barbilla, sacando pecho, y moví de forma circular la pierna derecha. Luego el bastón, la otra pierna, de nuevo el bastón hasta pillar un ritmo lento pero sincronizado.

—¡Muy bien, mami! —gritó Mario dándole bombo a la discreción que pretendía—. ¡Ya podemos irnos!

Esa era toda su ilusión, correr al telesilla para empezar la travesía hasta el Mulhacén.

—¡En diez minutos vamos! —le dijo Theo alzando la voz. Se acercó a mí, esgrimiendo una sonrisa bonita—. Sin prisa, *skat*, tienes que sentirte cómoda y segura.

—Gracias, es un detalle que me des diez minutos para aprender algo que vienes haciendo desde hace más de cuarenta años.

—De nada —replicó irónico—, deja de protestar y haz añicos mi

longeva experiencia, tú puedes.

Esas palabras no sonaron a reto, sino a orden, y me provocaron una indolencia que casi me lesiona y a él lo mata de diversión. Fue un susto sin importancia, pero me dio idea de lo que era levantarse con aquellos esquíes tan largos y estrechos.

—Ya no estoy para estos trotes, el deporte y yo somos incompatibles.

No podía dejar de lamentarme al recobrar la posición erguida.

—Dirás el tabaco y el deporte. A ver cómo te desenvuelves cuando empecemos a subir...

—Tendrás que llevarme a cuestras —le solté con gracia—, y ya no fumo —aclaré con orgullo.

—Hasta que te entren los nervios, cuéntamelo cuando lleves un año sin fumar.

—Voy a conseguirlo, esta vez es diferente.

—¿Por qué? —preguntó, agarrando mis bastones para indicarme la forma correcta de sujetarlos.

—Porque sé que lo detestas, eres mi motivación.

Theo no pareció conmovido, aunque apretó los labios satisfecho. Inclino la cabeza hacia abajo y me dio un beso breve, una especie de gesto tierno para contentarme.

—A partir de ahora procura no hacer estupideces, ¿de acuerdo? Las montañas no admiten errores ni los perdonan.

Advertí su preocupación, me afectó hasta acobardarme un poco. Poco, lo que Mario tardó en volver a azuzarnos. De un humor excelente ante esa ilusión, subimos en el telesilla hacia el collado donde empezaba la verdadera travesía.

Notaba el viento cortante, un frío seco que ni siquiera el sol mitigaba. Solo pude aplacarlo entretenida en el paisaje salpicado de esquiadores, descendían las laderas a una velocidad peligrosa; los admiré, y me surgió una duda:

—¿Por qué os gusta tanto esquiar si no tenéis montañas?

Theo me observó como si descifrara un enigma. Al asumir que no bromeaba, respondió:

—En Dinamarca no hay, pero en Suecia y Noruega sí.

—No te las atribuyas, son de vuestros amados vecinos.

Captó el cinismo con rapidez, la maltraída vecindad que solía enfrentar a los tres países.

—Como quieras —dijo de forma pasiva, centró su atención en el paisaje y, al cabo de unos segundos, siguió hablando—. Dinamarca gobernó toda Escandinavia durante dos siglos, aún le pertenecen Groenlandia y las Feroe, es la monarquía más antigua del mundo, así que si he cometido un desliz... te pido disculpas.

—No voy a recordarte hasta dónde abarcó el reino de España —comenté en su mismo tono chulesco—, dime por qué os gusta tanto esquiar sin alardes históricos que ninguno hemos vivido, ¿podrás o prefieres dejarlo al gusto de mi imaginación?

—Puedo hacer eso y mil cosas más —habló en voz baja, salvando la cabeza de Mario y a escasos centímetros de mi oído—. ¿Quieres la versión tópica o la real?

—Una mezcla bonita con detalles románticos —contesté tratando de sonar seductora, sin garantías porque con aquel frío no supe realmente cómo sonó mi voz.

Entonces comenzó a contarme que durante los oscuros y fríos meses de invierno, gracias a que la geografía de Dinamarca es ideal para el esquí de fondo, los daneses tienen el deseo insaciable de buscar luz explorando la naturaleza en una especie de consuelo silencioso entre el infinito blanco, que es una tradición arraigada en toda Escandinavia y que se remonta a miles de años.

—¿Siempre es de noche? —preguntó Mario de pronto.

Theo me miró, ambos nos sorprendimos al oírlo porque no parecía interesado en la conversación.

—No, pero desde octubre hasta marzo anochece antes que aquí y desde primavera hasta verano amanece antes. ¿Nunca has escuchado hablar del sol de medianoche? —le preguntó en un tono alegre. Mario meneó la cabeza, y él abrió los ojos de par en par en plan teatrero—. ¿Y te gustaría saber lo que es o verlo?

—Las dos cosas —respondió ambicioso.

—Hoy confórmate con aprender —aporté de buen talante.

Theo abrevió mucha información aclarándole solamente que en algunas zonas del norte de Europa, en verano, el sol no se ponía en toda la noche. No pudo explayarse más, habíamos llegado al final del trayecto del remonte y el niño perdió el interés al tiempo que aumentó mi ansiedad. Aquello pintaba cual odisea titánica.

Al cabo de media hora atravesábamos un paso de montaña, sencillo y sin

apenas desnivel visible, precioso por la panorámica de un camino cubierto de nieve y plagado de árboles cual estampa navideña; infernal para mis piernas y pulmones.

—Cuando lleves más meses sin fumar no te asfixiarás —dijo Theo a varios metros de mí, era la avanzadilla con Mario.

No pensaba detenerme por no perder el ritmo, pero lo hice; fue una necesidad imperiosa si pretendía seguir viviendo.

—Continuad vosotros, ya os cogeré.

Theo llegó hasta mí patinando como un rayo, era impresionante que alguien de su estatura fluyera con elegancia sobre aquellos esquíes tan largos.

—¿Ya empezamos? No has durado ni dos minutos.

—Lo estoy intentando, ¿eso no cuenta? A ver si lo valoras un poquito... Además, no te estoy diciendo que sigáis mi ritmo...

—¿Ritmo? ¿Llamas ritmo a desplazarte medio metro por segundo como si fueses un pato borracho? Vamos, *skat*, hazlo por tu hijo.

Cuando quería era muy persuasivo o, en ese momento y solo en ese, un *tocapelotas* sin compasión. El caso fue que surtió efecto incitando un rasgo poco sobresaliente de mi carácter, porque solo hacía acto de presencia bajo circunstancias extremas. Tuve coraje. Esplendoroso coraje, burlón para camuflar mi flaqueza entre bromas, suficiencia, entre amor y la ambición de no defraudar a mi hijo. De la nada me convertí en intrépida deportista para desesperación del coloso que vigilaba todos y cada uno de mis pasos como un águila avizor.

Riéndome de su protección mientras explorábamos unos parajes mudos, soberbios, lo desafié las tres horas que tardamos en llegar a la falda de la joya de la corona. Una vez allí, inclinamos la cabeza hacia arriba. La vertiente escarpada de la montaña resultaba impresionante. Noté con mayor intensidad el esfuerzo físico que había hecho, el oxígeno que se me clavaba en los pulmones como dagas de hielo, y fue cuando Theo decidió no continuar con la aventura por la cantidad de nieve y la pendiente. Ni un pero en contra. Mario habría continuado, sin embargo, Theo le quitó las ganas ofreciéndole un plan mucho más divertido: probar las bicis de nieve que alquilaban en la estación. Lo convenció al instante, hasta me atrevería a decir que mi hijo enloqueció de la emoción.

Rodeados de tranquilidad empezamos a comernos los bocadillos. No creí posible reponer la ínfima energía que me quedaba, para lograrlo debería haberme inyectado adrenalina en vena, pero incluso con ese pensamiento

robándome la voluntad traté de no aguarles el día:

—No hace falta que lo chantajees por mí —le dije a Theo en voz baja.

—¿Estás segura? Cuando lleguemos al hotel no lo verás como un chantaje, no vas a poder moverte en varios días.

—No exageres, estoy un poco cansada; pero no ha sido para tanto.

Guardó los envoltorios de papel de los bocadillos en la mochila y sacó una botella de agua. Sediento, de varios tragos la vació. Cogió el móvil y dijo:

—Vamos a hacernos una foto antes de que te pierda en el camino de vuelta.

—Qué gracioso... A ver si eres tú el que no vuelve... Tanto presumir para haber llegado el último...

Posamos sin rencores, otra grandeza de bromear provocándonos. Theo me abrazó por detrás, cariñoso y sonriente, giré la cabeza para verlo y le besé en el mentón. Nos hicimos varias fotos con Mario, incluso él se brindó a hacernos una con el Mulhacén al fondo. Frente al niño fuimos un poco más felices, cómplices agarrándonos las manos, y, posiblemente, nos sentimos más enamorados al compartir un bello momento en ese lugar que ya había entrado a formar parte de nuestro recuerdo.

Después, al empezar el descenso hacia la estación, deseé evaporarme a cada metro. Maldije cada centímetro de nieve; nada desdeñable teniendo en cuenta a la altitud que estábamos; fue una bajada mortal a los infiernos con los pies anclados a losas de cemento. Ni siquiera en el telesilla logré descansar, al contrario, notaba que el parón sería nefasto para mis maltrechos pies. Todos mis pensamientos se focalizaron en deshacerme de las botas, sin ser rígidas las sentía como piedras. Incluso olvidé el chantaje de Theo. Tenía una misión, solo una, y debía cumplirla lo antes posible. Era eso o recorrer descalza las calles nevadas hasta la casa rural. Y, si soy sincera, me lo planteé totalmente en serio; no podía resistir más.

—Yo me encargo de Mario —dijo Theo, sosteniéndome por la cintura al bajar del remonte. También agarró mis esquís—. Tú intenta llegar sana y salva a la casa, ¿podrás?

—Ahora mismo lo dudo, no me siento las piernas.

La mirada de Theo fue de preocupación.

—Te acompañamos hasta la tienda —comentó solícito—, devolvemos tus botas y lo llevo a las bicis, no van a irse a ningún sitio.

—No. Aunque tenga que pagar un día más, prefiero ir directamente hasta la casa; está más cerca. Iros vosotros a las bicis, puedo arreglármelas sola.

Mentí como una bellaca, sin ánimo de aumentar su inquietud ni ganas de decepcionar a Mario. Tenía un dolor criminal en las piernas y los empeines, ni mil patadas juntas superarían tal crueldad, pero esgrimí una sonrisa conveniente y le di un beso en los labios. Con una exaltación bastante creíble, me despedí de ellos. Enfilé la salida de puntillas, tratando de levitar por unas calles resbaladizas con nieve acumulada a los lados. Había trampas de hielo que me exigieron concentración máxima, un fallo y me garantizaba el bochorno de desarmarme en público como un robot para el desguace.

Al no poder levitar, de haberlo conseguido mi historia sería otra, me dirigí hacia la plazoleta donde estaba la casa fijándome en los comercios y bares de estilo alpino. El gentío alegre cargaba esquíes y tablas como si no pesasen o no fuese antinatural ser feliz sufriendo. Esos pensamientos debieron distraerme del dolor porque todavía no sé cómo llegué sin desfallecer.

Más tarde, todo cambió. Tras poner la calefacción y una ducha ardiente, recuperé parte de mi sistema locomotor y pude andar descalza por el suelo de madera. Asomada a una de las ventanas vi la caravana de vehículos que abandonaba la estación, curioseé por el confortable interior de la casa con más detenimiento que al llegar por la mañana. De los dos amplios dormitorios me llamaron la atención unos crucifijos sobre las camas, pensé que el propietario sería alguna persona mayor; del salón revestido de madera: la chimenea, un cesto de esparto típico alpujarreño, surtido de tarugos, y la pequeña cocina con los electrodomésticos básicos. Husmeé abriendo los armarios, estaban vacíos y limpios, inútiles para nosotros porque habíamos planeado descansar de preparar comidas. Pretendíamos usar la casa solo para dormir. Era un plan loable en pos del descanso, ciertamente, aunque en aquel momento no habría desdeñado cocinar cualquier cosa y ahorrarme la pesadez de vestirme con veinte capas de ropa, salir en busca de algún restaurante decente y pasar más frío del que ya había pasado durante todo el día.

Algo extrañada por el retraso de Theo y Mario, y previendo que no tardarían en aparecer, empecé a vestirme con una camiseta térmica, un jersey negro y pantalones de lana. Busqué en la maleta los calcetines más gruesos que había traído y me senté en la cama para ponérmelos, pensando en que la estación cerraba a las cinco de la tarde y ya pasaban unos minutos de las siete. Llamé a Theo. Pero, por desgracia, no logré averiguar nada porque como siempre cuando más necesitaba saber mayor era su mutismo.

Conforme avanzaban los minutos mi incertidumbre crecía. ¿Dónde estaban?, ¿habrían sufrido algún percance con las bicis? Con esas preguntas

haciendo estragos en mis frágiles nervios, no me di cuenta de que había empezado a nevar. La noche se cerraba en aquella altitud con una sutileza aterradora. Afortunadamente, la risa alegre de mi hijo irrumpió en esa oscuridad para devolverme la luz.

—Mami —exclamó nada más entrar—, te has perdido las bicis. Después hemos devuelto los esquís y nuestras botas, hemos dado una vuelta por la estación y hemos ido a un restaurante a comprar la cena —enumeró exaltado.

Apreté la frente, anonadada. Theo traía dos bolsas de plástico, pero lo que realmente colapsó mis retinas fue verlo sacudirse la nieve de la cabeza. De su gorro cayó una lluvia brillante tan mágica como su sonrisa.

—Me has leído el pensamiento —hablé feliz.

—Es mi especialidad, *skat* —dijo al dejar las bolsas encima de la mesa del comedor.

«Ya lo creo», pensé, «una de tantas».

Sugirió que cenásemos delante de la chimenea, idea que no llegó a convencerme ni tampoco a molestarme por el recibimiento de Mario, y resultó un acierto pleno. El fuego envolvió la estancia de una calidez agradable cuando, tras echar varios troncos, Theo empezó a atizarlo bajo la atenta observación del niño. Las llamas crearon sombras ondulantes, nuestras siluetas dibujadas en las paredes como si formásemos parte de aquella ensoñación. Compartimos la comida entre charlas evocadoras de las proezas vividas en la montaña, entre risas ingenuas y dulces.

Poco después, la fatiga venció a Mario. Se despidió de Theo dándole un abrazo y lo acompañé a su habitación, orgullosa de él. Estaba encantada por la felicidad que transmitía al lado del hombre que convertía mi vida en un viaje excepcional. Lo arrojé hablándole de nuevos planes, oía de fondo la voz de Theo. Por su danés y tono cariñoso, supe sin albergar dudas que hablaba con Mads o Nina. No era capaz de entender nada de lo que decía, pero esa actitud me pareció de una fortaleza enorme; lo amé un poco más. Día tras día resultaba encomiable apreciar cómo a tanta distancia buscaba el momento para hablar con sus hijos, algo que Pedro ni siquiera intentaba. No pretendía compararlos, y pese a no hacerlo en ningún aspecto, era difícil y a duras penas lo conseguía. El limbo de indiferencia y triste silencio que le regalaba a Mario lograba decepcionarme de una manera insidiosa, tan agotadora que llegaba a odiarlo y, sin ser consciente, me hacía un daño profundo. Tal vez fuese ese dolor lo que me dio clarividencia para ser firme resolviendo la situación de Mario.

Al sentarme de nuevo junto a él, apoyé la espalda en un cojín grande y extendí las piernas, cruzadas por los tobillos, contemplando el paso del tiempo a través de los troncos calcinados.

—¿En qué piensas?

Volví la cabeza hacia Theo, me había dispersado tanto que su voz en español me sorprendió.

—En que nadie puede obligar a amar, es algo que cada uno hace porque quiere.

—Por supuesto, aunque haya personas a las que sea difícil no amar — comentó con cierto humor. Al instante, me vi en su ancho regazo—. Tú, por ejemplo —susurró.

Theo acarició mi rostro con cariño, acercando sus labios a los míos en un beso mucho más íntimo que cualquier roce apasionado.

—Yo también te amo —le dije a media voz, vulnerable ante la profunda unión que sentí en aquel momento.

—¿Pero...?

—No hay ningún pero, contigo me siento bien, te admiro, me imagino cómo sería vivir juntos y lo deseo con toda mi alma... —conté y, viendo su cara de poca convicción, agregué—. Me ha afectado escucharte hablar con tus hijos, me da mucha rabia que Pedro no muestre el mismo interés por Mario.

Theo comprendió rápidamente el porqué de haberle dicho que nadie podía obligar a nadie a amar, lo que no vislumbró ni de lejos fue la sensación que me invadió. De forma brutal imaginé una escena parecida con él en su casa, tal vez utópica porque no cenaríamos en el suelo frente a la chimenea, pero estaríamos juntos tras un duro día, charlando de nuestras cosas, con los niños en la cama, los suyos y el mío como una familia feliz. Sé que fui muy tonta soñando con un cuento de hadas a mi edad, pero no hubo nada que me lo impidiese, ninguna advertencia que me hiciera detenerme; al contrario, Theo paseó sus manos por mis brazos arropando ese sueño con una serenidad que me estremeció.

—La vida es más complicada que fácil, *skat*, pero está en nosotros complicarla más. No te preocupes por Mario, encontraremos la manera de que sea feliz.

—Eso espero, pero no solo Mario; todos.

—Lo intentaremos —murmuró.

Capítulo 28

MARIO ESTABA EMOCIONADO, de nuevo era Han Solo jugando con el *Halcón Milenario*, con Jorge como copiloto mientras Paula ponía la mesa y Theo controlaba en la parrilla el punto del chuleton. Desde el baño oía el rumor de sus voces, contenta, viendo en el espejo el brillo alegre en mis ojos. Tener bajo el mismo techo a algunas de las personas más importantes de mi vida me provocaba una sensación de inmensa felicidad. Hace tiempo descubrí el placer de estar, así como suena: estar; estar con mi hijo, con mis amigos, ahora con Theo, compartiendo una comida o cena como ese día envueltos en distendidas charlas sobre nuestras inquietudes. Son siempre para mí los mejores momentos, los más entrañables. Tal vez, suplo con ellos la carencia afectiva de mi propia familia por no tenerlos cerca, tal vez; aunque pensándolo con objetividad no crea que ese sea el motivo dada la fluctuante relación que mantengo con mis padres. Me decanto por pensar que el motivo verdadero de valorar tan alto las reuniones con mis amigos es bastante simple: me gustan porque nos hemos elegido.

De pronto el teléfono de Theo rompió la alegre sintonía de mi casa llena de vida.

—*Paula, échale un vistazo a la carne; ahora vuelvo.*

Theo pasó por delante del baño a la habitación de invitados y se encerró dentro. Raro, porque no solía ocultarse cuando hablaba con sus hijos. En otra circunstancia no habría tenido curiosidad por saber quién lo llamaba, pero ese secretismo acrecentó mi interés. Atenta, me acerqué a la pared que separa el baño de la habitación y pegué la oreja intentando escuchar lo que decía.

—*Mañana a las cuatro* —dijo Theo. El español ya fue una pista, pero aún mantuve cierta fe en él. Hubo un breve silencio—. *Hemos estado unos días en Granada, no he tenido tiempo.* —De nuevo, tras la aclaración, más silencio. Empecé a filtrar el significado de sus palabras y, por ende, di con su interlocutora: Esther—. *Pues no lo sé... Es posible que en Semana Santa* —comentó en un tono más bajo. Supuse que ella le habría preguntado cuándo volvería—. *Claro, nos veremos.*

En cuanto lo escuché, tuve suficiente y salí del baño. Al aparecer en la cocina ante Paula, debió verme la malaleche en el rostro y, confundida

creyendo que sería tristeza por la nueva marcha de Theo, me dijo:

—Un mes pasa volando, ya deberías estar acostumbrada.

—Lo estoy. A lo que no me acostumbro es al engaño.

—¿De qué hablas? Theo está rendido a tus pies, procura relajarte un poco.

Paula le dio la vuelta al chuletón y me miró con sincero desconcierto.

—Sigue en contacto con su ex, ahora mismo está hablando con ella.

—Lógico, tienen dos hijos. ¿Por eso te engaña? Es lo que debe ser, lo que no es normal es lo que está haciendo Pedro.

—No me refería a su exmujer, Pau; te hablo de su exnovia.

Paula hizo una mueca con los labios.

—¿Todavía no se ha dado por vencida?

Encogí los hombros.

—No me preocupa.

—Claro, por eso te has reservado venir como una bala a decirme que él te engaña...

—Entiendes lo que quieres. No me refería a que me engañara poniéndome los cuernos con ella, sino a que me dijo que ya no mantenían ningún contacto.

—Debía ser cierto... hasta ahora, por supuesto —matizó irónica—. ¿No te preguntó ella cuando coincidisteis la última vez si sabías algo de él?

—No coincidimos, estaba enfrente del portal.

—Como fuese, Carmen, ¿estuvisteis hablando o no? —Tuve que admitir una verdad incuestionable—. ¿Él lo sabe?

—No. Prefiero no mencionarla porque cada vez que está por medio terminamos discutiendo y, lo que es peor, quedo como una celosa posesiva cuando tú sabes perfectamente que no lo soy.

—Bueno... un poquillo.

Con cara angelical, Paula se rio de mí.

—Cuando tengo motivos, como cualquier persona.

—No te enfades. Lo que tienes que hacer es contárselo, al menos que sepa lo que hace cuando él no está.

—Pero... ¿y si son paranoias mías?

—Que ella te busca es verdad; ahora bien, lo que suceda entre ellos cuando se ven ya es otra cosa. Pondría la mano en el fuego por él, porque no me lo imagino tan bien contigo estando con otra, pero de sorpresas anda llena la vida...

—Eres todo un consuelo, gracias por dejarme peor de lo que estaba.

Paula compuso una sonrisa demasiado amable, y advertí de inmediato que no estábamos solas.

—Creo que ya debe estar al punto —dijo Paula, habló de la carne dirigiéndose a Theo.

Él se acercó a la parrilla, le dio su aprobación y me preguntó:

—¿En qué plato la pongo?

Sin más, le ofrecí una bandeja de cristal.

—¿Has subido nuevas fotos a Instagram?

Theo tardó unos segundos en procesar mi pregunta.

—Si me siguieras, lo sabrías —respondió algo cínico.

—Voy a ver qué hacen Jorge y Mario —dijo Paula para desaparecer de manera rápida.

En cuanto ella entró en la habitación de mi hijo, Theo pretendió averiguar:

—¿Por qué me has preguntado si he subido fotos?

—Por nada.

Theo me sostuvo la mirada, no aflojó la presión de sus labios.

—Si te molesta, dímelo sin rodeos. He subido una de las fotos que nos hizo Mario en Sierra Nevada.

—No me molesta siempre y cuando solo estemos los dos, no quiero que él salga en ninguna red social.

—Es nuestra —dijo, y me enseñó el móvil.

Vi la foto en la que estamos en la falda del Mulhacén, sonrientes y abrazados.

—Ha tenido bastante aceptación, ¿no?

Fue un comentario tonto, o sarcástico, tras haber leído lo único que le habían escrito en español: «*Estás muy guapo*», así, en singular, cuando habría resultado menos descarado y mucho más elegante en plural porque la autora ya debía saber que éramos pareja. Hice un esfuerzo de voluntad horroroso al mantenerme en silencio, pensando en cuál habría sido la reacción de Theo si algún exnovio mío hubiese hecho un comentario similar. Aún tenía frescos en la memoria sus celos hacia Pedro.

—Esther me ha llamado nada más verla —comentó casual.

—Qué bien, me alegro por ti.

Theo entrecerró un ojo al comprender de verdad.

—No voy a darte explicaciones, Carmen. El tema sobre nuestras

amistades ya lo resolvimos —advirtió en un tono duro—. Confío y confías; volver a celos infundados es absurdo.

Moví la cabeza asintiendo, callada, sin atreverme a contarle nada acerca de la agria charla que mantuve con Esther en enero ni que el día de su cumpleaños la vi en el Morrissey's y me dio mala impresión. Tampoco contemplé decirle que Paula compartía mi opinión. ¿Para qué? Habríamos quedado como unas pérfidas malpensadas.

Llamé a la mesa tratando de sonar alegre, llevada por el apetitoso aroma de la comida y por la firme intención de no fastidiar el último día que tenía para estar con Theo. Fue loable, y un estrepitoso fracaso. ¿Por qué el vino no me ayudó a olvidar? No pude quitarme de encima el enfado ni bebiendo de más. Disimulaba al dirigirme a él, consciente de que Paula percibía mi esfuerzo y creyendo que era la única en notarlo. Observándolo bromear hice malabares con mi buena educación, durante varias horas, hasta que sobre las ocho de la tarde Paula le echó un vistazo a su reloj y tocó cariñosamente la nuca de Jorge.

—Tenemos que irnos —dijo el médico al ponerse en pie—, mañana entramos temprano.

Ya en la puerta de casa, Theo le dio un abrazo de esos de oso, de esos familiares, mientras se despedían de manera amistosa, con una complicidad agradable que Paula contempló sonriente.

—Te esperamos a final de mes —dijo ella—, hay que aprovechar los palcos de lujo —añadió simpática en referencia a las procesiones de Semana Santa que podían verse desde casa—. Vas a alucinar, no sabes la de gente que mueve El Cautivo.

—Algo me ha contado Carmen.

Al hablar, Theo colocó un brazo rodeando mi hombro. Alargamos la despedida haciéndole una pormenorizada descripción del fervor religioso de algunos penitentes, los había que recorrían de rodillas las calles de la ciudad detrás del cristo durante horas y horas. Él pareció asombrado, incluso eso lo animó a asegurar que no faltaría.

Sin proponérselo suavizó mi incomodidad, hasta la fulminó cuando poco después Mario quiso que él lo acostara. No pude reprimir espiarlo. Sentado en la cama, le leyó el cuento del *Muñeco de Nieve*. Al terminar, emuló a la escarcha del cuento y le dijo:

—Pídeme un deseo.

—Que mami nunca esté sola.

Theo le acarició el cabello, paternal, como haría seguramente con sus hijos.

—Concedido, siempre estaré con ella.

Al oírlo, sentí una punzada en el corazón, me afligió creerlo. Era mi sueño añorado. Antes de casarme con Pedro deseé envejecer con él, tenerlo como leal compañero a lo largo de muchos años; y no pudo ser, la desidia nos abocó al fracaso poco después del nacimiento de Mario. Y en aquel momento, cuando tenía a Theo y por fin volvía a soñar con un buen compañero de viaje, pese a la infame distancia que veía superable, no me atreví a rozarlo porque me pudo la imagen de verlo deslizarse entre mis manos. De nuevo perseguiría un imposible entre las lúgubres sombras de la infidelidad.

No tuve ánimos de seguir y me aparté de la puerta entreabierta para meterme en mi cama con la desolación que no me permitía ser optimista. Pronto, la silueta recortada entre sombras de Theo acaparó el umbral de la puerta del dormitorio.

Moví la cabeza para esconderme bajo el edredón.

—¿Puedes decirme por qué llevas toda la tarde enfadada conmigo?

Su voz exigente logró removerme. Él se desnudó sin apartar los ojos de los míos, esperando la respuesta inerte en mi garganta. No tenía ganas de salir, y opté por mentirle:

—No estoy enfadada.

—Lo que tú digas —replicó de malhumor, y se metió en la cama. Estábamos de frente, bajé la mirada, y añadió en un tono arisco—. ¿Es por la llamada de Esther? —La sola mención del nombre me tensó, y no pasó inadvertido para él—. No sé cómo a estas alturas puedes tener celos, de verdad, *skat*, no me lo explico. ¿Sabes cuántas veces pienso en ti a lo largo del día?

—Yo también pienso mucho en ti, no tienes la exclusiva —agregué percibiendo su incomodidad.

—Te cueles en todos mis pensamientos, eres una constante en cualquier momento. Pienso en ti cuando estoy dando clase, en casa, cuando estoy con mis hijos, me pregunto dónde estarás, qué estarás haciendo... es frustrante, un martirio...

—Lo siento —murmuré—, no quiero ser un martirio para nadie.

—No he dicho que lo seas, es mi mente. Igual que es tu mente la que te hace sentir celos de una persona que no significa nada para mí y no conoces.

Tragué saliva despacio, apretando la boca al mordirme los labios. Error

grave. Perdí una oportunidad de oro para matizarle que su última apreciación no era cierta.

—No son celos —murmuré casi para mí misma—, es miedo a perderte. Prefiero conformarme con verte cada dos meses a no hacerlo nunca más, no sé si sería capaz de soportarlo, me aterra pensarlo.

—Eres una tremendista, pero no puedo tenértelo en cuenta porque me robas el aliento... —habló más relajado, quizá satisfecho, rozándome el contorno de un seno con las yemas de los dedos, a sabiendas de que era una flagrante provocación, y sonrió perverso—. Te amo, te necesito para respirar. Cuando estoy solo me ahogo, sin ti parezco un espectro transitando el vasto desierto de la nostalgia. Mi único consuelo es tener la certeza de que te pasa lo mismo sin mí...

Sonreí desanimada, era triste la lejanía que nos condenaba a echarnos de menos. Acaricié su rostro áspero, observando fijamente esos ojos celestes que en la oscuridad brillaban como perlas acuosas, y rodeé su cintura con el brazo.

—Me pasa lo mismo, *skat* —susurré—, te amo tanto que a veces pierdo la noción de esta verdad y dejo que mis miedos me absorban los pensamientos sensatos.

Theo me atrajo más hacia su cuerpo, al calor ardiente de su piel, hasta engullirme bajo su contundencia. Apenas noté el peso, tenía fuerza para sostenerse con los brazos dejando solo un leve roce donde él deseaba, justo en el centro de mi placer, pequeños impulsos eléctricos para fundirme en un instinto primigenio tan poderoso como procaz al olvido. Bajo su cuerpo no existía nada, nada importaba, nada era; solo nosotros amándonos sin otra noción que ese febril momento.

Al cabo de un rato, la mano de Theo recorría mi vientre en pasadas suaves y sus labios sembraban un reguero en mi cuello.

—No desconfíes más de mí, por favor.

El susurro de su voz vibró en mi piel.

—No me des motivos, por favor —añadí tras una brevísima pausa.

Capítulo 29

SALIMOS DEL PORTAL a eso de las dos de la tarde. El día era cálido, no menos de quince grados. Theo inclinó la cabeza hacia arriba, cerró los ojos sintiendo el sol y dijo:

—No sabéis lo que tenéis.

—¿El solecito? —preguntó Mario.

—Sí. —Theo le sujetó la mano—. En Copenhague estaré bajo cero, hace un frío que pela...

—No te quejes —dije medio sonriente—, podrás practicar tu deporte favorito.

—No voy a decirte delante del niño cuál es, imagínatelo.

Mario fue prudente, se limitó a pasear la mirada entre los dos, y enfilamos la calle hacia la esquina de Armengual de la Mota para coger un taxi. El vaivén de transeúntes eclipsó un poco mi tristeza, hasta fijarme en la mujer que nos observaba desde la acera de enfrente. Tenía la cara parapetada tras unas gafas de sol y una gruesa bufanda, sin duda, pretendiendo pasar inadvertida. Lo estaba consiguiendo con Theo, que distraído con la conversación de Mario no apartaba la vista de él. Quise que tuviera la certeza de que la había visto y no dejé de mirarla.

Ella colocó el dedo índice de la mano derecha en el puente de las gafas y las bajó, sonrió levemente al observarme. Me pareció de una desfachatez suprema. Seguidamente, volvió a ocultarse detrás de las gafas y desapareció de la calle. En una fracción de segundo se evaporó como niebla disipada por un fuerte viento. De manera atenta, obsesiva, la busqué entre la gente. Ya no estaba, y me hizo dudar de mi cordura. Aquello hasta parecía un sueño fugaz o una visión creada para agobiarme. No me lo merecía, la vi. Sabía bien que era así, tanto como que esta nueva incursión en nuestra intimidad venía a demostrar que Paula y yo no andábamos desencaminadas al pensar en lo poco fortuitos de todos sus encuentros. Ninguno lo había sido. Por alguna razón esa mujer estaba pendiente de mis movimientos con o sin Theo, y a él lo tenía engañado. ¿Por qué?

En un taxi dejamos atrás el centro. La inquietud me corroía la sangre, no pude disimularlo al dirigirme a Theo:

—¿Crees que es posible conocer de verdad a una persona?

Apretó ligeramente las cejas.

—¿A qué viene ahora preguntar algo así?

—Contéstame, me gustaría saber tu opinión.

—Sí, tú y yo, por ejemplo, nos conocemos desde el minuto uno.

—Verdad, ¿pero y si creyeras conocer a alguien y te llevaras el chasco de tu vida?

—¿Significado de chasco?

—Decepción.

Theo torció los labios en una mueca desdeñosa.

—No sería un drama, por desgracia he sentido ya decepción con algunas personas importantes para mí. —En esas palabras sobrevolaron los nombres de su exmujer y su íntimo amigo, los traidores que había perdonado aunque no olvidase la traición—. ¿He saciado tu curiosidad?

—Por completo —respondí.

No fue cierto ni de lejos porque no había sido clara, pero tuve bastante. En ese nuevo trayecto al aeropuerto no podía permitir que por culpa de alguien insignificante para él la tenebrosidad de mi mente se oscureciera un poco más. Para ciertas cosas siempre me he bastado sola, y una de ellas, sin duda, era deprimirme.

—No quiero verte derrotada, *skat* —me susurró Theo delante del Control de Seguridad, después de despedirse de Mario y mientras estábamos abrazados—. Volveré a finales de mes, esta vez vamos a estar separados solo unos días.

—Lo sé, pero quisiera que no fuesen ninguno. Me cuesta mucho aceptarlo...

—Sobreponete, por mí y por él —comentó con voz firme—, me voy más tranquilo viéndote como la luchadora que eres, no me gusta esta versión tuya de mujer abatida.

—Gracias por tu sinceridad, ahora mismo es lo que necesito.

Theo no mostró empatía por mi sarcasmo.

—Aunque te parezca poco agradable, es lo que necesitas. Hay personas que funcionan con palmadas, y otras, como tú, con patadas de realismo.

Me aparté de él, perpleja.

—¿En serio crees que necesito tu faceta borde en este preciso momento?

—En cualquier momento, *skat*. A ti no te va el cariño edulcorado.

No supe qué decirle, tenía unas ganas de llorar tremendas.

—Hasta luego, cuídate.

Theo chasqueó con la lengua, consciente de su error.

—Vamos... —Me sujetó el rostro entre sus manos, se inclinó hacia abajo y pegó nuestras frentes—; solo pretendía ser un acicate para no verte triste, perdóname.

—No soy tan fuerte como crees, no lo soy... —murmuré.

—Ni yo, ni nadie...; pero debemos aparentar fortaleza por los que nos rodean.

Tenía razón, a Mario debía ofrecerle mi versión de madre todoterreno. Besé sus labios por última vez en un contacto cargado de ternura. Theo apretó mi cara, no parecía interesado en dejarme, su corazón me golpeó el pecho con un ruido sordo que reverberaba en mis oídos.

—Tienes que darte prisa —apremié.

Suspiró, sin mover los ojos de mi rostro.

—Te amo —dijo antes de besarme otra vez. Al levantar la mirada, centró su atención en Mario y sonrió simpático—. Hasta luego, Han, cuida a mami estos días.

El niño estaba contento, asintió conforme, y coloqué la mano derecha sobre su hombro para apoyarme mientras Theo se alejaba de nosotros por enésima vez.

—No estés triste, mami. —Mario rompió el silencio caminando de mi mano hacia la estación de tren—. Le pedí un deseo a Theo y me lo concedió.

Sabía de qué hablaba, pero mantuve la expresión de asombro.

—¿Qué le pediste?

—Que nunca estuvieras sola, me dijo que él siempre estaría contigo.

—Tú también siempre estarás conmigo.

—Cuando vuelva con papá, no; por eso se lo pedí.

—Es verdad, cariño —hablé con el corazón destrozado—, así cuando tú no estés, tendré a Theo.

Gracias a esa ingenuidad olvidé un poco la tristeza por Theo. Era demoledor presenciar cómo la esperanza se resistía a morir en mi hijo, cómo se conformaba con las breves llamadas de su padre y admitía sin cuestionar las excusas que llevaba dándole desde enero para no estar con él. Admiré esa lealtad infantil aunque me carcomiera el alma. Si hasta ese instante pensaba no merecer las ausencias de Theo, no dudé que Mario mucho menos mereciera las de Pedro; por él tenía la obligación de ahuyentar todas mis inquietudes para convertirme en la madre fuerte que seguiría a su lado luchando por soliviantar

la inmadurez de quien, indudablemente, no se merecía un hijo como él.

Capítulo 30

AL DÍA SIGUIENTE fui con Mario al Mercado Central. Lo primero que hice fue comprar un zumo recién exprimido para cada uno, luego paseamos por los pasillos dejándonos arrastrar a un caótico alboroto lleno de alegría. Sobre el mostrador de un puesto, además de los ganchos con plátanos y los manojos de perejil y hierbabuena, descansaban frutas bastante peculiares partidas por la mitad para enseñar bien sus pulpas. Las había con espinas protegiendo una especie de uva enorme, con forma de estrella y con corazas salidas de épocas prehistóricas. Esboqué una sonrisa escuchando las maravillosas virtudes que describía el vendedor del puesto, preguntándome si de verdad las habría probado.

Mario, que observaba con los ojos abiertos de par en par, sintió curiosidad y pretendió que yo, su madre superdotada, conociera todos los nombres de frutas que nunca me había atrevido a comprar por no conocer su sabor. En un principio añadí la palabra “exótica” de comodín infalible. Demasiado abstracto, no funcionó, y recurrí a Internet.

Contenta, pude hablarle con algo de propiedad acerca de los lichis chinos, de las carambolas malayas o de la fruta del dragón americano. Sin embargo, un poco escéptica accedí a comprarle unos lichis. Seguimos el recorrido aprendiendo a pelarlos sobre la marcha, hablábamos contentos entre oleadas de personas movidas en una sincronía natural. Alcé la vista al frente al detenernos en un cruce de los pasillos. De pronto, los dedos se me quedaron paralizados en el aire como si tuviera la mano dormida desde la muñeca. No podía ser real. La divertida sonrisa que esgrimía se congeló instantáneamente. Oculté el amargor que me provocaba la visión del rostro sereno de Esther al darle un lichi pelado a mi hijo. Ignorándola, estuve pendiente a la amalgama de sensaciones que era capaz de mostrar Mario ante cualquier novedad, placentera por sus exclamaciones jocosas.

Con un gesto casi mecánico, volví a enfocar los ojos en ella. Tenía pronunciadas ojeras. Siempre se las había visto, pero en aquel momento me impresionaron más. No moví una célula, abstraída en el asombro absoluto no le concedí ni siquiera la capacidad de conmoverme.

Inclinó un poco la cabeza, sonrió a modo de saludo, y correspondí sin cambiar la mirada severa que no invitaba a falsear amabilidad. Agarré la mano de Mario tirando en dirección a otro pasillo. Traté de que Esther no interfiriera en mi mente y le pedí un trocito de lichi. Sabía a uva, más o menos. No me disgustó ni tampoco me entusiasmó al nivel de introducirlos en mi dieta con frecuencia, su elevado precio terminó de disuadirme.

—¿Theo los habrá probado?

—Supongo, ha viajado por todo el mundo. Estas frutas tropicales ya pueden encontrarse en cualquier parte.

—Me gusta...

—¿Theo o la fruta?

Mario soltó una risa alegre.

—Theo, mami. Me gustan las cosas que me enseña... ¿te acuerdas cuando me enseñó a esquiar?

—Cómo olvidarlo, y nos enseñó a los dos.

—A mí más que a ti.

Sonreí animosa aunque en el fondo era incapaz de quitarme a Esther de la cabeza. Podíamos volver a coincidir con ella en cualquier momento. Eso me llevó a continuar la compra con cierta prudencia, miraba alrededor cada pocos segundos mientras pedía en los puestos las frutas y verduras autóctonas que necesitaba. Luego, cargados con dos bolsas cada uno, salimos del mercado por la puerta lateral que da a las calles aledañas del Aparcamiento subterráneo de Camas y me armé de valor para hacer lo que hasta aquel preciso momento no había hecho.

Pensando que Theo estaría con sus hijos, ese fin de semana lo pasaban con él en su casa, saqué el móvil del bolso y lo llamé.

—*No lo sé, Carmen, no creo que sean raros* —dijo después de escuchar lo que le conté acerca de los encuentros con Esther—, *tampoco vivís en Nueva York...* —Al oírlo recordé exactamente lo mismo que pensé la vez que la vi en el Morrissey's, cuando aún creía en fortuitas coincidencias—. *Hablaré con ella.*

—¡No! —exclamé sin controlar el volumen de mi voz—. Da igual, serán tonterías mías. —Por supuesto no eran tonterías mías, pero no quise incitar una llamada para freírme por dentro un poco más—. ¿Cómo están los niños?

El cambio de tema me ayudó a evadir a Esther centrada en intercambiar unas palabras con Nina. No era la primera vez que hablábamos, pero sí fue la primera vez que lo hicimos sin vernos a través de una vídeollamada y sin la

presencia de su padre. La breve conversación en español apenas duró dos minutos, justos para ser amables y expresar nuestro mutuo deseo de conocernos. Me agradó su gesto, para tener doce años denotaba madurez pese a la opinión de Theo o de su error al considerarla todavía una niña pequeña, también me sugestionó un poco a no decepcionarla. De todos los hándicaps que tenía por delante, uno de los que más llegaban a preocuparme era mantener buena relación con ella y su hermano. Quizá fuese el más importante. No podía ignorar a su madre ni interferir en las decisiones que ella y Theo debieran tomar. Por mi propia experiencia con la segunda mujer de Pedro llegaba a comprender que tarde o temprano, y hasta de forma inocente, surgirían peligrosas comparaciones entre nosotras. Recordaba las primeras apreciaciones de Mario sobre la mujer de Pedro contándome lo bien que cocinaba, lo divertido de su carácter, lo que le gustaba la nueva ropa que le hubiera comprado. Realmente, menudencias, porque ni es un mérito fuera de lo normal cocinar bien, ser simpática o gastar algo de dinero que no es tuyo en los hijos de quien provee; sin embargo, le cogí manía, procuraba cortar pronto los halagos de Mario. Y si eso lo viví, ¿por qué no suponer que a Lise, hasta ahora sin competencia, le sucedería algo parecido?

—Mami, pesa mucho.

De inmediato, en mitad del puente de Santo Domingo, me detuve sacudida por la voz lastimera de Mario. Con las cavilaciones que me había dejado la breve charla de Nina, no fui consciente de que las dos bolsas que él cargaba eran demasiado para sus pequeños brazos.

—Habérmelo dicho antes. —Sopesé de buen talante el peso de todas las bolsas y le di la más ligera—. ¿Así mejor?

Mario afirmó con la cabeza y reanudamos el camino hacia casa. Al cruzar el puente, desembocamos en el paseo peatonal de la ribera del río, secundado por hoteles y la insigne Iglesia de Santo Domingo siempre con la imagen de su Virgen de los Dolores expuesta al público en un soportal de su fachada, parapetada tras varias filas de portavelas y cirios encendidos que mantenían los exiguos donativos de los devotos. En esta zona el ambiente lúdico es constante, siempre se respira una atmósfera amable, pero si cabe, esa mañana de sábado, gracias a la calurosa temperatura lo noté con más intensidad. Tal fue mi complacencia que sentí un poco de envidia de las personas que pasaban el rato en la larguísima terraza del bar que hay en los bajos del Hotel Ibis. Tuve el impulso de sentarme a ver también la vida pasar mientras me tomaba una refrescante cerveza.

—¿Por qué te sientas? —preguntó Mario con cara de asco—. Estamos al lado de casa.

—¿Y por qué no? Paula y yo venimos algunas noches. ¿No te apetece descansar un poco tomándote una *fantita*?

La persuasión es básica cuando tu enemigo no está por la labor.

—No —respondió, dejándose caer en la silla—, quiero llegar a casa.

—No seas pesado, un día es un día. ¿Cuánto hacía que no salíamos los dos solos?

Mario encogió los hombros, no pareció importarle mi animosidad. Ni cinco minutos después, le daba un sorbo a una pinta de Heineken mientras él echaba en un vaso la Fanta de limón que le había traído el camarero. Situé mi silla a pleno sol, cerré los ojos y me impregné de la satisfacción de estar dándome un capricho. Mario empezó a hablar y por incluirlo en mi momento de gloria le seguí la corriente sin prestarle mucha atención, hasta que pasó un chaval en bici y dijo:

—Theo también es ciclista.

Riendo, maticé:

—Ciclista, cariño.

—Da igual, me has entendido...

—Sí, pero tienes que hablar bien.

Estaba a punto de contarle que Nina tenía el español como asignatura obligatoria cuando perdí el hilo de mis pensamientos, de nuevo, atrapada en la imagen que por fin comenzaba a olvidar. Esther salió del puente, giró a la derecha en nuestra dirección y, cómo no, posó sus ojos en mí. Se acercó con una sonrisa en los labios, con esa mirada extraña que parecía rozar la locura.

—Hola, Carmen. ¿Cómo estás?

Delante de Mario huiría de escenas, así que me puse en pie de manera suave y le sujeté el codo para distanciarla de la mesa.

—No sé lo que quieres de mí ni me interesa —proferí en un tono bajo y desafiante—, déjame en paz y sigue tu camino sin entorpecer el mío.

—Disculpa, solo pretendía saludarte; pero si tanto te molesta haz como si no nos hubiésemos visto.

Habló de forma calmada, aunque en sus ojos brillara un enfado rabioso.

—Me encantaría, pero es difícil si te encuentro hasta en la sopa.

—No estarás insinuando que te persigo, ¿verdad?

—No, claro que no lo he insinuado; es una apreciación basada en sucesos que poco o nada tienen que ver con el azar.

—No te entiendo —dijo en plan humilde.

—Me da la impresión de que estás obsesionada conmigo, tú sabrás por qué. Lo único que voy a repetirte es lo que te dije cuando, casualmente — recalqué—, coincidimos frente a mi casa, igual que ayer, por cierto: no quiero ser tu amiga.

—Estás totalmente equivocada, las veces que nos hemos visto han sido casualidad.

—Lo dudo. De todas maneras, no me busques más y evitarás encontrarme, ¿entendido?

Esther ladeó un poco la cabeza, tenía la cara pálida.

—¿Cómo te atreves a amenazarme?

—Tal y como tú te has atrevido a hacerte pasar por la pareja de mi novio o te atreves a llamarlo haciéndote pasar por su amiga ocultándole que en tus ratos libres te dedicas a perseguirme. ¿O, acaso, se lo has dicho? Porque he hablado con él hace media hora y te aseguro que no sabe nada de este tema... ¿Quieres que se lo detalle y le añada esta charla y la que tuvimos después de Reyes?

—Haz lo que te dé la gana, todos somos mayorcitos.

—Precisamente por eso mismo deberías superarlo de una vez.

—Qué sabrás tú lo que he superado... —dijo con desdén. Durante un breve intervalo de tiempo me observó ausente—. No sabes nada.

—Algo sí, vivir de recuerdos no es sano. Tienes que superarlo —le repetí en un tono menos duro.

—Hay cosas que no se superan nunca.

Esther me echó un vistazo despectivo, dio la vuelta y puso rumbo en dirección contraria. Inmóvil, la vi enfilarse el puente a paso rápido.

—¿Quién es esa señora, mami?

Esboqué una sonrisa, descartando las líneas de pensamientos retorcidos acerca de ella que no me conducían a nada bueno, y contesté:

—Nadie, cariño, una paciente del hospital.

Capítulo 31

EL SONIDO DE LOS tambores, el penetrante incienso envolviendo el aire, las trompetas acompañando la marcha de la procesión... El gentío en la calle como una turbadora masa indistinguible, el repique conciso del mayordomo en la campana del trono... Y, entonces, tras la prolongada espera, después de haber visto a la Cofradía del Puente con su Cristo del Perdón, su Virgen de los Dolores y a sus más de quinientos nazarenos con túnicas negras procesionando, todo volvió a cobrar vida. Los niveos nazarenos empezaron a moverse, los más de doscientos Hombres de Trono, vestidos también con impolutas túnicas blancas, auparon aquellos largos varaes y, envueltos en la música casi épica de la orquesta, entre apasionados “vivas” de la fervorosa muchedumbre, iniciaron el paso lento que balanceaba a Jesús Cautivo. Al poder observarlo desde arriba, estábamos en el balcón, la túnica blanca del cristo sobresalía del rojo sangre de los altares plateados del trono.

—Vamos a hacernos una foto —dijo Theo.

Corrimos a apretujarnos, Jorge detrás de Paula, con Mario delante, mientras Theo sostenía el móvil y nos daba indicaciones del encuadre perfecto. Posamos sonrientes, varias veces porque conseguir la foto correcta a la primera era imposible, y luego continuamos pendientes a la avanzadilla de nazarenos vestidos con túnicas y capirotos blancos. Algo después pasó bajo nuestros ojos el cristo maniatado, expresaba un dolor dramático que impresionaba.

—Por más que te hayan contado —empezó diciendo Jorge—, nunca llegarán a trasmitirte lo que significa el Cautivo para muchas personas.

—Me había imaginado un buen show, pero no a este nivel. —Theo habló con cara de asombro—. Parecen el Ku Klux Klan...

—No compares, por Dios —exclamé, soltándole un inofensivo guantazo en el brazo. Alegre, cerré los ojos un instante y aspiré el profundo aroma a incienso. Ese olor tiene un poder sobrenatural para relajarme—. A ver dónde encuentras un espectáculo religioso como este. ¿Qué hacéis vosotros? ¿Cerveza de más graduación y ponerlos ciegos?

—Nos reunimos con los amigos y la familia para comer, pintamos huevos

con los niños... o nos vamos de vacaciones.

—Lo que has hecho tú —resolví simpática, antes de dedicarle un guiño—. Gracias por otro detalle perfecto.

—¿Pintáis huevos? —preguntó Jorge—. ¿Para qué?

—Es una tradición que los padres pasen un rato haciendo manualidades con sus hijos. Como hacer Påske øl, una cerveza especial para la Pascua; por eso Carmen lo ha dicho.

Mario, que estaba delante de él, lo observó con una sonrisa enorme.

—Yo de mayor voy a ser nazareno.

Paula en ese momento volvía de la cocina con una botella de vino, sonrió al escucharlo y le dijo:

—No te hace falta esperar, en las cofradías hay nazarenos más pequeños que tú. ¿Por qué no lo apuntas? —me preguntó.

Desorbité los ojos pidiéndole clemencia.

—Porque no me gustan las masificaciones. —Me acerqué a ella, y en el oído le susurré—. Otra idea brillante y te echo del palco, tú misma.

—Menuda anfitriona... Todavía no me explico cómo lo hiciste con Theo...

—Imagínatelo, esfuerzo y dedicación...

—¿De qué habláis? —preguntó Jorge.

Lo observé con suficiencia, disfrutaba tomándole el pelo.

—De la moral que tienen los Hombres de Trono, son incansables.

Los ojos profundos del médico se confundieron en dos rendijas de cobalto tras la espesura de sus pestañas. Ya tenía más confianza con él, y me resultaba curioso comprobar su ingenuidad.

—No le hagas caso, cariño —intercedió Paula—, tiene una empanada mental que no se aclara ni ella.

—Sé qué no has hecho empanada porque he estado todo el día contigo —comentó Theo uniéndose al surrealismo—, ¿qué significa, Paula?

—Ya debes tener un máster en expresiones coloquiales —le dijo Jorge moviendo la cabeza en un gesto mezcla de piedad y burla.

Desvié la vista del danés curioso al médico y, bromeando, solté otra pulla en su honor:

—Tan meritorio como el tuyo cazando moscas.

—¿Perdona? —preguntó Jorge con una ofensa guasona.

—Por partes, Theo —comenzó Paula—. Tu novia está claro que no se ha molestado en hacernos una rica empanada, prefiere la suya propia, o sea, su

lío mental. Y que Jorge esté cazando moscas es la alegoría que le hace creer a ella porque en realidad no pierde puntada.

—Ahora aclárale lo último, guapa, si no, va a imaginarse a Jorge cosiendo ropa cuando el único hilo que ha cogido en su vida es el quirúrgico.

—Es ser un cotilla, Theo —aportó Mario—. Mi abuela lo dice de sus vecinas.

Meneé la cabeza, pensando en la manía persecutoria de mi madre. Me encaminé a la cocina, había un par de platos de jamón y uno de queso encima de la encimera, los cogí haciendo malabares hasta soltarlos en la mesa de madera del salón. Ellos seguían viendo el recorrido del Cautivo bajo la luz anaranjada del atardecer, aún no había llegado a atravesar el cercano Puente de la Aurora porque las paradas para que los Hombres de Trono descansasen se sucedían cada veinte o treinta metros. El séquito de penitentes convirtió calle Mármoles en un mar interminable de formas inverosímiles. Tras varios toques de la campana situada en el frontal del Trono, apareció un enjambre de túnicas salidas de debajo de los varales. El mismo enjambre, unos minutos después, se armó cual ejército de serviles hormigas ocupando su puesto para la continuar la procesión.

Contemplando la espectacular panorámica desde el balcón, mientras la procesión se alejaba dando comienzo al desfile que precedía el paso del trono de la Virgen de la Trinidad, atacamos el jamón ibérico y el queso. Hablábamos de la confusión entre religiosidad y fanatismo cada uno argumentando según sus ideas, hasta que Theo empezó a recibir mensajes en el móvil. Desvió un breve instante la vista hacia mis ojos y salió rápidamente del balcón.

En aquel preciso momento supe de quién eran los mensajes, pero no hice nada. Traté de disimular mi malestar preguntándole a Mario por qué había decidido ser nazareno. Oí su respuesta sin dejar de pensar en qué clase de relación mantenían, habían mantenido y mantendrían; porque, sin duda, ninguno de los dos tenía intención de cortarla. De ella no me sorprendió, tenía pistas para suponer que era una persona de carácter obcecado; en cambio, de él, de él era tanta mi decepción que diluía mi confianza en un lodazal sin consistencia.

—No te enfades —murmuró Paula amparada en que Mario y Jorge seguían atentos a la procesión.

—Es fácil decirlo, pero muy complicado no hacerlo. Te juro que no sé qué pensar, Pau. No sé qué pretende... Ya te he contado lo que le dije después

de encontrarla en el mercado, prácticamente la amenacé... y sigue insistiendo.

—No te lo tomes a la tremenda. Él te ha dicho que son amigos, ¿no? —Al oírla, moví la cabeza torciendo una sonrisa—, quédate con eso; a fin de cuentas, tú ganas, tiene que conformarse con mandarle mensajitos o con escucharlo por teléfono.

—Estoy harta de ella, y si me apuras, harta de no poder decirle a él lo que realmente pienso para no perder discutiendo los pocos días que podemos estar juntos.

—¿Le has contado lo que ocurrió en el Ibis?

—No, hablé con él un rato antes y le quitó importancia a que la viera hasta en la sopa. Si hubiese vuelto a llamarlo para decirle que acababa de hablar con ella, y de malas maneras, se habría enfadado conmigo porque soy una borde que no entiende la amistad entre un hombre y una mujer.

—Muy bien no la entiendes... —comentó de buen humor.

—Ya, me gustaría verte en mi situación, a ver cómo te lo tomarías... No quiero ser malpensada, Pau, pero está dándome motivos para que lo sea.

—¿Por llamarla o porque se envíen mensajes? —dijo con un matiz burlón.

—No, también desaparece sin dar explicaciones —hablé sin ánimo ni intención de explayarme. Ella entornó un ojo, y todavía bajé más el tono de voz al añadir—: El sábado por la tarde estuvo más de tres horas perdido en combate.

—¿Llegó el viernes por la noche y ya el sábado te dejó para salir solo? —Afirmé con la cabeza—. ¿Adónde fue?

—No lo sé, supongo que la señora sabría que había llegado y lo llamó para verlo.

—¿Tú crees? No me cuadra por cómo lo veo cuando está contigo. Deberías preguntarle para quitarte la obsesión, si no, vas a estar dándole vueltas yendo a peor.

Precisamente por no obsesionarme, opté por distraerme con el llamativo palio del trono de la Virgen de la Trinidad. Era de brocados florales con hilos de oro, lo mecían con suavidad, rodeado por el jolgorio clamoroso entre aplausos y música. No advertí el regreso de Theo hasta notar su cuerpo detrás.

—Tienes razón, *skat*.

—Siempre la tengo —repliqué sin volverme para mirarlo.

—Por estas cosas, a veces me planteo trasladarme aquí.

Ahora sí encaré sus ojos.

—¿No me digas...? ¿Y tengo que alegrarme? O... bueno, si no me alegro yo, siempre habrá quién se alegre, ¿verdad?

—Estaba bromeando, pero veo que tú no. ¿Te importaría que hablásemos en privado? —Theo tiró de mi mano hacia el salón, hacia el dormitorio, cerró la puerta con suavidad, ya sin la relajación en su rostro de un instante atrás—. ¿Qué ocurre?

—Nada —respondí sin levantar la mirada del suelo.

Estábamos enfrentados a un escaso metro de seguridad.

—Cuando me dices que no pasa nada, en realidad estás diciéndome que pasa algo y que no es bueno, el problema es que pretendes que lo adivine y, ahora mismo, no estoy para pensar mucho. ¿Serías tan amable de hablar con claridad?

—No —contesté, alzando la vista hasta sus ojos—. He optado por reservarme algunas cosas siguiendo tu línea.

Theo elevó las cejas.

—Muy bien, pero no olvides nuestro acuerdo sobre la confianza.

—Lo tengo presente, quizá demasiado presente.

Tragué saliva y me mojé los labios, sentía una sequedad casi árida bajo un sol abrasador. Él, sin mover los ojos de mi boca, ladeó la cabeza. Durante un instante me observó fijamente, sonrió de manera seductora.

—Estoy aquí por ti —dijo en un susurro grave—, por ti —repitió como una caricia.

Necesité agua para aliviar esa sequedad que me arañaba la boca y, de nuevo, saqué la lengua y me refresqué los labios.

—No lo dudó, pero no puedo quitarme de encima la sensación de que entre esa mujer y tú hay algo más importante que lo que me has contado.

—No te he mentado ni lo haré nunca, Carmen. Entre ella y yo hubo lo que hubo hace muchos años y lo poco que hubo cuando te conocí. No permitas que unos celos que son producto de tu imaginación nos hagan daño a los dos. —Dio un paso hacia delante, enlazó su mano izquierda a la mía, runas vikingas y azabache rozándose—. Para mí, lo único importante, lo único grandioso, es esto; lo que compartimos nosotros. —Levantó la mano derecha para recorrer mi rostro con una parsimonia infernal—. Esto. Eres el aire que respiro, me das la vida cuando estás a mi lado, lo que deseo... Por ti me esfuerzo haciendo cosas impensables que, encima, no me pesan porque has encontrado la manera de hacer que todo me valga la pena. Olvídala, olvida tus celos.

—No soy la responsable —dije a media voz, sin darle pábulo a continuar

echándome la culpa de una situación que no provocaba—. Y ten por seguro que no hay nadie en este mundo que aprecie más que yo el esfuerzo que estás haciendo todos los meses al venir para que podamos estar unos días juntos, nadie, Theo, no hay nadie.

—No hay nadie —repitió con ternura—, lo sé, *skat*.

Unimos nuestros labios en un beso sencillo, falto de alharacas por no acabar en el deseo atroz que nos perseguía en cuanto sobrepasábamos el límite de un roce más allá del cariño.

—Salgamos ya o pensarán que estamos echando un polvo —comenté con el buen humor renovado.

—Mario no nos estará echando de menos distraído con sus adorados nazarenos, Jorge no sé lo que pensará... y a Paula, aunque le expliquemos que hemos estado hablando, cosa que no vamos a hacer —aclaró—, no la convenceríamos de no haberlo echado.

—Tiene la mente muy sucia.

—No es la única —dijo al apartarse—, pero nosotros sabemos comportarnos mientras el niño esté despierto.

«Amén», concluí en mi fuero interno. De puntillas, le di un beso rápido en los labios.

—Te amo.

—Recuérdalo —susurró antes de salir del dormitorio.

Capítulo 32

EL VIERNES TERMINÉ el turno en el hospital cuando la noche difuminaba sombras y un leve frescor algo húmedo mantenía firme la primavera. Tras despedirme de dos compañeras con las que solía tomar un café en las largas horas entre carreras mientras ellas fumaban algún cigarrillo y conversábamos animadamente en la puerta de urgencias ajenas a las ambulancias durante diez minutos de evasión, esperé el autobús sentada en el frío banco metálico de la marquesina de la parada. Recordaba la charla que había mantenido con mi jefa sintiéndome feliz y, por fin, liberada. No volvería más a ese empleo mal pagado donde se me infravaloraba, recuperaría el tiempo perdido aunque pareciera absurdo por mi edad o porque diera la impresión de haber estado ultrajada o, incluso, porque sonara a burdo engaño conmigo misma cuando soy consciente de que ningún tiempo perdido es recuperable.

Al ver en la distancia el autobús 21, me puse en pie. En unos segundos subí saludando al conductor con una sonrisa, la última que le dedicaría. Pronto el movimiento del autobús de nuevo me abstraigo en el pensamiento de conseguir hacer lo que realmente deseaba, que no era otra cosa que llegar a un acuerdo con Pedro sobre la custodia de Mario para mudarme a Copenhague y, como poco, intentar ser feliz con el hombre que no había dejado de demostrarme que soñar no era de locos insensatos.

Con las ideas claras, o eso creía, llamé a mi madre porque Mario llevaba dos días en el pueblo por seguir la costumbre de pasar parte de las vacaciones de Semana Santa con ellos. No pretendía contarle mis planes de momento, y menos por teléfono, únicamente le pregunté cómo estaba portándose el niño. En un principio todo fueron beneplácitos, desgraciadamente, durante unos míseros minutos. Empezó a insistir de manera atosigante en que pospusiera recogerlo hasta el domingo por la tarde, ignorando por completo mi intención de ir al día siguiente para que Mario pudiera estar con Theo antes de su vuelta a Dinamarca, programada para el lunes, y logró molestarme con esa facilidad suya de incordiarne como nadie.

—No insistas más, mamá, quiero que esté con nosotros. Ya lo verás cualquier otro fin de semana.

—*Siempre dices lo mismo y luego no lo traes nunca. Déjalo hasta el domingo, así podrás dedicarte a tu novio sin preocupaciones.*

Espiré, tratando de no soltarle una impertinencia ante lo que me había sonado a reproche, concluyendo que pese a haber conocido a Theo durante el rato que estuvimos en el pueblo y de llevarse una buena impresión de él, porque fue amable y correcto a más no poder, volvía a provocarme para terminar aludiendo a que soy influenciable por los hombres que pasan por mi vida como si se contaran a legiones o, lo más triste, dejando patente lo poco que me conoce.

—Puedo tener a mi hijo y estar con Theo sin preocuparme, mamá —le dije intransigente pero en un tono casi suave—, no es un estorbo para ninguno, al contrario —hablé sintiendo la fuerza de mi propia convicción, empujada por la confianza de estar manteniéndome firme sin permitirle manipularme. Había llegado mi momento, el de poner sobre la mesa mi bienestar, nadie me lo arrebataría—. Mañana cuando nos veamos, hablaré contigo. Tengo que contarte algunas cosas importantes.

—*Espero que no cometas la estupidez de casarte otra vez.*

—Por ahora no tengo pensado cometer esa grandiosa estupidez, mamá; pero si algún día decido cometerla, descuida, asumiré el riesgo como he asumido las consecuencias de todas las decisiones que he tomado a lo largo de mi vida.

—*Eres mayorcita para saber lo que le conviene a tu hijo, estar con los suyos, aquí, en España.*

En su voz percibí la malaleche que vislumbraba y aún no había aparecido de frente.

—Los suyos soy yo, mamá, donde esté, aquí, en China o en Dinamarca. Papá y tú podréis verlo prácticamente con la misma frecuencia que ahora, en vacaciones, así que no lles las cosas al radicalismo puro cuando ni siquiera sabes lo que pretendo contarte.

—*Te conozco, vi cómo le mirabas; ya te ha convencido, igual que te convenció el otro para que le dejaras al niño después de haberte hecho la trastada que te hizo. No aprendes, hija mía, con lo bien que estabas sola.*

—No compares a Theo con Pedro porque no tienen nada que ver, aunque en parte tengas razón al decir que no aprendo, desde luego, contigo no he aprendido nada; siempre caigo en lo mismo al creer que los años te han hecho mejorar tu intransigencia conmigo. Qué le voy a hacer, es mi cruz pensar que me quieres.

—Porque te quiero intento darte buenos consejos, que nunca sigues por llevarme la contraria. ¿Cómo puedes pensar que no te quiero? Soy tu madre, lo único que quiero es tu felicidad.

Moví la cabeza harta de oír una cantinela recurrente y aproveché que el conductor detuvo el autobús en mi parada para cortarla con un adiós precipitado. Sus palabras no lograron afectarme más de los cinco minutos habituales en los que me eximía de responsabilidad por su anacronismo machista y la poca fe en mí.

Estimulada por la urgencia de compartir con Theo la buena noticia que al fin nos daba la posibilidad de olvidar las lúgubres despedidas y los eternos anhelos, recorría el trecho hasta mi casa oyendo una voz dentro de la cabeza gritándome que estaba haciendo lo correcto. No pensé que fuese raro haber dejado un empleo que no me aportaba nada o que mudarme a otro país fuese un drama cuando contaba con el mejor apoyo posible. Ciertos golpes de la vida o ciertas situaciones desesperadas consiguen abrir una vía de escape hasta ese entonces cerrada que permiten ver un rayo de luz donde antes solo se veían sombras. Era como si de repente una brisa de viento despejara las nubes del cielo arrastrando la pesadumbre que me agotaba. Podía haber perdido una gran batalla en mi fallido matrimonio, ser reacia a volver a enamorarme o reacia a perder la independencia que tanto me había costado obtener o, por qué no, cobarde al pretender olvidarlo, pero tenía la necesidad física de abandonar mi trinchera y correr a pecho descubierto hacia esa claridad que me cegaba y a la vez me daba paz. Theo había contradicho todas mis ideas consideradas esenciales para defenderme, había y estaba cayendo en todas, una a una: amor acelerado, desestabilidad económica, cambio brusco a otro país, y no obstante sumaba confianza a un nivel desconocido, elevado, tan alto que volaba creyendo hacer la apuesta definitiva que me llevaría derecha a la vida idealizada durante años de soledad.

Abrí la puerta del piso, sorprendida, estaban echadas las tres vueltas de la llave, y entré un poco decepcionada. No imaginaba que Theo no estaría esperándome, lo había hecho desde que llegó. Solía pillarlo preparando la cena, contento, hablábamos acerca de mi día, luego salíamos a ver procesiones hasta la madrugada y regresábamos exhaustos. Desde su misteriosa desaparición del sábado era la primera vez que hacía algo sin contármelo, al menos es lo que creía aunque llevase tres días trabajando y pudiera mentirme, no había tenido motivos para desconfiar y no lo había hecho, nada en su comportamiento me había llevado a sospechar que Esther y

él hubieran seguido en contacto.

Saqué el móvil del bolso, comprobé las llamadas y WhatsApp por aquello de cerciorarme antes de empezar a elucubrar situaciones que lo justificaran mientras mantenía la confianza que no quería perder por una simple decepción que dependía más de mis expectativas que de la realidad de alguien que pasaba solo ocho horas al día. No vi llamadas perdidas ni mensajes. Decir que todavía estaba serena no sería cierto, lidiaba contra la impulsividad de llamarlo con tanta vehemencia que al apretar la mano con la que sostenía el móvil noté un hormiguelo eléctrico. No sucumbí. Era él quien había salido; él quien debía hacérmelo saber a voluntad, algo complicado conociendo su forma de pensar y esa querencia suya por mantener una independencia que confundía con falta de confianza. No sería yo la que se interesara a pesar de subirme por las paredes gracias a la alta tensión que me fundía el cerebro.

Fui al baño y, hasta enfadada conmigo misma por no controlar mis celos, me dediqué una sonrisa animosa al desmaquillarme; necesitaba sentir a la mujer fuerte que me fallaba si temía que no me era fiel. Ese miedo podía interpretarse como absurdo porque había cosas que se sentían y, sin duda, el amor de Theo era tan tangible como su rechazo a la infidelidad. Recordar eso palió algo mi falta de confianza.

Al quitarme las medias acusé más la pesadez de las largas horas en el hospital y me senté en el inodoro para masajearme los pies. Empezaba a gemir de dolor cuando escuché las llaves en la puerta. Casi di un bote al levantarme. Ansiosa, pretendí recibirlo sin reproches; tampoco su tardanza había sido para tanto. Sin embargo, en cuanto lo vi, toda la alegría, los buenos propósitos, la animosidad, todo se esfumó ante un impacto inesperado que me revolvió las entrañas.

Adiós, relajación.

—Deberías haberte limpiado mejor —hablé en un tono que no encubría mi desprecio.

Theo se detuvo en seco, alzando las cejas.

—¿El qué?

—El carmín de la cara —respondí—, también te ha manchado la camisa —añadí, y me acerqué mirándole con detenimiento—. Quien sea es poco discreta, y tú... —Moví la cabeza—, tú no tienes vergüenza —resumí en voz baja.

Theo tragó saliva, ahogándose en su silencio. Supe que no tenía coartada

ni plan de fuga. Esgrimió una sonrisa parecida a la que dibujan los niños traviesos ante una reprimenda.

—No es lo que parece, verás...

—Piensa bien lo que vas a contarme —corté sin darle oportunidad de balbucear una excusa—; porque no estoy nada receptiva.

—He estado con Esther.

—Eso podía imaginármelo, define “he estado”.

Theo carraspeó.

—La he visto, me llamó para vernos un rato, y hemos tomado café en el bar de tu amigo —explicó refiriéndose a mi amigo Leo y el *Estraperlo*, que estaba frente a la entrada del puerto, al que a veces lo había llevado por el ambiente internacional que se respiraba y unas exposiciones artísticas la mar de interesantes—. Eso es estar con ella —matizó con el semblante contrariado—. ¿Qué pensabas?

—Nada. He sido tan ingenua que había esperado encontrarte en casa después de pasar todo el puñetero día trabajando. No se me ha ocurrido pensar que estarías con tu ex tomando café —dije recalcando—, ni que llegarías con carmín en la camisa y en la cara.

—Ha debido mancharme al despedirnos, no saques conclusiones absurdas.

—En la cara puedo entenderlo, ¿pero en la camisa? Os habéis tenido que dar un buen refregón.

—No sé lo que es “refregón”.

—No lo sabrás en teoría, en la práctica lo conoces de sobra.

—Carmen, no pienso darte más explicaciones. Odio que me juzgues o que desconfíes de las amistades que pueda tener. Qué pronto has olvidado lo que me dijiste. Habla con quien quieras —escupió—. ¿Para qué? No eres capaz de confiar en mí ni de olvidar. Desde que te enteraste de que Esther fue mi novia crees que te estoy siendo infiel con ella, por más que diga o haga tú sigues obsesionada con eso. A ver si aceptas de una maldita vez que entre nosotros no hay nada.

—¿Cómo puedes tener tanta desfachatez? Llegas a mi casa con la cara y la ropa manchada de pintalabios, ¿y encima pretendes ridiculizarme? ¡No estoy celosa! —exploté—. ¡Estoy indignada! Esa mujer podrá ser tu amiga, tu exnovia, ¡tu lo que te dé la gana! Pero no voy a consentir que la veas cuando estés conmigo y mucho menos voy a consentir que os deis el lote y luego me digas que estoy obsesionada con ella. ¡Es ella la que está obsesionada

conmigo! ¿A que no te ha contado que cuando no estás se dedica a perseguirme?

—No vuelvas a repetirme las mismas tonterías de siempre. Esther nunca haría eso. ¿Por qué va a comportarse como una lunática?

—¿Estás insinuando que la lunática soy yo? —le pregunté en un siseo amenazante.

—¡*Kraftedme!*^[13] ¡Tú eres la que imagina cosas increíbles! ¿Ya no recuerdas cuando sospechabas que era traficante de drogas? ¡*Du har et meget alvorligt problem!*

Apreté los ojos, que echaban chispas, y le pregunté a gritos:

—¿¿Qué coño has dicho?!

—¡Que tienes un problema muy grave! ¡Tus estúpidos celos! ¡¿Te ha quedado claro?!

—¡En el Morrissey's el día de tu cumpleaños!, Paula está de testigo; ¡En la droguería de abajo! ¡En el mercado!, ¡en el Ibis! ¡Mario venía conmigo! ¡Pero estoy loca de celos! ¡No es ella la que está obsesionada conmigo!

Theo se quedó atónito.

—Vamos, Carmen, no seas ridícula. Cuando me llamaste creí que estabas un poco sugestionada, pero ahora... ¿En serio piensas eso?

—He visto odio en sus ojos —respondí aún exaltada.

—¿Pero no tus celos, verdad?

—¡No soy celosa si no me dan motivos! ¡Pero tú hoy me los has dado!

—No es verdad...

—Así es imposible seguir.

—Escúchame, por favor, te explico todo lo que quieras si te relajas un poco.

—No quiero... Así no quiero —dije como retahíla.

—¿Qué necesitas saber?

—Ya nada, he oído bastante.

Durante unos segundos ninguno nos movimos.

—Hablemos como personas adultas, o...

Alcé la barbilla al escucharlo.

—¿O qué?

—Nos damos espacio para reflexionar sobre esto.

—Si quieres espacio, ahí tienes la puerta para volver con quien te dé la gana.

—Eres increíble... No me dejas explicarte lo que ha pasado, intento

darte espacio para que se te pase el enfado y lo primero que me dices es que me vaya con Esther, ¿qué hago para resolver el lío que tienes en la cabeza?

—Yo soy la increíble, ¿verdad? —hablé a punto de volver a estallar—. Me habría gustado verte en mi situación para comprobar hasta dónde llega tu capacidad de aguante, pero no ha sido posible; quizá porque me he comportado contigo con la lealtad que se presupone en una pareja, o quizá porque me he creído tus argumentos contra las infidelidades... He sido tonta, lo reconozco; pero... soy así y no puedo remediarlo.

—Ignoraré tus ofensas porque comprendo que estás enfadada, pero te rogaría que te calmaras para poder hablar con tranquilidad. A ver cómo puedo explicártelo para que de una vez te quede claro que no estoy siéndote infiel con nadie. —Arqué una ceja al mirarlo a los ojos; no molesta, sino con rabia porque usara el mismo tono que le dedicaría a cualquier niño malcriado—. Esther y yo tuvimos una relación hace años, somos amigos, nada más. Entre nosotros no hay nada salvo amistad, nada, Carmen, aunque no te lo creas es la pura verdad.

—Ya, por esa verdad absoluta te ha manchado la ropa... ¿Esperas que me lo crea? Yo tengo amigos y hasta el momento ninguno ha llegado a su casa con carmín mío en la camisa, y los he abrazado y besado en la cara... Será que uso cosmética de calidad... —añadí con la ironía que me brotó maliciosa sin pedir permiso.

Negando con la cabeza, di media vuelta por dejar de verlo un rato. Theo me siguió hasta el dormitorio, distinguí en sus ojos la furia que hasta ese entonces había aparecido disfrazada de condescendencia.

—Si no eres capaz de confiar en mí, lo único que puedo hacer es volver a mi casa —habló contenido, con dureza—; es absurdo que me quede para continuar haciéndote tanto daño.

—Muy bien —afirmé, aún no era consciente de lo que estaba a punto de perder—. Vete a tu casa y, de camino, asume que tú solito te has cargado lo nuestro.

—¿Yo? —exclamó elevando la voz—. ¿No han sido tus malditos celos? ¿Por qué debo acarrear la responsabilidad de algo que has provocado tú?

—Tu percepción de las cosas no cuadra con la realidad. Ni he sido yo quien ha salido cuando me ha dado la gana con un ex, ni la que ha llegado con el rastro inconfundible de una infidelidad y, encima, pretendiendo hacerte ver lo blanco negro. Si quieres irte, vete, sabes perfectamente donde está la puerta; no seré tampoco yo la que te lo exija cuando, como bien dices, somos

adultos para tomar nuestras propias decisiones.

Había traspasado el punto de no retorno, dolida, con el corazón en un puño, sin idea de menoscabar mi dignidad aunque después me arrepintiera; no podía soportar ese ansia de independencia que realmente me empequeñecía al transigir lo insoportable.

—Tienes la mente muy cerrada, *skat* —dijo de manera despectiva—, si me dejaras contarte lo que ha ocurrido con Esther terminábamos con esto en cinco segundos.

—Dos cosas: está todo dicho y adiós.

Pronuncié esas palabras porque él odiaba las palabras definitivas, creyendo hacerlo con todas sus consecuencias.

—Estás exagerando —dijo casi en un titubeo, como si de pronto se sintiera inseguro o arrepentido—, déjame explicártelo, Carmen, no seas tan radical.

—No quiero oír nada más, márchate y sal de mi vida a la misma velocidad que entraste.

Capítulo 33

ENTRO EN EL PISO con cautela, sin quitarme los zapatos en el vestíbulo como ha hecho él. Si le molesta que pise con estos tacones su bonito suelo de madera, no tiene más que volverse y decírmelo. Sigue su rumbo sin reparar en mí, y lo agradezco para reposar este enfado impredecible. Lo pierdo de vista tras una de las cuatro puertas que hay en el distribuidor de un corto pasillo, dejo la maleta pegada a la pared y, con disimulo, echo un vistazo alrededor. Entre los pocos muebles del salón —un sofá grande de tela gris, una mesa con cuatro sillas y un aparador para la televisión—, que parecen los típicos muebles de Ikea, destacan las pilas de libros bien ordenadas en el suelo. Fijándome en esos libros, me quito el abrigo y la bufanda, que dejo encima del sofá, y me dirijo al ventanal del centro dispersa en la tenue claridad mientras Theo regresa de donde quiera haberse metido. Solo he visto el pasillo y las cuatro puertas. Ahora mismo, no siento curiosidad, me conformo con la calidez que se respira aquí y este nerviosismo que llega a aliviarme; tener la certeza de que aún le duelo mantiene viva mi esperanza.

Contemplo el paisaje urbano brumoso y sereno confundido entre la llovizna que empieza a caer, la naturaleza del lago y la calma del escaso tráfico. Apenas se escuchan sonidos, como si no estuviésemos en una gran ciudad. Todo me parece pulcro, con solera: un bello paseo arbolado, las perfectas siluetas de los viejos edificios a la misma altura solo rotas por una mole de hormigón de estilo soviético bastante anodina y la estructura ovalada del planetario en la orilla del lago.

—¿Te gusta lo que ves?

Vuelvo despacio la cabeza y echo un vistazo a su cuerpo rotundo hasta detenerme en sus pies desnudos. Levanto la mirada hacia sus ojos y le digo:

—Mucho. ¿Y a ti?

Theo es incapaz de ocultar la tensión que le hace endurecer el rostro.

—¿De qué quieres hablar ahora?

Elude mis ojos, sin acercarse.

—Te lo he dicho abajo, de lo que pasó entre nosotros. —Avanzo hacia él,

y recula. Esa reacción me hace gracia, pretende salvaguardarse porque está inseguro. Bien. Me detengo a cierta distancia, suficiente para olerlo, y, antes de continuar hablando, aspiro hondo por la nariz. Penetran en mí las fragancias densas de su colonia, las hago mías, me pertenecen—. Sé que me precipité y que metí la pata al no escucharte, pero he reflexionado mucho durante este último mes... Por eso he decidido venir a oír lo que en su momento no quise. Explícame qué pasó el día que discutimos.

—No —replica de inmediato—, lo intenté cuando debía y te negaste; ahora ya no procede. Le pusiste fin a lo nuestro sin vacilar, tal y como me echaste de tu casa; no vengas ahora con exigencias porque no tengo intención de consentirte lo más mínimo.

—¿Eres capaz de ser tan frío sin tener en cuenta el paso que estoy dando por ti?

—He tenido una maestra excelente. ¿Algo más?

Alzo la mirada, altiva, sin la menor intención de darme por vencida. Este hombre me ama, lo sé, a pesar de sus palabras y a pesar de que no lleve el anillo que le regalé. No pienso parar hasta convencerme de lo contrario.

—¿Has dejado de pensar en mí? —le pregunto acortando la distancia que nos separa.

Theo traga lentamente. Es incapaz de estar demasiado cerca, teme que le falle el autocontrol.

—Que no hablemos no quiere decir que no piense en ti —carraspea, y sonrío de forma fugaz. Al observarlo tan de cerca tengo el impulso de abrazarlo, su presencia es tan demoledora como un injusto castigo para los ojos, sin embargo, y aun obnubilada por su atractivo, consciente de los puentes que todavía nos separan, muy a mi pesar tengo que reprimirme—. Necesito distanciarme, Carmen —continúa diciendo, apartándose como si hubiese podido leer mis pensamientos—. No me has querido y lo asumo, o lo asumiré —matiza casi en un murmullo—, pero con la distancia y el tiempo que necesito.

De golpe, recibo un impacto de atroz irrealidad y no puedo disimularlo con un tono suave:

—¿Cómo puedes pensar que no te he querido? ¿En serio, Theo? ¿Estás diciéndome en mi puñetera cara que no te he querido cuando eres lo más importante que me ha pasado en la vida después de mi hijo? —hablo sin comedir la rabia que me azuza la lengua—. Pensaba que eras más inteligente, pero tanta lectura te ha debido obnubilar las neuronas, eres inclasificable —

resumo con impotencia, meneo la cabeza yendo al ventanal—. Es lo último que me faltaba por oír —murmuro para mí misma—, lo último.

Pasados unos segundos, escucho a Theo moverse a mi espalda. Siento detrás su presencia, y mantengo la postura inmóvil. Observo la lluvia en la superficie del lago, me da un poco de paz para permanecer quieta eludiendo un olor que desearía aspirar directamente besándole la piel. Pero no hago nada, no debo permitirme ninguna debilidad.

—He pensado mucho en nosotros, Carmen, sobre todo, en lo que me contaste de Esther.

—Te agradecería que no la mencionaras, le he cogido asco a ese nombre.

—Hablé con ella antes de volver.

Cruzo los brazos y los aprieto contra el pecho; presiento que ahora soy yo la que debe protegerse.

—No me cuentes nada de ese día, bastante tengo con mis recuerdos.

—Has venido para hablar de lo que pasó, si no quieres escucharme, tú me dirás cómo empezamos. —Me vuelvo y enfrento sus ojos azules, suaves, y asiento despacio. Él tarda un poco en reaccionar, se dirige al sofá y se sienta con las piernas abiertas. Durante un instante espera que me mueva, pero no puedo variar la postura incómoda que me mantiene rígida delante del ventanal—. Aquella tarde no hubo nada sexual entre nosotros —explica en un tono seco—, aunque me manchara de pintalabios solo nos dimos un abrazo. Intenté contártelo a pesar de lo que me agotaban tus celos, pero te negaste a escucharme tal y como pretendías hacer ahora.

Sonrío cínica a su reproche.

—Una cosa es hablar y otra exigir explicaciones, yo tenía que morderme la lengua para no contarte lo que realmente pensaba de... —vacilo—, de esa mujer mientras tú estabas engañado y, encima, con la sensación de que yo te agobiaba con mis celos cuando me cansé de decirte que no soy celosa si no me dan motivos.

—¿No te das cuenta de que te contradices al pedirme explicaciones cuando en el fondo no las quieres?

—¿Y tú no entiendes lo triste que es estar viendo lo que yo veía sin poder decírtelo para que no pensaras que estaba dudando de ti?

—Volvemos a dar vueltas en círculos, Carmen. Por eso creo que lo nuestro acabó el día que me echaste de tu casa, no tenemos solución si entre nosotros no hay confianza.

—Ya —afirmo soportando las lágrimas que desean ahogar mis palabras

—, pues entonces es cierto que todo está dicho. Siento haberme presentado sin avisar —hablo moviéndome para coger el abrigo.

Theo me observa batiendo las mandíbulas.

—¿Adónde vas?

—A buscar cualquier hotel —respondo y me lío la bufanda al cuello—. Que te vaya bien, adiós.

Agarro la maleta y, con toda la dignidad que me permito para no llorar delante de él, abro la puerta y salgo al rellano. Descender la escalera ya no me supone un martirio, ni siquiera me molesta el infame ruido, corro cuanto puedo empujada por la necesidad de desaparecer.

—¡Carmen! —Ese grito me paraliza un segundo, un breve momento en el que cojo aliento antes de seguir bajando con la única idea de alejar esta angustia opresora que me impide respirar—. Carmen, espera, por favor.

En mitad de la escalera, vuelvo la cabeza hacia atrás. Theo se trasfigura al ver mis lágrimas.

—¿Qué quieres ahora? —pregunto con la voz rota.

Theo me quita la maleta de la mano de manera prudente.

—Vuelve para que terminemos de hablar, todavía no has escuchado lo más importante.

—Aunque no lo parezca, sí he escuchado lo más importante para mí. — Ahí le dejaba en el aire que había antepuesto su rencor a nuestro amor—. Es un varapalo porque tenía la esperanza de recuperarte cuando te pidiera disculpas, pero debo aceptarlo aunque, como siempre, no me hayas creído o me hayas malinterpretado. No puedo hacer nada más.

—Eso no es cierto, puedes oírme.

—¿Para qué? No me apetece volver a sentirme culpable, o escucharte decir que estamos en este punto por mis celos absurdos cuando sé que no han sido absurdos —comento irritada.

—Sube y charlamos tranquilamente antes de que lleguen los niños.

Esta información me bloquea, abro los ojos como platos y pregunto:

—¿Los tienes este fin de semana?

—Sí. ¿Con quién has dejado a Mario?

—Con su padre, ya está instalado en su nuevo piso —añado como dato vital, dándole a entender que después de todo se equivocó en su predicción sobre Pedro—, se lo lleva los fines de semana.

Theo me dedica una mirada atenta, seria, y tuerce los labios en un gesto desdeñoso.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace un par de semanas, está tratando de recuperar el tiempo perdido.

—Eso es imposible; lo perdido, perdido se queda; pero me alegro por Mario, debe estar muy contento, ¿no?

—Sí, lo bueno de los niños es que no son rencorosos.

Juro que no se lo he dicho como indirecta, sin embargo él se lo ha tomado mal. Puedo ver sus ojos heridos, la tensión que, de repente, vuelve a tener en el rostro. Levanta la maleta al vuelo y comienza a subir, dándome la sugerente visión de su cuerpo fornido azuzado por la incompreensión. Le sigo a mi ritmo, con el escándalo del taconeo que no puedo evitar, y entro por segunda vez en su piso.

—Siéntate en el sofá —ordena severo—, cuanto antes nos aclaremos, antes podremos decidir qué haremos con nuestras vidas.

Incluso con el buen propósito de no discutir más, ese tono me alerta y, al sentarme, murmuro:

—Tú ya lo tienes claro.

—No, solo tengo claro que sigo amándote.

Grito de emoción por dentro, en cambio, le muestro una sonrisa muy pobre.

—Tienes una extraña manera de demostrármelo...

—Porque no es bueno para mí. Me has destrozado, Carmen. He hecho lo imposible por estar contigo, te he aguantado desplantes y todas las paranoias que te has inventado basándote en una amistad que para mí es más que prescindible, y no me ha servido de nada, por una tontería acabaste con lo nuestro tachándome de infiel cuando sabes que no soy así.

—En mi situación habrías pensado lo mismo; pero ahora no voy a eso, he venido para pedirte perdón y decirte que yo también sigo amándote —hablo sin romanticismo, exponiendo mis sentimientos con la misma distancia emocional que él ha usado—. Pero al contrario que a ti, este amor me ha fortalecido, tú me has fortalecido, y... me gustaría que olvidásemos lo malo. —Hago una pausa al dudar viendo su rostro impávido, pensando cómo decirle que deberíamos estar juntos—. No es sano que nos amemos y no seamos capaces de darnos otra oportunidad...

Theo baja la cabeza. Cuando vuelve a mirarme, percibo en sus ojos una tristeza que no me gusta.

—Ahora te hago la misma pregunta que me has hecho tú —dice al cabo

del instante más cruel que he vivido desde mi llegada. Cruel, tal cual, porque presiento un dolor mortífero—, ¿para qué? Seguiríamos separados, tus celos volverán a aparecer, irán a peor —agrega convencido. Esto último anula mi decisión de contarle que no tendríamos que estar separados. Mantengo la compostura haciendo un esfuerzo de voluntad imponente al esconder las lágrimas que asoman a mis ojos—. Estoy cansado, Carmen. Siempre he sido el que ha ido detrás de ti, el que se ha arrastrado para tenerte, el único que ha hecho algo para que existiera un nosotros... mientras tú ni siquiera eras capaz de enfrentarte a tu jefa o, lo que es más indignante, ni siquiera confiaste ciegamente en mí cuando te demostraba lo loco que he llegado a estar por ti.

—No te lo discuto —admito razonable—; pero no me negarás que has hecho cosas bastante raras que dan para echar al vuelo la imaginación.

—Ya te he dado todas las explicaciones posibles, explicaciones que no me apetecía darte porque me resultan ofensivas y, aun así, insistes. Nunca te he sido infiel, puedo repetírtelo hasta la saciedad; si has interpretado cosas raras, es algo tuyo.

—¿A ti te parecería normal que hubiese venido a verte un día por la tarde y a la mañana siguiente desapareciera sin decirte adónde voy sabiendo que tengo cerca a un exnovio que no asume que hayamos terminado?

—No, pero no soy responsable de que cualquier movimiento mío disparase tus celos ni tengo talante para pedir permiso cada vez que salgo como si fueses mi madre y yo tuviera quince años.

—No llesves las cosas al extremo, no me refería a pedir permiso para salir.

—Sé perfectamente a qué te estás refiriendo, hasta puedo decirte el día exacto al que te refieres, el sábado 24 de marzo; pero no voy a contarte lo que hice porque no quiero.

—Pues muy bien... —Con un dolor intenso en el corazón que llega a oprimirme la garganta, hago un último esfuerzo de voluntad al ponerme en pie—. Siento mucho que hayamos terminado así, muchísimo. Cuídate.

Vuelvo a arrastrar mi pena mientras me abrigo. No soy capaz de mirarlo a los ojos, acabaría perdida en la tristeza.

—Quédate aquí —ofrece al levantarse del sofá—. Tengo sitio de sobra.

Levanto la cabeza y, al verlo con las manos en los bolsillos traseros del pantalón vaquero, con ese rictus frío que me hiela la sangre, niego despacio.

—Prefiero un hotel, pero gracias por tu hospitalidad.

—Quédate, por favor. Podemos ser amigos, que no seamos pareja no

quiere decir que perdamos el contacto. —Ahora mismo me echaría a llorar y no pararía hasta tener los ojos secos. Si él supiera cuánto me cuesta mantener el tipo, dejaría que me marchara con tal de no presenciar una inundación—. A mis hijos les gustaría conocerte... —añade cuando es consciente de que al salir por la puerta no volveremos a vernos más.

—A mí también me habría gustado conocerlos, mucho, pero en otras circunstancias.

—¿En qué circunstancias? —murmura, acercándose con peligro a la zona de confort que necesito mantener aislada de su rotunda presencia.

En este preciso momento tengo la sensación de que espera palabras contundentes que disipen esos errores de apreciación que están alejándonos.

—No siendo tu amiga cuando te amo con toda mi alma, como esperaba que tú harías, como nos prometimos, pero no pasa nada... lo superaré. —Es imposible a estas alturas mantener a raya la humedad de mis ojos, mantener el pulso en mis manos al quitarme el anillo de azabache, mantener la voz firme cuando vuelvo a hablarle—. Toma —le digo, sujetando el anillo entre los dedos—, quédatelo y guárdalo con el tuyo, eran parte de un sueño que jamás se hará realidad; no puedo tenerlo si no estamos juntos.

Theo observa el anillo sin reaccionar. Cuando al fin lo sujeta, por un instante nuestras manos se rozan.

—No te vayas —susurra.

—Es lo correcto, quedarme me haría añicos.

Él mantiene los ojos fijos en los míos y baja los párpados asintiendo, así me ahorra la visión de unos azules puros convertidos en gélidas rocas inertes. Salgo del piso precipitadamente, rota, perseguida por un resentimiento que me nubla la razón y azuza los pensamientos tremendistas que hasta este preciso momento me había negado a admitir, esto es nuestro auténtico final.

Capítulo 34

EL AMANECER ME ha sorprendido por sus prisas, todavía no son las cinco de la mañana y la claridad ya invade esta habitación de hotel testigo de mi lamentable estado. Por desgracia, he vivido otras noches tan o más tristes que la pasada, sin duda, pero no recordaba un dolor tan hondo como el que estoy sintiendo, como si el tiempo se hubiese adueñado del olvido para hacerme creer que este es el peor bache emocional que atravieso. Maldigo en silencio mi mala suerte antes de coger el teléfono y comprar otro billete de avión para dentro de unas horas. Advertido que con un quince por ciento de batería llegaré a Málaga bajo mínimos, le envío un mensaje a Paula y rebusco en la maleta sin la prudencia de soltar un taco detrás de otro.

¿En qué estaría pensando para no meter el cargador? Y, encima, ignorando este detalle que me incomunica en una ciudad extraña, anoche no tuve otra ocurrencia que repasar la galería del móvil buscando fotos en las que aparecía con Theo. Además de medio tonta, soy masoquista al necesitar retener todos nuestros momentos vividos, los mejores, el deseo que se nos iba de las manos, las conversaciones a media voz, las inquietudes que nos llevaban a sentir esa conexión especial que creí duradera y me daba alas para aspirar a un futuro con él. No sé la razón que me lleva a regodearme en el pasado cuando es lo más dañino que puedo hacer contra mí misma. No solo es masoquista, resulta hasta patético, tanto como una necesidad imperiosa de caer lo más bajo posible.

Llevo tanto rato evocando nuestros recuerdos que he podido verlos a cámara lenta. He llorado viendo a todo color sus ojos risueños, a ratos atentos, siempre observándome, y me he amargado por la complicidad saturada de gestos tiernos o apasionados. Revivir lo bueno de forma selectiva me atormenta un poco más y me convierte en la sombra de una mujer vencida por los acontecimientos, derrotada por este amor huidizo que tanto me costó admitir y, finalmente, acaba de despojarme de la esperanza que incendió mi razón a la misma velocidad que está hundiéndome en la tristeza.

Sé que he cometido muchos errores con él, no voy a tener el detalle de

perdonármelos nunca; en cambio, tenía la firme convicción de que superaríamos este ridículo paréntesis porque el amor que sentíamos era más poderoso que cualquier cosa. Confiaba en lograrlo. Había llegado con intención de rogarle, o de arrastrarme como él dice haber hecho por mí, y sin embargo, al recoger mis cosas de la habitación, estoy dispuesta a volver a Málaga para empezar de nuevo teniendo la certeza de que lo haré sin una parte importante del corazón que dejo en Dinamarca. Siempre seguirá aquí, con él.

Cuando cierro la puerta, me mentalizo de que todo ha acabado; no hay marcha atrás. Intento parecer agradable con la chica que atiende la recepción del hotel, le hablo en un inglés correcto y me despido con el propósito callado de no regresar nunca. Nunca y jamás son las únicas palabras definitivas que me sobrevienen, tal vez porque Theo las detestaba, tal vez porque necesito convencerme de estar protegiendo el bien máspreciado que no he estado dispuesta a menospreciar: mi dignidad. Tuve el sueño de vivir en este país y por conseguirlo he cometido la imprudencia de dejar un empleo y casi arrastro a mi hijo a un cambio de vida brutal, sueño aniquilado en un lapso de tiempo donde el antes y el después me resultan periodos infinitos.

En un día, solo un día, el castillo de arena que había edificado sobre nubes de felicidad se ha desmoronado en un cielo frío lleno de rencor. Jamás volveré a contemplar el azul sin acordarme de unos ojos que me admiraron con la misma furia que me ofrecieron educada amistad. No soy capaz de quitármelos de la cabeza, ahora mismo esa visión anula cualquier incertidumbre. Ya tendré tiempo de pensar en otros problemas, o en el problema principal que me encontraré al llegar a Málaga que no es otro que lanzarme a la búsqueda de un empleo. Esta vez ni siquiera aspiraré a condiciones de calidad, con estar ocupada el mayor número de horas posibles me daré por satisfecha, el cansancio anulará azules brillantes con la misma voracidad que el negro absorbe la luz.

Poco después, tras unos minutos congelándome en la calle con el frío aire que sopla del Norte, me subo a un taxi en dirección al aeropuerto. No compruebo la batería del móvil, prescindo de comunicaciones para abstraerme en el lánguido paisaje que no volveré a ver. Adiós, Copenhague, has sido un bonito espejismo.

Entre parajes llenos de jardines sin elevaciones, con casas salpicadas y la quietud como orden natural, recorro la carretera viviendo en una especie de neblina donde todo encaja y todo parece demasiado irreal. Es la misma sensación que tengo si miro atrás y analizo cómo sucedieron las cosas con

Theo hasta el día que llegué a pensar que éramos perfectos el uno para el otro. Encajábamos como piezas complementarias aunque todo realmente sucediera en un abrir y cerrar de ojos, en lo que duró la primera discusión que mantuvimos y nos convirtió en indeseados compañeros.

Apenas sin darme cuenta empiezo a recordar, empiezo a revivir el pasado y, cómo no, vuelvo a culparme por todos los miedos que me han guiado a esta impertinente soledad.

Entre nosotros todo fue totalmente diferente a mi relación con Pedro, desde el comienzo y opuesta por completo a aquella separación, todo estaba siendo diferente con Theo, todo. Es posible que no sea una percepción real, que mi propia percepción esté convirtiendo este momento en un drama como si de golpe hubiera pasado de sentirme feliz a punto de un relajante baño en una playa de arena dorada y mar calmado a estar en la vorágine de un remolino que me azota el rostro con dolorosas ráfagas, intensas; tan intensas como el amor que siento por él. Es extraño, cruel, desolador.

Tratando de pensar con cierta sensatez no encuentro razonable que Theo me arrollara a este despropósito, a una edad difícil para olvidar el escepticismo que había abocado mi vida a la aburrida serenidad de alguien sin la aspiración de volver a enamorarse. Nada entre nosotros ha seguido una pauta razonable, usual o lógica. Con la mirada atenta en una sucesión de árboles al pie de la carretera, intento pensar fríamente en los motivos que lo convirtieron en mi hombre ideal.

Durante los cuatro años desde mi divorcio solo mantuve relaciones sexuales con dos hombres además de él, hombres de los que no he sabido nada desde entonces porque al conocerlos ya tuve la certeza de que serían pasajeros. A aquellos dos hombres me resultó sencillo invitarles a mi cama, natural, tan fácil como pedir un dulce en una pastelería. En cambio, con Theo no me atreví a dar un paso en falso tragándome los vaivenes emocionales casi enfermizos que refrenaban la atracción irracional empujándome a él. Sin duda, porque percibía un alarmante peligro.

Casi compadeciéndome recuerdo la sensación de pudor que sentí al desnudarme delante de uno de aquellos dos hombres, era algunos años más joven que yo y apenas tengo una imagen difusa de su rostro; sin embargo la sensación de pudor en pleno fragor del deseo me acompañará mientras viva. Él la advirtió, la suavizó, y me dio seguridad con honrosas palabras condescendientes que alejaron mis tontos complejos. Esa subida de autoestima, hasta cierto punto, me ayudó con el siguiente. Tampoco recuerdo

mucho de él —maduro, buen porte—, un amante aplicado pero insuficiente para repetir. Con ninguno de los dos sentí nada especial aparte de deseo físico. Ahí radica la diferencia entre ellos y Theo, la gran diferencia que me lleva a comprender el porqué de este abatimiento desvaneciendo razones lógicas. No me encuentro en esta situación por su carisma, inteligencia o por su físico, sencillamente, estoy derrotada porque entre nosotros hubo auténtica magia. Magia brutal. Magia libre desde el primer beso. La exquisita magia que echaré de menos y evocaré en mis malos momentos desde el infierno después de flagelarme por haber tenido el paraíso al alcance de la mano, por no haber sabido proteger el cielo que hallaba en sus labios.

Estos pensamientos son destructivos, el peor favor que puedo hacerme al alejarme de él, inevitables cuando todavía siento su calor, el escalofrío de su aliento erizándome la piel, la verdadera sensación embriagadora de su sabor, los bellos preludios que se apoderaban de nosotros hasta atropellarnos en un lío donde el tiempo se detenía a la espera de vernos perdidos en plácidos sueños.

Recordarlo resulta demoledor. Cierro los ojos un instante cuando el taxi enfila el acceso del aeropuerto. A los pocos segundos, al entrar en la terminal, procuro esforzarme en olvidar nuestros buenos momentos. Debo seguir mi camino aun con la pena de saber que todo ha terminado, siendo consciente de que lo perdido es irrecuperable y, lo más doloroso, con la certeza de que Theo no solo ayer me rompió el corazón: su recuerdo tendrá el poder de hacerlo un millón de veces, siempre.

Capítulo 35

SONRÍO AL VER A Paula junto a un hombre uniformado que sostiene en alto un cartel con un apellido, desprende alegría, no se merece aguantar mi desesperación ni como gesto inherente a la amistad que compartimos. Sus ojos claros detectan de inmediato mi estado anímico, lo advierto al acercarme por su frente prieta.

—Gracias por venir a recogerme —le digo después de besarle la cara—, no estaba segura de que pudieras.

—Te he llamado un montón de veces desde que me has mandado el mensaje, tienes el móvil apagado.

—Lo he apagado en el avión, casi no tengo batería. ¿Cómo estás?

Paula eleva las cejas.

—Exactamente igual que hace dos días —responde irónica—. A ti no parece haberte ido demasiado bien... ¿Qué ha pasado?

Suspiro profundamente, trago despacio y le digo:

—No ha querido perdonarme, todavía tiene muy reciente nuestra pelea.

—¿Seguro que es por eso? —cuestiona en un tono cínico—. ¿O porque está ocupado con otra?

—Me ha dicho que sigue queriéndome, no hay nadie. Tengo que aceptar sus argumentos y rehacer mi vida, Pau, ya está; pensar que está con otra volvería a hacerme dudar de su palabra y no es precisamente lo que más me conviene en este momento. Ahora sé que nunca me ha sido infiel, no pienses mal porque no tienes razón.

—No iba a decirte nada hasta saber por qué habías vuelto tan pronto, pero ya que parece ser que el señor Sorensen te ha convencido a pesar de haberte dado la patada, no me andaré con rodeos. —Paula saca el móvil del bolso, lo trastea unos segundos y me lo muestra. Veo el perfil de Instagram de *estheralez70* y, rápidamente, me pongo tensa. Al cabo de un instante, observando una fotografía de ayer por la tarde, siento que el mundo se desploma a mis pies. Tengo delante a la innumerable, bien risueña, posando con la última persona que habría deseado verla. Él está tratando de parecer

feliz, con una sonrisa forzada que no puede engañarme y aun así me quiebra como el frágil tallo de una flor vapuleado por una tormenta—. Es de ayer por la tarde —comenta Paula de manera innecesaria—, está en Copenhague con él.

—Ambos pueden hacer lo que quieran, han dejado de importarme.

—Llegaste ayer por la mañana, supongo que irías a verlo nada más aterrizar..., te suelta el discursito de que sigue amándote pero que lo vuestro es imposible, y en cuanto te despacha se va de picos pardos con la mujer que os ha separado... Perdona mi escepticismo, Carmen, y que quede claro que estás en tu derecho de creer lo que te dé la gana, pero esto me parece una tomadura de pelo de alto calibre. Theo me ha decepcionado profundamente, no esperaba este comportamiento de él. Cómo nos ha engañado a todos...

Suelto otro suspiro sin permitirme entrar en el bucle que he traído en el avión durante todo el trayecto. Ya no tengo pareja, es un hecho; aceptarlo no es una opción, es imprescindible para superarlo.

—No sé lo que hay entre ellos. Según él, nada, hasta me dijo que su amistad era prescindible para él —hablo enmascarando mi dolor detrás de un tono firme—. Ni tampoco sé por qué ella está en Copenhague, puede ser por mil razones; lo único que sé son dos cosas: la primera es que Theo no está feliz en esa foto, y la segunda es que dudo que él supiera que ella estaba allí porque insistió en que me quedara en su casa. Conociendo como conoce mi aversión hacia ella, después de la conversación que tuvimos, dudo mucho que me ofreciera alojamiento si hubiese sabido que ella y yo podíamos coincidir.

—¿Habrás ido siguiéndote la pista y ha atacado en cuanto te has ido?

Oírla es un revulsivo contra el dolor, un estímulo para el desprecio y la soberbia.

—Ella no tiene capacidad para cazarlo ni pillándolo en horas bajas, no lo hizo cuando era joven y no va a hacerlo ahora siendo una rancia amargada.

—No subestimes a ningún enemigo, hasta el más débil puede sorprenderte si cuenta con ventaja. La cuestión es que está con él mientras tú has vuelto, para ella esto ya debe ser una victoria en toda regla.

—Pues que la disfrute, no quiero saber nada de ninguno.

—No era mi intención molestarte —dice en un tono cariñoso tras escucharme de mal talante—. Intentemos no hablar más del tema, es lo mejor.

Asiento agradecida y continuamos andando hacia el aparcamiento, en silencio, cada una dispersa en nuestras inquietudes. Al llegar al coche de Paula, un BMW negro de la Serie 1, saco el móvil del bolso y lo enciendo. Rápidamente, una sucesión de tintineos indican las llamadas perdidas de

Paula. El aparato está bajo mínimos, dudo que aguante más de diez minutos. Al momento, el timbre de una nueva llamada me nubla la vista. Siento un escalofrío recorriendo mi espalda, los nervios impiden que logre moverme.

—¿No vas a contestar?

Reacciono porque estoy con ella, si no, ni habría hecho el amago de leer la pantalla. Para mi total desilusión, leo: «*Pedro*». Es entonces cuando me sobreviene una angustia opresora parecida al pánico.

—Hola —saludo de forma amable—. ¿Mario está bien?

Siempre él. No camufla la preocupación, no puedo. Siempre él, antepuesto a cualquier inconveniente y a todo.

—*Sí* —responde jocosamente—. *¿Qué tal vosotras? ¿Cómo lo estáis pasando?*

Tanta amabilidad me sorprende, no me fio.

—Bien, pero vamos a volver antes de lo previsto —le digo sin intención de aclararle nada concerniente a mi vida. De momento, seguirá engañado creyendo que estoy con Paula en París—. Llegamos mañana por la tarde, recogeré a Mario sobre las siete.

Paula entorna los ojos, negando con la cabeza.

—*No hace falta que vengas, yo te lo acerco y así te comento en persona un asunto importante.*

—¿Ya no te divorcias?

Al escucharme, Paula mantiene la mirada atenta a mis ojos.

—*No es eso, el divorcio sigue adelante. Mañana lo hablamos.*

Nada más cortar la llamada, Paula espera que le cuente la breve conversación. La incito a montarse en el coche, me urge dejar el aeropuerto y alejarme de este lugar dañino, o nefasto para mi corazón, que otrora fue paradigma de desesperanza aun con aquel anhelo de un próximo reencuentro.

—Quiere hablar conmigo de algo importante —comento mientras rodamos por el carril que lleva a la barrera de la salida—. No me ha dicho nada más, mañana lo sabré.

—Relacionado con él, claramente, y en detrimento vuestro —dice sin molestarse en disimular su antipatía—. La otra estará sangrándolo y pretenderá financiarse quitándoselo al de siempre.

—Económicamente ya no puede quitarle más —hablo desdeñosa, recordando la buena fe que tuve al acordar la custodia compartida sin ningún tipo de compensación a pesar de lo diferentes que eran nuestras situaciones—. Y si ahora que ha empezado otra vez a llevárselo los fines de semana piensa

recortar eso también..., él sabrá. Igual que he mantenido a mi hijo sin su ayuda estos meses, seguiré haciéndolo; ya veré cómo, pero lo haré, no me preocupa, de peores he salido.

—No lo dudo, pero una cosa es lo que hagas por Mario porque es tu obligación como madre o porque tienes ese instinto que te prohíbe desentenderte de tu prole y otra es seguir haciendo el tonto cuando él tiene la misma obligación que tú aunque haya dejado claro que carece de instinto paternal. Habla con tu abogado y pide una revisión del acuerdo de divorcio. Tu ex es un sinvergüenza disfrazado de víctima. Deja de ponérselo fácil, que te pase una pensión alimenticia como le ha exigido su nueva ex, es lo lógico. ¿Con quién vive siempre Mario? —pregunta sin buscar respuesta—. Contigo, ¿verdad? ¿Quién ha incumplido la custodia compartida según sus necesidades? Él, ¿verdad? Pues que lo asuma con un acuerdo realista en el que dejen de perder los mismos de siempre, sencillo y claro.

—Theo pensaba como tú —le digo en un murmullo, lejano, a tanta distancia como los pensamientos que me han embargado de recuerdos. Es curioso que ahora aquella charla me parezca inmemorial cuando sucedió en enero después de que Pedro se presentara en casa para darme la noticia de su divorcio. Tengo tan nítida aquella noche que soy capaz de recordar la cadencia de la voz de Theo tratando de disimular sus celos de Pedro. Expectante, no dio rodeos al interesarse por el motivo de su visita. Sin saberlo, me alegró la noche—. Decía que los acuerdos debían cumplirse, que no me fiara de Pedro.

—Cualquier persona con dos dedos de frente te habría dicho lo mismo, Carmen. Aunque hoy no le tenga aprecio por lo que te ha hecho y considere que nos ha engañado a todos, Theo siempre me ha parecido un hombre sensato a años luz de Pedro. Las comparaciones son odiosas, lo sé y yo misma las detesto, pero al César lo que es del César: ni como hombres ni como padres tienen nada que ver, tú me lo has dicho muchas veces —añade en un tono combativo.

—Déjalo, Pau, no quiero tener presente a Theo —miento a sabiendas de que es imposible, por no contradecir lo que realmente deseo, con las ideas enmarañadas en una espiral infinita mientras lucho a muerte por mantener la memoria en blanco de unos recuerdos que, pese a todos mis intentos, conservaré siempre—. Voy a centrarme en Mario y en las oposiciones, es el mejor favor que puedo hacerme a mí misma. No necesito martirizarme con él ni necesito darle vueltas a un asunto de Pedro que desconozco y no sé si me afecta o no. Ahora mismo ninguno de los dos merece tanta atención por mi

parte, los dos me han decepcionado tanto que dedicarles mi tiempo me supone un acto de generosidad demasiado grande. Por eso te pido un poco de consideración a la hora de mencionarlos, sobre todo a Theo. Escuchar su nombre en voz alta me desquicia un poco.

—No quería agobiarte, lo siento. A veces me caliento y soy incapaz de morderme la lengua.

—Te conozco, no te disculpes —comento con agrado—. Dame un poco de tiempo para que despotriqué contigo hasta quedarnos a gusto. Cuando llegue ese día te prometo que los oídos de los dos van a zumbiar con más fuerza que un enjambre de avispones negros.

—Lo esperaré con impaciencia —agrega sonriente—, la pena es que no podremos ver sus caras, pagaría un pico por verlas mientras los ponemos a caer de un burro.

—Llegará, a su debido momento. Antes tengo que aceptar este fracaso, aprender a convivir con él y, lo más importante, focalizar todo mi esfuerzo en conseguir un bienestar emocional que me dé confianza.

—Ya verás cómo pronto encuentras un buen trabajo y otra pareja.

—No hablaba de trabajo y, por descontado, de ninguna nueva pareja, Paula. Te hablo de lo único que no me fallará nunca: mi hijo. Todo mi esfuerzo se lo dedicaré a él. Reniego de los hombres y de momento de trabajos que rozan la explotación, me preparé la oposición del SAS y la aprobaré.

—Cuando te da la gana eres una extremista.

—Me han llamado cosas peores, no me ofendes.

—Ni lo pretendo, solo he hecho una observación basada en lo que percibo.

—Acertada, porque a partir de ahora vas a tener el placer de ver mi faceta más rebelde. Te has ganado un asiento de lujo, de algo tenía que servirte llevar soportándome desde la adolescencia.

Paula sonrío, y de inmediato su expresión se torna melancólica.

—Es absurdo que te lo diga porque lo sabes, pero, por si acaso, cuenta conmigo para lo que necesites.

Aprieto su mano en un gesto que además de gratitud, es una muestra del inmenso cariño que siento por ella. No hablo, sobra, respeta este dolor impío que aún soportaré un tiempo. Llegamos a mi calle en un celebrado silencio. Peatones llenos de la alegría de vivir que tanto me escasea transitan ligeros de ropa bajo el picante sol, crepita en el asfalto como en una hoguera, abandonados a la sensación de vagar sin rumbo o hacia un destino agradable.

Noto en sus caras la falta de preocupaciones. Caigo en que es sábado, y todo cobra sentido. De ahí los niños, las parejas, los turistas despistados... Este último pensamiento me aflige en la idea de sobrevivir en lugares donde no volveré a estar con Theo, es demoledor imaginarme otra vez en esos lugares sin él.

—¿Quieres que suba contigo?

La voz de Paula me devuelve a la realidad. Ni siquiera había advertido que ha parado en doble fila en la puerta de mi edificio. Me reservaré que me ha traicionado la memoria, de nuevo, pensando en el danés que me ha roto el corazón.

—No, voy a echarme un rato.

—Descansa, ya verás cómo mañana lo que hoy es negro será gris.

—Eso espero, a peor no iré, ¿no?

—Tonterías, estás en lo más hondo; a partir de mañana, a remontar — dice animosa.

—Gracias, Pau, no sé lo que haría sin ti.

Sonriente sin falsear ni exagerar, ella tiene la habilidad de alegrarme incluso en mis momentos más amargos, la beso en las mejillas y salgo del coche hacia la ansiada soledad que persigo en estos momentos. Necesito arrastrarme en el lodo de la autocompasión hasta el regreso de Mario. Veinticuatro horas de caída al infierno, de regocijo en la más absoluta miseria, después trataré de esconder el recuerdo de Theo para que no interfiera en mi día a día. Sé cuánto me costará, cuánto tardaré en comprender cómo ha podido mirarme a la cara, amándome como dice seguir amándome, para no darme otra oportunidad, cuánto me castigaré por haber cometido la estupidez de dejarme arrastrar por los celos, lo que añoraré compartir mis sueños y cuánto lo odiaré por arrebatármelos. Tengo delante una ardua empresa, tal vez lastimosa, la más complicada a la que me he enfrentado nunca: cabalgar atormentada, con el corazón fatigado por lágrimas calladas, mostrándome feliz mientras atravieso el bosque de la tristeza. Así y todo, no renegaré de esos momentos parte oscura tras haber amado demasiado. Exactamente, lo que he hecho.

Capítulo 36

INCLUSO VULNERABLE, debo felicitar a mi memoria selectiva por no permitirme recrear la imagen que Paula me enseñó de Theo con Esther cuando todavía podía olerse mi perfume en su casa. Durante la tragedia de la quietud, cuando las sombras oscurecieron los refulgentes brillos de las distracciones, aguanté la respiración dentro del remolino que me sumergió en un abismo demencial y sin fondo. Descendí a la sinrazón de no aceptar este revés, estuve horas flagelándome por no sopesar mis palabras antes de hablar y terminé por compadecerme después de suplicar el perdón que no hallé.

Las noches son criminales, siempre lo son para traer de vuelta la crueldad de los remordimientos.

Tengo presente a Theo, sí, a cada instante, pero necesito hacerlo sin rencores ni una sensación de abandono que no me deje pensar con cordura. En un rato no volveré a estar sola, mis penas las acarrearé en silencio sin transmitirselas a Mario. Con responder a su insistente y sincero cariño por él (Theo), con disimular y mentirle sin levantar suspicacias me daré por satisfecha.

Por fortuna, mirándome en el espejo no veo rastros de tristeza, sino del cansancio tras la noche en vela. Las pronunciadas ojeras de ríos violáceos son la prueba evidente aunque puedan achacarse al estupendo fin de semana que he pasado con Paula. No tengo intención de salir de ese engaño. Es más, al peinarme, enumero mentalmente los sitios que hemos visitado: Notre Dame, Montmatre, el Louvre y, por supuesto, la Torre Eiffel. Más típico imposible. Tampoco Mario se interesará en nuestro recorrido turístico. A su edad, como mucho, esperará el regalito que no le he comprado pero vadearé consintiéndole algún capricho. A grandes males, grandes remedios.

Prescindo de maquillarme, la visita de Pedro no me anima a perder el tiempo en nimiedades, termino anudándome el cinturón del viejo vestido gris que me he puesto al levantarme a media mañana y salgo del baño soltando un suspiro de agobio que evidencia un decaimiento poco halagüeño. A pesar de estar mejor de lo que imaginaba, esta dejadez no me provoca una mínima

condescendencia hacia mi imagen. Esto me hace intuir mi hundimiento en el desánimo. Sin llegar a deprimirme, no cesará intentándolo a traición. No podré confiarme durante bastante tiempo, no mientras Theo acapare mis noches.

Presiento a ciencia cierta que esto no ha hecho más que empezar. El desamor empieza a invadirme, lo noto avanzar como un hormigueo involuntario e intento precaverme a las trampas que yo misma crearé por no darme de bruces con mi desesperanza. Jamás me reharé, no encontraré a nadie como él. Es muy triste ser consciente de estar balanceándose en un columpio de sensaciones donde puedes estar en lo más alto y, de forma inesperada, sin percibir ningún cambio, rozas el suelo al compás de emociones evocadoras para darte un golpe contra la dura incomprensión. Penosamente, es el desastre de recordar una valiosa pérdida.

La espera es eterna, me agota la mente. Sentada en el orejero blanco no aparto la mirada del sillón rojo sin dejar de ver a Theo. Era su sitio favorito, donde tomaba café por las tardes, el de aquellas tertulias nocturnas que solían alargarse hasta la madrugada. Ahora no, me repito. No es el momento de venirme abajo. Aguanta el tipo, Carmen, tu hijo no merece verte así y no te interesa que Pedro te vea así. No le muestres ninguna vulnerabilidad, es capaz de usarla en tu contra. Tengo el impulso de fumarme un cigarrillo por calmar esta dura ansiedad, pero no cedo a la tentación; me ha costado mucho esfuerzo prescindir del tabaco para mandarlo todo al traste en cuestión de segundos.

El constante ir y venir de mis recuerdos se corta de manera abrupta con el timbre estridente del portero electrónico. Al fin. Ni dos minutos después, la alegre voz de Mario atrapa el silencio gris que me rodeaba. Pedro se muestra amable, me recorre el cuerpo con ojos sagaces, oscuros como sombras siniestras, y se interesa por la escapada a París. No me gusta su tono de voz ni lo sabiondo de sus apreciaciones. No cambiará nunca. O queda por encima de mí o muere en el intento.

Con un estoicismo sorprendente, lo soporto porque en realidad sus experiencias en París no me afectan nada. A los pocos minutos considero que ya he escuchado suficiente y, aprovechando que Mario está en su dormitorio, corto un monólogo cansino:

—¿Qué es lo que querías contarme?

—¿Podemos sentarnos un momento? —pide cordial. Cuando estamos sentados en el sofá gris, el que le brindo para proteger los dominios rojos de mi grandullón, tengo la impresión de que Pedro parece inseguro. Carraspea varias veces—. Me ha salido un trabajo en Alemania, en Augsburg, para una

gran multinacional —dice de carrerilla. De golpe, no me entra aire en los pulmones—. Es una oportunidad para mí, de lo mío, con un salario tres veces mayor de lo que cobro ahora. En un principio me hacen un contrato de seis meses, y luego ya se vería.

—Me alegro por ti —hablo en un tono neutro—. ¿Lo has aceptado ya?

Pedro me observa, esbozando una tibia sonrisa.

—Sí, era ahora o nunca, por eso me urgía contártelo. Necesito que me hagas el favor de hacerte cargo de Mario durante el tiempo que esté fuera.

—No. Quiero el cambio de la custodia pasado por el juzgado, con todas sus consecuencias.

El gesto amistoso de Pedro cambia de inmediato mientras alzo la barbilla empoderándome.

—Solo tengo dos semanas, no dará tiempo a que hagamos las cosas bien.

—Habla mañana con tu abogado, preséntame a lo largo de la próxima semana un acuerdo decente y déjalo firmado. No voy a exigir nada fuera de la ley, lo que marque mientras sea equitativo entre tus dos hijos. Si te ciñes a eso no habrá problema.

Pedro no puede disimular su enfado, y me importa tanto como el rumbo que está tomando su vida, se pone en pie y aprieta fuerte los labios. Es listo, controla uno de sus peores defectos sabedor de que no debe soltarse para obtener la libertad que desea.

—Intentaré tenerlo todo arreglado a finales de semana.

—Muy bien —replico, y me levanto del sofá. Tengo la sangre fría de esgrimir una sonrisa agradable que le reste tensión—. Antes de irte, ven a despedirte de él.

Pedro mueve la cabeza, asiente con la mirada perdida.

—¿Sabes lo que más me molesta de todo? —Al oírlo, niego despacio—. Que ni siquiera me hayas preguntado cómo estoy. Me ha dolido, Carmen, no esperaba esto de ti.

Arqueo las cejas, desdeñosa, a punto de hablarle con su misma intolerancia.

—Has estado más de tres meses rehaciendo tu vida sin la preocupación de llevarte a tu hijo y he tenido el miramiento de respetarlo porque entendía que no estabas pasándolo bien... ¿Ahora quieres que te ponga el hombro para llorar tus penas? Pues lo siento. Has tenido mi apoyo de otra forma, si no lo has visto es tu problema. Date por satisfecho con lo que te ha tocado porque no tienes motivos para quejarte ni para exigencias.

—Creía que te conocía, pero me he equivocado.

Entrar en su provocación sería lo fácil, lo que habría hecho en el pasado; sin embargo, le digo:

—Todos nos llevamos chascos alguna vez, es tu turno. —Con ademanes suaves, lo dejo en el vestíbulo y me dirijo a mi dormitorio. Al pasar por delante de la habitación de Mario, me asomo y sonrío sin rastro de incomodidad—. Papá se va, cariño, sal a decirle adiós.

Sentada en la cama, escucho a Pedro hablarle con ternura. No trato de filtrar sus palabras, le conozco para saber que no tiene el valor necesario de contarle el porqué de alejarse. Ese trabajo sucio es mío, me corresponde con la misma pertenencia que protegerlo y amarlo por encima de todo; esperar cualquier otra cosa a estas alturas rozaría el suicidio anímico.

Cuando Pedro sale del piso, retumba la puerta. Esto indica de forma meridiana el aire ofensivo que azuza su enfado, ilógico, con esas trazas capaces de tergiversar la realidad hacia su propia conveniencia. Me pregunto cómo una persona puede interpretar las cosas en un mundo paralelo donde siempre es la víctima, donde todo se alía en su contra más allá de los sentimientos masacrados de los demás o una recreación a medida de las decepciones que genera. Dejo mis cábalas y levanto la cabeza para enfrentarme a los risueños ojos oscuros de Mario.

—¿Cómo te lo has pasado con Paula? —pregunta, sentándose a mi lado.

Lo veo tan feliz, tan inocente, tan mayor, que me tiembla la mano al acariciarle la cabeza. Crece demasiado rápido.

—Muy bien, París es una ciudad chulísima —le digo impostando un tono alegre. Mentirle no es agradable, hasta me hace sentir indigna de su confianza—. Nos la pateamos casi entera..., hemos ido a un museo enorme, tiene una pirámide de cristal en la entrada...

—El Louvre, mami, sale a veces en *LadyBug*.

—Es verdad... —afirmo, recordando esa serie de dibujos que tanto le gusta—, no me acordaba de que transcurre en París... ¿Y tú? ¿Cómo te lo has pasado? —le pregunto tras contemplar su sonrisa triunfante.

—Bien, ayer fuimos a casa de los abuelos...

Habla de los padres de Pedro, con quienes no mantengo relación desde el divorcio como daño colateral. Al principio me dio pena porque les tenía aprecio, luego, con el paso de los meses, comprendí que algunos lazos se cortaban sin remedio por el vínculo afectivo al tomar parte en uno de los bandos.

—¿Comisteis con ellos?

—No, papá no quiso porque tenía cosas que hacer... Está raro... y la abuela se enfadó con él, le dijo que iba a perdernos. ¿Sabes lo que le pasa?

—No le pasa nada malo, cariño; pero va a haber un cambio importante para ti y para tu hermanita, supongo que a eso se referiría tu abuela. —Al empezar a mitigar su curiosidad, me doy cuenta de que debo ser honesta y explicarle de manera comprensible la decisión que ha tomado su padre—. Verás, a partir de ahora, vas a vivir siempre conmigo; pero no porque tu padre no quiera que estés con él, sino porque ha encontrado un trabajo mejor en otra ciudad y será complicado que podáis verlo todas las semanas. Ni mucho menos significa que no vayáis a verlo más ni que sea una situación que dure siempre. Es un cambio a mejor para todos, para él porque se sentirá más valorado profesionalmente y para vosotros porque tendréis la oportunidad de ir a verlo durante las vacaciones y en vez de estar dos días seguidos con él estaréis más tiempo.

—¿Solo lo veré en vacaciones?

—Estará muy lejos, cariño; sí.

—¿Cómo Theo de lejos?

—Sí, bastante más cerca de Theo que de nosotros.

Sonrío disimulando mi angustia.

—Pues deberíamos irnos a vivir con Theo —resuelve sin sombra de tristeza. Trago saliva despacio, esta reacción me parte el alma—. Me dijo que su casa era grande, “cabreríamos” con sus hijos.

—Cabríamos —le corrijo—, pero no va a suceder. Nosotros seguiremos aquí, en nuestra casa.

—Pregúntaselo cuando te llame por teléfono, seguro que te dice que sí.

—No va a llamarme, cariño.

—¿No? —Mario frunce el ceño, y de repente sonrío—. Ah..., porque le toca venir. ¿Cuándo llega?

Acaba de hacer una asociación lógica. Hasta el mes pasado, prácticamente Theo ha sido un reloj en sus visitas.

—No creo que venga más, cariño, ya no somos novios.

—¿Por qué? —exclama sorprendido—. ¿Os habéis peleado?

—Algo así..., otro día te lo contaré.

—No, cuéntamelo ahora —exige malhumorado—. ¿Por qué ya no sois novios?

—Mario, no es algo fácil de comprender para los niños —respondo en

tono severo.

—¿Ya no le quieres?

Lo observo fijamente con los ojos húmedos.

—Claro que le quiero, cómo podría no quererlo...

—¿Y él? ¿Ya no te quiere?

Suspiro hondo, no puedo explicar lo que yo misma no comprendo.

—Sí me quiere, pero... no podemos estar juntos.

Durante un momento le explico una versión edulcorada sobre nuestra ruptura, que achaco a la distancia tan grande que nos separa para mantener una relación estable. No es inverosímil, pero percibo disconformidad en su rostro añorado. Termino dándole un abrazo consolador, que él admite como un junco flexible doblegado a la fuerza. Pronto se libera del cariño que no desea para plantarse delante de mí con una expresión beligerante.

—Las personas mayores sois tontas y mentirosas. ¡Theo es un mentiroso! ¡Me dijo que siempre estaría contigo! —grita al salir corriendo.

Entra en su habitación y cierra la puerta de un sonoro portazo mientras maldigo en silencio. Es hora de bajar al infierno, lo necesito. Con las manos en la cara, tapando absurdamente el dolor que siento, me desahogo llorando por la pérdida de este amor. Su ausencia empieza a destrozarme.

Capítulo 37

EN LA NEBULOSA de una despedida llena de promesas, acuesto a Mario sin moral ni intención de ayudar más a su padre. He transigido a un acuerdo mediocre en el que vuelven a vapulearse los intereses de mi hijo en un agravio comparativo con su hermana porque no tenía interés en una lucha indignante ni en prolongar esta situación cuando nunca he buscado usarlo para conseguir beneficios económicos y menos ahora que ya tengo su custodia absoluta. Cada uno somos responsables de nuestros actos, de nuestras omisiones, de la conciencia que nos atosigará el resto de nuestras vidas.

Al salir del dormitorio de Mario tras intentar alejarle los problemas, arrastro una sensación desoladora. He pretendido o deseado tener el don de evitarle sufrir y no estoy segura de haberlo conseguido. Olvido mi propio dolor rodeada del solitario silencio que absorbe el presente. Observo el sillón rojo y, de nuevo, a traición, recuerdo a Theo. La memoria no me concede descanso aunque el tiempo transcurra rápidamente y hayan pasado quince días desde que volví de Copenhague. Sin darme cuenta revivo nítidos retazos de las ideas de Theo, sentimentales. A veces creo que sin estos recuerdos no soy nada. A veces los detesto porque me reconozco vulnerable. Sin embargo no intento frenarlos, como si deseara agotarme por las noches sintiendo el mayor dolor posible. Corrí el gran riesgo de enamorarme cuando había algo en mi interior que me alertaba a no hacerlo, me entregué y confié sin reservas durante los breves espacios que pudimos compartir, puse mi felicidad en sus manos, el futuro, sueños que nos unían y me dieron el empuje para tomar decisiones impulsadas por el deseo de convertirlos en realidad. Ahora debo aceptar que solo tengo mis recuerdos, que la esperanza de vivir juntos ha desaparecido, que hemos roto y que tengo la obligación de superar este bache pese a lo difícil que me resulte. No hacerlo me impedirá vivir. No es posible continuar con un daño tan profundo en el alma, poco a poco el dolor me romperá en tantos pedazos que no podré recomponerme.

Cierro lentamente los ojos cuando al recrearme en el eco de su voz soy realista, jamás lo olvidaré; es imposible. No por efímero nuestro amor ha sido

menos intenso, menos verdadero. Incluso él reconoció que no había equilibrio entre el tiempo que pasábamos juntos y las horas pensando en mí, ¿cómo entonces puedo aspirar a olvidarlo tan pronto? ¿Cómo reharé mi vida si tengo el corazón ahogado en un amor que no morirá?

Divago entre sus brazos, bajo el azul relajante de sus ojos, y aspiro el aroma de su piel con la ávida intención de concentrarme en el placer de sentirlo. Entra una ráfaga de brisa por el balcón abierto que trae frescor primaveral y la sutil fragancia del jazmín, y suenan risas en la calle atrapando la apacible quietud con el evocador recuerdo del jolgorio que en pocas semanas acaparará las noches estivales.

En este reducto donde tengo la libertad de regodearme en la melancolía de nuestros momentos más cómplices, cualquier interrupción me supone un sobresalto. Muevo la mirada hacia el centro de la mesa y observo el móvil con miedo, aún guardo la tonta esperanza de que sea él quien me mande un mensaje antes de meterse en la cama. «¿Estás despierta?», pregunta Paula. «Sí», escribo al esbozar una sonrisa. «Te llamo», dice al segundo.

Antes de que suene el móvil, en cuanto empieza a vibrar, toco el botón de aceptar la llamada.

—¿Dónde estás?

Interesándome por ella desvió su atención.

—*De guardia, pacífica de momento.*

—Todavía es temprano. Dentro de unas horas no darás abasto recetando pastillitas —comento con ironía ante la avalancha de jóvenes arrepentidas que suelen acudir a urgencias buscando paliar con una pastilla su insensata actividad sexual.

—*Como siempre... ¿Se ha ido ya el viajero inconformista?*

—Sí, se despidió esta tarde de Mario.

—¿Está bien?

—Más o menos, tristón.

—*Venid a comer mañana, va a hacer sol, podemos preparar una paellita en la terraza.*

—No creo que estés para preparar paella —le digo, pensando en que saldrá del hospital a las ocho y, lo más probable, es que pase la mañana durmiendo.

—*Si os estoy invitando es porque sé que estaré operativa. Además, no tengo intención de cocinarla yo; para eso estáis Jorge y tú.*

—No sé, ahora mismo no me apetece mucho salir. Mañana lo hablamos.

—*Deja ya la clausura, a los dos os vendrá bien cambiar de aires. No puedes vivir encerrada permanentemente, no es sano.*

—Lo tengo claro, igual que tengo claro que ahora mismo no soy buena compañía.

—*Ese argumento puedes usarlo con tus conocidos, no conmigo. Comprendo que no estés atravesando tu mejor racha, es lógico, pero los amigos estamos para apoyarnos en los buenos momentos y, sobre todo, en los malos. Así que déjate de chorradas y venid a comer mañana con nosotros, no hagas que vaya a buscaros o algo peor...*

—¿Peor? —le pregunto con ironía—. ¿Qué podría ser?

—*No me pongas a prueba, Carmen, no sabes las ganas que le tengo a cierto profesor de Literatura española.*

—No se te ocurra llamarlo —advierto en un tono amenazador—, lo que haya pasado entre nosotros solo nos incumbe a los dos.

—*Por supuesto, pero ni siquiera tendría que llamarlo...* —Aprieto la frente al escucharla—, *me bastaría con decirle a Jorge que me pasara su móvil cuando esté hablando con él.*

—¿Jorge tiene contacto con él?

Sin darme cuenta, he alzado un poco la voz.

—*Sí. Antes de Semana Santa se llamaban de vez en cuando, pero desde que volviste parecen dos PinyPon.*

Necesito morderme la lengua para no preguntarle por esas llamadas.

—No pensaba que fuesen tan amigos... ¿Por qué no me lo habías dicho?

—*Porque...* —Paula, súbitamente, duda—, *porque no... estoy autorizada.*

—Ya veo cómo te saltas la autorización que te haya dado cualquiera de los dos..., pero, en fin, es tu problema; no quiero saber nada.

—*¿No sientes un poquito de curiosidad por saber de qué hablan?*

—No. Ellos se llevaron bien desde el primer momento de conocerse, que Theo y yo ya no seamos pareja no es motivo para que no sigan siendo amigos, me alegro por ellos.

—*Sí, se te nota muy contenta... ¿En serio no quieres saber nada?*

Suelto un bufido.

—Ahora mismo no quiero saber nada de él. No te digo que dentro de unos meses no pueda verlo y mantener una relación cordial, pero no en este momento. Él quería que fuésemos amigos, me lo dijo después de despacharme, y no quise porque para dar algunos pasos hay que estar preparado. No se

puede ir ofreciendo amistad alegremente porque uno sea superliberal...

—*Tú estabas sedienta pidiéndole amor y él te ofreció el mendrugo de pan de su amistad. Literalmente, te atragantó su bondad.*

—Literalmente, no quiero la bondad del hombre que me ha roto el corazón.

Paula respeta en silencio la contundencia de mis emociones.

—*Intenta sobreponerte, ¿de acuerdo? Recuerda que sentir dolor tras una ruptura es inevitable, sufrir no lo es. Tú escoges.*

—Estoy en ello. ¿A qué hora nos vemos mañana?

—*Así me gusta* —exclama feliz—. *Venid sobre la una.*

Reclino la cabeza en el sofá, pensativa. Esta conversación me ha dejado con un sabor agridulce en la boca. Por una parte me alegra saber que Theo y Jorge siguen adelante con su amistad, por otra me apena infinitamente. Sin duda tengo que luchar contra mis sentimientos y vencer. Hasta que no lo consiga no saldré de esta celda que ha creado mi mente para atormentarme ni seré capaz de mirar al futuro sin pensar en lo perdido, sin esperar el milagro que no ocurrirá. Debo asumir que la vida no nos ha separado con un interés superior de mostrarnos lo que significábamos el uno para el otro, que Theo me olvidó al instante de salir de mi casa y que en Copenhague solo tuvo el valor de despedirse mirándome a los ojos; mantener cualquier esperanza es ridículo y dañino.

Al cabo de un rato, logro reflexionar con la sensatez que me permiten todas las ideas abstractas que he barajado. Encamino mis pasos a la cama y me acuesto agotada, rendida a la cruel verdad: mantendré a Theo en mi corazón para siempre, alejado por completo de mi vida, jamás volverá.

Capítulo 38

POCO DESPUÉS DE las doce del 1 de junio, regresando con la compra del Mercado Central, el sol en su cénit calienta sin compasión. Dentro del cauce seco del río, asfaltado y con jardineras recorriendo sus orillas, un grupo de jóvenes juegan a voleibol y un hombre, a varios metros de la improvisada cancha, se encuentra en cuclillas cepillando el largo pelaje castaño de un collie. La bochornosa temperatura anuncia la cercanía del verano, entonces la ciudad se inundará de una multitud de turistas en busca del sol, playa y fiestas.

Al pasar delante de la terraza del hotel Ibis, me quito la chaqueta de hilo. Tengo la necesidad de tomar algo refrescante. Como siempre cuento con la negativa de Mario para hacer un alto en el camino, sentarnos y descansar estando a la vuelta de la esquina de casa; pero lo convengo con sorprendente facilidad. Creo que le apetece observar el juego del grupo de chavales. Perfecto.

Elijo una mesa solitaria, alejada del agobio de los turistas acomodados que, fuera de temporada, disfrutan de la temperatura mientras comen en un horario demasiado temprano para cualquier español. A estas horas, un aperitivo apetece mucho más para abrir el estómago. Suelto la bolsa de plástico con fruta debajo de la mesa, nos sentamos y le pido al camarero las consumiciones: una cerveza y una Fanta de limón.

Distraído con el voleibol, Mario mantiene un grato silencio hasta que se toma su refresco y me pide permiso para acercarse al borde del cauce. No es peligroso, hay un muro donde sentarse, pero por defecto y costumbre le encomiendo precaución. Fijo la vista en dos chicos rubios, un niño y una adolescente, sentados en una mesa a unos cinco metros de la mía, sorprendida porque no haya ningún adulto con ellos. Sin lugar a dudas son turistas, escandinavos o eslavos. El niño es delgado, lleva el pelo tan corto que apenas se le distingue de la pálida piel. La adolescente, de ademanes femeninos y aspecto cuidado, lleva una camiseta corta blanca de tirantes y no para de atusarse la larga melena casi albina.

Juraría que esos chicos son los hijos de Theo, pero no estoy segura. A

esta distancia y después de llevar sin verlos tantas semanas, la memoria debe estar engañándome. Intento beber sin prestarles atención, sin embargo hay algo en ellos que me incita a espiarlos. Tal vez cómo sonríen, sus rasgos o quizá cómo gesticulan mientras hablan. Coloco el dedo índice en el puente de las gafas de sol y las bajo un poco intentando hallar lo que me llama tanto la atención. No lo sé, pero vuelvo a jurar haberlos visto antes. Por no tildarme de ilusa, trato de convencerme de que es imposible que sean ellos. Quizá su apariencia nórdica esté evocándome recuerdos inconexos de otra persona, la misma que sigue acompañando mis noches y no deja de perseguirme cuando menos lo espero. Centro la mirada en Mario, serena, ignorando el impulso de continuar pendiente de los turistas rubios.

De pronto, una risa divertida envuelta en palabras indescifrables pero con unos sonidos conocidos, juraría que es danés, hace que me enfrente al eco de otro recuerdo hasta ahora arrinconado en mi memoria. Es ya una imagen distorsionada, después de dos meses casi remota. Theo solía reír así. Miro hacia la mesa de los turistas y, con asombro, descubro que se les ha unido un hombre. Está sentado al sol, dándome la espalda, se inclina en el oído del niño a contarle una confidencia. El corazón comienza a latirme desbocado. No puedo dejar de acecharlo, buscando detalles que desmientan la sospecha que me roba el aliento.

Pasados unos minutos, con ansiedad por desaparecer de esta pesadilla perniciosa para la frágil estabilidad mental que he logrado a duras penas, alzo la mano, pidiéndole la cuenta al camarero. Es en este preciso momento cuando el hombre se pone en pie y cruza el paseo peatonal en dirección a Mario, que sigue observando el partido de voleibol. Ya no tengo dudas, esos andares, esa forma elegante de conducirse incluso con unos viejos vaqueros y las zapatillas deportivas que me cansé de ver en casa, todo es él. Súbitamente estoy en shock, estupefacta. Esto no puede ser real, me sobrepasa.

—¡Theo! —grita Mario al lanzarse a sus brazos tocado por un misterioso halo de felicidad.

Bajo la cabeza, con los ojos cerrados, rogando que me trague la tierra. No quiero verle la cara, no sé si seré capaz de soportarlo. En cuestión de segundos, huelo su aroma. Abro los ojos y levanto la cabeza para enfrentarme a los únicos ojos que jamás habría imaginado encontrarme esta mañana. Aún con mi hijo en brazos, Theo esboza una sonrisa mientras espera que reaccione. Lo normal sería que me pusiera en pie y lo saludara con amabilidad, pero no me atrevo. No estoy segura de que no me fallen las piernas.

—Hola, Carmen —dice de forma natural—, pensaba pasar por tu casa para hablar contigo. Te veo perfecta, ¿cómo estás?

—Tal y como me ves, perfecta.

Ni siquiera me quito las gafas de sol, tampoco me levanto. Theo deja en el suelo a Mario.

—He venido con mis hijos, ¿puedo presentártelos?

Demasiada condescendencia, ¿por qué ahora?

—¿Están aquí? —interrumpe Mario—. ¿Dónde?

—Allí —responde Theo, señalando a los niños de la mesa que hasta hace un instante era la de él—. ¿Te apetece conocerlos? Ellos tienen muchas ganas de conocerte a ti.

Mario olvida a una velocidad de vértigo todos los agravios en su contra, le da la mano y se acerca con él a la mesa donde sus hijos aguardan. Los dos se levantan y besan en la cara a Mario, que ahora sonrío con timidez. Nina vuelve la cabeza hacia mí, y me siento mal por no comportarme con corrección. Cojo la bolsa de plástico y, sin dejar de observarla, pinto una línea amable en mis labios.

Theo habla en danés con sus hijos, no entiendo nada; pero mantengo la sonrisa. Nina, de estatura igual a la mía, es tan delgada como su hermano, su aspecto es de fragilidad, y la noto más mayor en persona que en fotos o en aquellas vídeollamadas que mantuvimos meses atrás. La niña, en ese español correcto que ya había comprobado cuando su padre todavía formaba parte de mi vida, me saluda cariñosa, parece realmente contenta de conocerme. Solo por esto debo alejar cualquier atisbo de rencor, fuera pensamientos negativos que me congelan el gesto; estos niños no tienen ninguna responsabilidad en mis fracasos.

—¿Ya estáis de vacaciones en el colegio? —le pregunto a Nina.

—Sí, hasta agosto.

De manera rodada, el saludo se convierte en una conversación amena que evade mi malestar. Incluso Mads y Mario se alejan envueltos en la complicidad de su edad. Hablando con Nina, cada poco tiempo, les observo sentados en el muro del río. Theo atiende una llamada a su móvil, y al oírlo hablar en español lo miro fijamente durante una fracción de segundo. Él sonrío, enarcando una ceja.

—Estamos en la terraza del hotel —dice sin dejar de observarme—, con Carmen y Mario. —Hace una pausa, y cambia el rumbo de sus ojos a un punto en la distancia. Desvió la vista hacia el puente de Los Alemanes, y frunzo el

ceño obnubilada por la incomprensión—. Os veo. —Theo levanta la mano, saluda a Jorge y a Paula, y vuelve a mirarme. Tras guardar el móvil en la mochila que tiene colgada en la silla, no disimula su expresión alegre—. No has acertado.

Sostengo su mirada, tan confundida como absorta en el cielo, y trago despacio al pensar en un millón de cosas a la vez. La primera, no darle a Nina una impresión equivocada cuando está teniendo unos modales sobresalientes. No ha tardado en alejarse yendo hasta su hermano y Mario para darnos privacidad.

—¿A qué has venido?

Theo analiza mi rostro con parsimonia, sin prisa por responder.

—A presentarte a mis hijos, ¿qué te parecen?

Está ganando tiempo. Paula y Jorge llegarán dentro de un instante.

—No vamos a ser amigos, Theo, no después de cómo terminamos.

—¿Acaso te he dicho que quiero que seamos amigos? No imagines y todo nos irá bien.

—Fue lo que pretendías cuando no quisiste volver conmigo, ¿vas a decirme que también eso me lo he inventado?

—He venido para hablar contigo de muchas cosas, pero a su momento.

—Olvidas que yo debería estar de acuerdo en querer mantener una conversación contigo, y no lo estoy. Me ha gustado conocer a tus hijos, parecen unos niños extraordinarios, pero hasta aquí. Sigue tu camino y yo seguiré el mío, no puedo ofrecerte nada más.

—Muy bien, ¿y a tus amigos? ¿Serías capaz de ofrecerles a ellos un poco de tu tiempo libre?

Aborrezco que me hable como si tuviera cinco años pero sin enmascarar la ironía en cada una de sus palabras, sobrevuela desafiante.

—No sé qué habéis tramado, lo único que sé es que habéis tramado algo; y no, no puedo dedicarles mi tiempo cuando están actuando a mis espaldas sabiendo cómo lo estoy pasando por tu culpa.

Theo aprieta la boca. O está mordiéndose la lengua o empezando a enfadarse. Mantiene un silencio denso, que rompe sin rastro de incomodidad ante Jorge y Paula. En otra circunstancia me agradaría observar el cariño que se tienen, sin embargo no esbozo ni una sonrisa ni cambio el gesto tenso.

—Lo siento, Carmen —dice Paula en voz baja. Lleva el pelo recogido en una cola de caballo y viste una falda oscura ajustada con una chaqueta blazer blanca. Tiene su buen aspecto típico, elegante—. No te lo hemos contado por

tu bien.

Sin quitarme de encima la sensación de traición que siento, observo a Jorge, que viste un pantalón vaquero y chaqueta con coderas, pendiente a su sonrisa piadosa y digo:

—Los dos sois médicos... ¿Ahora provocar infartos es hacer un bien?

Theo entorna los ojos, negando con la cabeza. De manera inesperada, si eso es posible a estas alturas de la mañana, regresan los niños. Mario es el único dicharachero, su felicidad aumenta por minutos; Nina recorre el estilismo de Paula con admiración después de unos saludos formales; y Mads, que ha buscado la protección de Theo dándole la mano, a pesar de su estatura demuestra con esta actitud los nueve años que tiene recién cumplidos.

—¿Nos vamos o tenéis que hacer algo más? —pregunta Jorge.

—Nos vamos —contesta Theo, y mira de manera sospechosa a Paula.

—Hemos reservado en La Deriva a las dos —empieza explicándome ella —, pero antes habíamos pensado dar una vuelta por el centro para que los niños lo conozcan. Os apuntáis, ¿no?

—Sabes que no —comento sin suavizar el tono seco.

—¿Por qué no podemos ir?

La cara de mi hijo es un poema; su voz ha sonado a incompreensión absoluta.

—Porque tenemos otros planes —le digo, sujetándole la mano.

De repente, en un ardid que detesto, se agarra a Theo como un pulpo.

—Quiero ir con vosotros —lloriquea—, quiero ir con vosotros.

Theo sonrío, y veo venir su jugada.

—Voy a acompañar a tu madre a casa para dejar la compra y os venís con nosotros —dice sin pedirme consentimiento, ya con una mano en mi codo coartando cualquier opción de fuga—. Esperadnos aquí —ordena digiriéndose a Paula y Jorge, sin mirarme. Cuando se digna a hacerlo, sus ojos tienen la tonalidad del acero—. Vamos, no tenemos todo el día.

Paula se acerca a mí, inclina la cabeza y susurra:

—Hazme el favor de estar receptiva.

La observo un instante, una breve fracción de tiempo donde tengo sentimientos contradictorios. Comprendo su interés aunque no sea capaz de ignorar la impotencia ante la traición a nuestra amistad.

Cuando salgo con Theo y dejamos atrás la terraza en dirección a la esquina de calle Mármoles, entonces, me zafó de su agarre y, de mal talante, le pregunto:

—¿Quién te crees que eres para darme órdenes?

—El único hombre con paciencia para aguantarte.

—No pensabas lo mismo hace dos meses.

—No exageres, llevamos sin vernos treinta y cinco días; cero, si no hubieses salido huyendo. No me dio tiempo a arrepentirme cuando ya te habías ido.

Le echo un vistazo rápido sin mostrarle ninguna emoción, por dentro estoy impresionada.

—Los que sean. Dime a qué has venido.

—A admitir un error grave, a perseguir lo que huye de mí...

—Solo te pido que no me cuentes nada de quien tú sabes. No tengo moral para recordarla ahora que estoy olvidándola.

—Estuvo en mi casa después de que tú vinieras.

—Gracias por no hacerme ni caso —le digo desanimada—. Y ya sabía que casi hiciste doblete con las dos, tuve el grandísimo honor de enterarme nada más aterrizar. ¿Volvisteis y otra vez te has arrepentido?

—¿De qué hablas? —pregunta con el rostro arrugado—. Cuando te dije que entre nosotros no había nada era verdad, ¿te lo repito?

—¿Y para qué fue a verte?

Theo se detiene, a escasos metros del portal, y me sujeta el brazo para obligarme a escucharlo.

—Para abrirme los ojos —habla serio, y esgrimo una sonrisa cínica—. Tenías razón, estaba obsesionada conmigo.

—Y conmigo, ¿si no, por qué me perseguía?

—Está un poco desequilibrada. No sé cómo no me di cuenta cuando nos reencontramos el verano pasado.

Durante un instante nos observamos. Luego, callados, continuamos andando y entramos en el portal. Theo sujeta la puerta con la mano izquierda, veo que lleva puesto el anillo de las runas. No digo nada. Todos los detalles que percibo me hacen creer que ha venido buscando la misma oportunidad que busqué en abril y no quiso darme. Ahora, soy yo quien no quiere dársela a él.

Sin preguntar, nada más al entrar en el piso, se dirige a la cocina y coloca la fruta en el frutero de cristal que hay en la encimera de granito negro. Verlo de nuevo aquí manejándose con esta soltura me evoca buenos momentos pasados, preciosos a la vez que peligrosos.

—Voy a cambiarme de ropa.

—No hace falta, estás muy guapa. Más delgada, pero guapa como

siempre.

—Voy a cambiarme de ropa —repito en mis trece de no hacerle concesiones—. Sírvete una cerveza o lo que quieras, conoces la casa, sabes dónde está todo.

—Acabo de desayunar, pero gracias; eres una gran anfitriona.

Obvio ese sarcasmo. En mi dormitorio, abro las puertas del armario y repaso la ropa sin tener claro qué debería ponerme. Ateniéndome al atuendo de él, con unos vaqueros y una camiseta iría perfecta; si elijo a Paula como referente debería optar por un vestido y tacones. Al final, me quedo entre ambos: vaqueros, camisa negra con solapas grandes y sandalias de tacón.

Al salir, encontrar a Theo sentado en el sillón rojo me bloquea. Realmente no entiendo el porqué. Quizá, porque no esperaba volver a verlo usándolo. Él nota que pierdo fuerzas, lo percibo en la atención de sus ojos, y me decido a preguntarle por lo que más me ha dolido:

—¿Por qué me has ignorado?

Inclina el cuerpo hacia delante, apoya los codos en las piernas y se sostiene el mentón en el dorso de las manos.

—Porque necesitaba que me echaras de menos, porque te mentí al decirte que no podíamos estar juntos...

—Lo he pasado muy mal. No sabes lo que me fastidió que le dieras a tu amiga más credibilidad que a mí y que te enfadases cuando era yo la única con derecho a enfadarse.

—Esther tenía una visión distorsionada de nuestra historia.

—¿Estás diciendo que se ha inventado parte de vuestro pasado? —le pregunto, sentándome en el otro sillón.

—Sí, lo ha idealizado hasta perder la noción de lo que realmente pasó entre nosotros. Cuando llegó a mi casa después de que tú te marcharas, intentando seducirme, vi que tenías razón en todo lo que me contaste acerca de ella y fue cuando decidí romper el último lazo que nos unía: la amistad —comenta mientras ni siquiera me siento halagada, o satisfecha; en el fondo, soy tan tonta que me apenan todas las rupturas—. Ella estaba reescribiendo nuestra vieja relación con cosas que nunca pasaron, cosas inventadas porque se había hecho ilusiones después de vernos. ¿Recuerdas lo que te conté sobre lo que pasó cuando nos reencontramos en verano?

—Con nítida claridad. ¿Qué mujer lo olvidaría?: dos polvos mágicos.

Theo tuerce el gesto.

—La cuestión no es el sexo, sino su forma de agarrarse a mí como si yo

fuera su única esperanza. No quería admitir que no somos los mismos ni que por mucho que distorsionara las cosas, lo que ocurrió entre nosotros y el pasado fue el que fue. Nada de eso servía porque nada de lo que inventara significaba que hubiese ocurrido de verdad. Aunque le pese, no tiene la capacidad de cambiar el pasado. A ti podía engañarte, exagerar, pero olvidó que yo lo viví.

—No me engañó —replico soberbia—, solo la primera vez que hablé con ella me dijo que erais pareja.

—¿Y por qué pensaste que te fui infiel con ella? Porque yo estaba bien seguro de mí mismo, cosa que tú no hacías por... —Lo miro desafiante. Como se le ocurra volver al manido recurso de mis celos lo mando a Copenhague sin pasar por el aeropuerto—, por tonterías infundadas.

—No es infundado que me la encontré por media Málaga.

Theo suspira.

—Sabías que no habíamos retomado nada. Te lo repito, puedo repetírtelo hasta que se acaben las horas.

—¿Y esperaba atosigarme para que te dejara?, ¿o qué? —pregunto cínica. Theo chasquea la lengua, y me apresuro en matizar—. No estoy diciendo que tú seas responsable, no, porque estabas engañado, sino porque ella sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

—No sé si lo sabía, lo que sé es que me chantajeaba para que accediera a... —Theo vacila, deja de mirarme a los ojos.

—¿Con qué te chantajeaba?

He intentado hablarle con suavidad, camuflando mi interés. Cuando vuelve a posar sus limpias pupilas en mí, trago despacio. Presiento que finalmente voy a conocer aquel “algo” que tanta incertidumbre me ha causado.

—La dejé embarazada —dice muy bajo.

En este momento me falla hasta la respiración.

—La madre que te parió. Esto es el colmo —exclamo sin contenerme—. No tengo remedio... No aprenderé mientras viva... —Al ponerme en pie, soy incapaz de aplacar la rabia—. Largo de mi casa, sal ahora mismo o no respondo de mis actos.

Theo no mueve un músculo, incluso me atrevo a advertir un rastro de diversión en la ligera sonrisa asoma en su boca.

—No tengo intención de ir a ninguna parte sin ti. Siéntate para que pueda contártelo todo.

—No quiero oírlo. Estaba creyéndote, empezando a vislumbrar otra

oportunidad para nosotros. Pero ahora, esto lo cambia todo.

—No te he dicho que la haya dejado embarazada ahora. Como bien sabes, el verano pasado solo echamos “dos polvos mágicos” —recalca con burla—; y como también sabes, ella tiene ya una edad...

—¿Cuándo entonces? ¿La hija que tiene es tuya? —pregunto con el cerebro ardiendo.

—No —exclama torciendo la expresión—, esa niña es de su exmarido; no me metas en más líos, por favor —pide simpático, ajeno a que siento el impulso de lanzarme a su yugular—. El último verano que estuvimos juntos, ya no éramos ningunos críos.

—Cuando empezó contigo ella tenía años de sobra para saber lo que estaba haciendo —comento con un sinfín de matices despectivos—, el único crío fuiste tú.

—Los dos éramos mayores de edad. No te cebes con ella, bastante ha sufrido.

Saco una conclusión lógica:

—¿Abortó?

—Sí —afirma a media voz y, sin apartar la vista de mis ojos, continúa hablando—. No he sabido nada de esto hasta el verano pasado.

—¿Por qué? ¿Por qué no te lo contó en su momento?

—Porque se enteró de que empecé la relación con Lise y se sintió traicionada. Cuando antes te he dicho que había distorsionado nuestra historia, me refería a todo por completo. Para mí ella era una novia de vacaciones, no le guardaba fidelidad cuando regresaba a mi vida en Dinamarca —cuenta, y confirma lo que Paula y yo teníamos claro—. No se me ocurría ni imaginarlo, daba por hecho que los dos teníamos nuestras vidas aparte del mes que pasábamos juntos en San Pedro.

—No es reprochable siempre y cuando lo hubieseis hablado de antemano. Pero si no lo hicisteis..., puedo comprenderla. ¿Qué edad tenía? ¿Treinta y dos o treinta y tres? —Theo asiente, y añade—. Y ya estaría trabajando, ¿no? —Vuelve a mover la cabeza, afirmando—. ¿Y no fue un aborto natural, no? —Niega en silencio—. Entonces lo hizo asumiendo las consecuencias de sus actos.

—Sí, pero dice que se dejó guiar por la depresión que tenía.

—¿Y cuál era ahora su objetivo? ¿Darte pena?, ¿que la preñases otra vez?

—Una mezcla de tus conclusiones. Por un lado me contaba que no había

pasado un solo día desde el aborto sin arrepentirse y por otro...

—No sigas —corto bruscamente—, puedo suponerlo.

Rehúyo de escuchar de nuevo que la buena mujer ha tratado de seducirlo sin importarle que fuésemos pareja, con la indecencia de hacerlo sentir culpable para alcanzar su meta. Ahora termino de atar cabos. Recuerdo perfectamente la primera vez que hablé con ella al volver del aeropuerto, la vez que no tuvo reparos en mentirme sobre su relación ni en fanfarronear diciéndome que usaría con él otros recursos.

—¿Qué te pasa? —pregunta con preocupación.

—Nada —contesto apática, pensando que algunas personas pierden por completo la dignidad—. Nunca se llega a conocer a nadie del todo...

—No es verdad, tú eres un libro abierto.

Sonríó brevemente, el profesor danés ya usa dichos populares de manera acertada.

—No lo soy, todo el mundo tiene parcelas íntimas ocultas. Si fuésemos transparentes las relaciones no tendrían gracia.

—¿Estás enfadada por lo que te he contado?

—Léeme —hablo bromeando—, a ver cómo son tus dotes para interpretarme.

Theo me sostiene la mirada, acepta el reto, callado. Indaga en la profundidad de mis ojos con parsimonia.

—Crees que he sido un estúpido con las dos. Contigo, por equivocarme al exigirte confianza ciega cuando desde tu punto de vista las cosas podían interpretarse de forma engañosa. Y con ella, por dejar que usara una decisión que tomó sin mi consentimiento para que me sintiera en deuda.

—Eres bueno —admito al ponerme en pie para volver al bar del Ibis—. ¿Nos vamos?

—Mientras no me amenaces...

No entiendo a qué viene esto ahora.

—Las veces que te he echado de mi casa tenía motivos más que suficientes. Y nunca te he amenazado para te fueses.

—Hablabas de Esther. Parece que sé leerte mejor que tú a mí.

Arqueo las cejas al escucharlo.

—¿Te ha contado que la amenacé?

—Según ella, varias veces.

Trato de hacer memoria, pero al no acordarme con una fiabilidad óptima elijo ironizar:

—Sería con dagas envenenadas. —De golpe, recuerdo el día que insistió en que le diera mi teléfono—. ¿Qué quieres que te diga? No tenía intención de ser amiga suya —aclaro por si también le ha contado una versión distorsionada de nuestras conversaciones—. Creo que no está bien de la cabeza —digo amparada en mi percepción de la realidad—, y tengo derecho a elegir mis amistades, no es reprochable cuando no la conozco.

—No estoy diciendo lo contrario. —Esboza una ligera sonrisa al inclinar un poco la cabeza—. Y para dejar las cosas bien claras, para que no vuelvas a elucubrar sobre lo que hice sin ti...

Theo se pone en pie, se acerca sin apartar los ojos de mis labios.

—Ya no me importa, no me hace falta saber nada más.

—Cuando llegué en Semana Santa tenía concertada una cita al día siguiente en San Pedro con un asesor inmobiliario. El sábado 24 de marzo estuve con él viendo un apartamento en la playa. No podía decírtelo porque era una sorpresa. Sé que San Pedro está un poco lejos, pero me lo planteé por tener un sitio al que venir con los niños en verano, cuando tú y yo y nuestros hijos viviésemos juntos en Copenhague.

Si ya rozaba el desalme total, ahora empiezo a perder el equilibrio. Tenerlo tan cerca me mata, oír sus planes me deja sin defensas.

—¿Por qué ahora sí estás dándome explicaciones y no lo hiciste cuando fui a pedírtelas?

—Por eso mismo, porque ahora no estás pidiéndomelas, estoy dándotelas porque quiero. —Alza la mano y me acaricia la cara, suavemente. Hago un esfuerzo por no llorar, rendida al poder de este amor que se empeña en golpearme el corazón con una intensidad dolorosa—. Siento lo que has pasado, perdóname ahora tú. —Mete la mano en el bolsillo de su pantalón y me ofrece el anillo de azabache. Lo contemplo ausente, con lágrimas empujándome a aceptarlo—. Póntelo, es hora de que los dos dejemos atrás la ridiculez que nos ha separado.

—Cuando fui a verte no llevabas el que te regalé.

—Sí lo llevaba, pero me lo quité al entrar en casa. Lo guardé en mi dormitorio mientras entrabas al salón; no quería que me lo vieras puesto sin haber escuchado tus disculpas.

—No solo fui a disculparme, había dado un paso muy importante para acabar con la maldita distancia que nos separaba —hablo sin rencor, sincerándome al sentir que este es el momento más importante que tenemos para no cometer errores que, con el tiempo, puedan alejarnos otra vez. No

soportaría vivir dos veces el tormento que me ha acompañado estos últimos treinta y cinco días—. Ya no trabajo en el hospital, te hice caso sobre hacer valer mis derechos; me despedí el día que discutimos.

—Lo sé, me lo contó Jorge. Era lo que tenías que hacer, estabas esclavizada.

Bajo la vista hacia su mano, inmóvil sujetando el anillo. Después de no dejar de amarlo ni siquiera cuando la razón me empujaba a odiarlo, me debo honestidad.

—Pónmelo.

Theo no disimula su felicidad, el brillo seductor de sus ojos llega a iluminarme.

—No pienses ahora en el trabajo ni en nada que te agobie; céntrate en organizar la mudanza a mi casa y... una... boda.

Oírlo me paraliza. En este día que no esperaba nada, de manera repentina, aspiro felicidad. Sin embargo, la prudencia me frena.

—¿No crees que estás yendo demasiado rápido?

—No, al contrario, lo tengo todo más que meditado. Ahora tienes la custodia de Mario, vais a vivir conmigo y mis hijos cuando estén con nosotros; es lo lógico para vuestra residencia.

Abro los ojos de par en par ante un pragmatismo poco motivador.

—No pienso casarme contigo para que me den la residencia, no es nada romántico; además, me prometí no volver a casarme jamás. Rechazo tu proposición.

Theo no se inmuta, se sabe vencedor.

—Dame algo que me alivie un poco la sed.

No aparto los ojos de él mientras dudo unos segundos, pensando en lo que realmente le aliviaría, o lo que nos aliviaría tras la asfixiante verdad. Solo tengo mis labios, y se los ofrezco con la devoción que me inspira ser consciente de volver a acariciar mi sueño. Con alargar la mano puedo tocarlo, saborearlo perdida en el aroma de este hombre que ha derribado mis agrietadas defensas con una determinación apabullante. Cedo a su poder enredándome en sus brazos, necesito este poderío controlando mis actos y el sutil calor de su piel incendiándome el alma, es una rendición anunciada.

Entrelaza sus manos a mi espalda cuando recorro su rostro con las yemas de los dedos.

—Volvamos a ser nosotros mismos —murmuro—, solo nosotros, lo necesito.

Afianza las manos, acercándome más a su cuerpo.

—Tú eres la única persona que ha conocido mi soledad, la única persona a la que le he permitido ver lo más profundo de mí, la única persona que me lleva al límite... La única persona que quiero que siga haciéndolo —habla serio, ignorando adrede la húmeda cortina de mis ojos—. Tengo cinco billetes de avión para la vuelta, no pienso hacer ningún cambio. Tienes hasta final de mes para aceptar; es mi última palabra.

Sorprendida por su resolución, casi vocalizo ideas al hablarle:

—Has pensando en todo. Mario no termina el curso hasta el veintidós...

—En todo, en todo lo que podías rechazar, en todo lo que puede unirnos, en todo lo que hará que permanezcamos juntos el resto de nuestras vidas, en todo y más; no tienes escapatoria. Tengo claro que me amas tanto como yo a ti, ambos somos conscientes de que no estamos solos, tenemos hijos y familia, un pasado con otras personas y deseos compartidos que nos harán ser lo que de verdad queremos, es algo sencillo.

De repente, su voz es una caricia que me desintegra. Arrastra promesas, sueños, una a una evapora las razones acorazadas tras infinitas decepciones. Con él a mi lado empiezo de nuevo, sin referencias ni verdades absolutas. Abrazo mi realidad, mi contundente realidad, satisfecha por la vida que emprendo, con la certeza de que a veces lo impensable sucede porque la persona adecuada puede aparecer en el momento oportuno para abrirte caminos ocultos durante años tras la espesura del escepticismo, en definitiva: porque jamás no es siempre.

Poso un dedo con sutileza en sus cálidos labios, como quien acalla a un niño a punto de desvelar un secreto, y sonrío al decirle:

—Acepto.

Epílogo

Ringvassøya, Noruega, 14 de febrero de 2019

LA TARDE QUE LLEGAMOS A esta isla reina una gran calma, es noche cerrada sin ser todavía las cuatro, la temperatura de un par de grados sobre cero es inaudita para estar en pleno invierno. La casa que hemos alquilado está a orillas del mar en un paraje casi inhóspito. La recorreremos curiosos, cumple de sobra nuestras expectativas. Incluso las supera, no esperaba que en el salón hubiera una terraza de madera adentrándose en el mar sobre unos pilotes. Impaciente, dejo a Theo con los niños; necesito ver un espectáculo envuelto en magia.

Apoyada en la barandilla contemplo la superficie del agua como un espejo. No hay sonidos cuando el cielo despejado se ilumina de serpenteantes ríos esmeraldas surgidos entre las cimas nevadas de las montañas para perderse con una sinuosidad fantasmagórica. En toda la extensión que abarco con la vista solo existe inmensidad, naturaleza y luces concentradas en la larga costa del continente.

La madera de la terraza cruje, cimbrea un poco, mientras Theo camina hacia mí. Sonrío y aspiro por la nariz su inconfundible aroma.

—¿No tienes frío?

Llevo un anorak blanco, pantalones térmicos y un gorro de lana por evitar la humedad a orillas del mar de Noruega. Theo se sitúa a mi espalda, coloca una manta sobre mis hombros y me abraza arropándome.

—No —respondo, obnubilada por el brillo mágico de las auroras—, no existe frío que me impida apartar los ojos de esta maravilla.

Él afianza los brazos en mi cintura.

—Estamos teniendo suerte, es raro no estar bajo cero —comenta antes de soltar una bocanada de aire que se mezcla con mi respiración, antes de besarme la cabeza—. Te dejo un rato para que disfrutes de tu momento.

Escucho su voz profunda y, sin volverme, pienso en que tiene una habilidad natural para hacerme feliz con gestos y detalles respetuosos. Desde que nos casamos en agosto podría decirse que estamos en una luna de miel constante, madura, o, tal vez, sosegada. Sería más apropiado llamarla así

porque los dos tenemos la clara conciencia de guardar los tiempos con nuestros hijos dentro del frenesí que a veces nos invade, hasta hoy no hemos perdido la compostura aun deseándolo con el ímpetu demencial de quienes al fin están sobrepasados por un amor catártico.

Bajo los abrumadores destellos de la noche recreo la vista en los caminos ondulantes que recorreré junto a Theo, en decisiones que me convertirán en la mujer que quiero llegar a ser, en el entendimiento que, poco a poco, está calándome para darme otra perspectiva de la vida. Ahora comprendo mejor los rasgos de la personalidad de Theo que casi me traumatizaron cuando me exigía una libertad que confundí con liberalismo, o su manera de equilibrar roles que tanto me impactó; los únicos responsables son sus padres. Los trato con cierta frecuencia, no viven a demasiada distancia de nosotros; sin lugar a dudas, todo el mérito es de ellos. Theo se limita a imitar lo que ha visto, lo que ve y le sirve de referente, lo que le inculca a sus hijos y a Mario sin palabras a través de su actitud. Al conocerlos tuve un conato de miedo por lo que pudieran pensar de mí, era la extranjera que lo había abandonado todo para empezar de cero con su hijo, sin trabajo y con un niño; sin embargo, en ellos primó un anhelo superior que no tardó en disiparme el miedo: sobre todo, buscan el bienestar de Theo. Eso los diferencia de mis padres. O, más bien, de mi madre. No cedió en su obcecación acerca del gravísimo error que estaba a punto de cometer cuando le anuncié mi decisión de casarme con él y trasladarme a Copenhague con Mario. Ni hizo por alegrarse, ni sopesó que para mi hijo fuese beneficioso porque le permitía ver a Pedro con más frecuencia. Esto último está cumpliéndose todos los meses. Pedro sigue trabajando para Man en Augsburgo, probablemente lo hará por mucho tiempo porque parece haber encontrado la satisfacción laboral que pretendía. Un fin de semana al mes por norma lo comparte con Mario. Dos veces hemos hecho el intercambio en Berlín, a medio camino para que nos resultara beneficioso a todos. Mientras él y Mario estaban juntos, Theo y yo aprovechamos la coyuntura sin niños para hacer turismo.

No he permitido que el comportamiento negativo de mi madre afectara a la relación que mantiene con Mario, aunque sea telefónica y menos frecuente que antes. Eso sí, logró entristecerme el día más importante de mi nueva vida. Me repito que la he perdonado por no asistir a nuestra boda, que celebramos en San Pedro por darle facilidades después de haber salvado un millón de trabas burocráticas, por arrastrar a mi padre, por no tener la corrección de ser

un poco condescendiente con Theo. Sin embargo, por todo, sé que en el fondo de mi corazón le mantendré rencor toda mi vida, no puedo perdonar algo tan visceral que me ha causado mucho dolor. Paula y Jorge fueron los únicos invitados junto a una pareja de amigos de Theo que vinieron con sus padres. Ellos y nuestros hijos, testigos de la felicidad que borraba los malos momentos dando paso a un futuro prometedor. Fue un trámite, ni siquiera nos pusimos alianzas porque preferimos los anillos que nos regalamos cuando fuimos conscientes del compromiso que queríamos adquirir el uno con el otro. Al final de la ceremonia civil él me colocó el anillo de azabache y, por supuesto, hice lo propio en su mano derecha poniéndole las runas rodeadas de plata; todo muy sentimental e íntimo entre los dos.

Recuerdo la sensación que tuve al entrar de nuevo en el piso de Theo siendo *fru* Sorensen —esbozo una sonrisa, todavía no me he acostumbrado a llevar su apellido—, lo hacía por primera vez desde que salí meses antes pensando no volver más. Aquel día cálido de un septiembre que hoy me resulta lejano sentí un poco de rabia al subir la empinada escalera. Evoqué el despecho de la innumerable, bloqueada en el abismo de las redes sociales y desaparecida desde que Theo decidió obsequiarla con el peor castigo: la indiferencia. Esa mujer obsesionada con lo que no fue me hundió en el desamor al tratar de separarnos, me hizo creer en lo que podía ser sin pruebas, le di una importancia que no merecía a costa de la integridad de quien verdaderamente me importaba. Eso me ha llevado a un punto extremo que en otra época de mi vida, y tal vez con otra persona, nunca me habría planteado: no volveré a permitir que nadie malogre mi paz interior, al igual que nadie volverá a hacerme dudar del amor de mi marido, lo palpo, huelo y acaricio en sus palabras y actos.

Todavía es pronto para echar la vista atrás. Pero si lo hago, es inevitable no hacerlo después de todos los cambios que he afrontado, no puedo estar más contenta. Es ridículo pensar otra cosa aun sin dejar de reconocer que no todo es perfecto. A Mario a veces le resulta difícil la monotonía del clima, la ausencia de sol y, claramente, el cambio de colegio que le está conllevando tener el inglés como primera lengua mientras aprende danés. Nada es gratuito, para ninguno; pero somos afortunados. Opto por quedarme con eso. Sé que dentro de unos meses podré encontrar trabajo como enfermera, cuando tenga más fluidez con el idioma; algo que conseguiré gracias a la paciencia de Theo. No mentía al describirse como el único hombre con paciencia para aguantarme; lo es, el más constante y el menos permisivo, justo lo que necesito

para avanzar.

Una ráfaga de viento empuja una ola, con tacto sutil, y rompe en la orilla para tornarme a la realidad de este instante cumpliendo otro sueño largamente acariciado.

Al entrar en la casa, en el zaguán de madera, me quito el gorro, el anorak y me descalzo siguiendo la costumbre nórdica. Theo, con una copa de vino en la mano, está sentado frente a la chimenea del salón, abstraído contemplando las llamas. Hace bastante calor aquí dentro. Él viste una camiseta blanca de manga corta y pantalones cargo en un tono caqui. En cuanto se percata de mi presencia, esboza una media sonrisa. Deja la copa en el suelo y se levanta a servir una para mí.

—Qué tranquilidad... —comento al sentarme delante de la chimenea, cojo la copa que me ofrece y, sin darle un sorbo, la pongo en la pequeña mesa que hay junto al sofá. De momento, prefiero obviar el alcohol. Con sorna, le pregunto—. ¿Cómo has conseguido que los tres se acuesten tan temprano?

—Estaban reventados —responde volviendo a mi lado. Tiene razón. Después de las dos horas y media de avión desde Copenhague, al llegar a Tromsø alquilamos un coche y, con los niños impacientes, ha tenido la serenidad de hacer una indispensable compra para abastecer la despensa y ha conducido atravesando dos islas por puentes que imponían respeto, rodeados de la más absoluta y blanca soledad, hasta encontrar la casa sin pérdida—, y aunque para ti las once de la noche sea temprano, para ellos no lo es ni estando de vacaciones —matiza al cabo de un instante, con esa facilidad suya para adelantarse a mis pensamientos—. ¿Tú ya te has cansado de contemplar auroras?

—No, pero empezaba a tener frío. Aquí se está muy bien. ¿Sabes a qué me recuerda?

—Supongo que a las noches que pasamos en Sierra Nevada —responde con un acierto pleno, y bebe sosegado—. Aunque no me negarás que esta cabaña es bastante superior a aquella casa de la estación de esquí.

—No te lo niego, incomparable diría yo —he hablado fijándome en los muebles de diseño, en la cocina con toda clase de detalles, incluso tiene los techos abuhardillados y varias claraboyas que permiten ver el cielo al calor de la chimenea—. No definiría esto como una cabaña. De cabaña tiene las paredes de madera, todo lo demás es como un chalé de lujo.

—Si es lo que crees... —admite poco convencido, acomodándose en el suelo con un brazo detrás de la cabeza—, aquí lo interesante es la ubicación...

Por cierto, hablando de ubicación, Jorge me ha mandado el teléfono de su compañero. Llámalo cuando puedas y concretáis.

—¿Estamos seguros?

No puedo remediar un poco de resquemor al alquilar mi piso.

—Es de confianza, *skat*. Si no viniera a través de Jorge, te diría que lo olvidases; pero nos ha dado muy buenas referencias, es un hombre solvente, sin familia, encantado con la ubicación... —enumera positivo para convencerme—. Teniéndolo cerrado no resuelves nada.

—Ya, pero si lo alquilo no tendremos dónde alojarnos cuando vayamos en Semana Santa.

—No tendremos el palco, que solo nos sirve un día y para una procesión, no es que sea una gran pérdida —dice indiferente—. Nos quedamos en San Pedro y tan felices...

Pensando en el apartamento que ha comprado a pie de playa en una urbanización nueva, rezongo:

—Tan feliz tú, que prefieres achicharrarte al sol a las procesiones...

—Pregúntale a Mario, a ver si ahora no lo prefiere también; te aseguro que ya ha olvidado su sueño de ser nazareno.

—No estoy tan segura —hablo al cabo de un momento, sonriendo ligeramente porque sé que tiene razón—, hay sueños que nunca se olvidan.

—Lo que tú digas, por ser tu primera vez en el paralelo 69 voy a perdonártelo todo.

Observo su postura, y él sonríe al extender la mano derecha. No vacilo. Tumbada a su lado, le rodeo la cintura con el brazo y apoyo la cabeza en su pecho.

—Sesenta y nueve..., los niños durmiendo..., una noche fantástica...

El tono de mi voz conlleva todos los matices sexuales que él imagina, todos y cada uno, incluso me atrevería a decir que lo supero y puedo hacerlo colapsar emocionado. No tardo en percibir sus manos en incursión bajo mi camiseta. Ese calor me hace gemir de placer.

—Eres una tentación difícil de eludir —dice al apretarme a su cuerpo—, un regalo que tengo que aceptar para no cometer un pecado imperdonable...

—¿Cuál? —susurro a poca distancia de sus labios.

—No caer en la tentación de amarte, ese sería el pecado imperdonable.

—Pues cae y llévame contigo.

Sus labios comienzan a danzar por mi cuello, invaden con una humedad fatídica para mantener la calma. Él sabe que empieza a arrastrarme, lo

descubre en cada toque y lo disfruta embriagado de su poder. De golpe me invade su ausencia. Abro los ojos, está observándome con las pupilas celestes turbias por el deseo.

—¿Vas a hacer realidad mi sueño?

Por un instante no sé a qué se refiere. Pero en cuanto su mano me acaricia con lentitud el vientre, lo tengo claro.

—¿Cuál de ellos? —pregunto disimulando—, porque a soñador no te gana nadie.

—El que me hace más ilusión —responde en un susurro grave.

—Tal vez ya lo has conseguido y estás a falta de confirmarlo...

La expresión de Theo pasa de la serenidad al desconcierto, se incorpora rápidamente y me observa con los ojos desorbitados.

—Dímelo, tengo derecho a saberlo.

—Tú y tus derechos... —Desde esta perspectiva no puedo dejar de reír al verlo—. ¿Dónde están los míos? ¿No estabas a punto de caer en la tentación de amarme?

—Antes dime si vamos a tener un hijo, necesito saberlo.

Aprieto la boca aguantando una carcajada, y él me dedica una mirada atenta intentando penetrar en mi interior. Averigua sin indagar demasiado, conoce a la perfección mis ojos. Con fuerza pero imprimiendo ternura, feliz, tira de mis brazos hasta envolverme en la protectora envergadura de su cuerpo.

—Será de los dos, *skat* —le digo en voz baja, atendiendo a ese sueño que tantas veces me ha comentado—, nuestro.

—¿No tienes dudas?

Muevo la cabeza, acercándole la emoción que esperaba prudente para desbordarlo y, sin más, tengo el placer de mecerlo entre mis brazos al besarnos sintiendo esta unión que nos convierte en inseparables y termina arrasándonos como el fuego. No hay medida cuando detenemos el tiempo, jamás la habrá abandonados a la dulce impetuosidad de amarnos.

Agradecimientos

Como siempre, mi primer agradecimiento es para mis hijas María y Elena. Ellas están, sobrellevan mis ausencias y, algunas veces, sobre todo cuando la inspiración anula mi sociabilidad, comprenden estos mundos paralelos que me hacen feliz. El segundo agradecimiento quisiera expresarlo hacia las tres mujeres que han leído esta novela en una fase de borrador y me han ayudado a enriquecerla: Marisa Lillo, Loreto Lobera y Cristina Zurita. Y, por supuesto, me gustaría darle las gracias a todos los lectores que ya conocían otras de mis obras, por su fidelidad y apoyo constante, a los que acaban de descubrirme por la confianza que han depositado (espero no haberles defraudado), y a todas las personas que me dedican unos minutos en redes sociales siempre interesadas en seguirme de cerca.

Gracias a todos de corazón, seguiré intentando colarme en vuestras vidas siempre que queráis.

R.A.M.

Málaga, febrero de 2019

Sobre la autora

Rosa Alcántara Menéndez nació en Málaga y se ha formado en Barcelona, Bath y su ciudad natal donde desarrolla su carrera profesional en el mundo de la arquitectura e ingeniería compaginándola con la escritura de novelas. Además de *Jamás no será siempre*, Rosa Alcántara, tiene publicadas entre otras: *Indestructible* (2014), *Ivory Manor* (trilogía, 2015), *Trébol rojo* (2015), *Un recuerdo indestructible* (2016), *Boreal Róis* (trilogía, 2016), *Lágrimas esmeraldas* (2016), *En honor a la verdad* (2017), *La señora Pinkerton y sus demonios* (2017), *Lilas en el bosque* (2018), *La fragancia de lo infinito*, *El rumor de tus besos* (2018) y *Las Perlas de las Reinas* (2018). Lectores de todo el mundo ya la han descubierto a través de Amazon y la recomiendan por su gran capacidad para meternos de lleno en otras vidas, ciudades y atmósferas. Con un sello propio, las novelas de Rosa Alcántara atrapan por su lectura fluida, por personajes con profundidad, un ritmo trepidante sin olvidar tramas sólidas salpicadas de humor, suspense y, por supuesto, amor.

Páginas de interés

<https://www.rosamenendez.com>

<https://www.facebook.com/RosaAlcantaraMenendez/>

Instagram: rosa_alcantara_menendez

Contacto: rosaalcant@hotmail.com

© Rosa Alcántara Menéndez 2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

-
- [1] Vender la moto: convencer de una idea o cosa sin valor real.
 - [2] Dar cuartelillo: Condescendencia en una situación especial.
 - [3] Salir por peteneras: Decir algo inoportuno para cambiar la conversación.
 - [4] Terral: Viento que llega a Málaga recalentado tras recorrer la Península.
 - [5] Un morro que te lo pisas: Desvergüenza.
 - [6] Se te ve el plumero: Verle a alguien sus intenciones con claridad.
 - [7] Godnat: (danés) Buenas noches
 - [8] Cazar moscas: despistado.
 - [9] Ser un coñazo: ser pesado.

[10] Ponerse el parche antes de la herida: Ser precavido en exceso, actuar a la defensiva.

[11] Ser cascarilla: expresión infantil para decir que se juega haciendo bulto, participando pero sin participar realmente.

[12] Skat: (danés) cariño, tesoro.

[13] Kraftedme: Expresión malsonante, literalmente, cáncer cómete.

Table of Contents

[Jamás no será siempre](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Páginas de interés](#)